

LA CONQUISTA DE  
QUINCE MIL LEGUAS

---

ESTANISLAO S.  
ZEBALLOS



DEDICADO A LOS JEFES Y OFICIALES  
DEL EJÉRCITO EXPEDICIONARIO

**ORIGEN DE ESTA OBRA\***

**DOCUMENTOS OFICIALES**

*Buenos Aires, 1° de setiembre de 1878.*

*Señor Ministro de Guerra y Marina General Don Julio A. Roca.*

Conocedor V. E. de mi consagración al estudio de la cuestión Fronteras, tuvo a bien invitarme a redactar algunos apuntes sobre los antecedentes de la ocupación del río Negro y sobre otros datos históricos y científicos, convenientes para demostrar al país la practicabilidad de aquella empresa, y para proporcionar a los jefes y oficiales del ejército expedicionario un conocimiento sintético de la obra en que van a colaborar. V. E. me hizo ofrecer además que el Gobierno Nacional compraría la edición de mi obra en remuneración de mi trabajo.

Acepté con placer la invitación, renunciando desde luego a toda remuneración, pues me he consagrado a estos estudios, sin interés de lucrar con ellos, inspirándome en el principio de moral que encierra el siguiente pensamiento de autor célebre:

"La ociosidad pesa y atormenta; el alma es un fuego que es necesario alimentar".

Ofrezco, pues, al Gobierno la obra, de la cual puede hacer el uso que convenga a sus planes.

Cuando se trata de asuntos de esta naturaleza, las diferencias Políticas deben ceder ante los altos intereses de la Nación; y por mi parte no he trepidado en poner a disposición del Gobierno los originales, cooperando con mis débiles fuerzas a la ejecución de la idea, que V. E. ha tenido el acierto de patrocinar con el aplauso del País.

He redactado este libro en los ratos desocupados de que he podido disponer durante un mes, robando algunas horas al sueño a veces, a fin de que, como V. E. lo deseaba, pudiera ser leído por los miembros del Congreso, antes de terminar sus sesiones.

Adolece, pues, de las incorrecciones consiguientes a los escritos que el autor entrega a la tipografía a medida que los produce. Sin embargo, cedo a V. E. el manuscrito, sin pretensiones literarias, pidiéndole tenga a bien hacer publicar esta carta al frente de la obra, para que sirva de ADVERTENCIA a los lectores y a los críticos.

---

\* El autor piensa escribir dos volúmenes más, una vez realizada la Expedición para completar el plan de su obra, de la que éste será el primer tomo. En consecuencia, se reserva todos los derechos sobre ediciones futuras.

## LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

Réstame, señor Ministro, hacer votos por la feliz realización de las aspiraciones del País y del Gobierno, en la empresa a cuya cabeza se coloca V. E. con fe y decisión; y los hago también por que el éxito esperado corone los nuevos sacrificios que va a afrontar el sufrido ejército de la República, una de cuyas inmaculadas y perdurables glorias, será la de conquistar y entregar a la acción redentora del hombre, quince mil leguas de tierra en una de las regiones más fértiles y encantadoras del planeta.

Saluda a V. E. atentamente.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS

*Buenos Aires, setiembre 5 de 1878.*

CONSIDERANDO que es de evidente importancia el libro del doctor don Estanislao S. Zeballos, sobre la ocupación del río Negro y que conviene publicarlo en este momento, en que el Gobierno proyecta el avance de las fronteras, se resuelve:

Mandar hacer una edición de él en número de quinientos ejemplares por cuenta del Tesoro Nacional, para distribuirla en parte entre los jefes y oficiales que han de concurrir a la Expedición.

Déense las gracias al Dr. Zeballos por el patriótico desinterés con que ha puesto a disposición del Gobierno su valioso trabajo, comuníquese y publíquese.

AVELLANEDA  
JULIO A. ROCA

MINISTERIO DE GUERRA.

*Buenos Aires, .setiembre 17 de 1878.*

*Sr. Dr. D. Estanislao S. Zeballos.*

Estimado compatriota y amigo:

Usted ha querido escribir unos apuntes sobre Fronteras, y sin pensarlo ha hecho un libro interesantísimo y útil bajo muchos aspectos, que será leído con interés dentro y fuera del país.

Su trabajo muestra grande preparación y perfecto conocimiento de la materia que trata.

Va a ser una especie de revelación para la mayoría del pueblo argentino, que tendría que ir a buscar en cien volúmenes distintos los antecedentes que Vd. presenta en pocas páginas, narrados en un estilo fácil y ameno, acompañados de observaciones y razonamientos muy exactos.

La lectura de su libro destruirá toda duda acerca de la importancia y la posibilidad de llevar la frontera al río Negro.

Excuso decirle lo que él importará para todos los jefes y oficiales del ejército que tienen que tomar una parte activa contra los enemigos tradicionales de nuestra riqueza agrícola, porque basta su simple lectura para comprenderlo.

Pero sus patrióticos y desinteresados trabajos no deben detenerse aquí y no serán completados sino cuando Vd. haga la historia de esta cruzada, una de las más fecundas que habrá realizado el ejército argentino desde los tiempos heroicos de

la Independencia, y de la descripción científica de la vasta región que vamos a conquistar, demostrando al mismo tiempo la importancia económica que adquirirán los nuevos territorios cuando se derrame en su seno la inmigración que en busca de un suelo fértil y de un clima benigno, arriba a nuestras playas de todos los puntos del continente europeo.

Tenemos además que corregir la geografía de esa región y averiguar por prolijos estudios hidrográficos sobre las innumerables corrientes que se desprenden de los Andes, desde San Rafael a Nahuel-Huapí y se precipitan al mar por el Colorado y el Negro, si, como dice el coronel Jorge Velaco que acompañó al fraile Aldao en su expedición el año 33 al sud de Mendoza, el Chadi-leuvú y el Atuel son navegables para bergantines y fragatas, y si se podría vaciarlos con un costo de 4 a 5 mil pesos en el Colorado, por la extremidad sud de la isla de Limeñ-Mahuida, donde media apenas una distancia de 25 kilómetros entre éste y aquéllos.

He aquí otro de los grandes problemas que resolverá la ocupación del río Negro, que por sí solo justificaría los esfuerzos que va a hacer la República, buscando su seguridad contra los bárbaros del desierto.

Resuelta la navegación del Colorado por aumento tan considerable en el caudal de sus aguas, todos los ricos y variados frutos minerales y agrícolas de la provincia de Mendoza, tendrían una salida fácil y barata por Bahía Blanca, que, por su posición ventajosa para el comercio y por su excelente puerto, como el de Rosario de Santa Fe, está llamada a ser un grande emporio, la metrópoli de los pueblos que espontá-

neamente habrían de levantarse en los valles andinos y en algunos puntos de la pampa.

El señor Presidente me encarga le dé las más expresivas gracias por su importante trabajo, que va a ser tan útil para las operaciones de la guerra, y me ha ordenado se haga una edición especial de su libro por cuenta del Estado: Al dejar cumplido aquel encargo quiero agradecerle la expresión de mi particular agradecimiento y manifestarle que desde luego, queda Vd. invitado para formar parte de la Expedición.

Soy su afectísimo amigo y compatriota.

JULIO A. ROCA



## **ADVERTENCIA A LA SEGUNDA EDICIÓN**

La primera edición de esta obra ha despertado un indulgente interés que yo no esperaba. Ha sido agotada en una semana, habiendo tocado a la ciudad de Buenos Aires en la distribución menos de doscientos ejemplares.

Esta circunstancia, los juicios alentadores que le han dirigido la prensa nacional y extranjera y geógrafos distinguidos como el señor Vizconde de San Juanario, Ministro Plenipotenciario de Portugal por una parte, y por otra la generosidad con que la empresa del diario La Prensa pone desinteresadamente a mi disposición todos sus elementos tipográficos, me deciden a hacer una segunda edición, para satisfacer el interés despertado por la obra, y con el fin de llevar adelante mi propósito patriótico de prestigiar la ocupación de la línea estratégica del río Negro, demostrando la practicabilidad de la operación, fundado en la doble autoridad de la Historia y de la Ciencia.

Escrita rápidamente la primera edición, adolecía de incorrecciones de estilo y de falta de desarrollo de algunas ideas importantes, deficiencias que he procurado salvar en cuanto me ha sido posible.

He tomado en consideración, por otra parte, los consejos de la sana crítica, así escrita como oral. Ella honra y auxi-

lia a todo autor que, comprendiendo sus intereses, sabe aprovecharla discretamente.

Aunque no dispongo de todo el tiempo necesario para encerrarme en los archivos y las bibliotecas particulares que guardan los tesoros de nuestra primitiva historia, pues consagro a estos trabajos mis cortos momentos de ocio, he reunido, no obstante, nuevos materiales históricos y científicos, de los que no pude hacerme al redactar la primera edición, aunque los tenía anotados en mi plan de trabajo para adquirirlos.

En consecuencia, la primera edición ha sido no solamente revisada, sino también aumentada de una manera considerable, ya con los nuevos recursos que he hallado posteriormente en mi modesta colección americana, ya con el auxilio de los archivos, o bien con las referencias orales de personas que han asistido a la realización de los hechos o que las recogieron de boca de los actores.

La parte histórica ha recibido un nuevo y poderoso refuerzo.

He revisado más de mil cuatrocientos manuscritos sobre el río Negro, coleccionados y clasificados laboriosamente por el jefe del Archivo General de la Provincia. Entre estos documentos, encontré y estudié la correspondencia original entre el virrey Vértiz y Viedma, el superintendente de los establecimientos de la costa patagónica.

Además, varias personas de mi relación me han facilitado documentos de sus archivos particulares, a los cuales hago referencia en el lugar correspondiente.

Con estos elementos inéditos y completamente inexplorados, y con algunas obras que he adquirido y que antes no

tuve tiempo de consultar, he rehecho mi trabajo histórico, sobre un plan más metódico, matizándolo de mayor originalidad.

Así, he bosquejado la historia de las exploraciones y ocupaciones del río Negro por los españoles, a la luz de los documentos del Archivo General de la Provincia; he consagrado una página a las expediciones ordenadas por Valdivia en 1553. Y a las realizadas por Amigorena en 1781; he descrito el cuadro sintético de la expedición de 1833, guiándome por interesantes referencias verbales, por la carta del secretario de Rosas, publicada en un diario bonaerense, por algunos documentos del Archivo General, y he reunido, en fin, las observaciones de longitud y latitud, realizadas por Descalzi en el Colorado, en Patagones y a lo largo del río Negro, que eran desconocidas y que existían originales en los papeles del general Guido, ministro de la guerra en 1833, cuyo hijo D. Carlos Guido y Spano, jefe del Archivo General de la Provincia, me las ha facilitado generosamente.

Dadas estas ideas generales sobre las innovaciones que he introducido en la parte histórica de la obra, indicaré a continuación otras adiciones, por el orden en que ellas entran, omitiendo las de menor interés.

El Capítulo I que trata de la "Reseña Histórica", será completado con las siguientes cuestiones:

Exploración del río Negro que debió realizar el piloto Calleja bajo la superintendencia de Viedma, según resulta de documentos que conserva el Archivo de la Provincia de Buenos Aires, y causas que decidieron a abandonar esta tentativa, anterior al famoso viaje del piloto Villarino.

Consecuencias diplomáticas de un error del padre Falkner sobre el río Negro. Refutación de las interpretaciones arbitrarias con que los diplomáticos chilenos explotan dicho error, en contra de los evidentes y clarísimos derechos de la República Argentina a las tierras australes, desde el río Negro al cabo de Hornos.

Bosquejo histórico de la Expedición de 1833, compuesto de acuerdo con las relaciones que he oído a personas de aquella época, que viven aún, rectificación de los errores históricos publicados sobre las operaciones del Ejército del Centro a las órdenes del general Ruiz Huidobro, y resultados generales obtenidos en dicha campaña, según el secretario del brigadier general D. Juan Manuel de Rosas.

Consideraciones sobre la misteriosa ciudad de los Césares y descubrimientos que dan su verdadera situación.

En el Capítulo II, destinado a trazar la importancia de las exploraciones por orden cronológico, trataré de adelantar todo lo que me sea posible, buscando principalmente nuevas luces respecto a los reconocimientos salidos del lado de Chile, sobre nuestros territorios. Daré también un resumen de las tentativas buscando fáciles caminos entre Chile y Buenos Aires.

El Capítulo III es uno de los que me ha exigido mayores y profundos estudios y más largas meditaciones. No habiendo explorado yo mismo el río Negro, he tenido que buscar la verdad, o a lo menos aproximármela, a través de narraciones contradictorias, simples descripciones casi todas, sin bases de comprobación científica del punto de vista geográfico, que es lo que más me preocupaba.

Después de un prolijo examen comparativo de estos heterogéneos elementos, rectificando los unos con la autoridad más atendible de los otros, aclarando lo que era confuso y desechando lo inverosímil y fantástico, he trazado este capítulo, que las futuras exploraciones científicas se encargarán de confirmar.

No introduciré, por consiguiente, modificaciones en los juicios que contiene, puesto que no han sido impugnados en lo más leve por los viajeros que aún viven, cuyos trabajos me he visto obligado a criticar cortésmente, en obsequio al deber de acercarme siempre a la verdad.

Los planos geográficos con que ilustro el capítulo, reciben un importante refuerzo, cuya utilidad general no puede desconocerse, aunque astronómicamente no avance en la determinación de la situación de los lugares. Me refiero al croquis topográfico del viaje del sargento mayor Bejarano, documento cuyo original inédito he obtenido y agrego al Capítulo III.

Creo que tiene importancia en la sección del río Limay y sus afluentes, sobre cuyo nombre, descripción y situación general había confusiones que el croquis viene a desvanecer, si no con la exactitud de las observaciones practicadas con instrumentos, a lo menos con la aproximación en las distancias y fidelidad en los detalles, que hacen notable el viaje de aquel oficial, como lo hemos demostrado en su respectivo lugar.

Del punto de vista de la descripción del territorio, cuyo extracto he tomado del Diario de Bejarano, el croquis adelanta también a todas las cartas publicadas hasta ahora, desig-

nando los principales paraderos con sus nombres araucanos y situándolos en distancias aproximadas, calculadas en leguas. Mientras los geógrafos no nos den la situación exacta de estos puntos estratégicos, el croquis del mayor Bejarano será consultado con utilidad.

En los Capítulos IV, V y VI haré también adiciones de trascendencia. Al tratar del río Colorado no omitiré las indicaciones dadas en 1833 por el piloto Bathurst para tomar la barra, datos que, sin duda, han sufrido modificaciones; pero que eso mismo los hace recomendables, porque facilitan la comparación de los estudios practicados con un intervalo largo de tiempo, permitiendo abrir opiniones sobre las variantes del fondo de aquella peligrosa barra.

Recordaré la carta de Chiclana que comprende la sección de este río entre el punto en que lo pasó el general Pacheco en Choique Mahuida, de regreso del río Negro, y la boca del mar. Y por último, agregaré los datos de interés que pueda haber adquirido el Ministerio de la Guerra a consecuencia del brillante reconocimiento llevado a cabo por el teniente coronel D. Lorenzo Winter, analizando los resultados y comparándolos con lo que ya sabíamos sobre este río.

Respecto a los ríos andinos y de la pampa central, tomaré en consideración los trabajos históricos y geográficos del Dr. D. José A. Sáez, comisionado de Mendoza para reunir datos y documentos sobre los límites de la provincia, trabajo que hace tiempo había encargado, que poseo al fin, y que trae una carta geográfica, en que las nacientes de los ríos andinos están trazadas con una precisión de que carecen la generalidad de las cartas.

Complementaré estos datos con el resumen de la conferencia que di en los salones de la Sociedad Científica Argentina el 15 de octubre, a propósito de la navegación de estos ríos y de la concentración de sus aguas, con extracto del debate a que mis ideas dieron lugar.

La descripción general del territorio será también ampliada.

El teniente coronel D. Manuel José Olascoaga, persona que ha vivido mucho tiempo en el teatro andino de mis investigaciones, ya al servicio de esta República ya al de Chile, ha publicado en el diario *El Siglo*, una reseña de sus viajes y de los datos reunidos sobre los valles del sud de Mendoza. Aprovecharé estos estudios que me merecen confianza, y que traen novedades descriptivas. Para redondear mis propósitos en esta parte del libro, haré un breve estudio de las riquezas del Pallén, y acumularé otros datos sobre el clima, pastos de la Pampa y puertos de la costa del Atlántico.

En estos tres capítulos agregaré respectivamente las noticias de la exposición del secretario de Rosas, que avancen sobre las que ya contenían.

El Capítulo VII está consagrado al estudio militar de esta cuestión. Mis observaciones sobre la materia fueron considerablemente restringidas en la primera edición, apremiado como me veía por la absoluta falta de tiempo, de modo que al reimprimir este capítulo he dado mayor desenvolvimiento a las ideas, apuntando nuevas consideraciones y no pocos datos históricos y científicos, que complementan mi pensamiento.

Un crítico distinguido ha observado de paso la brevedad de las noticias etnográficas que he condensado en el Capítulo VIII y tiene razón; pero no entraba en mi plan hacer un estudio de las costumbres y organización social de los indios, sino en aquellas de sus fases que más se relacionaban con la empresa militar que me ocupa. En una obra especial, que he comenzado sobre el hombre primitivo y cuyo primer tomo he concluido ya y anunciado, abordaré a fondo los estudios etnográficos, de que en el Capítulo VIII doy ligeras reseñas.

No obstante, he creído conveniente tomar en consideración la sana advertencia del crítico, ampliando, aunque de una manera siempre limitada, esta parte del libro. Agregaré también la reseña de los últimos acontecimientos militares que se han desarrollado en la frontera en los meses de setiembre y octubre de este año, y una página histórica sobre acontecimientos descollantes que se ligan a las narraciones de carácter dramático incluidas en este capítulo.

También encontrará novedad el lector en el capítulo que trata de la navegación de los ríos. Daré a conocer algunos trabajos realizados oficialmente a fin de obtener vapores adecuados para la navegación del río Negro y del río Colorado.

El capítulo de las consideraciones generales será pulido, robustecido con nuevos elementos que he acopiado; y sufrirá análogas modificaciones la noticia bibliográfica y cartográfica, que ha merecido un elogio especial de críticos autorizados.

En cuanto al Apéndice, solamente tengo que agregar a él la ley del Congreso de 1878, que no había sido dictada aún al aparecer la primera edición.



Tal es el plan de revisión y aumento a que obedece la segunda edición, que, como la primera, dedico a los jefes y oficiales del ejército expedicionario, como un homenaje de estimación, a la vez que como un libro manual, en que pueden hallar datos que les son necesarios y cuya utilidad palparán cuando estén en campaña.

El Ministro de la Guerra ha tenido la bondad de invitarme a formar parte de la Expedición; pero no me es posible aceptar la invitación. Como he de complementar mi obra con dos tomos más, necesito viajar y observar personalmente en el territorio a que he consagrado estos estudios. El viaje sería estéril yendo con una de las columnas expedicionarias, porque apenas podría examinar el itinerario de ella; mientras que será fecundo, cuando asegurada la ocupación del río Negro y despejado el terreno, pueda yo hacer un viaje de circunvalación desde el río Negro hasta Mendoza y desde Mendoza hasta Buenos Aires, por el desierto.

Tal es también el plan de mis trabajos futuros, emprendidos con el deseo de cooperar a la grandiosa empresa nacional, que, una vez realizada, será recordada entre las grandes campañas de la civilización, que ilustran el siglo XIX.

Entonces al canal de Suez, al ferrocarril americano interoceánico, a la perforación de las grandes montañas para dar paso a la locomotora, y a la red del telégrafo que ciñe los contornos del planeta, la República Argentina habrá añadido, como obra fecunda del progreso sudamericano, la conquista de sus quince mil leguas de lozana tierra.

*Buenos Aires, 1° de noviembre de 1878.*

ESTANISLAO S. CEBALLOS



**CAPÍTULO I**  
**RESEÑA HISTÓRICA**  
**(1768-1878)**

Antecedentes de la cuestión fronteras. - Sistema español. - La Frontera Sur de la República hace un siglo. - Crisis de 1768 a 1796. - Desencanto público. - Temores a la política inglesa. - Origen de la idea de ocupar el río Negro. - Nuevos rumbos de la opinión. - Sus precursores en el siglo XVIII. - Breve análisis de los escritos de Falkner, Villarino, Viedma, Undiano y Gastelú, Azara, Viana y García. - La Expedición de 1833. - Resultados generales. - Opiniones contemporáneas. - Ley de 1867. - Proyecto reglamentario de 1870. - Ideas de los ex presidentes Mitre y Sarmiento. - Proyecto del Gobierno de Buenos Aires. - Reconocimiento del río Negro en 1872. - Operación combinada argentino-chilena. - Del Pacífico al Atlántico. - Actualidad de la cuestión. - Go ahead.

ESTAMOS en la gestión fronteras como en el día de la partida: con un inmenso territorio al frente para conquistar y con

otro más pequeño a retaguardia para defender, por medio de un sistema débil y desacreditado<sup>1</sup>.

No incumbe su responsabilidad a un hombre ni a un gobierno. Es la herencia recibida de la Madre Patria, que conservamos fielmente, a pesar de haberla hallado controvertida y de que nuestra corta bien que dolorosa experiencia la condena. Avanzar por medio de líneas artificiales y permanentes para ir conquistando zonas sucesivas: tal es el sistema español de frontera, reducido a su expresión más sencilla. Lo pone de manifiesto una ligera ojeada sobre el mapa de Buenos Aires.

Los españoles marchaban previsora y firmemente, llevaban sus armas y la colonización al desierto, clavando la cruz y levantando la escuela al lado del fortín, como bases de la fundación de pueblos. Así, la mayor parte de nuestros centros de población rural, derivan de antiguas guardias, que ocupan en el mapa direcciones armónicas, formando líneas paralelas de Noroeste a Sudeste, rumbo general de la Conquista en su movimiento de avance tradicional sobre la pampa.

En consecuencia, podemos contar las siguientes líneas, que marcan varias épocas del estado de la frontera, limitando las zonas sucesivamente ocupadas. La que arranca de Zárate y sigue por la Capilla del Señor, Villa de Luján, Cañuelas y

---

<sup>1</sup> El competente crítico autor del artículo de La Nación sobre este libro, ha creído hallar en estas consideraciones un ataque infundado al sistema español y debemos, por consiguiente, aclarar nuestro pensamiento. No censuramos la conducta de los españoles, porque ellos no podían hacer más, escasos de elementos, en un inmenso y desconocido teatro y con millares de indios al frente. Hacemos cargo de haberla seguido a los contemporáneos, que dueños de recursos poderosísimos y más conocedores del teatro en que operan, no han debido permanecer reducidos al sistema defensivo que las circunstancias imponían a la colonia. Al emitir estas opiniones somos consecuentes con nuestra convicción de la eficacia de la ofensiva en la guerra contra los indios.

Chascomús. La de Areco, Mercedes, Navarro, Lobos, Guardia del Monte, dando frente al Salado; al Sur y al Noroeste de Buenos Aires. La del Salto, Chivilcoy, Saladillo, Las Flores y fortines de Monsalvo (*Kakelhuincul*, *Marihuincul*)<sup>2</sup> etc. La línea, trazada ya en tiempos modernos por Rojas, Bragado Grande, 25 de Mayo, Esperanza (hoy General Alvear), Tapalqué, Azul, Tandil, Bahía Blanca y camino del Colorado. Por último, bajo la administración del señor Sarmiento, se inició el movimiento de avance que dio por resultado la línea de Ancaló (General Lavalle del Norte), General Paz, San Carlos, Blanca Grande, Olavarría, Sanquilco (General Lavalle del Sur) y Sauce Corto. Este movimiento de avance fue análogo al que acaba de realizarse para tender la nueva paralela de Vutaloo, Tenquedlavquén, Huamini, Carahué y Puán, que da una línea permanente y la conquista de una ancha zona territorial.

Limitarse a la ocupación permanente de una línea es desfallecer en medio del sistema defensivo, alternando con una ofensiva débil y difícilmente sostenible. Así lo han comprendido todos los que sienten pasión por el estudio del problema de la Frontera y que acumulan antecedentes para discurrir con acierto sobre lo que conviene hacer a fin de despejar la incógnita, sacando provecho de los inmensos sacrificios que la conquista de nuestras actuales porciones ha exigido a la República.

La fe en el sistema español se desvanecía ya en el siglo pasado, pues se sabe que en 1768 algunos exploradores y

---

<sup>2</sup> Marihuincul -. Voz araucana compuesta de Mari, diez y huincul colinas. - Kakelhuincul - De kakel, atravesar y huincul colinas. - Ambos nombres de caciques, a

propagandistas comenzaron a desacreditarlo, produciendo el desencanto público.

Buenos Aires, dice un escritor antiguo<sup>3</sup>, cabeza del vasto Virreinato de este nombre, yacía en un rincón de las pampas, rodeada de pocos fuertes que formaban como una línea de circunvalación a menos de treinta leguas de sus arrabales; y Chascomús, Luján y Salto, marcaban los límites territoriales de una ciudad cuya jurisdicción se extendía hasta el Desaguadero.

Tal es el juicio exacto que inspiraba el estado de la frontera sur de la República, al concluir el Virreinato de Bucarelli, en el año 1768.

El virrey Vértiz recibió exhortaciones de avanzar sobre la pampa, para asegurar la dominación del río Salado, cuya línea estaba hasta entonces en poder de los vándalos; pero se prefirió trazar una nueva paralela de Rojas a la Guardia del Monte, apoyada en los fortines de Ranchos, Lobos, Navarra y Areco, construidos al borde de las lagunas del mismo nombre.

Los indios hicieron en 1780 una formidable y sangrienta invasión sobre Luján, cuyos resultados advirtieron a los hombres de ideas el gran peligro en que yacían las fronteras y la ineficacia de sus medios de defensa.

Comenzaron a la sazón a dibujarse nuevos horizontes; pero en 1796, al llegar Azara con la comisión demarcadora de los límites de España con el Portugal, halló a Buenos Aires,

---

lo que parece.

<sup>3</sup> PEDRO DE ANGELIS Discurso preliminar al Diario de la Expedición a la Sierra de la Ventana. (T. IV de la Colección).

dice Angelis, todavía reducida a los estrechos límites que le fueron trazados por sus fundadores.

El pensamiento de la ocupación militar del río Negro, surgió a la sazón como tabla salvadora, no porque se buscara directamente esta manera de resolver la cuestión fronteras, sino como una idea incidental que cruzó la mente de los reales pilotos, que S. M. había mandado a hacer estudios en la costa patagónica, para defenderse de la política de Inglaterra.

En efecto, en 1774 apareció la obra histórica, descriptiva, geográfica y etnográfica del misionero jesuita Thomas Falkner, que había vivido cuarenta años en nuestros desiertos, enseñando en las reducciones de indios de las sierras del Volcán y del río Colorado, y recorriendo los campos desde la Patagonia hasta Tucumán y el Chaco, a través de inmensos peligros y de asombrosas distancias<sup>4</sup>.

La obra de este célebre autor, consultada hasta ahora con avidez por los historiadores y eruditos, fue editada en inglés, con el propósito de servir a los intereses de la Corona Británica contra los de España, a cuyo servicio se hallaba Falkner.

El misionero inglés escribió la primera descripción del río Negro de que tengamos noticia, incurriendo en errores geográficos, muy comunes en el siglo pasado a consecuencia de la falta de exploraciones; pero que hoy han sido completamente rectificadas y no pueden ser sostenidos con eficacia por personas ilustradas.

Sin embargo, uno de aquellos errores del padre Falkner, está llamado a adquirir celebridad histórica, a consecuencia

---

<sup>4</sup> THOMAS FALKNER, Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional. (Colección de ANGELIS, t. 1.)

del ruidoso papel que ha jugado en el grave conflicto que existe entre la República Argentina y la de Chile, sobre sus límites en la región austral.

Falkner dijo, en efecto, sobre el río Negro:

"Este río es el mayor de la Patagonia: se vacía en el Océano Occidental, y es conocido por varios nombres como el segundo Desaguadero o el Desaguadero de Nahuel-Huapí. Los españoles lo llaman el gran río de los Sauces, algunos indios Choele-choel; los puelches, Leuvú-comó, o el río por antonomasia, y Curú-leuvú quiere decir río Negro, que es el nombre que le dan los guilliches y peguenches. El paraje por donde le pasan desde el primero al segundo Desaguadero, Choele-Choel.

No se sabe exactamente la fuente u origen de este río; pero se supone tenerla del río Sanquel: compónenla muchos ríos y arroyos. Va escondido por entre peñas quebradas y se estrecha en un canal profundo y angosto, harta que finalmente se manifiesta otra vez con grande y rápida corriente algo más arriba de Valdivia, pero al lado opuesto de la Cordillera."

Consúltese cualquier mapa de Sudamérica, y se verá que el error del padre Falkner consiste en suponer que el río argentino Negro y el río chileno Tolten, cuyos cursos siguen casi la misma latitud, eran una misma corriente de agua, extendida desde el Pacífico al Atlántico, a través de los Andes.

La Corte de España, agitada por los amagos de Inglaterra sobre la Patagonia, adoptó por base de sus medidas y



expediciones, los datos del misionero inglés; y midiendo las distancias con arreglo a sus planos, dedújose que el río Negro, después de recorrer 300 leguas, se internaba en el río de Chile.

El ministro Gálvez firmó en Aranjuez, el 8 de junio de 1778, las instrucciones para establecer fuertes y poblaciones en la costa del Río de la Plata hasta el Estrecho de Magallanes. Este documento señala como punto de particular importancia, la boca del río Negro, y según las noticias difundidas por Falkner, agrega: "Que el río Negro se interna por cerca de trescientas leguas del reino de Chile"<sup>5</sup>. El señor Ibáñez, ministro de Relaciones Exteriores de Chile, pretendía en nota de 28 de enero de 1874, fundado en aquella frase, que el reino de Chile era la Patagonia, según las instrucciones de Gálvez.

El Dr. D. Félix Frías, Plenipotenciario de la República Argentina en Santiago, desautorizó aquella interpretación, revelando que era geográfica y gramaticalmente insostenible.

Posteriormente, el Dr. D. Vicente G. Quesada, en su importantísimo y patriótico libro *La Patagonia*<sup>6</sup>, refuta in extenso la cita del ministro Ibáñez, haciendo una interesante historia del origen, importancia y verdadera interpretación de las instrucciones, cuyo original en carácter de Apuntes, sin firma ni rubrica, fue examinado por el autor en el Archivo de Indias.

---

<sup>5</sup> Este documento existía en el Archivo de Buenos Aires y lo publicó por primera vez D. PEDRO DE ANGELIS en su Memoria sobre la jurisdicción argentina en el Sur, impresa en Buenos Aires en 1852. (Véase el capítulo bibliográfico.)

<sup>6</sup> Véase VICENTE G. QUESADA, *La Patagonia y las Tierras Australes del Continente Americano*. Buenos Aires, 1875, Págs. 143 y sigts.

Todas las crónicas están de acuerdo en afirmar que España se alarmó hondamente al conocer los estudios y exploraciones de Falkner, quien avanza el juicio de que ocupada la Patagonia por un enemigo de España, ésta viviría en continuo sobresalto por sus posiciones del Río de la Plata, y perdería Chile, cuya conquista se podría realizar, a juicio de aquel infatigable explorador, emprendiendo la navegación del río Negro hasta Valdivia, con una expedición militar.

La corona de España se decidió entonces a acometer una serie de exploraciones en la costa de Patagonia y en su interior, a fin de ocupar ciertas posiciones estratégicas; y a la cabeza del movimiento descollaron D. Francisco y D. Antonio de Viedma, que ejercían de real orden la jurisdicción no disputada de Buenos Aires, sobre las costas y extensos territorios del Sur, y D. Basilio Villarino, piloto de la Real Armada<sup>7</sup>. Las instrucciones redactadas en Buenos Aires, en cumplimiento de reales órdenes, para proceder a la exploración del río Negro, traen fecha 18 de agosto de 1779 y no han sido publicadas.

Fueron dirigidas a Viedma, que ejercía la superintendencia de los establecimientos de la costa patagónica, recomendándole que les diera cumplimiento a la brevedad posible.

---

<sup>7</sup> Las instrucciones escritas y datadas de orden del Rey en Aranjuez, a 8 de junio de 1778, ordenando estas exploraciones, se titulan: Apuntes y Advertencias para las instrucciones que se deben formar en Buenos Aires por el Virrey de aquellas Provincias, con acuerdo del Intendente del Ejército y Real Hacienda de ellas, a los sujetos destinados por S. M. para establecer poblaciones y fuertes provisionales en la Bahía sin Fondo, en la de San Julián, u otros parajes de la costa oriental llamada Patagonia, que corre desde el Río de la Plata hasta el estrecho de Magallanes.

Este fue el primer paso avanzado con el propósito de buscar la sospechada comunicación fluvial entre el Atlántico y el Pacífico.

Las instrucciones establecían dos maneras de realizar la exploración, facultando a Viedma para decidirse por cualquiera de ellas. Eran éstas:

1° Zarpar de la boca del río Negro a los 40° 55' de lat. y remontarlo hasta donde fuera navegable.

2° Salir de Mendoza, hasta el pasaje en que tiene lugar la confluencia de los ríos Tunuyán y Desaguadero, navegándolo hasta su confluencia con el Diamante y continuar por éste hasta el río Negro.

Como lo advertimos ya, había una confusión completa sobre desarrollo y relación recíproca de los ríos andinos que corren al seno de la Pampa, y por eso las instrucciones trazan tan irrealizable itinerario.

El Virrey pondera los peligros y contrariedades a que hay necesidad de hacer frente en esta clase de exploraciones, y recomienda a Viedma que elija para acometerlas un varón fuerte, denodado y de recursos en los trances difíciles.

Ordena la formación de un Diario de exploración que debía contener la descripción general y detallada del río, el aspecto del país, los montes, pastos, aguadas, y cuanto pudiera convenir para el adelanto de los conocimientos geográficos<sup>8</sup>.

En 1780 aún nada se había adelantado en este sentido y los reconocimientos habían sido limitados a las costas al norte y al sur del naciente pueblo de Carmen de Patagones.

---

<sup>8</sup> Manuscrito en el Archivo General de la Provincia. (Colección: Río Negro.)

El 8 de agosto del mismo año el Virrey despachó de Buenos Aires el bergantín Nuestra Señora del Rosario, al mando del primer piloto D. Juan Pascual Callejas, especialmente encargado de levantar la carta del río Negro, su entrada, barra y surgidero<sup>9</sup>.

El 14 de noviembre de 1780 oficia nuevamente el Virrey encareciendo la ejecución de las instrucciones de 1779 y le recomienda como principal objeto de la exploración, el reconocimiento de una vía pluvial entre Mendoza y Río Negro, cuya existencia no parecía dudosa, como se ha visto<sup>10</sup>.

El 4 de mayo de 1781 el piloto Callejas zarpaba del río Negro, a bordo del bergantín Nuestra Señora de Belén, comisionado por Viedma para exponer de viva voz al Virrey de Buenos Aires, la falta de elementos para internarse por el río Negro, los que era necesario adquirir y enviar al Carmen para dar cima a tan osada empresa como es la de hallar el pasaje al reino de Chile, aprovechando la primavera inmediata, para la cual pide el pronto regreso de aquel piloto<sup>11</sup>.

Desde 1781 a 1782 el tiempo fue empleado en acopiar elementos. Viedma pidió 30 hombres a Montevideo para agregar a los 60 que ya tenía disponibles; pero no logró obtener aquel valioso contingente<sup>12</sup>.

Asimismo se decidió a abrir la campaña. Como Callejas había quedado en Buenos Aires de orden superior, dio el mando de la expedición al piloto D. Basilio Villarino, alférez de la real armada, que se había hecho notable en los recono-

---

<sup>9</sup> *Ibíd.*

<sup>10</sup> *Ibíd.*

<sup>11</sup> *Ibíd.*

<sup>12</sup> *Ibíd.*

cimientos de la costa desde la peligrosa barra del río Colorado, hasta la bahía San José.

Viedma habíase establecido provisoriamente en el Carmen de Patagones, nueve millas al interior de la desembocadura del río Negro; y dio las reales instrucciones al piloto Villarino, para que se lanzara a la audaz navegación del río Negro, en la cual no ha sido superado por los exploradores que han seguido sus huellas.

De regreso Villarino confeccionó una carta geográfica del río Negro, cuya copia hemos consultado en el Departamento de Ingenieros de la Provincia, y la acompañó de una Memoria en forma de Diario de navegación.

Encargado aquel piloto de una exploración con propósitos políticos, para ocupar con las armas de España las tierras que Falkner parecía ofrecer a la codicia de la política inglesa, concibió como un resultado incidental de su famoso viaje, la idea que hasta hoy es el fundamento capital de la solución definitiva de la cuestión frontera.

Efectivamente, al margen de aquella carta geográfica, en una extensa leyenda, el real piloto sugiere la idea de ocupar Choele-Choel y la confluencia de los ríos Neuquén y Negro, arrebatando así a los salvajes dos pasos indispensables, que les sirven para realizar sus saqueos en las pampas de Buenos Aires.

La exploración del río Negro por Villarino, la fortificación de un costado de Choele-Choel realizada por él y la agitación que estos hechos determinaron entre los indios, contribuyeron a acentuar el movimiento reaccionario contra el sistema ineficaz de la defensa de la frontera sur, revelando

que aquel viaje, hecho con diferente designio, había dado, sin embargo, el resultado importante de descubrir la verdadera línea definitiva de la frontera sur, en la guerra del Virreinato de Buenos Aires contra los indios.

La propaganda se fortifica a consecuencia de los desastres de la crisis fronteriza de 1768 a 1796, en que los principales jefes de frontera reclamaban en vano del Virrey el avance de las líneas al sur del Salado, por lo menos.

La exploración de Villarino, realizada desde 1782 a 1783 origina la memorable presentación de 1º de mayo de 1784, dirigida al Marqués de Loreto, Virrey y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata, por D. Francisco de Viedma, Gobernador e Intendente de las Provincias de Santa Cruz de la Sierra y Cochabamba y comisario superintendente de los establecimientos de la costa Sur.

En ella el ilustre español hace presente las grandes ventajas que se ofrecían para el comercio de Cuyo y del sur de Chile con los descubrimientos de Villarino, pues había una nueva arteria de circulación humana que ahorra grandes distancias; y agregaba que, a su juicio, era punto más importante y en que estribaba toda la felicidad de Buenos Aires, la tarea de evitar el destrozo de ganado que causaban los indios en la campaña de esta provincia.

Pensaba que sería realizar una obra trascendental, aprovechar los inmensos campos que corren desde Buenos Aires hasta el río Negro; y para prestigiar su pensamiento, acumulaba datos que había recogido de labios de los indios, además de los que ya había dado a conocer Villarino en su carta y

Diario de viaje, respecto a la importancia estratégica del río Negro.

Viedma sintetiza su sensato y fundamental proyecto en términos que preferimos copiar en seguida:

"Tomado un verdadero conocimiento de estos pasos y caminos, diré, podrían fortificarse y repararse extendiendo a ellos las Guardias de las Fronteras, porque cortadas estas avenidas y la de Choele-Choel, quedaban libres las demás campañas; ya Buenos Aires y poblaciones del río Negro se daban la mano por tierra, para su comunicación, para la cría y fomento de ganado, y para la extensión de sus poblaciones. Véase pues qué ventajas tan grandes resultaban a la Provincia, y aun a todo el reino del reconocimiento y seguridad de esos pasos "

Y en otra. parte agrega:

"Tomado el sitio de Choele-Choel ya aseguramos el pasaje para los indios de aquellas naciones (pehuelches y araucanos) que son numerosísimos: le quitamos estos enemigos a los campos y vamos preparando la internación y demás proyectos que puede atraernos el río Negro, por la parte de Valdivia."

Nada se hizo a iniciativa de tan cuerdos vasallos de los reyes de España; pero las ideas hacían camino, como lo demuestra otro proyecto en el mismo sentido que fue dirigido al rey por el capitán de las tropas que guarnecían la frontera de Mendoza, D. Sebastián de Undiano y Gastelú, quien había explorado los desiertos del sur de su frontera, allá por los

años en que Villarino corría del Atlántico a los Andes. Hasta 1826, Undiano perseveraba en llamar a la línea del río Negro, la llave de la pampa.

Comienza su representación al Rey declarando: "Que deseoso del mayor bien del Estado se atreve a proponer a S. M. la conquista de diez y siete mil leguas cuadradas de tierra situadas en el mejor suelo del Universo y en una de las orillas del extendidísimo Imperio, conquista para la cual no hay que chocar con ninguna potencia extranjera, porque todo ha de hacerse en un país que pertenece a la Corona de Castilla."

Hace la relación de sus exploraciones en las tierras del sur, consigna datos geográficos importantes sobre las regiones andinas del río Negro y los cursos de agua que corren al norte de éste, concluyendo por condensar su pensamiento así:

"Poblaríase, pues, este país comenzando por la traslación de los fuertes de esta Frontera de Buenos Aires a la orilla izquierda o septentrional del río Negro."<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> El ingeniero español D. Sebastián de Undiano y Gastelú salió de Pamplona en el último tercio del siglo XVIII para dirigirse a Buenos Aires, cediendo a exhortaciones de la esposa del Virrey de Lima, que lo proveyó de eficaces letras de recomendación.

Llegado a esta capital, Undiano fue empleado en el Fuerte, pasando a Lima algunos años más tarde.

De allí se trasladó a Mendoza por negocios, y tuvo ocasión de realizar veinte viajes entre Mendoza y Buenos Aires, ocupado en asuntos mercantiles, desviándose siempre de los caminos del correo con el fin de ensanchar sus estudios y observación sobre la Naturaleza y la Geografía de la Pampa.

El Rey envió a Undiano los despachos de capitán del Regimiento de caballería de milicias, formado en Mendoza de voluntarios, al frente del cual se distinguió en la guerra contra los indios, a quienes Undiano acostumbraba buscar y sablear en sus propias tolderías.

Sus méritos en este servicio le granjearon la consideración general en Mendoza y fue electo alcalde de primer voto, para cuya alta dignidad fue reelecto durante varios años consecutivos.



Desesperante era la situación de la frontera, cuando llegó al Río de la Plata el distinguido geógrafo B. Félix Azara, quien, como se ha dicho, se sorprendió al hallar la capital del Virreinato estrechada por las chuzas del salvaje, reducida al terreno mal guardado aún por sus líneas de fortines.

Azara partió con la comisión geográfica, de que formaba parte el ingeniero Cerviño y el piloto Insiarte, a practicar un reconocimiento sobre la línea de fortines, con encargo de

---

De alcalde de primer voto pasó a juez consular y sucesivamente desempeñó puestos honoríficos y distinguidos en la Administración Civil y en el departamento militar.

Un manuscrito de aquella época que tenemos a la vista dice: "Fue dicho capitán Undiano el que organizó el servicio militar en Mendoza, en donde, a la cabeza de las tropas salió e hizo muchísimas excursiones contra los indios, levantando a la vez planos de todos los territorios que recorría."

Es decir, Undiano no fue de ninguna manera gravoso al Erario, pues realizó todas esas excursiones en sus propios caballos y a su sola costa, impulsado sólo por el patriotismo y por el anhelo de madurar el célebre plan de Frontera que debía presentar en 1804.

Casó en Mendoza en la familia de Gamboa y enviudó, volviendo a enlazarse con la señorita Justa Zeballos, de cuyo matrimonio hubo dos hijos: Don Juan Bautista y Doña Justa de Undiano.

En 1804 salió de Mendoza para Buenos Aires, en cuyo puerto debía embarcarse para España, en pos de su proyecto de fronteras; pero le impidió la salida la declaración de guerra lanzada por la Gran Bretaña contra España y lo tomaron en Buenos Aires las invasiones inglesas.

Concurrió valientemente a la defensa y volvió a la vida tranquila del hogar.

En 1811, fue denunciado como realista y condenado a muerte dos veces; pero la justicia lo amparó, y merced a algunos amigos que garantizaron de su lealtad a la Junta fue salvado.

El ilustre doctor Moreno supo atraérselo, comprendiendo lo útil que son a los gobiernos los hombres de los méritos de Undiano, y en 1811 la junta le ordenaba levantar la carta geográfica de la Provincia de Buenos Aires, cuya carta debe existir en los archivos o entre los papeles del Dr. Moreno, secretario de la junta.

Concluida esa tarea la junta le remitió varias veces el nombramiento de Partidor de Bienes, empleo que rehusaba Undiano, devolviendo los oficios con estas palabras: Soy español. ... Estaba prohibido admitirlos en los empleos; pero instado para que ocupara el puesto, accedió al fin a los deseos del Gobierno patriota y lo desempeñó gratuitamente durante varios años.

El 16 de julio de 1826 se embarcó para España con su hijo Juan Bautista y se afincó en Pamplona, su ciudad natal, donde falleció el 23 de setiembre de 1829.

proyectar las reformas inmediatas; y de regreso formuló su conocido memorial, presentado al Virrey, datado en Buenos Aires a 31 de julio de 1796, en el cual aconseja las reformas de la línea existente, y se engolfa en interesantes consideraciones generales sobre el problema secular de la Frontera, concluyendo por declararse partidario de la línea del río Negro.

Al recomendar esta solución Azara dice que le

"ha parecido indicar a S. M. otro medio de asegurar la tranquilidad y posesión de las Pampas en mayor brevedad, ventaja y extensión".

Afianza su opinión en los resultados del viaje consumado por Villarino, discute las ventajas políticas y económicas de la línea del río Negro y concluye así:

"Tenemos franca la entrada en el río Negro y un establecimiento, chalupas y carretas en su boca: todo está incitando a continuar."

Tales son los precursores de la traslación de la Frontera sur de la República al río Negro, cuya iniciativa debía recibir en nuestro siglo el concurso de la opinión radical de los que conocen la cuestión y consultan los grandes intereses políticos, diplomáticos y económicos de la Nación.

En 1815 se oye una nueva voz, apoyada en la razón, en la historia y en los hechos contemporáneos. Es la del capitán don Francisco Javier de Viana, natural de Montevideo y residente en Chascomús, quien recopila los antecedentes geográficos sobre los ríos Diamante, Colorado y Negro,

declarándolos la base de nuestro sistema de defensa fronteriza, y propone que se abra la marcha porque

"la empresa es gloriosa, no sólo por su grandeza, sino también por el relevante servicio que se hace a Dios y a la humanidad".

Viana agregaba:

"Pasado un decenio del establecimiento de la línea sobre el Colorado, no dudo que podrá trasladarse la frontera a los últimos caudalosos ríos, Negro y Diamante. El primero nace en la cordillera de los Andes no muy distante de Villa Rica en el reino de Chile, corriendo en dirección N.O.-S.O. enriqueciéndole el Diamante con sus aguas en la dirección N.-S. por espacio de 90 leguas hasta su barra, inmediata a una bien áspera serranía desde donde corre el Negro N.O.-S.E. 90 leguas hasta la barra, no muy distante de la Villa de San José en la costa patagónica. Desde este punto hasta la barra del Diamante, en el expresado Negro deberán establecerse ocho guardias, y las estancias intermedias en los términos dichos anteriormente, e igual número desde la expresada barra a la distancia que convenga de la del Fuerte de San Carlos de la jurisdicción de Mendoza; debiendo fundarse un pueblo en la confluencia del Diamante y otro próximo a dicha Villa de San Carlos."

Los trabajos del coronel D. Pedro Andrés García pertenecen a la época de la Independencia. Angelis los ha dado a

conocer en su citada Colección y se expresa así sobre el origen y sustancia de las opiniones de aquel distinguido jefe:

"Los acontecimientos del año diez cambiaron el aspecto de los negocios, y uno de los primeros cuidados de la junta que se organizó entornes, fue poner la campaña al abrigo de las incursiones de los bárbaros: con cuyo objeto hizo salir una expedición para Salinas, al mando del coronel García, con el encargo de proyectar un plan de defensa, fundado en los datos que le suministraría la inspección ocular del terreno, y la actitud de las tribus que lo ocupaban. En una memoria con que este oficial acompañó al gobierno el Diario de su viaje, insistió en la necesidad de ocupar la línea del Colorado y del río Negro y de establecer un cuartel general en Salinas, para poblar sucesivamente las Sierras de Guaminí, de la Ventana, y del Volcán; y de trasladar más al sur la frontera de Córdoba y de Cuyo para ampliar la jurisdicción de estas provincias."

Redujo, agrega Angelis, en otro lugar, el problema a un postulado, a saber:

"Que la mejor línea de defensa es la que siendo más corta, abrace y guarde la mayor extensión de terreno posible.<sup>14</sup>"

Rosas, alentado por supremas ambiciones e iluminado por aquella sagacidad, que constituía uno de los rasgos prominentes de su fisonomía moral, asumió en 1833, bajo la

---

<sup>14</sup> T. IV de la Colección

administración del general D. Juan Ramón Balcarce, la responsabilidad de conducir las tropas de Buenos Aires en la primera y única tentativa fundamental de trasladar las fronteras al nuevo teatro, sobre las márgenes del río Negro, operando al frente del ejército de Buenos Aires.

El movimiento que esta expedición produjo en el país fue notable, y hasta los Estados más pobres y sin fronteras, como La Rioja y Catamarca, se apresuraron a contribuir con armas, equipos, soldados y dinero.

El mando del ejército expedicionario, se organizó de esta manera:

General en jefe brigadier general D. Juan Facundo Quiroga.

División de la Izquierda, compuesta de las tropas de Buenos Aires, brigadier general D. Juan Manuel de Rosas.

División del Centro, con las tropas de Córdoba, general Don José Ruiz Huidobro.

División de la Derecha, compuesta de las fuerzas de Mendoza y San Luis, brigadier general D. José Félix Aldao, más generalmente conocido por el Fraile Aldao.

El general en jefe, empañado en cuestiones de política interna, no se movió de Cuyo, dejando libre el campo a Rosas, que hizo la primera figura de la campaña.

La división de la izquierda, que tenía por objetivo batir los indios del sur de Buenos Aires y ocupar las líneas del Colorado y del río Negro, llevaba las siguientes tropas: escolta del general, un batallón de milicias, siete cañones y su dotación, 113 plazas del batallón Libertador, 250 guardias

nacionales de caballería, los batallones 3 y 30 del Río de la Plata, carretas y bagajes<sup>15</sup>.

Ya en campaña Rosas recibió oficios de Buenos Aires sobre la imposibilidad en que se hallaba el gobierno de enviarle los elementos y víveres necesarios. No por eso se desalentó y comprendiendo lo que importaba para él y su partido el éxito, apeló a sus amigos hacendados del sur, que le dieron carretas, caballos y haciendas.

Con estos recursos se lanzó sobre el Colorado, asegurando sus comunicaciones a retaguardia por medio de fortines y destacamentos, a fin de que esta línea sirviera de itinerario defendido para los ganados y elementos con que debiera ser auxiliado.

Veamos cómo condensa Reyes, a quien extractamos en seguida, el resultado de las operaciones:

Instalado el cuartel general de Rosas en el río Colorado, desprendió una fuerte división al mando del general Pacheco, con orden de arrollar a los indios hasta el otro lado del río Negro y recorrer sus dos márgenes hasta las Manzanas.

Con el mayor éxito se llevó a cabo este detalle esencial de la empresa, y marchando Pacheco de triunfo en triunfo, llevó por delante a los indios que encontró a su paso, haciéndoles salvar el río Negro.

Era el rigor del invierno y venciendo inconvenientes y contrariedades de todo género, fueron hasta la isla de Choele-Choel, teniendo que pasar por sobre el hielo para llegar allí.

---

<sup>15</sup> Seguimos al bosquejar los resultados de la campaña de Rosas una carta de su secretario en la expedición, Don Antonio Reyes, fechada en Montevideo el 3o de setiembre de 1870, dirigida al señor Don Federico Terrero, y publicada en *La Pampa* de Buenos Aires del 22 y 23 de noviembre de 1875.

La escasez en que habían quedado aquellas fuerzas, por falta de cooperación del gobierno, era espantosa. Había coraceros que no tenían más abrigo que el hierro de su coraza sobre una pobre camisa de algodón.

La falta de provisión llegó a tal punto, que las fuerzas de Pacheco tuvieron que comer los caballos más inútiles, mientras que en el cuartel general de Rosas apenas se carneaba cada ocho días.

El frío era espantoso y la falta de vestuarios hacía más terrible su acción sobre aquellos abnegados soldados.

Las fuerzas del general Pacheco hicieron diversas batidas en la isla de Choele-Choel, acuchillando a las inmensas indias que se habían refugiado allí, arreadas por el empuje de la Expedición y creyendo que aquel pedazo de territorio era inexpugnable.

Con esos indios había gran número de chusma de otras tribus, que había dejado allí el afamado cacique Chocory, mientras que él, con sus indios de lanza, había quedado en acecho en la pampa, para caer por retaguardia sobre los expedicionarios; lo que no pudo realizar, porque fue acuchillado y perseguido a tiempo, sucumbiendo él con todos sus indios de pelea.

Al cacique Chocory se le encontró sobre sus carnes una rica cota de malla, que fue traída al museo de esta ciudad, con otros objetos curiosos recogidos en aquella expedición.

Mientras el general Pacheco había marchado hasta Choele-Choel, el coronel Ramos había sido desprendido del cuartel general con órdenes de marchar por las márgenes del río Colorado, llegar a la cordillera y clavar el pabellón argen-

tino en el cerro de Pallén, arrojando todos los indios que encontrase en el desierto.

La división del coronel Ramos la componían 500 hombres de tropa escogida e hizo sus marchas con buen éxito.

Otra división ligera, compuesta de dos terceras partes de soldados regulares y otra tercera parte de indios auxiliares, al mando del comandante Leandro Ibáñez, fue desprendida para marchar al sur del río Negro a perseguir a las tribus, que salvándose de la persecución de las fuerzas de Pacheco hubiesen huido en dirección al cabo de Hornos.

Esta división penetró en esos desiertos y alcanzó hasta la latitud de las Islas Malvinas, de la Tierra del Fuego<sup>16</sup>.

Sorprendió a las fuerzas del cacique Cayupán en sus mismas guaridas, en donde fueron totalmente acuchilladas, tomando prisioneras a las chusmas, lo que dio por resultado que los indios de pelea que escaparon vinieron en seguida a presentarse a Rosas en el Colorado y sometándose sin condiciones.

El cacique Quentrel, muchos capitanejos y como 250 indios de lanza, fueron los indios rendidos que se presentaron.

Quedó así libre de indios toda esa parte del desierto, y Patagones y Bahía Blanca dejaron de ser visitadas por las invasiones de los bárbaros quedando bien guardadas por una fuerza de las tres armas al mando del coronel D. Martiniano Rodríguez, quien más tarde batió a las afamadas tribus borogas, que se rebelaron después de haberse sometido con moti-

---

<sup>16</sup> Este dato de Reyes no es exacto pues que dicha fuerza no llegó más que hasta el arroyo Balcheta. Nos fundamos al rectificarlo en el parte oficial de Rosas de 25 de noviembre de 1833, fechado en el Colorado (Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra).



vo de la expedición, y cuyos indios, soberbios y aguerridos, habían sido el azote de Chile y de la República Argentina, bajo el mando del famoso Pincheira, que los capitaneaba.

Mientras que la expedición se internaba en el desierto, esas tribus habían quedado en Salinas, en número de tres mil indios de lanza, a las órdenes de los caciques mayores, Cae-fuiquir, Rondeau y Melingueo.

Estas indiadadas, sometidas en paz, quedaban a retaguardia del ejército expedicionario, halagadas con la ventaja de que se les dejaba en rehenes un escuadrón de 200 dragones al mando del coronel D. Manuel Delgado, cuya verdadera misión allí era el tener a Rosas al tanto de cualquier movimiento hostil que emprendiesen esas tribus.

Al mismo tiempo, había entre ellas varios indios de importancia, que hábilmente comprometidos en favor del ejército expedicionario, hacían el espionaje con tanta fidelidad, que las intenciones y las palabras más insignificantes y los hechos más secretos de los caciques, eran comunicados con frecuencia al coronel Delgado para trasmitirlos a Rosas. Fue necesaria mucha destreza para evitar que mientras se internaba el ejército dividido en distintos cuerpos, marchando en diversos rumbos, cayesen sobre estas divisiones los indios que quedaban en Salinas y los pampas que estaban en Tapalquén.

Los amigos de Rosas sostenían más tarde que había existido el plan de levantar esas tribus para que se lanzasen sobre el ejército expedicionario, y tomándolo dividido, concluyesen con él.

Lo cierto es que una partida de indios que fue a Tapalquén desde Salinas, en parlamento acerca de los caciques que habían quedado al mando de las tribus en lugar de Catriel y de Cachul, que habían marchado en el ejército expedicionario con 600 indios amigos, prestándole grandes servicios, fueron fusilados, consiguiendo así contener la sublevación que combinaban.

Apenas supo Rosas esta tentativa de sublevación, despachó desde el Colorado al sargento mayor D. Bernardo Irigoyen con cuatro soldados y dos indios, llevando órdenes suyas y de los caciques Catriel y Cachul para los otros caciques que estaban al mando de las indiadas de Tapalquén, a fin de que fuesen inmediatamente fusilados los indios que se decía que desde Salinas y de Buenos Aires habían ido a sublevar esas tribus.

El resultado general de la expedición de la columna de la izquierda fue importantísimo.

Gran número de indios fueron muertos en la persecución que se les hizo, y una gran parte se sometió al ejército expedicionario.

Cerca de tres mil cautivos fueron libertados y este número se sobrepasó cuando después siguieron los indios entregando los cautivos que tenían y rescatándolos las divisiones que continuaron persiguiendo a los salvajes que no se habían sometido.

Concluida la expedición, se publicó un folleto con los nombres y señas de todos los cautivos rescatados, folleto que se distribuyó gratuitamente en las provincias que tienen fronteras.

Al regresar el ejército, dejó Rosas una buena guarnición en Patagones y otra en el fortín Colorado: y por algún tiempo se situó en Napostá, cerca de Bahía Blanca, en donde reunió todas sus divisiones, dio algún descanso a la tropa y se preparó para inutilizar la amenaza constante de las tribus borogas, que habían quedado en Salinas entretenidas con las promesas que se les hacía y vigiladas por las fuerzas del coronel Delgado, que había dejado entre ellas aparentemente como rehenes.

Eran, puede decirse, esos indios, los enemigos más formidables que quedaban en pie en el desierto.

Inició Rosas negociaciones de paz con ellos, imponiéndoles las condiciones necesarias para que dejaran de ser un peligro sobre nuestra campaña.

La coyuntura no podía ser más favorable, porque esas tribus, a pesar de su inmenso número, estaban entonces bajo la influencia y la impresión de las batidas impetuosas que habían dado los expedicionarios a las demás tribus arrojadas al otro lado del río Negro.

Para hacer más eficaz esa impresión, Rosas hizo de manera que los principales caciques viesan en la actitud en que se encontraba aquel ejército.

Rosas les demostró cómo la superioridad de su ejército y el hecho de hallarse él en el corazón del desierto, les ponía en la imposibilidad de escapar de un castigo terrible, si no aceptaban la paz que les proponía y las raciones que les ofrecía para que viviesen sin robar en nuestra campaña.

A las impresiones materiales que habían recibido los indios del empuje de los cristianos posesionados del desierto,

cooperaban con mucha eficacia los consejos del cacique chileno Venancio Coellapán, que tenía gran influencia en esas tribus y que mantenía buenas relaciones con Rosas.

Celebráronse, pues, los tratados de paz y era la base de éstos y la condición esencial, que los indios harían entrega inmediata del inmenso número de cautivos que tenían y que habían venido arrebatando a la campaña de nuestra República y la de Chile, desde la época de Pincheira.

Entre esos cautivos los había que eran miembros de las principales familias de las provincias del interior.

Rosas comisionó al general Corvalán para que recibiese la primera remesa de cautivos que debían entregar los indios; pero como ésta sólo constase de quinientos individuos, ordenó Rosas que en el acto fuesen devueltos a los caciques con los mismos indios que los traían, intimándoles que si esa primera entrega no constaba de mil cautivos y en la segunda remesa no se le entregaba hasta el último que había en las tolderías, quedaban rotos los tratados.

Los indios resistieron al principio enviar más cautivos; reuniéronse en consejo todos sus caciques, cambiaron varios parlamentos y diversas notas con Rosas, y al fin se decidieron a hacer la primera remesa de cautivos en los términos en que se les había impuesto.

Las notas que dirigían los caciques eran escritas por el teniente coronel chileno Millalecón, que hacía de secretario del cacique principal, a quien Rosas lo tenía de su parte.

Millalecón prestó en esas negociaciones grandes servicios al ejército expedicionario, y en recompensa más tarde

Rosas le hizo reconocer en su grado, lo dio de alta en la plana mayor, asignándole sueldo.

Recibida la primera remesa de cautivos, mandaron los indios el resto de los que tenían en sus toldos, acompañándolos quinientos mocetones de lanza, que traían el encargo de rendir homenaje a Rosas, a los jefes y oficiales de su ejército y a los caciques amigos que habían expedicionado.

Dispuso éste, para hacer impresión en los indios, que el recibimiento fuese solemne.

Al efecto, mandó que el ejército formase en dos alas y por en medio de ellos desfilaron los indios con el grupo de cautivos que entraban a pie.

Los muros de la fortaleza estaban coronados de tropas y habitantes de Bahía Blanca, y la perspectiva que la formación de estas tropas ofrecía, era más hiriente y de más efecto que el eco de las bandas de música, las salvas de artillería, el estallido de cohetes y bombas, y los vivas de todo el ejército a los caciques e indios amigos.

Eran conmovedoras las escenas que ofrecían aquellos desgraciados cautivos al encontrarse de repente aliviados del sufrimiento y del martirio que por tanto tiempo habían experimentado.

Obsequiados los indios de la comisión con diversos regalos, regresaron a los toldos haciendo el itinerario que Rosas les señaló para evitar choques y quitarles pretextos de alterar las buenas relaciones, que reinaban con el ejército expedicionario; algunos de esos indios no volvieron a sus toldos incorporándose al ejército, como también los doscientos dragones que al mando del coronel Delgado habían quedado como

rehenes en Salinas y que venían ahora escoltando a los indios y a los cautivos. Consideró entonces concluida su empresa Rosas y licenció sus divisiones en Napostá, haciendo regresar el convoy que traía los cautivos rescatados.

Pero dejó una guarnición allí de soldados que quisieron quedarse, con los que se formó el Regimiento de Blandengues, cuyo mando se confió al coronel D. Francisco Sosa.

En el fuerte "Argentino", quedaba otra guarnición a las órdenes del coronel D. Martiniano Rodríguez.

Hasta aquí los resultados de la campaña de Rosas.

El éxito no justifica los grandes errores militares. Rosas reveló escasa previsión e impericia militar, dejando su retaguardia amenazada por cinco mil indios famosos por su arrojo y audacia. Ellos pudieron caer sobre las diferentes divisiones del ejército y hacerlas pedazos una por una.

Escritores respetables han afirmado que la división del Centro fue destruida por los indios y yo mismo había adoptado el dato en la primera edición de esta obra; pero voy a rectificarlo ahora, haciendo conocer la referencia verbal hecha por el general Ruiz Huidobro<sup>17</sup>, Comandante en jefe de

---

<sup>17</sup> El general D. José Ruiz Huidobro era hijo del gobernador de Montevideo en 1806, D. Pascual Ruiz Huidobro, quien dio los elementos con que Liniers se lanzó a la reconquista de Buenos Aires, dominada por la invasión inglesa. Cayó prisionero en la toma de Montevideo por los ingleses y fue enviado a Inglaterra, de donde regresó tomando una parte distinguida en los acontecimientos del año 10. Deliberábase el 22 de mayo en la plaza sobre la suerte del pueblo. El general Mitre en la Historia de Belgrano, pág. 270, t. I, dice: El primer voto que se estampó después de el del obispo fue el del general español D. Pascual Ruiz Huidobro. Este personaje respetable que presidió a la empresa de la Reconquista y bajo cuyas órdenes se perdió Montevideo, habla sido nombrado Virrey hallándose prisionero en Inglaterra. Alejado con este motivo de Cisneros y en contacto con los patriotas que lo consideraban, su voto fue que debía cesar el Virrey y reasumir su autoridad el Cabildo, como representante del pueblo, ínterin se formaba un gobierno provisorio. Este voto, calurosamente aplaudido por los patriotas, fue saludado con

aquella división, a uno de sus íntimos amigos, mi padre político D. Andrés Costa de Argibel.

El general Huidobro marchó al frente del regimiento de caballería de línea "Auxiliares de los Andes" y de 600 cordobeses a las inmediatas órdenes del coronel D. José Francisco Reinafé. El primer cuerpo se componía de soldados de Buenos Aires y de San Luis.

Sostuvo dos combates formales con los indios ranqueles, que se presentaban sobre el campo de batalla en grandes masas y se batían valientemente.

El primero acaeció en la laguna de las Leñitas donde los cordobeses con el coronel Reinafé a la cabeza se desbandaron y huyeron cobardemente, dejando al general Ruiz Huidobro con su bravo regimiento de "Auxiliares de los Andes", en lucha tenaz con tres mil indios implacables.

Tan comprometido estuvo el regimiento que el general mandó echar pie a tierra y formar cuadro, obteniendo una victoria completa sobre los bárbaros que huyeron dejando un número considerable de muertos.

A pesar de la desertión de las milicias cordobesas el general Huidobro siguió su marcha avanzando hacia el Cuero; pero en las Acollaradas fue detenido por otro ejército ranquel de más de tres mil lanzas y se vio obligado a dar una desigual batalla.

Asimismo, se condujo con tanta pericia y con tal denuedo, que obtuvo el más completo triunfo, haciendo al enemigo una enorme mortandad. Se reconoció entre los indios muer-

---

aclamaciones por los que llenaban la plaza pública de pie de las galerías del Cabildo.

tos al famoso cacique Yanquetruz, que mandaba en jefe a los indios ranqueles y que a la sazón era el más temido y afamado en las fronteras del Oeste y del Norte. Murió también allí otro cacique renombrado, Pichún, hijo de Peini.

Continuó por algunas jornadas internándose en el desierto; pero abandonado por el Gobierno de Córdoba que no le envió reses para proveer a su valerosa división, tuvo que emprender la retirada, comiendo sus propios caballos.

El general Quiroga, como hemos dicho, no se movió; y el ejército que él debió dirigir, fue confiado al Fraile Aldao, quién costeó el río Chadileuvú hasta la laguna Amarga y fue obligado a retroceder por la desertión y las sublevaciones de la tropa.

Así, pues, la expedición de 1833, fracasó en su objetivo de avance de las fronteras a consecuencia de la retirada de las divisiones del Centro y de la Derecha.

El Gobierno de Chile había sido invitado también a concurrir a la expedición desde 1831, con el objeto de avanzar combinadamente las fronteras de ambas repúblicas. Parece que el gobierno chileno pensaba destacar al general Bulnes con un cuerpo de ejército que debía darse la mano con el general Pacheco en las Manzanas; pero Chile se excusó en 1833 de no haber tenido tiempo para ponerse de acuerdo con los pueblos trasandinos a fin de batir al enemigo común<sup>18</sup>. El general D. Ángel Pacheco había costeado el río Negro hasta las sierras que se hallan al Oeste de su confluencia con el Neuquén, que fueron denominadas Sierras de Rosas.

---

<sup>18</sup> Manuscrito existente en el Archivo General de la Provincia de Buenos Aires.



Por el lado del río Negro el general Pacheco había ocupado Choele-Choel y sus comunicaciones con el Colorado y Buenos Aires estaban aseguradas por medio de una línea de fortificaciones que partían de aquel río hasta el Salado.

Un escritor contemporáneo resume en los siguientes términos concisos y verídicos los resultados de esta tentativa realizada a medias, a consecuencia de la retirada inoportuna de las divisiones de la Derecha y del Centro:

"Esta expedición rescató numerosos cautivos, recorrió un inmenso territorio, batió a los indios, practicó el reconocimiento de aquella inmensa área de tierra y enarboló el pabellón de la Provincia en la intersección de los 39° de latitud y 5° de longitud, meridiano de Buenos Aires. ¿Cuáles fueron sus resultados positivos? La certidumbre de que es hacedero el establecer la frontera sobre el Colorado o el Negro, que los indios no pueden resistir a nuestras armas, y que sólo por descuido o incapacidad los salvajes pueden dominar.<sup>19</sup>"

Malograda aquella ocasión de anonadar completamente el imperio de los salvajes al Norte del río Negro, la opinión nacional no ha cesado de reclamarlo.

El Congreso de la Nación fue en 1867 el centro de condensación de todas las opiniones flotantes que buscaban el avance de la frontera hasta el segundo Desaguadero del sur o río Negro, como solución radical y definitiva. Los senadores Gerónimo del Barco, Juan Llerena y Mauricio Daract pre-

---

<sup>19</sup> VICENTE G. QUESADA, "Las Fronteras y los indios", en Anales de la Sociedad Rural Argentina (núm. 8, Buenos Aires, 31 de agosto de 1870).

sentaron un proyecto de ley fijando como línea actual militar de frontera de la República la formada por el río Neuquén desde su nacimiento en los Andes hasta su confluencia con el río Negro, y desde esta confluencia hasta la desembocadura del último en el Atlántico, estableciendo dicha línea fronteriza en la margen septentrional del expresado río, de cordillera a mar. El proyecto prevé el caso de realizar una expedición general, que dé por consecuencias el sometimiento discrecional de las indias mediterráneas o su expulsión al sur del río Negro.

La Comisión Militar compuesta del general Madariaga y de los doctores Llerena y Granel suscribió el siguiente dictamen:

*Honorable señor:*

La Comisión de Guerra habiendo estudiado detenidamente el proyecto presentado por tres señores senadores, con el objeto de asegurar la frontera sur de la República, ha encontrado no sólo conveniente y oportuno el objeto que se propone, sino que tal vez en ese proyecto se halle el único camino existente para obtener esa indispensable medida.

Ni la Nación, ni el Congreso, puede consentir por más tiempo que los bárbaros de la pampa, con violación de los tratados más solemnes, sigan asolando y destruyendo nuestras poblaciones fronterizas. Es evidente que un remedio actual inmediato se necesita para que desaparezca ese violento, ese espantoso estado de cosas.

¿Cuál será ese remedio? ¿Reformar la línea actual de fronteras? Eso es imposible.

Esa línea se compone de más de 600 leguas, sin defensas naturales, y es claro que ni con veinte, ni con cien mil hombres podría cubrirse bien.

La línea del Colorado que se ha prepuesto por uno de nuestros generales<sup>20</sup>, tampoco es sostenible, porque ese río no es navegable y da paso por todas partes a los indios.

No hay, pues, otro remedio práctico al espantoso mal que de tantos años sufre la República que ocupar militarmente la línea del río Negro, barrera profunda y navegable de cordillera a mar, la cual es posible defender y cerrar bien con menos de tres mil hombres.

Respecto al tenor del proyecto, él es lo mejor que puede arbitrarse para el caso, en una materia que dependa principalmente de la voluntad y tino en la ejecución. Sin embargo, no se oculta a la comisión, que el proyecto ofrece algunas deficiencias. Para remediar éstas propone la adición de los [otros] artículos que se hallan incluidos en el proyecto perfeccionado que está presente a la aprobación del Senado.

Tanto los autores primitivos del proyecto, como la comisión, se hallan dispuestos a dar todos los esclarecimientos que se exijan sobre la materia.

JUAN MADADARIAGA - JOAQUÍN GRANEL  
- JUAN LLERENA

Sala de Comisiones, Buenos Aires, junio 18 de 1867.

El proyecto pasó por el crisol de una y otra cámara y en 13 de agosto de 1867 quedaba sancionado definitivamente en

---

<sup>20</sup> General D. Wenceslao Paunero. Proyecto de 1864.

la sala de su origen. Los debates carecen de interés. Se reducen a ideas generales sobre frontera, a preguntas y esclarecimientos dados con escasa abundancia de datos y falta de estudio de la cuestión. Generalmente los oradores que avanzaron mayores demostraciones, como el senador Llerena, cuya convicción palpita en sus discursos, se limitaban a reproducir las páginas que Mr. Moussy ha consagrado a la frontera y a las exploraciones del río Negro.

He aquí el texto de la ley:

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

ART. 1° - Se ocupará por fuerzas del ejército de la República la ribera del río Nauquén o Neuquén desde su nacimiento en los Andes hasta su confluencia con el río Negro, y desde esta confluencia hasta la desembocadura del río Negro en el Océano Atlántico, estableciendo la línea en la margen septentrional del expresado río, de cordillera a mar.

ART. 2° - A las tribus nómadas existentes en el territorio nacional, comprendido entre la actual línea de frontera y la fijada por el Artículo 1° de esta ley, se les concederá todo el que sea necesario para su existencia fija y pacífica.

ART. 3° - La extensión y límites de los territorios que se otorguen en virtud del artículo anterior, serán fijados por convenios entre las tribus que se sometan voluntariamente y el Ejecutivo de la Nación, con sujeción a la sanción del Congreso. Quedará exclusivamente al arbitrio del Gobierno Nacional fijar la extensión y límites de las tierras otorgadas a las tribus sometidas por la fuerza.

## LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

En ambos casos se requerirá la autorización del Congreso.

ART. 4° - En el caso que todas o algunas de las tribus se resistan al sometimiento pacífico, se organizará contra ellas una expedición nacional hasta someterlas y arrojarlas al sur de los ríos Negro y Neuquén.

ART. 5° - A la margen izquierda o septentrional de los expresados ríos y sobre todo en los vados o pasos que puedan dar acceso a las incursiones de los indios, se formarán establecimientos militares en el número y en la distancia que juzgue conveniente el Poder Ejecutivo para su completa seguridad.

ART. 6° - Autorízase al Poder Ejecutivo para invertir fondos en la adquisición de vapores adecuados y en la exploración y navegación del río Negro, como una medida auxiliar de la expedición por tierra; igualmente que para el establecimiento de una línea telegráfica que ligue todas las guarniciones dispuestas a las márgenes del expresado río.

ART. 7° - Autorízase igualmente al Poder Ejecutivo para hacer los demás gastos que demande la ejecución de la presente ley, usando si fuere necesario del crédito nacional para la consecución de este objeto y dando oportunamente cuenta al Congreso.

ART. 8° - Por una ley especial se fijarán las condiciones, el tiempo y la extensión de tierras que por vía de gratificación se concederá en propiedad a los individuos que compongan la expedición, ya sean como fuerzas regulares o como voluntarios.

ART. 9° - Todo el contenido de la presente ley empezará a tener efecto inmediatamente de terminada la guerra que hoy sostiene la Nación contra el Paraguay, o antes si fuere posible. Lo relativo al pacto de indios deberá comenzar su ejecución inmediatamente de sancionada por el Poder Ejecutivo.

ART. 10° - Comuníquese al Poder Ejecutivo.

La sanción de esta ley era el resultado del movimiento de la opinión en el Congreso desde 1863 y 2864, en que el diputado Oroño, promovía la traslación de las fronteras de la República sobre el río Negro.

Fundando su pensamiento decía:

"El remedio propuesto es grandioso, y llevado a cabo será eficaz. Los medios están al alcance del Gobierno y la República puede en cinco años contar dos escudos más, una Provincia sobre el río Negro, y otra que abrazará el rico y valioso territorio entre la latitud 28° y el río Bermejo, con más el enorme territorio entre el Negro y el río Quinto, que pronto pasaría de las manos de los Ranqueles a las del hombre blanco.<sup>21</sup>"

El señor Oroño ha sostenido su propaganda con el vigor y la fe que inspiran las convicciones bien cimentadas; y en 1869 publicaba un importante opúsculo para desarrollar las siguientes ideas:

1° Reducción del ejército a 3.500 hombres de las tres armas y su conveniente organización bajo la base del enganche.

---

<sup>21</sup> NICASIO OROÑO, en su folleto: *Consideraciones sobre fronteras y colonias*, Buenos Aires, 1869.

2° Ocupación inmediata del desierto bajo las órdenes de jefes experimentados, inteligentes e inquebrantables en el cumplimiento de su deber.

3° El establecimiento de colonias extranjeras en los territorios conquistados sobre el río Negro.

4° La adjudicación de terrenos a los jefes, oficiales y soldados que expedicionasen al desierto.

5° La paz con los indios, sobre la base del reconocimiento de la propiedad del territorio que ocupen, su desarme completo y excepción del servicio militar durante veinte años.

En 1868, poco antes de entregar el mando de la República el general Mitre al presidente Sarmiento, fue firmado un decreto ordenando la ocupación militar de Choele-Choel, decreto sin consecuencias prácticas, porque la nueva Administración no le dio cumplimiento, limitándose a mandar una fuerza de 150 hombres y un vapor, con el fin de hacer un reconocimiento hasta aquella isla.

A la vez que el Congreso y los propagandistas de la República Argentina preparaban un movimiento fecundo de opinión, ensanchando la de los partidarios de la línea del río Negro, se publica en Chile el libro más interesante que conocemos sobre sus fronteras, escrito por el coronel D. Cornelio Saavedra, conquistador moderno de Arauco, como comandante en jefe del ejército chileno de operaciones para avanzar la frontera<sup>22</sup>. En oficio de 1° de junio de 1870 el coronel Saavedra expone a su Gobierno las dificultades con que tiene

---

<sup>22</sup> Documentos relativos a la ocupación de Arauco, que contienen los trabajos practicados desde 1861 hasta la fecha por el Coronel Don CORNELIO SAAVEDRA. (Santiago de Chile, 1870) El general Saavedra ocupa en Chile el Ministerio de la Guerra.

que luchar, a consecuencia de la íntima conexión que existe entre el problema de la frontera chilena y el de la frontera argentina, y observa lo siguiente:

"El sistema de ocupación de puntos de cordillera o de una línea paralela a ésta, para estorbar principalmente las connivencias con los indios de la Pampa, prometería mejores resultados su adopción, si no fuera que, para sostenerse por sí sola, requeriría doble número de fuerzas por su aislamiento; siendo entre tanto indudable que cuando el gobierno apoyado en su línea del Topen llegue a enseñorearse de Villa Rica, se hallará a menos costo, con mayores facilidades para producir el mismo efecto.

Estos antecedentes, dice en otra página, revelan, pues, que los caudillos arribamos se hallan en estrechas relaciones e inteligencias con los indios de ultracordillera, y que, para sostener contra ellos un sistema de guerra que tienda a dominar permanentemente el corazón de Arauco, incluso los boquetes andinos de comunicación con la Pampa, tendremos, o que abandonar los salvajes a la impunidad de sus crímenes o lanzarnos a una vía de expediciones interminables, cuyo éxito muchas veces puede ser desgraciado, si éstas se componen de pocas fuerzas, e infructuoso cuando sean numerosas."

El teniente coronel D. Manuel José Olascoaga, emigrado argentino, reincorporado ya en su clase al ejército de la República, servía en aquella campaña chilena a las órdenes de Saavedra y levantó una de las dos cartas geográficas con que este jefe ilustró su obra. Hallábase Olascoaga en la vanguardia en Tolten, desde donde ofició con fecha 1° de junio de 1870



al comandante en jefe dándole cuenta del resultado de sus observaciones topográficas y del examen de las posiciones estratégicas.

No hay duda que el parte del teniente coronel Olascoaga sugirió al coronel Saavedra aquellas observaciones sobre la dificultad de resolver el problema de la frontera araucana, mientras los pampas sean dueños del río Negro. El oficial argentino hallaba el medio eficaz para salvar tan abultadas dificultades, en la combinación de la guerra contra los indios, por medio de una operación simultánea de los ejércitos de Chile y de la República Argentina, efectuando un movimiento envolvente al sur. El comandante Olascoaga dice en su precitado oficio:

"En presencia de estas apreciaciones no se podrá menos que pensar en la inmensa importancia de la línea militar de Tolten. Y si se tiene en vista la relación geográfica en que se halla con la otra desde ha mucho tiempo proyectada en la República Argentina sobre el río Negro, resulta entonces la grandiosa y benéfica revolución que preparaba, para ambos países, el hecho de su terminación en Villa Rica.

Nada tendría de extraño que el gobierno argentino viendo en este punto el apoyo que antes le ha faltado por la parte de los Andes, y consultando su propia conveniencia buscara el acuerdo del de Chile para ocupar desde aquella altura la costa norte del río Negro hasta su desembocadura en el Atlántico, comenzando por combinar sus operaciones en la cordillera con las tropas de este lado. Esta línea de mar a mar, de fortificación y de seguridad mutua, no tardaría, ¿quién sabe?, en llegar a ser a la vez la línea ínteroceánica de comu-

nicación que algunos han soñado y que tanto progreso y riqueza produciría en las dos Repúblicas limítrofes.”

Estos pensamientos son altamente militares. El sueño del padre Falkner, primer explorador de río Negro, se habría realizado, en efecto. Tenemos fe en el porvenir y pensamos que si la cuestión de límites argentino-chilena arriba, como lo creemos, a una solución decorosa y de paz, ambas Repúblicas, impulsadas por un mismo sentimiento de propia conveniencia y de redención civilizadora, llevarán sus armas combinadas a clavar sus últimos jalones en la colosal tarea de la conquista del desierto<sup>23</sup>.

En 1864 el general D. Wenceslao Paunero, que se había distinguido en la guerra contra los indios del sur de la República, formuló un plan de fronteras, sobre la base del río Colorado; pero la Administración del general Mitre, empeñada poco después en la guerra del Paraguay, no pudo consagrar sus esfuerzos a la solución del problema.

En 1870 el Gobierno de Buenos Aires inicia un cambio radical en el sistema de la defensa de la frontera, conmovido ante el cuadro de sangre y de ruinas que acababa de trazar la invasión a la Costa Sur. El 27 de julio presentó un mensaje a la Legislatura, avisando que con fecha 22 del mismo había sometido a la consideración del Poder Ejecutivo Nacional, "sus ideas respecto a la defensa de nuestras fronteras y de la conveniencia de trasladarlas a los ríos Negro y Colorado de Patagones; y contando, agrega, con que interpreta fielmente

---

<sup>23</sup> Esto decíamos en la primera edición; pero después de publicada han ocurrido hechos que comprometen seriamente la paz, a consecuencia de avances cometidos por Chile en contra de la República Argentina. Sin embargo, vuelve a hablarse de arreglos.

los sentimientos de V. H. y del pueblo de la Provincia, se permitió ofrecer al Exmo. Señor Presidente de la República los recursos con que aquélla podía concurrir eficazmente a la realización de un propósito, que juzga ser el único capaz de asegurar una vez por todas, la vida y la propiedad de los habitantes de esa porción del territorio y de facilitar el desarrollo de nuestra industrial rural."

El Gobierno de la Nación, terminada apenas la guerra del Paraguay, se veía envuelto en la lucha civil promovida por la rebelión de López Jordán, de manera que ni tenía ocasión de pensar en un sistema definitivo de fronteras, ni disponía de recursos y de ejércitos capaces de darle forma práctica. Así lo expresaba el ministro Dr. D. Mariano Varela en oficio de 25 de julio del mismo año, contestando a los ofrecimientos de la Provincia. El ministro decía:

"En las actuales circunstancias, el país está comprometido en una lucha de honor y de propia conservación, que absorbe la actividad de los poderes públicos de la Nación y en cuyo éxito se hallan interesados la moral, la justicia y los más altos intereses del país. No es posible dedicar las tareas, ni los elementos del gobierno por el momento, a una operación que, como la traslación de la frontera, requiere preparación tan seria y estudios previos tan importantes, si no se quiere exponer al país a ver defraudadas sus esperanzas por la precipitación en la ejecución de tan grande como difícil empresa. Para atender a ella es menester ante todo concluir con la rebelión, y para reunir esta primordial necesidad, el señor Presidente cuenta con el mismo patriotismo y cooperación que

V. E. le ofrece a fin de dejar despejado el camino para emprender en seguida la grande obra de asegurar definitivamente nuestras fronteras.”

Por esta misma época el senador Llerena volvía a agitar la cuestión en la cámara de que formaba parte, provocando un proyecto reglamentario de la ley de 1867, el cual fue suscrita por los senadores Mitre, Victorica e Ibarra<sup>24</sup>. Sancionado en el Senado no tuvo curso en la otra cámara; pero la iniciativa dio por resultado importante asociar por un acto parlamentario, la autorizada opinión y el importante concurso del brigadier general D. Bartolomé Mitre a los partidarios de la línea del río Negro.

En 1871 el coronel Gainza, ministro de Guerra y Marina, hacía saber al Congreso que se preparaba a dar cumplimiento a la ley sobre traslación de las fronteras al río Negro. La noticia fue recibida con júbilo, pues era el primer paso que se daba oficialmente, después del decreto sobre la ocupación de Choele-Choel, con el propósito de coronar aquella empresa nacional, sobre la cual el mismo senador Llerena había interpelado al Ministerio un año antes.

En 1872, la Memoria del Ministerio de Guerra anunciaba un hecho de trascendencia: la doble exploración del río Negro y de los territorios adyacentes.

El teniente coronel Guerrico, comandante de un buque de guerra, había recibido orden de navegar el río Negro, a fin

---

<sup>24</sup> Diario de sesiones del Senado, 1870, Pág. 224 y sigts.

de conocer exactamente el curso, configuración y altura de costas, profundidad y corrientes de aquél y de los ríos Limay y Neuquén. Esta expedición fracasó algunas leguas arriba de Choele-Choel, por razones que en otro capítulo analizaremos.

Más feliz, porque iba a lomo de caballo, el oficial encargado de la exploración terrestre llegó a su destino sin tropiezo. En efecto el Ministerio de la Guerra había dispuesto que simultáneamente y a título de nueva verificación de tratados (dice la Memoria de Guerra de 1872) el comandante militar de Patagones emprendiese la exploración del territorio. La exploración duró cuatro meses, a las órdenes del sargento mayor Mariano Bejarano y llegó hasta las tolderías de Shalyhueque en las Manzanas.

Complementando el cuadro de las opiniones contemporáneas, trazado a grandes pinceladas, sobre la necesidad de ocupar la línea estratégica del río Negro, citaremos los trabajos del coronel D. Alvaro Barros, que han visto la luz pública desde 1871 hasta 1878, en tres volúmenes titulados *Fronteras y territorios federales de las pampas del sur*, *Cuestiones económicas* y *La guerra contra los indios*.

El coronel Barros concurre al estudio de la cuestión Frontera con el auxilio de la historia y de la geografía, haciendo conocer en la primera de sus obras algunos documentos inéditos de oficiales distinguidos como García, Undiano y otros.

Piensa como el senador Oroño, que es necesario combinar un proyecto de colonización en alta escala de los territo-

rios del río Negro, como medio de garantizar la eficacia de la Expedición.

Creemos que la colonización es necesaria, aunque no irá con los ejércitos. Estos tienen la misión de conquistar y limpiar el campo, que aquélla fecundará; pero sin garantías previas, sin plena defensa de los territorios del sur, la colonización no podrá derramarse en ellos, porque faltará la confianza y la seguridad, sin las cuales los elementos activos y emprendedores no encuentran alicientes para lanzarse al desierto.

Juzgando la cuestión del punto de vista militar el coronel Barros la presenta bajo una fórmula concisa y perfectamente de acuerdo con la ley de 1867. El mal, dice, ha llegado a su colmo y la opinión pública empuja al gobierno hacia el río Negro; pero es necesario marchar con cautela y sobre un plan serio, que asegure los resultados. El coronel Barros lo halla en las siguientes bases de la ley:

1º Encerrar a los indios en el desierto, cortándoles todas sus comunicaciones con el norte del río Negro.

2º Perseguirlos en el mismo desierto sin darles tregua ni cuartel.

En efecto, no puede ser otro el objetivo capital de la gran operación. Tenemos ideas más avanzadas aún sobre el éxito. Una vez encerrados los indios en ese desierto llamado Patagonia<sup>25</sup>, sin ganados, sin vicios, sin recursos vitales, y

---

<sup>25</sup> Palabra que significa país de las colinas, según la etimología quichua, publicada por el Dr. D. VICENTE FIDEL LÓPEZ. Dice este autor: "Pata significa colina, collado; y cuna o más bien qunya, es la partícula disfija característica de los plurales quichuas; Patagunya significa las colinas o más bien los campos ondulados." (Revista de Buenos Aires, t. 20, pág. 618.)

luchando con la aridez del territorio, ¿qué harán sino buscar provisiones y ropa en una sumisión discrecional? Es necesario tener en cuenta que los indios de hoy no son los que vio Villarino, y que los bárbaros mezclados ya con elementos civilizados, obedecen a la exigencia de grandes necesidades, que en su primitiva vida no conocieron, y que no podrán satisfacer una vez arrojados al desierto patagónico.

Uno de los jefes superiores que no ha tenido más plan de frontera que el de la ocupación del río Negro, es el general D. Julio A. Roca, hoy encargado de la cartera de Guerra y Marina. El estudio y la experiencia le habían enseñado que, cuando se quiera hacer a la República el inmenso servicio de garantizar la seguridad de sus campañas, habrá que pensar en aquellas grandes líneas trazadas por la naturaleza previsoras, en los confines del desierto, cuya conquista se anhela.

Era todavía coronel el señor Roca cuando el presidente Sarmiento lo llamaba para exponerle un plan de avance de la frontera sobre los valles del oriente de los Andes.

El señor Sarmiento era consecuente con las opiniones manifestadas en 1850, en su conocida obra *Argirópolis*, escrita y editada en Santiago de Chile. Crítica en ella la guerra defensiva de acantonamientos en medio de la pampa, y señala como empresa digna del valor y de la misión del ejército nacional, la ocupación y fortificación del río Colorado, base para llevar en seguida el dominio de nuestras armas al río Negro<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> DOMINGO F. SARMIENTO *Argirópolis o la Capital de los Estados Federales del Río de la Plata*. (Santiago de Chile, Imprenta de Julio Belin, 1850.) Págs. 127 y 128.

En 1875 el general Roca, comandante en jefe de la frontera sur del Interior, fue llamado a Buenos Aires con urgencia. Celebrábase un consejo de Estado para discutir y realizar el plan de avance de la frontera, presentado por el ministro de la Guerra doctor Alsina, y el Presidente de la República deseaba oír en el seno del gabinete la opinión del general. Si de lo que pasó hemos de juzgar por lo que refirieron los diarios de la época, resultaría que el general Roca y el doctor Alsina estaban en desacuerdo.

Partidario el primero de la línea del río Negro, no podía contentarse con la de Carahué. A su vez el doctor Alsina, a pesar de su energía y carácter emprendedor, no se creía suficientemente preparado para lanzar la orden de marcha al río Negro. Creía que los indios podrían detener nuestra marcha dándoles así mayor importancia y exagerando su poder.

El sospechado desacuerdo no tardó en subir a las columnas de la prensa. La República había hecho alusión a la conferencia y tiraba la lengua al general Roca, que no se hizo esperar mucho para contestar.

Con fecha 24 de abril de 1876, escribía desde el Río Cuarto a aquel diario:

"Estimulado por sus benévolos conceptos vengo a manifestarle ligeramente mis ideas a este respecto, porque pienso que es un deber de los que estamos al frente de las fronteras, encargados de su guarda y su adelanto, presentar al estudio de todos los hombres ilustrados, el producto de nuestras meditaciones y experiencia, en esta cuestión de vida o muerte para la riqueza agrícola de este país.



Estas opiniones no son nuevas en mí, por otra parte, y responden al pensamiento antiguo de hacer del río Negro la frontera de la República.

Mi idea es ésta: creo que sin grandes sacrificios se puede avanzar la línea de San Rafael sobre el río Diamante hasta el río Grande o Colorado o bien hasta el Neuquén.

No solamente ofrecería esta operación grandes beneficios para el país, por los riquísimos campos regados por los numerosos ríos y arroyos que se desprenden de la Cordillera, y que se ganarían para la Provincia de Mendoza, o para la Nación; sino por las ventajas que reportaría para la seguridad de nuestras fronteras actuales, el hecho de interceptar y cortar para siempre el comercio ilícito que desde tiempo inmemorial hacen con las haciendas robadas en la República Argentina.

No veo pues por qué no se ha de apresurar nuestro gobierno a tomar posesión de la parte oriental de los Andes, si no hasta donde ha alcanzado Chile, por lo menos hasta el río Grande o Neuquén, obteniendo así la doble ventaja de aislar a los habitantes de las Pampas y adquirir territorios fertilísimos, aptos para toda clase de cultivos y cubiertos de pastos, aguas y bosques abundantes.

La carta abunda en indicaciones geográficas y económicas, que acusaban la consagración que el general Roca había dedicado al pensamiento de la nueva línea definitiva de la frontera sur de la Nación. Así, pues, cuando fue promovido al Ministerio de la Guerra los partidarios de aquella solución radical sabíamos cuál era su programa al respecto y nos felicitábamos.

Cerramos aquí esta ligera reseña histórica sobre la empresa trascendental de que sigue preocupándose el ministro de la Guerra. Es posible que hayamos omitido muchos datos y que ignoremos la existencia de otros trabajos, fuera de los que hemos analizado; pero la urgencia con que nos era reclamado este libro, nos ha obligado a ser muy parcos en la redacción y a reducirnos a nuestra propia biblioteca y archivo<sup>27</sup>.

La opinión pública está ansiosa de llegar a la solución radical del problema de tres siglos. Cuando se inició en 1870 la ocupación de la línea del río Negro, se operó un movimiento de verdadero regocijo. El señor D. Eduardo Olivera, presidente de la Sociedad Rural Argentina, lo describía así en 1870:

"Hemos visto al gobernador de la Provincia ofrecer al Gobierno Nacional todos los recursos de que ella dispone para expedicionar y asegurar las fronteras sobre los ríos Negro y Colorado; ir más lejos, no esquivar nada y poner su persona a la disposición de ese mismo Gobierno para llevar a cabo un tan gran bien.

Los hacendados, como una sola persona, han apoyado tan grande empresa, y se les ha visto reunirse en nuestros

---

<sup>27</sup> En 1864 apareció por la imprenta del Mercurio un folleto titulado Fortificación y Colonización de las Fronteras del Sur de la República Argentina, por D. ÁNGEL PLAZA MONTERO.

Contiene un proyecto e informe presentado el 1° de diciembre de 1857 al gobierno de Buenos Aires, sobre la ocupación de una línea definitiva, por D. Angel Plaza Montero y el ingeniero militar mayor Bianchi.

Este es un trabajo ligero y deficiente del punto de vista geográfico, porque en aquella época las exploraciones no habían avanzado hasta donde llegan hoy; pero en el fondo sostiene la verdad en materia de solución radical del problema.

salones y en una acta, adonde se ven las firmas de cerca de trescientos de los principales ganaderos y propietarios del país, ofrecer toda su cooperación para concluir una vez por todas con el tributo vergonzoso, que hace siglos pagamos al pampa.”

Hoy se producirán en análogo sentido, porque la empresa es siempre fecunda para la riqueza pública y para nuestro porvenir político. Nuestra población marcha al norte y al oeste con mayor rapidez y con bases más sólidas que al sur; y sin embargo, una alta previsión estratégica debe hacernos volver los ojos al vasto territorio austral de la República. Es necesario poblarlo para afianzar nuestros dominios, y para poblar el desierto es forzoso desplegar el ejército a vanguardia.

Se ha anunciado ya que el general Roca irá al río Negro. Si supiéramos que vacila, y que necesita estímulo, le dirigiríamos en nombre de una gran aspiración nacional, la siguiente frase de aliento, que ha llevado tan lejos a los norteamericanos en la conquista de sus comarcas salvajes: *Go ahead.*

**CAPÍTULO II.**  
**EXPLORACIONES (1553-1875)**

Los jesuitas en Nahuel-Huapi. - Su abnegación. - Asesinato de los misioneros. - La señora española. - El camino de Bariloche. - Primera navegación del Limay. - Proyectos de Valdivia sobre los valles orientales. - Reconocimiento practicado por Villagra en 1553 - Peregrinación de sus soldados. - Fundación de una ciudad en la pampa. - Otros reconocimientos. - Ocupación de la boca del río Negro. - Reconocimiento sobre el río Colorado. - El célebre viaje de Villarino. - Análisis y aclaraciones de su Diario. - Su desgraciada muerte. - El coronel Crámer. - Exploraciones de 1833. - El *Beagle*. - Estudios sobre el río Negro por Descalzi, y sobre el Colorado por Chicliana. - Nuevos reconocimientos en las Manzanas. - Viaje de Olavarría. - Expediciones de Amigorena. - Éxito de Hers y Fonck. - Cautiverio de Mr. Guinnard. - D. Guillermo Cox. - El Livingstone sudamericano. - Viaje del capitán Ramírez. - Estudios del comandante Guerrico. - El Diario del mayor Bejarano. - Viaje del señor Moreno.

- Del Carmen a Valdivia. - Deficiencias geográficas de las exploraciones.

LOS PRIMEROS esfuerzos para redimir las tribus indígenas esparcidas al oriente de los Andes, al sur del río Negro y para explorar y poblar sus tierras, partieron de Chile y se deben a la Compañía de Jesús. Fueron intrépidos y valerosos padres los que descubrieron las nacientes del río Limay, que junto con el Neuquén da origen al río Negro<sup>28</sup>.

El célebre misionero Nicolás Mascardi, cuyas campañas a la sombra de la Cruz, y cuyos largos padecimientos han inspirado extensas y conmovedoras crónicas a varios de los padres que admiraron sus virtudes, fue el primer europeo que holló el manto de nieve tendido sobre las espaldas de los Andes, para descender sus faldas orientales al sur de Arauco, y emprender la reducción de los Puelches<sup>29</sup>. En 1690 el padre Mascardi, que se había distinguido en los trabajos evangélicos de Chillón, fue comisionado para llevar la propaganda de la fe al misterioso e ignorado país de Nahuel-Huapí, no lejos del cual la fábula hacía existir la encantada ciudad de los Césares, que ha sido el Eldorado de las comarcas meridionales, en los siglos pasados. Mascardi llegó a Nahuel-Huapí, y después de

---

<sup>28</sup> Bebemos nuestros datos en la fuente más auténtica; en las relaciones que hicieron los misioneros o en sus manuscritos, todo lo que fue aprovechado por el jesuita MIGUEL DE OLIVARES en su famosa obra *Historia de la Compañía de Jesús en Chile* (1593 a 1750) publicada en 1874 como tomo VII de la *Colección de Historiadores de Chile*, con una Introducción biográfica y notas por D. Diego Barros Arana. En la primera edición no comprendíamos las exploraciones anteriores a 1690 y en la presente nos remontamos hasta 1553.

<sup>29</sup> Puelches. Voz araucana compuesta. Puel significa "el Esté" y Ché "gente": gentes que viven al este de los Andes.

permanecer algunos años entre los salvajes, fue muerto por éstos.

En 1702 el jesuita alemán Felipe van der Meren, conocido en historia por el padre Felipe Laguna, como traducción de su apellido flamenco, dice Oliveras, encontró en las islas de Calbuco, en la falda occidental de los Andes, algunos indios pampas que habían pasado la cordillera, y quienes le dieron minuciosas noticias del padre Mascardi, contando que les había enseñado a no embriagarse y a rezar. Pidieron, en fe de que decían verdad, que el padre Felipe los confesara y le rogaron que bajara al oriente para enseñar a sus hijos.

El benemérito padre, lejos de sospechar la doblez y perfidia del pampa, cayó en las redes de aquel hipócrita fervor religioso y no omitió diligencia hasta obtener la venia para lanzarse a las regiones del Limay. Efectivamente, el 23 de agosto de 1703 salió de Santiago de Chile, acompañado del jesuita José Guillermo, que se distinguió considerablemente. Este cayó en el camino y tuvo que quedarse, pero el padre Laguna continuó la marcha, y después de trabajos, riesgos de la vida y tanto como padeció entre los indios intermedios, dice el cronista, llegó a Nahuel-Huapí<sup>30</sup>.

Poco después se le incorporó el padre Guillermo, y en 1704 habían construido una iglesia y derramado en aquellas comarcas las semillas de las sabrosas frutas que les han dado su nombre: Las Manzanas. Los dos misioneros fueron envenenados con chicha, bebida preparada por los indios con veneno, a consecuencia de la llegada de una Virgen, que los

---

<sup>30</sup> Nahuel-Huapí. Voz araucana compuesta, que quiere decir Isla del Tigre, porque Nahuel es "tigre" y Huapí, "isla".

intrépidos sacerdotes habían recibido de Lima, para su nueva y solitaria iglesia. Los indios la llamaban por desdén señora española; y los adivinos anunciaron con su autoridad profética, que ella venía a vengar la muerte del padre Mascardi, y que era forzoso anticipársele en la obra destructora.

El espectáculo de estas conmovedoras desgracias no intimidó a los padres Manuel de Hoyo y José Elguea, que pasaron a suceder a los anteriores; pero éstos fueron muertos también a bola perdida y a flecha.

La sublevación de los bárbaros era general a la sazón en ambas faldas de los Andes, y la misión de Nahuel-Huapí, reducida a escombros por el fuego, fue totalmente abandonada, a la vez que se perdieron las misiones de occidente en 1723, a consecuencia del alzamiento o rebelión de los indomables araucanos.

La ciencia tuvo muy poco que aprovechar del sangriento sacrificio de los misioneros de Nahuel-Huapí, pues, a excepción del padre Guillermo, los demás vivían consagrados exclusivamente a la propaganda de la fe. Desde 1711, este jesuita buscaba un camino, que había oído ponderar a los indios, y que permitía pasar cómodamente de una a otra falda de los Andes, camino que los indios y el padre misionero llamaban de Bariloche.

La exploración de este pasaje era tenazmente contrariada por los indios Puelches de Nahuel-Huapí, quienes, dice Olivares, pugnaban el descubrimiento de tal camino, recelando que por allí viniesen los españoles de Chile a infestar sus tierras. No obstante, un araucano les dio cierta señal decisiva,

asegurándoles que el camino partía de los manantiales llamados Los Baños.

Se sabe, dice una nota del señor Barros Arana a Olivares, después de los últimos descubrimientos geográficos, que abundan allí las aguas termales, algunas de las cuales fueron conocidas por los españoles.

Concluida la iglesia de Nahuel-Huapí el padre Guillermo púsose en campaña con su gente para descubrir el camino de Bariloche, lo que realizó felizmente en 1715 y no en 1717, como por error afirma Olivares. Este cronista refiere así el éxito de la expedición:

"Porque entrando por Los Baños y siguiendo los rastros y señales que dos años antes habían dejado los que fueron en su busca, fue fácil el ir abriendo y desmontando las malezas que embarazaban el paso. De suerte que pudieron pasar mulas y llegar a Rahun que, como se ha dicho, era el puerto para embarcarse a Chiloé."

El camino de Bariloche corre por una inmensa quebrada de los Andes, cuyo sistema hidrográfico permitirá quizá la comunicación fluvial entre una y otra de sus faldas. Fuera de esta campaña, muy poco han contado los padres a Olivares, y éste ha aprovechado escasamente sus manuscritos respecto a la naturaleza del país.

En 1766 el jesuita Guel se propuso volver a la misión de Nahuel-Huapí, con el propósito de explorar las tierras del Limay. Llegó a su destino y construyó canoas con las cuales pudo ver las ruinas de la obra de sus predecesores, y descender algunas leguas por el Limay, sobre cuyos saltos de piedra



se despedazaron las débiles embarcaciones, obligándolo a regresar a Chile. Una expedición análoga fue realizada en 1792 por el padre Menéndez, quien navegó el lago y el Limay varias leguas afuera de su origen hasta una toldería de indios pampas, hospitalarios y dueños de grandes rodeos de ganados. Después de visitarlos, el explorador retrocedió hacia el lago y regresó a Chile en seis días.

Esto hacían los misioneros a la sombra de la cruz. Veamos, en cuatro palabras, lo que hacían los hombres de espada con el propósito de explorar y conquistar el mismo país.

El primero y más importante reconocimiento practicado en los valles andinos del sur de Mendoza, fue ordenado por el conquistador de Arauco, don Pedro de Valdivia, allá por el año de 1551<sup>31</sup>.

Nombró al general D. Francisco de Aguirre para que conquistara los territorios que median entre la cordillera de los Andes y la ciudad de Santiago del Estero, y a dos jefes más, Villagra uno, y otro, cuyo nombre no guarda la historia, para que conquistara el territorio de Cuyo.

Sabedor Valdivia por comunicaciones de Villagra, que el territorio de Cuyo era regado por ríos que desembocaban en el Atlántico, pensó que convendría al mejor servicio del rey fundar un puerto en aquel mar, sobre la costa patagónica, que sirviera a la vez de punto de apoyo a los conquistadores que había lanzado al este de los Andes; y en consecuencia, resolvió pasar él mismo a bordo de un buque, a elegir aquel puerto.

---

<sup>31</sup> Véase la obra histórica del Dr. D. JOSÉ A. SÁEZ, Límites y posesiones de la Provincia de Mendoza, págs. 92-96.

Por entonces tuvo lugar un levantamiento general de los indios araucanos, y Valdivia no pudo realizar su plan, confiando la operación a D. Francisco de Ulloa<sup>32</sup>.

Como lo veremos después, creíase en aquella época que el río Diamante se unía al río Negro. Villagra con cien hombres costó el río Diamante a lo que parece, y descendió en canoas al Chadileuvú, creyendo que desaguaba en el Atlántico y que llegarían a darse la mano con Valdivia en la desembocadura.

El Chadileuvú desagua en la Amarga, laguna situada en plena pampa, y al llegar a ella los expedicionarios se hallaron en medio del desierto y sin la salida al mar que habían soñado.

Fundaron allí cerca una población, que fue según se cree, la que dio origen a la mitología de los Céreres, y fraternizaron más tarde con los indios, a excepción de Villagra y algunos otros que volvieron a Chile, a costa de horribles padecimientos, atravesando inmensas e inhospitalarias comarcas pobladas de fieras y de indios<sup>33</sup>.

Es este también el lugar de recordar las quince expediciones militares que en el siglo pasado, y a principios del actual, salieron de Mendoza sobre los campos del sur, a las órdenes del Maestre de Campo D. José Francisco Amigorena. Ellas no fueron fecundas para la ciencia; pero lo fueron para la Humanidad. Batió siempre con éxito a los indios, rescatando centenares de cautivos, millares de cabezas de gana-

---

<sup>32</sup> Véase PÉREZ GARCÍA, Historia de Chile, cap. 12, libro IV.

<sup>33</sup> Tal es la tradición y lo sostenido por algunos escritores reputados, y entre ellos el Dr. Sáez, ya citado. Sin embargo, es un punto histórico oscuro todavía.

do y hasta joyas robadas por los vándalos en los campos de Buenos Aires.

Entre tanto había llegado el momento en que las exploraciones de los territorios argentinos del sur comenzaban a partir de los países del oriente de los Andes. En 1778, efectivamente, se hizo a la vela del puerto de Montevideo la expedición de don Juan de la Piedra que arribó el 7 de enero a la bahía San José, en la cual dieron fondo las naves españolas en 80 brazas de agua<sup>34</sup>.

El 13 de febrero salió de San José un bergantín destinado al reconocimiento de la barra y desembocadura del río de los Sauces o Negro, dando fondo en la boca buscada, el día 22, a las 5 de la mañana, con tres brazas de agua. Se reconoció que había bajíos y se arriaron las lanchas, entrando al río sonda en mano. La marea repuntó bien pronto y el bergantín ancló en tres brazas de agua río arriba, bajando la gente a tierra, donde halló vegetación lozana y abundante caza. El reconocimiento continuó aguas arriba hasta el 28 de marzo, en que el bergantín largó su paño poniendo proa a San José.

El distinguido empleado del rey D. Francisco de Viedma, de quien ya nos ocupamos en el capítulo anterior, dejó el establecimiento de San José, donde había quedado de gobernador, por haberse retirado a Buenos Aires D. Juan de la Piedra, y llegó a la barra del río Negro el 28 de abril de 1778, dando fondo a tres leguas de la boca en suficiente agua. Viedma pobló el sur del río; pero una creciente y desborde cubrió el terreno con tres pies de agua, durante media hora

que tardó en descender la marea, habiéndose refugiado los pobladores arriba de los ranchos.

A consecuencia de este incidente, la población fue trasladada al sur, donde Viedma delineó un fuerte que se ejecutó inmediatamente, en paraje fuera del alcance de las crecientes. El fuerte tenía 30 brazas en cuadro con foso y artillería. Su torre de piedra se conserva aún.

En 1779 salió Villarino al norte y Viedma al sur continuando las exploraciones de las costas patagónicas. Villarino llegó a la boca del río Colorado tres veces, en 1780, en 1781 y en 1783 y la reconoció ampliamente, balizando uno de los canales accesibles, de los diferentes que constituyen aquel delta. El reconocimiento por tierra alcanzó hasta veinticinco leguas; pero la impresión que produjo en los viajeros no pudo ser más desfavorable. Como lo observa atinadamente Martín de Moussy<sup>35</sup>, la vecindad del río Negro, río de más importancia, atrajo a Villarino, que abandonó toda idea de ulteriores trabajos sobre el Colorado.

En el capítulo anterior bosquejamos las razones políticas que habían dado origen a la célebre navegación del río Negro desde el Carmen de Patagones hasta los Andes, consumada heroicamente por el piloto español D. Basilio Villarino, soportando grandes fatigas con ejemplar perseverancia y luchando diariamente con los poderosos obstáculos que la naturaleza y el hombre oponían a la expedición.

---

<sup>34</sup> Seguimos en esta parte las relaciones de viajes y expediciones que publicó DE ANGELIS en el t. V de la *Colección* y los documentos del Archivo General de la Provincia. (*Colección Río Negro*.)

<sup>35</sup> MARTÍN DE MOUSSY, *Description de la Confédération Argentine*, t. I, pág. 164.

El conocido Diario de navegación de este piloto ha sido anotado por Viedma con alguna injusticia hacia el primero; todo por una leve cuestión de amor propio, de que la Historia debe prescindir, para rendir a Villarmo el homenaje a que le dio derecho su atrevida y feliz empresa.

El 28 de setiembre de 1782, se dio a la vela este piloto, del fuerte del río Negro, con cuatro embarcaciones de uno y dos palos, pesadas; inadecuadas para su objeto, llamadas San José, San Iuan, San Francisco de Asís y Chamarán, de 2 y 3 pies de calado, artilladas con pedreros y con 62 hombres por todo equipaje, para internarse en un país totalmente desconocido, poblado de indios salvajes y sanguinarios, que más tarde habían de amagarlo en tal número como yerbas hay en los campos, según palabras de su propio Diario.

El 21 de octubre recibió quince caballos para silgar las embarcaciones, los que llegaban muy oportunamente, pues el 23 la corriente, en el paraje denominado Siete Islas, era tan violenta y tan recio el viento de N.O. que el San Francisco rompió cuatro vergas sin poder vencer la fuerza de aquella.

El 6 de noviembre, Villarino supo por una india que se hallaba en Choele-Choel, cuyo paraje describe. Desde el 6 hasta el 12 navegó la expedición por las vueltas del río en aquella isla. El 12 mandó dieciocho marineros a cortar postería para construir en un potrero natural el fuerte, que hasta hoy lleva su nombre, sobre el brazo del sur del río, y que artilló con seis pedreros, obedeciendo al propósito de conservar expeditas sus comunicaciones con el Carmen. El 6 de diciembre llegaron a Choele-Choel los auxilios de víveres que esperaba Villarino para continuar su viaje, habiendo dejado

de navegar cuarenta y cinco días a causa de esta expectativa. El día 21 volvió a emprender la penosa exploración a vela, remo y silga.

El 23 de marzo navegaba a la vela con viento E.S.E. arrimándose a las barrancas coloradas del sur, tocando a las 7.15 p. m. en una isla que cubría la confluencia de dos ríos: el Grande Desaguadero (Negro) y el Sanquel o Diamante, de cuya confluencia había recibido noticias por los indios tres días antes. El insigne piloto confundía el Diamante con el Neuquén (voz que significa correntoso); pero este error se explica en aquellas épocas, y es el mismo en que incurren casi todos los documentos que tendremos ocasión de analizar.

El 24 cambió de fondeadero, amarrándose una milla y media arriba en el río Limay (que llama siempre Gran Desaguadero) y salió en bote a explorar el Neuquén, determinando la posición geográfica de la confluencia. Navegó algunas leguas arriba y retrocedió, no por la fuerza de la corriente, como asegura Moussy<sup>36</sup>, porque hasta el paso de los indios es buena la navegación, sino porque luego que se parte, por dos islas que "tiene en medio, en cuatro arroyos, que se distribuyen entre todos su caudal, no permitía paso para la chalupa".

Al día siguiente continuó navegando al sur, tocando mayores dificultades, porque el fondo del río empieza a presentar piedras que el viajero compara con botijas. El día 12 de febrero veía la cordillera muy cerca y el cerro del Imperial.

Villarino navegaba por el Limay, pensando que era un afluente del río Negro y cometiendo el error de creer que el Colloncurá, que se echa en el primero, era el principal, es

---

<sup>36</sup> *Obra citada*, pág. 166.

decir el Negro. El plan de Villarino consistía en navegar al sur para tener comunicación con Valdivia; pero el 12 hizo una exploración a pie y dice que vio muchos saltos y despeñaderos que imposibilitaban la navegación en la disposición en que estaba el río, que era lo más bajo que podía darse; y agrega, que estando algo crecido pueden pasar por allí embarcaciones que carguen mil y más quintales.

Villarino se hallaba precisamente en la confluencia del Limay con el río Colloncurá que él designa como río que viene de Huechun Lavquen. El piloto dice:

"Ya cerciorado de lo imposible que me es continuar mi navegación por este río he determinado volver a emprenderla por el principal brazo o río Negro, y con harto sentimiento, pues por él no tengo noticia ni esperanza de hallar establecimiento alguno nuestro."

Es necesario aclarar este punto capital de la exploración. El río que con dolor abandona Villarino es el Limay, y el que sigue, confundiéndolo con el principal, es su afluente, Colloncurá, que echa sus aguas al Limay a los 40° 20' próximamente, después de recibir en su curso de norte a sur, el caudal de agua de los ríos Caleuyú, Quenquentrué, Catapuliche y Chirrehuin, que es la prolongación al sur del anterior.

El candoroso desconsuelo de Villarino aumenta el día 13, y lo explica así:

"A las 7 volví el río aguas abajo, pero con indecible desconsuelo, porque habiendo estado la mañana muy clara, estu-

ve mirando la cordillera tan clara y tan cerca, que si no hubiera venido hecho cargo de esta expedición, solito yo, y a pie como me hallo, me pondría en camino para ella. Hace una vista bellísima, sus cerros están cubiertos de nieve.”

La expedición sigue, pues, al norte fijo remontando el río que baja de los Andes y que con los nombres sucesivos de Catapuliche, Chimehuin y Colloncurá lleva su tributo de aguas al río Limay. La navegación se hace con inconvenientes graves, porque el agua está en su máximo de bajante. El día 26 observa Villarino, en efecto, que hace cinco meses que no llueve.

Desde el 13 de febrero hasta el 14 de marzo, el viaje no tiene accidentes notables, fuera de la ímproba labor de aquella ejemplar y heroica marinería.

El 14 estaba Villarino en la Cordillera, navegando por un cauce encajonado limitado al E. y al O. por graníticas murellas. Quiso explorar una de ellas y lo logró; pero sin que le quedaran deseos de repetir la hazaña, como lo declara terminantemente en este pasaje del Diario:

“Hay peñasco que apenas se le toca, baja rodando por aquellos ríos, de modo que causa admiración ver rodar aquellos promontorios y la facilidad que tienen en separarse los unos de los otros, y de largar sus cimientos: y es cierto que si fuese por intereses propios míos, por 50.000 pesos no volvería a la eminencia adonde estuve, a cuya eminencia pudo obligarme el servicio del Rey.”



Desde esta altura, Villarino contempló la silueta nevada de los Andes y el cerro del Imperial, que desde días atrás lo orientaba. Del 14 al 16 las observaciones son de carácter descriptivo, y las aprovecharemos oportunamente. El 26 la expedición llega a la confluencia de dos ríos, Catapuliche, que viene del norte con el Chimehuín que corre al sudoeste.

Villarino ignoraba esto; pero su orientación fue más exacta pocos días después, gracias a los informes de los indios. El 31 de marzo se hallaba a siete leguas del cerro del Imperial.

El 1° de abril el piloto descubre su plan. Navegaba en demanda del río Huechun originario del lago andino Huechun Lavquen<sup>37</sup>, pues por informes de indios, de allí la comunicación con Valdivia era corta y facilísima. ¿Por qué deseaba Villarino mandar chasque a Valdivia? Acaso lo dominaba ya la fatiga o lo amedrentaba el peligro? ¡No! Quería prepararse para empresas más vastas todavía. Preveía que en veinte días de navegación por el río Negro o sus afluentes llegaría a San Luis o a Mendoza. Por eso en su Diario, nota de 1° de abril, escribe:

“En esta atención y en la de que tengo intentado llegar a la laguna de Huechun Lavquen (siendo por mí su nombre propio la Deseada), a tiempo que pueda pasar o mandar chasque a Valdivia, para que de allí me socorran y auxilien con víveres, para finalizar y examinar hasta lo último el conocimiento de estos ríos y del Diamante; pues emprendiendo su navegación en las crecientes no tengo duda en llegar a Men-

---

<sup>37</sup> Laguna del límite. Huechun, "limité", lavquen "laguna, mar".

doza, mandé se compusiese lo preciso hasta llegar a la esperada laguna.”

La primera novedad de importancia desde el 1° de abril, ocurre el día siete. Es el encuentro de la expedición con las iridiadas de Chulilaquin, que tres días antes de hallar la confluencia de los ríos Neuquén y Negro, habían estado con Villarino, quien celebró un tratado de alianza con esta tribu para defenderla y defenderse de los indios aucas, sublevados por la fortificación de Choele-Choel, y que buscaban el exterminio de Chulilaquin, a consecuencia de la amistad leal con que recibía a los expedicionarios<sup>38</sup>.”

Anunciáronle que venían a batirlos tantos indios como yerbas había en los campos, y Villarino adoptó medidas precaucionales, construyendo un campamento atrincherado para la tribu aliada y cubriendo él mismo el frente del río con sus cuatro naves artilladas. Ideó exagerar su poder por medio del aparato, haciendo que un grupo de marineros con hachas de abordaje no dejara sauce en pie, operación que realizada en un abrir y cerrar de ojos y acompañada de descargas de metralla, que barrían la llanura, deslumbraba a los indios.

Pronuncióles una arenga, ponderando el omnipotente poder del Rey de España, que estando tan lejos de Buenos Aires que se tardaba caminando de día y de noche seis y siete lunas, atravesando la mar sin ver tierra hasta donde estaba,

---

<sup>38</sup> Según documentos que hemos leído en el Archivo General de la Provincia, tres años antes se había celebrado un tratado de paz entre el superintendente de Patagones y Chulilaquin. El Virrey de Buenos Aires envió de regalo a este cacique un gran bastón, como símbolo de autoridad gubernativa. Villarino dice que Chulilaquin se le presentó ostentando ese bastón.

todos le obedecían; y agregó que con los cañones que el Rey le había dado, aniquilaría todos los indios que pudiesen venir y que aun los mismos Andes se estremecerían sobre sus cimientos.

Los indios juraron lealtad y obediencia, viviendo al Rey de España y obsequiaron pródigamente a Villarino. Los días anteriores recorrieron los campos exhalingo verdaderos aullidos como perros asustados, de miedo de los aucas; pero el piloto les enseñó que el hombre no debe llorar ante el peligro, sino esperarlo con resolución y dignidad.

Allí supo entonces su verdadera situación. Una legua más arriba de su fondeadero desagua en el Catapuliche el río Huechun Huechun, que baja del oeste, del lago del mismo nombre. En el paraje en que se había fortificado Villarino el río era ancho y hondo; pero no daba agua para seguir al norte. El piloto lo remontó en el bote tres leguas e hizo alto, porque ya no era navegable, a los 39° 35' de latitud S. y el regreso de la expedición quedó decidido ese día.

Esperando las crecientes pudo remontarse al norte; pero la falta de víveres y la anarquía reinante entre los indios, hacían imposible obtener auxilios de Valdivia.

Supo también allí Villarino que el río que abandonó al torcer al norte era caudaloso y desaguaba en el mar, y lo denominó río de la Encarnación, que no es más que el Limay, y el mar el lago Nahuel-Huapí, del cual nace. Los indios le dijeron que allí habían estado unos europeos años antes, con intención de navegar el Limay de sur a norte, pero que las canoas se les habían roto en las piedras, existiendo aún sus

despojos. Se referían, sin duda, a la expedición del padre Guel.

Villarino, acosado por falta de víveres y por las averías de las naves, dióse a la vela aguas abajo el 4 de mayo, fondeando al son de salvas de artillería el 25 de mayo de 1783, en el fuerte del río Negro. La navegación fue feliz, porque las aguas habían subido de un modo considerable. Para mejor inteligencia de este análisis del Diario de Villarino, acompañamos copia del plano levantado por él mismo. Ninguno de los exploradores de este río ha podido superar a Villarino; y el premio que éste obtuvo en aquella época de intrigas y de cortesanos, fue una acusación de traidor, porque el copista de su Diario lo había mostrado al brigadier portugués Saa de Fariás, que solicitaba plaza en los ejércitos de España.

En 1782 Villarino fue propuesto para teniente de navío, pero murió sin haber gozado tan merecido ascenso<sup>39</sup>.

Don Ignacio Núñez en la obra que sirvió a Parish, al redactar su libro sobre el Río de la Plata, dice al hablar del desgraciado fin de Villarino, lo siguiente:

"Más tarde D. Basilio Villarino, piloto de la marina real, navegó dos veces en toda la extensión del río Negro, y en su viaje de 1783, habiéndose avanzado demasiado al sur, fue asesinado por los indios salvajes.<sup>40</sup>"

---

<sup>39</sup> Manuscrito en el Archivo General de la Provincia (Colección Río Negro).

<sup>40</sup> *Esquisses historiques, politiques et statistiques de Buenos Aires, des autres Provinces Unies du Río de la Plata et de la République Argentine, etc., etc.*, par Mr. IGNACIO NÚÑEZ, traduite de l'espagnol avec des notes et des additions, par Mi. M. VARAIGNE, Paris, 1826.

Estos datos son erróneos. Villarino no navegó más que una vez el río Negro en toda su extensión. En cuanto a su muerte, fue heroica y acaeció en un combate con los indios.

En 1784 había sido combinada una batida del desierto que sería realizada al sur de Mendoza, por las tropas del teniente coronel Amigorena, y al noroeste del Carmen de Patagones por una fuerza al mando del superintendente D. Juan de la Piedra. Batida por los indios esta expedición, perecieron en ella De la Piedra y Villarino, que lo acompañaba. El autor de esta matanza fue el cacique Negro, quien la consumó por medio de la asechanza, inmediatamente después de regresar de Buenos Aires, adonde había venido para celebrar un tratado de paz.

En 1822 realizóse el reconocimiento de la costa patagónica, en las desembocaduras de los ríos Negro y Colorado por el coronel D. Ambrosio Crámer. Su informe, datado el 15 de abril, es breve y sin importancia científica.

Describe el fuerte del río Negro, recuerda que los inconvenientes que ofrece la barra del río, se deben a que es mal conocida e indica los canales que facilitan su acceso, todo ligeramente.

A fines de diciembre de 1821 exploró la bahía de Todos los Santos y la bahía Brettman, reconociendo en la primera un buen fondeadero. Estudió las islas de Gamas, Rosa y San Blas; luego navegó en la bahía de la Unión, cuyos canales e islas reconoció.

La desembocadura del río Colorado fue objeto de una carta hidrográfica, que se conserva en el Departamento de Ingenieros de la Provincia, donde la hemos consultado. Des-

pués de recorrer su delta y de dar ligeras noticias sobre los canales que lo forman, mareó al norte hallando a nueve leguas del Colorado la bahía Brettman, que los mapas modernos traen con el nombre de Brighmana.

El 15 de febrero de 1822 salió del río Negro en una goleta de 18 toneladas y llegó el 18 a la bahía de San José, dando fondo en 60 brazas de agua. De allí navegó reconociendo lo que llama Crámer El taco de San Antonio, que hoy forma el golfo de San Matías, volviendo el 26 al río Negro.

Después de este reconocimiento ligero y simplemente de practicaje, no conocemos otros trabajos hasta los que originó en 1833 la Expedición al Desierto, trabajos que siguen en orden de mérito y de utilidad a los de Villarino.

El piloto D. Nicolás Descalzi formaba parte de la división expedicionaria del general D. Juan Manuel de Rosas y navegó el río Negro hasta algunas leguas al oeste de Choele-Choel. La carta geográfica que levantó Descalzi, y de la cual nos ocuparemos en su lugar, ha sido ya publicada.

Descalzi es el único explorador del río Negro, después de Villarino, que ha contribuido con datos exactos o a lo menos obtenidos por medio de los métodos de observación científica, al adelanto de la geografía de aquellas regiones.

Las tablas de sus observaciones permanecían completamente ignoradas, a pesar de la publicación de su plano y Diario de viaje. De consiguiente, habiéndolas tenido originales en nuestras manos, hemos extractado de ellas lo que ofrecía importancia.

La serie de observaciones comenzó en junio de 1833, en el cuartel general de Rosas, sobre el río Colorado.

## LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

Para obtener la latitud de este campamento, situado en pleno desierto, deducida por medio de la altura meridiana del sol y de la luna, Descalzi siguió el procedimiento indicado por el siguiente cuadro de observaciones, que hemos formado teniendo a la vista sus anotaciones:

Mes	Día	Altura meridiana	Latitud
junio	25	Del sol	39° 37' 58" 5 sur
junio	26	Del sol	39° 38' 56" 8 "
Junio	26	De la luna	39° 39' 8" 3 "
Julio	1°	Del sol	39° 38' 39" "
Julio	2	Del sol	39° 38' 42" 5 "
Julio	8	Del sol	39° 39' 3" 7 "

Lo que da seis observaciones cuyo total es de 237° 52' 28" 8 sur, o sea una latitud media para el cuartel general sobre el río Colorado, de un sexto de esta suma, igual a 39° 38' 44" 8 sur.

La longitud del mismo punto fue deducida en dos observaciones, por varias distancias del borde claro de la luna al borde más cercano del sol, dando una media en tiempo de 4h. 19m. 36s. oeste del meridiano de París, con una variación de la aguja de 15° 19' 18" N.E. La longitud observada en grados dio 64° 54' oeste del meridiano de París.

Del Cuartel General sobre el Colorado pasó Descalzi al Carmen de Patagones, punto de partida de su célebre exploración; y comenzó las observaciones el 16 de julio, obteniendo los siguientes elementos para dar la latitud del punto, deducida por las alturas meridianas del sol y de Júpiter:

Mes	Día	Altura meridiana	Latitud
julio	16	Del sol	40° 48' 35" sur
julio	18	Del sol	40° 47' 24" “
julio	21	Del sol	40° 48' 53" “
diciembre	3	De Júpiter	40° 48' 28" “

Es decir, cuatro observaciones con una suma de 163° 13' 20", I sur, de donde resulta que la latitud sur de Patagones, deducida por cuatro observaciones es 40° 48' 20".

¿Cuál es la longitud de Patagones según los cálculos de Descalzi? He aquí la sencilla operación por medio de la cual la obtuvo el piloto.

Calculó la diferencia de longitud entre el Cuartel General sobre el Colorado y Patagones, obteniendo 32' oeste, y dijo:

Longitud observada en el Colorado	64° 54' oeste de París
Diferencia de longitud a Patagones	<u>32'   "   "   "</u>
Longitud de Patagones	65° 26'

deducida por las observaciones del Colorado y equivalentes en tiempo a 4h. 2m. 44s.

Ahora es interesante comparar, la latitud de Patagones con la del cuartel general de Rosas, y se tiene:

Latitud sur en el colorado	39° 38' 44" 8
Latitud sur de Patagones	<u>40° 48' 20"</u>
Diferencia de latitud sur	1° 9' 35" 2



## LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

Rumbo en línea recta del Colorado a Patagones, deducida de la derrota del ingeniero D. Feliciano Chiclana, sur  $19^{\circ} 30'$  oeste.

Descalzi buscó la latitud de Patagones por medio de otro método. Practicó 41 observaciones y halló los siguientes resultados para Patagones:

Longitud oeste de París 1/40 en tiempo	4 h 21m 43s 3t
Longitud oeste de París 1/40 en grados	$65^{\circ} 25' 45'' 45$
Diferencia de longitud entre Patagones y cuartel general sobre el Colorado, este	32
Longitud del cuartel general deducida por 41 observaciones	<u><math>64^{\circ} 53' 45'' 45</math></u>

Resultado que rectifica el primero que ya había obtenido el astrónomo de la expedición.

El 4 de agosto la variación de la aguja era de  $16^{\circ} 45' 14''$  N. E.

Ahora bien, conocida la longitud respecto al meridiano de París, es sencillo reducirla al de Buenos Aires.

La tabla siguiente da este resultado:

Longitud de Buenos Aires según	
Mossotti	$60^{\circ} 39' 30''$ oeste de París
Longitud de Patagones deducida por Descalzi	$65^{\circ} 25' 45'' 45$ oeste de París
Longitud de Patagones, oeste de Buenos Aires	<u><math>4^{\circ} 46' 15'' 45</math> oeste de París</u>
Diferencia al cuartel general del Colorado	32'
Longitud del cuartel general oeste de Buenos Aires	<u><math>4^{\circ} 14' 15'' 45</math> oeste de París</u>

Después de salir del Carmen navegando el río Negro, Descalzi determinó la situación de algunos lugares y uno de ellos fue la vuelta al este de las Taperas de Barragán. Obtuvo el siguiente resultado, por varias alturas meridianas del sol en el horizonte artificial, observadas el 6 y 7 de setiembre:

Latitud media sur	40° 26' 3"
Diferencia de longitud desde Patagones hasta este punto, deducida de la marcha del cronómetro según los horarios practicados en Patagones y en este punto	0° 39' 42" 30"
Variación de la aguja deducida de varias alturas del centro del sol en el horizonte artificial	16° 24' 0" N. E.

Frente a la toldería de Paillareo existía una isla cuya posición determinó con este resultado:

Latitud media deducida por dos alturas del borde inferior del sol, en el horizonte artificial, sur 39° 50' 20".

Longitud oeste de París en tiempo	4h 27m 6s 17t
” ” ” ” en grados	66° 46' 34' 15"
” ” ” Buenos Aires	60° 39' 30" 0"

” de la isla oeste de Buenos Aires 6° 7' 4" 15"

Variación de la aguja, deducida de varias alturas del sol con el teodolito	16° 50' 20" N.
--	----------------

E.

Analicemos ahora los cálculos de Descalzi para determinar la situación geográfica del puerto de la Encarnación de Choel-Choel, verificados en octubre.

Latitud media deducida de 6 observaciones de Júpiter, Aldebarán, Rigel y Orión,  $39^{\circ} 18' 55'' 40'''$  sur.

Longitud oeste de París en tiempo	4h 32m 24s 11t
Idem en grados	$68^{\circ} 6' 2'' 45'''$
Idem de Buenos Aires	$60^{\circ} 39' 30'' 0'''$
Idem de puerto Encarnación, oeste del meridiano de Buenos Aires	<hr/> $7^{\circ} 26' 32'' 45'''$
Variación de la aguja, deducida por va- rias distancias del sol con el teodolito	$16^{\circ} 42' 7''$ N.

E.

La latitud de la extremidad oeste de la isla General Pacheco, deducida según los métodos anteriores era de  $38^{\circ} 42' 58'' 20'''$ .

El coronel D. Feliciano Chiclana remontaba también el río Colorado como geógrafo militar, desde su desembocadura hasta las ramificaciones de los Andes. Ignoramos el paradero de la carta original; pero hemos estudiado la copia que existe en el Departamento de Ingenieros de la Provincia. Chiclana determinó los rumbos magnéticos de dos en dos leguas y señaló los pasos del río Colorado así como su profundidad.

Corresponde al mismo año de 1833 el reconocimiento operado por el almirante Fitz Roy en el célebre viaje del Beagle, que traía a Darwin a su bordo, sobre la barra y entrada del río Negro. La carta ha sido publicada, y hasta los trabajos de sondaje y balizamiento de los canales, llevados a efecto por el teniente coronel Guerrico, de la armada nacional, los

sondajes de Fitz Roy eran la guía del navegante. Por lo demás la carta es esencialmente náutica, reducida a la descripción de la barra y del río en un corto trayecto hasta el Monte de la Dirección.

Del lado de Chile no se había desprendido ninguna exploración desde 1795, en que el Gobernador de Valdivia intentó, sin poderlo realizar, un reconocimiento al oriente de los Andes.

La primera expedición posterior a ésta salió en 1854; pero fracasó, siguiéndola otra en 1855, que tenía por baqueano a don José Antonio Olavarría. Este sujeto formó parte de la caravana de 1795, a la edad de catorce años. Los viajeros llegaron a Nahuel-Huapí; pero probablemente no se orientaron, pues no supieron explicar con claridad el paraje reconocido, desde el cual retrocedieron.

En 1856, dos alemanes, personas de saber y de energía, colonos de Llanquihué al sur de Valdivia, pasaron los Andes, enardecidos por el amor al progreso científico: eran Mr. Hers y el Dr. Fonck. Cedamos la palabra a Martín de Moussy sobre este viaje:

"Estos señores partieron de puerto Mont, centro de la colonia en el golfo de Reloncavi, y fueron a cuatro leguas de allí a embarcarse en el puerto Varas, Llanquihué, y atravesaron este lago a lo largo.

Pasaron al pie del volcán de Osorno, alto de 2.295 metros; se embarcaron en Todos los Santos y desembarcaron

cerca de la embocadura del Peulla, hasta allí seguían el itinerario del padre Meléndez<sup>41</sup>.

Subieron al valle de Peulla, hasta el pie del Tronador y abriéndose camino al través de los bosques, con grandes dificultades, llegaron a la laguna de los Cauquenes, cuyo asiento juzgaron como punto de división de las aguas entre los dos mares.

Subiendo luego a un cerro vecino, cuya elevación calcularon en 1.470 metros, y denominaron el "12 de Febrero", apercibieron desde la sierra las azuladas aguas del Nahuel-Huapí, que huían a lo lejos hacia el oriente y parecían ocultas detrás de una línea de montañas lejanas.

La vista era inmensa y magnífica; el gran lago, la masa imponente del Tronador, los bosques inmensos, todo contribuía a hacer de esta región un paraje realmente grandioso.

Al mismo tiempo un río ancho y profundo venía del Tronador a desembocar en el ángulo extremo oeste del Nahuel-Huapí.

Los viajeros exploraron sus orillas, y llegando a la ribera del lago, hallaron pedazos de madera medio podridos que debían ser de las piraguas de 1792.

Construyeron allí una embarcación, desgraciadamente muy débil, y cuatro hombres reconocieron la gran isla de Mascardi, pero los vientos que reinaban no les permitieron hacer la travesía del lago, donde habían corrido grandes peligros.

---

<sup>41</sup> El verdadero apellido es Menéndez.

Los demás hombres recorrían entre tanto los alrededores, y descubrieron un pasaje mucho más corto para volver al Peulla.

Esta garganta que denominaron "Boquete de Pedro Rosales", era muy accesible y podía permitir la abertura de un excelente camino.

Fonck y Hers llevaban un barómetro aneroide, que se descompuso al principio y se vieron obligados a calcular las alturas con el termómetro por el grado de ebullición del agua.

Es su opinión, nada más fácil que abrir sin grandes gastos un buen camino carril del lago de Todos los Santos al río Frío, el día en que la población de la Colonia sea bastante considerable para tener interés en la importación de los productos al otro lado de la cordillera por la vía del río Negro.

El joven francés M. Guinnard cayó cautivo entre los manzaneros en 1856, y permaneció entre ellos o con los indios de la pampa durante tres años. De regreso a Francia, en 1861, fue bien recibido en la Sociedad Geográfica y publicó una obra, de la cual nos ocuparemos en otro lugar.

Ha adquirido ya merecido renombre el explorador chileno D. Guillermo Cox, que siendo joven aún, intentó en 1857 el paso de los Andes y la navegación del Limay y el Negro hasta Carmen de Patagones. Su intento fue ineficaz; pero no se dio por vencido a pesar del primer contraste.

En 1862, efectivamente, emprendió un segundo viaje, partiendo del puerto Mont en la Provincia de Llanquihué, al sur de Chile, cruzó en botes el lago de Llanquihué, salvó la Cordillera de los Andes y atravesó el lago Nahuel-Huapí.

Desde allí, Cox navegó al norte, siguiendo el Limay aguas abajo, hasta que un naufragio los detuvo en los 40° de latitud aproximadamente. A consecuencia del siniestro y luchando además con la oposición con que los indios le impedían la marcha al este por el río Negro, tuvo que renunciar a su plan de explotarlo y regresó a Chile en 1863. El resultado de este viaje, célebre en la historia de las exploraciones de nuestros territorios del sur, dio material para una obra de mérito, que es muy escasa en Buenos Aires.

Otro viajero intrépido y abnegado, conocido en Europa por el Livingstone sudamericano, es el capitán Musters de la marina inglesa, que salió en 1869 de Stanley, en las Malvinas para Punta Arenas y luego llegó a la desembocadura del río Santa Cruz, permaneciendo algunos días en la casa del comandante Piedra Buena, en la isla de Pavón, mientras arreglaba con los baqueanos indígenas su viaje. Desde allí se internó al oeste, explorando las inmediaciones del lago Viedma, y tomó rumbo al norte por el corazón de la Patagonia, hasta que llegó al río Limay. El pensamiento de Musters era orillar los ríos Limay y Negro, desde el origen del primero hasta Carmen de Patagones sobre el Atlántico; pero los indios se lo impidieron, hubieron de matarlo y finalmente lo alejaron de las orillas de aquellos ríos, llevándolo por el desierto patagónico del sur hasta la altura del golfo de San Matías, a corta distancia de la costa del océano.

Musters arribó sano y salvo en 1876 al fortín General Conesa de la línea de frontera de Patagones, pasó a Inglaterra y publicó su conocido libro *At home with the Patagonians*, cuyas láminas se aproximan a la verdad de las cosas tanto cuanto es

humanamente posible, y cuyas narraciones acreditan al intrépido viajero como un observador discreto y sagaz.

En 1868 salió de Buenos Aires el capitán de marina don Ceferino Ramírez, comisionado para explorar el río Negro hasta Choele-Choel, preparando así el cumplimiento del decreto de la Administración del general Mitre, que ordenaba la ocupación de aquella isla.

El croquis del viaje del capitán Ramírez se ha perdido del Ministerio de la Guerra; y el Diario de navegación, cuyo manuscrito hemos revisado, no es útil sin tener el croquis a la vista<sup>42</sup>.

No obstante, nuestro amigo Ramírez, hoy teniente coronel, ha tenido la fineza de suministrarnos los datos que aprovechamos en este libro.

Las exploraciones de 1872 fueron ordenadas por el Ministerio de la Guerra, ocupado por el coronel Gainza y debían realizarse, como se ha visto, por agua y tierra.

El 21 de febrero de 1872 marchó a Patagones el teniente coronel Guerrico, oficial de la marina argentina. Disponía de los vaporcitos Río Negro y Neuquén. El explorador comenzó sus estudios desde la desembocadura del río Negro con un personal que se componía de tres soldados, tres marinos y varios entre oficiales y maquinistas. En cierta parte, arriba ya del río Negro, la marcha se hizo por tierra con la eficaz cooperación del cacique Inacayal<sup>43</sup>, que tiene su toldería en la laguna Nahuel-Huapí y que encontró a la expedición.

---

<sup>42</sup> Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra.

<sup>43</sup> Este cacique, que recibe raciones del gobierno argentino, se ha hecho célebre por la decidida y humanitaria protección con que en el desierto ampara y defiende



Para remontar el río más adelante, se llevaba una pequeña lancha en un rodado, el cual no pudo pasar de Balcheta, a causa de los tupidos montes, que se extendían con un espesor de cuatro leguas. Fue menester abrir una picada y al cabo de tres días de penosa labor sólo se había adelantado una legua. En tan mal camino se rompió el carro, y sin poder componerlo en aquel desierto, los intrépidos expedicionarios se conformaron con seguir a pie dejándolo oculto hasta su regreso.

El 4 de agosto la expedición estaba en Choele-Choel. Allí fue examinada la isla y el río, en una jangada que tiraba un indio muy nadador y que fue vencido por la corriente, deshaciéndose la jangada con pérdida de víveres, municiones, etc., aunque no de vidas. En la isla comenzó el teniente coronel Guerrico a levantar dos planos del río Negro, con innumerables sondajes a muy corta distancia unos de otros.

La expedición continuó avanzando aunque sin mejor éxito. Los exploradores tuvieron la desgracia de perder al aspirante don Antonio Rodríguez, que cayó en manos de los indios, y su cadáver fue hallado cubierto de heridas y horriblemente mutilado. Este joven, llevaba consigo un pequeño instrumento musical, que sirvió para alegrar la salvaje borrachera de los indígenas quienes le hicieron tocar el acordeón y cantar durante toda la noche asesinándolo en la madrugada.

No fue ésta la única desgracia que tuvo que lamentar la expedición, pues el valiente timonel Nicanor Martínez, cuyos servicios habían sido de mucha importancia, pereció ahogado en un momento de peligro para todos los expedicionarios.

---

a los exploradores. Cox y Musters le deben inmensos servicios y lo recuerdan con gratitud en sus obras.

Con todas estas contrariedades, reducidos a un corto número de personas y agotado el combustible, los exploradores retrocedieron después de haber remontado el río Negro algunas leguas arriba de Choele-Choel.

El 30 de setiembre de 1872, el comandante militar de Patagones avisaba al Ministerio de la Guerra que el sargento mayor don Mariano Bejarano se había internado en el desierto hasta las Manzanas, a fin de conferenciar con los caciques Shayhueque y Reuquecurá, aprovechando la ocasión para tomar todos los datos posibles sobre los territorios, número de indios que los pueblan, calidad de los campos, clase y situación de las aguadas y cuanto pudiese interesar al conocimiento de esas regiones. El mayor Bejarano regresó después de cumplir su comisión con felicidad, en cuatro meses de viaje.

Este oficial es el que ha ido más lejos después de la famosa campaña de Villarino. Bejarano llegó al sur hasta el lago Nahuel-Huapí, y estuvo en las ruinas de la misión; y por el norte subió hasta el río Mallen, que sale de la cordillera de Villa Rica, recorriendo esas sierras nevadas en el rigor del invierno.

En 1875 tuvo lugar la última exploración a lo largo del río Negro, realizada por el joven don Francisco P. Moreno. Fuimos consultados por ese joven desde que concibió la idea, y no cesamos de exhortarlo a coronarla, induciéndolo a realizar su viaje bajo los auspicios de la Sociedad Científica Argentina, como aconteció. Ella votó mil duros, y obtuvo otros mil duros del Gobierno de Buenos Aires, los cuales fueron entregados al señor Moreno.

Al ser leída la petición del joven viajero en la asamblea de la Sociedad el 15 de setiembre de 1875, improvisamos las palabras siguientes que extractamos del acta de la sesión<sup>44</sup>:

"Señores socios: Las sociedades científicas tienen por objeto primordial fomentar los progresos de la ciencia, buscando y descubriendo lo nuevo y lo desconocido.

De ahí la importancia de las grandes sociedades europeas, algunas de las cuales, como la Geográfica de Londres, han unido su nombre al célebre explorador Mr. Livingstone.

Por otra parte, para buscar novedades y descubrimientos benéficos al desenvolvimiento de la ciencia, es indispensable salir del radio de las capitales en que existen las sociedades, para explorar los parajes poco conocidos o inexplorados.

La única asociación nacional que puede acometer empresas de este género es la Científica Argentina; y es evidente que tanto aquí como en el exterior, se robustecerá su crédito, rodeándose de valiosas simpatías.

Tiene, además, el proyecto del señor Moreno, que acabáis de oír leer, una importancia que podría llamarse geográfica, en el doble sentido de que abrirá el camino para la determinación exacta de lugares y zonas de tierra poco o nada conocidos; y de que es un precedente que viene a estimular a la juventud y a los miembros de la Sociedad a dedicarse a las exploraciones y estudios geográficos sobre el terreno, cosa tanto más útil, cuanto que diariamente palpa la República Argentina la necesidad de contar con un cuerpo de ingenieros geógrafos, que produzcan mapas exactos y útiles.

---

<sup>44</sup> Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. I, 1876.

La falta ha sido sentida desde largo tiempo atrás y es esta la causa de que los gobiernos hayan adoptado oficialmente cartas geográficas que olvidan lamentablemente los derechos argentinos a la Patagonia.

Un cuerpo de exploradores y de geógrafos más vinculados al país nos pondrá a cubierto de estas ligerezas.

Bajo el punto de vista político conviene también que el señor Moreno realice su pensamiento, porque una nación que posee inmensos territorios, debe procurar explorarlos, tomar posesión de ellos y darlos a conocer para incitar su colonización.

(El autor hizo la historia ya conocida de los viajes de Cox y de Musters, continuando como sigue:)

Pero para vencer los inconvenientes que han detenido la marcha de Cox y de Musters, cuenta el señor Moreno con la amistad de uno de los caciques que tienen sus tolderías en los manzanares, inmediatas a Nahuel-Huapí. Dicho cacique, célebre por la protección que prestó a Cox y Musters, aunque no tan decidida como la que ahora ofrece, se llama Inacayal, recibe raciones del gobierno argentino y cruza una vez al año el desierto, desde los Andes al Atlántico, para recibirlas en Carmen de Patagones.

Además el señor Moreno se servirá de otros medios que ya lo esperan en Patagones, de manera que contando con tan eficaces auxiliares es dado esperar de la exploración resultados felices. He dicho."

Votado el proyecto, después de estas palabras, fue unánimemente aprobado, y el señor Moreno se ponía en viaje pocos días después.

Emprendió el viaje a caballo orillando el río Negro, acompañado por una tribu de indígenas que se internaba y no halló oposición entre los salvajes. Visitó las tolderías de Shalyhueque en las Manzanas a la orilla del río Caleuvú, pasó ligeramente por las cercanías de Nahuel-Huapí, y otros alrededores del norte y regresó a Patagones el 1.º y de febrero de 1876, habiendo salido el 6 de diciembre de este punto.

El viaje del señor Moreno no ha dado resultados para la geografía de aquel territorio ni para la hidrografía de sus corrientes de agua. Sus principales trabajos se refieren a la etnografía de las tribus indígenas.

De esta sucinta exposición resulta que las exploraciones del río Negro por Villarino y Moreno tenían por objetivo pasar a Valdivia, y que la chilena de Cox obedecía al anhelo de cruzar a la inversa, es decir de Valdivia a Carmen de Patagones; pero ni los primeros ni el último pudieron vencer la porfiada oposición que hacen los indios manzanares a semejante propósito. Esta oposición tiene su origen en la profunda desconfianza de los indios, temerosos de que, combinadas las fuerzas de ambas repúblicas, sus tierras les sean arrebatadas y se lleve a efecto la expedición definitiva que tanto sobresalto les inspira.

De las exploraciones que hemos pasado en ligera revista sobre el curso completo del río Negro, la más importante y más completa del punto de vista científico es la de Villarino,

así por su trabajo diario sobre toda la extensión del río, como por las posiciones geográficas que fue el único en determinar.

De la sección comprendida entre Choele-Choel y el Carmen, hay dos exploraciones eminentemente científicas: la de Descalzi en 1833 y la de Guerrico en 1872.

Dedúcese de lo expuesto que es necesario realizar exploraciones para el adelanto de la Geografía y a fin de obtener un conocimiento exacto de los lugares desde Choele-Choel al oeste, pues hasta hoy y fuera de las situaciones geográficas calculadas por Villarino, todos los demás parajes y distancias son dados al tanteo. Musters ha tenido la franqueza de advertir esta deficiencia del éxito de sus viajes en Patagonia, previniendo la inexactitud científica de sus datos geográficos, a consecuencia de la dificultad de usar instrumentos en aquellas circunstancias. A pesar de todo, la obra del capitán Musters es de las más verídicas y concienzudas que hemos leído sobre los territorios del sur y sus salvajes moradores<sup>45</sup>.

---

<sup>45</sup> Hubiéramos deseado completar este capítulo analizando el Diario del general D. Ángel Pacheco, comandante de la vanguardia en 1833; pero ignoramos el paradero de aquel documento inédito.

### CAPITULO III

#### EL RIO NEGRO Y SUS AFLUENTES

Origen del río Negro. - EL lago de Nahuel-Huapl. - El río Limay. - Sus tributarios. - Ríos Chimehuin y Catapuliche. - El Colloncurá. - Sus afluentes. - El Neuquén. - Su origen y curso: - Confluencia con el río Negro. - Descripción general de este río. - Colinas. - Islas. - Cauce. - Corrientes. - Profundidad. - Naturaleza de su fondo. - Crecientes y bajantes extremas. - Volumen de agua. - Sondajes de Descalzi, de Ramírez y de Guerrico. - Análisis de los Diarios de los exploradores. - Obstáculos y bancos. - Tablas de sondajes y corrientes. - Condiciones generales de navegabilidad.

EL RÍO NEGRO, llamado por los indios araucanos Curuleuvú (Curú, negro, y leuvú, río), se forma de la unión de los ríos Limay y Neuquén, que descienden de las faldas de los Andes entre los 37° y 41° de lat. S.

Propiamente hablando, el río Negro no es más que la continuación del Limay, que cambia repentinamente su dirección del sur al norte, para atravesar la planicie de O. a E.

A fin de estudiar con método su curso, conviene, pues, dividirlo en tres grandes secciones, en este orden:

*Primera:* de Nahuel-Huapí al Neuquén o río Limay. *Segunda:* del Neuquén a Choele-Choel. *Tercera:* de Choele-Ghoel al Atlántico.

I. El Limay-leuvú (Limay, especie de sanguijuela; leuvú, río) nace del lago andino de Nahuel-Huapí (Isla del Tigre), llamada por los indios Tehuel-Malal (corral del sur), según el señor Moreno. Fue descubierto y explorado por el padre Mascardi, por los misioneros que siguieron sus desgraciadas huellas, como se ha visto. El padre Olivares no trae, en su citada obra, noticias útiles para el hidrógrafo; y las escritas por los mismos misioneros del Nahuel-Huapí, se han perdido manuscritas, o son muy raras las publicadas; de suerte que nada podemos utilizar de aquellas fuentes primitivas. Lo único que ofrece Olivares como producto de observaciones de los misioneros, es la noticia de que en Nahuel-Huapí los fríos y nevadas son muy intensos, lo que recuerda a fin de elogiar a un padre que, en medio de aquellos rigores del clima, madrugaba mucho para ocuparse de los ingratos indios.

Nos desconsuela esta falta de datos antiguos en nuestra modesta biblioteca americana, porque en dos siglos han podido sufrir cambios de importancia los accidentes físicos de aquellas alejadas comarcas, dada la variabilidad relativa de ciertos fenómenos de la naturaleza, cambios cuya comparación con los hechos actuales es de la mayor importancia.

Cox fue el primer viajero que complementó en 1862 la exploración del gran lago de Nahuel-Huapí, reconociendo sus contornos del este. Según este viajero, que navegó el lago,



su extensión de oeste a este es de 60 kilómetros y de 20 kilómetros su mayor anchura. Recibe las aguas de la cordillera por varios ríos que a él se arrojan, siendo el más notable el río Grande.

La navegación del Nahuel-Huapí no ofrece inconvenientes. Cox la hizo en malas embarcaciones, con bastante peligro de zozobrar, porque las ráfagas del viento helado que sopla de los Andes, agitan las aguas cuyo oleaje es formidable. Al oeste se halla estrechado por altas murallas de piedra que las olas azotan con furor. Al noroeste hay siete islas en una gran bahía, quedando la mayor de éstas sobre la orilla oriental. Las isletas, dice Cox, tenían un aspecto encantador y las arboledas hacían el efecto de poblaciones de los campos.

El desagüe del lago en el río Limay fue prolijamente examinado por la expedición chilena, que encontró una corriente de diez millas por hora en el origen de dicho río. A 500 metros de su salida del lago se señaló un rápido, que no ofreció dificultades; y desde allí todo su curso es regular y majestuoso, con aguas cristalinas y sabrosas.

Cox refiere que el fondo del río se halla lleno de piedras redondas como de veinte pulgadas de diámetro, en lo que concuerda perfectamente con Villarino, que escribió, al margen del mapa de su exploración, que el Limay arrastraba y detenía piedras chicas como botijas de aceite, lo que hacía incómoda su navegación en la época de la mayor bajante.

Resulta también de las observaciones de Cox, que el Limay tiene en un trayecto de dos millas desde su nacimiento, 80 metros de ancho, de 3 a 4 metros de profundidad y una corriente de 7 millas por hora, o sea tres menos que en su ori-

gen. Preferimos reproducir su descripción general del Limay<sup>46</sup>.

“Su lecho parece un acueducto formado por la mano de la naturaleza para transportar una masa de agua desde un punto a otro del mismo nivel, haciéndola pasar más arriba que el fondo del valle más bajo. El río sigue rápido pero uniforme, conservando su dirección general al norte, orillando casi siempre la ribera izquierda, encontrando varias islas bajas con arbustos; navegamos sin accidente hasta las 10 de la mañana.

El fondo variable de uno a cuatro metros; la corriente de seis a siete millas.

En fin, a las 12 estábamos otra vez en el agua, habiendo hecho hasta allí unos 32 kilómetros.

A la una encontramos el río dividido en 3 ó 4 brazos iguales.

Antes habíamos encontrado ya algunas islas, mas la gran diferencia de anchura que aparecía en los brazos no permitía la indecisión y era fácil escoger entre ellos.

Aquí eran todos iguales, escogimos con bastante suerte, pero engañados al fin por la apariencia de la superficie, tomamos un brazo de poco fondo; la embarcación tocaba y todos por un movimiento instintivo saltamos al agua para aliviarla, y la arrastramos hasta encontrar más agua.

Apenas embarcados nos esperaban peligros de otra clase.

---

<sup>46</sup> Como ésta es una obra de aplicación práctica, que servirá para los oficiales que hagan la expedición al río Negro y aun a los nuevos exploradores de aquellas regiones, debemos ser muy minuciosos en los detalles, para encaminar en cuanto sea posible a los viajeros futuros.

El río corría allí por entre rocas desnudas y perpendiculares, dando numerosas vueltas; la mayor profundidad estaba en la concavidad siempre, pero temíamos encontrar rocas, y siguiendo la cuerda del arco teníamos menos fondo.

Resolvimos pues, cortar derecho, bogando con toda fuerza.

Al principio salimos bien, obrando de este modo, porque los codos no estaban muy cerca unos de otros, pero cuando se sucedían inmediatamente, dirigidas sus curvas en sentido contrario, la maniobra era muy difícil, porque pasado un peligro era preciso cambiar bruscamente de rumbo para evitar el siguiente.

A las cuatro y media el lecho del río era más estrecho, la situación más crítica, las piedras no eran como antes, una, dos, a flor de agua y todas cerca de la orilla, sino que algunas había en la orilla y otras al medio, aquéllas mostrando su cabeza sobre la superficie, éstas ocultas, pero indicada su presencia por violentos remolinos y grandes penachos de agua.

En este punto el río era más ancho, la corriente entre seis y ocho millas; en los rápidos era incalculable, porque sólo nos ocupábamos de la maniobra cuando los pasábamos; la profundidad general había variado entre uno y cuatro metros.

Veíamos delante la superficie del agua que subía y bajaba produciendo olas marcadas, pero eso no nos infundía temor, porque ya habíamos visto que, a pesar de su profundidad considerable, una piedra aun pequeña, situada en un fondo liso producía olas sencillas en la superficie.

A las cinco nos pusimos otra vez en medio de la corriente; navegamos como un cuarto de hora; según nuestros

cálculos debíamos hallamos a corta distancia del punto adonde habían alcanzado los españoles en 1782; cuando al doblar una punta el río se declara en un impetuoso torrente, luego se presentan grandes olas y remolinos, enormes penachos blancos en todas direcciones, dando a conocer la presencia de grandes piedras.”

Pocas cuadras más arriba llegaron a una vuelta rápida del río, donde las aguas forman un pequeño maelstrong y el bote zozobró, con el peligro de la vida de los tripulantes, que se salvaron milagrosamente. Reunidos algunos indios, se adquirieron víveres para regresar a Chile.

Los datos del capitán Musters son incompletos sobre el Limay, pues viajaba a caballo y apenas nos da una descripción del paisaje, que concuerda con la de Cox. El oficial inglés pasó el Limay a seis leguas al oeste de los toldos de Shayhueque sobre el arroyo Caleuvú, encontrando tal hondura que los caballos nadaban.

Esta misma sección fue visitada aunque de paso por el señor Moreno en 1875. Él escribe lo siguiente en su relación de viaje, que es todo lo que dice en ella sobre el Limay<sup>47</sup>:

"Desde los toldos al paso del Limay descrito por Musters en la relación de su viaje, hay seis leguas de camino muy cómodo por entre valles estrechos; pero pasando este punto después de cruzar el manantial de Tran Manzana-Geyú (manzano caído), el río corre por entre rocas, haciendo sumamente penoso el camino. Estas rocas son generalmente

---

<sup>47</sup> Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. I, 1876, pág. 195 y siguientes.

volcánicas, traquita, basalto y grandes cantidades de lava compuesta de piedra pómez, cenizas y canto rodado.

El río tiene numerosos saltos que abrazan toda su anchura. Las sierras están cubiertas de bosques de tuyas o pujas, hasta una gran altura, tanto que muchas veces las nubes los escondían a nuestra vista. Con excepción de las inmediaciones de la laguna, donde el cacique Inacayal tiene sus tolderías y donde en otro tiempo hubo una misión jesuítica, no hay terreno capaz de producir.”

El curso del Limay al norte fue reconocido por Villarino hasta el punto en que el río, bajando desde el Neuquén hacia el sur, dobla al oeste por espacio de algunas leguas, recibe el Colloncurá y vuelve a seguir al sur. Así, el trecho que media entre este punto y aquél donde naufragó Cox, es de escasa importancia, pues solamente alcanza a cuatro leguas geográficas. Del punto en que Villarino retrocedió para seguir el Colloncurá confundiénolo con el río Limay que buscaba, hasta las nacientes de éste, hay catorce leguas geográficas de 21, 38 al grado.

La sección del Limay comprendida entre el Colloncurá y el lago de Nahuel-Huapí o el mar (Lavquen) como dijeron los indios al piloto español, es el río que éste llama de la Encarnación en su carta.

Villarino salió de la confluencia del Neuquén con el Limay, surcando las aguas de éste, con rumbo al S.O., corrigido, y el primer día sufría un huracán del S.E. que le rompió el palo mayor del Champán. Durante los días 29 y 30 de marzo, la navegación marchó bien por espacio de siete y media mi-

llas. De este paraje al punto de partida en la confluencia hay veintitrés millas, debiendo notarse que la navegación al empezarla en el Limay fue muy feliz, alcanzando a doce millas en el día.

Estaba, pues, Villarino a veintitrés millas del Neuquén, y dice:

"El río sigue al S. y el camino de los indios va desde aquí por tierra adentro; y esto es porque no hay otro remedio, pues por su orilla no se puede transitar, ni por la banda del norte ni por la del sur, por que de una y otra son las barrancas perpendiculares y tocan sus cimientos en el río mismo."

A veintisiete millas del Neuquén, Villarino encontró grandes saltos en que el agua no medía más que palmo y medio de hondura, en su época de máxima bajante, y no pudo avanzar este día más que una milla, abriéndose paso por los saltos a pico y azada.

A veintinueve millas del Neuquén presenta el río un murallón que avanza del sur en forma de tajamar, según el Diario del piloto, y enfrente hay otro cerro perpendicular y tajado, pasando el río por entre ambas murallas con una anchura de 500 varas. El día 6 de marzo los navegantes del Limay se hallaban a 39½ millas de su confluencia con el Neuquén, en un paraje que llamó profundamente la atención de Villarino, quien lo describe así:

"A la legua navegada después de mi salida, hallé unas barrancas que parecen grandes edificios desmoronados; inme-

diato a éstas hay dos que parecen perfectamente dos hornos de tejas; y al extremo hay una que tendrá 200 varas de alto y termina en punta o tajamar, y en ella hay una pirámide, casi tan alta como la barranca, dividida de ella; pero es corto el intervalo que media entre una y otra, que me parece no pasa de cuatro varas. Mirándola de lejos, como de una o dos leguas de distancia parece un gigante de rodillas, de modo que hacen estas barrancas figuras bien extrañas. Pasando ésta, ya se ensancha el valle, y se hallan mejores tierras y corre el río por medio de la llanura.”

El señor Moreno visitó este paraje en 1875 y experimentó la misma impresión que Villarino, pues nos dice:

"Subiendo la travesía del Chalcun se encuentra un Wali-chu o piedra que puede llamarse sagrada. Consiste en una arenisca amarillenta con figuras quizá dibujadas por alguno de los que componían la expedición de Villarino. Lo único que distinguí con claridad fue una cruz, aunque los indios creen ver allí rastros de avestruz e impresiones de pies humanos y de león.

Esta travesía, que mide seis leguas, concluye en una bajada penosísima a la vez que peligrosa. Como su nombre lo indica, Chocongeyú, es célebre entre los indígenas, por haber perecido en ese punto toda una familia india, a quien los indios pehuenches arrebataron los caballos.

En la pendiente de la sierra se ven nueve tumbas en forma de conos, construidas de piedras sueltas y cubiertas de ramas secas. Todo indio que pasaba por allí ahora 10 años,

cuando la memoria del suceso estaba aún fresca, arrojaba en el sitio en que se hallaba cada cadáver una piedra; pero la devoción ha disminuido con el tiempo y hoy día se contentan con colocar respetuosamente una rama y algunos pedazos de poncho o chiripá.

Este paraje es el mismo que Villarino describe en su viaje, diciendo que las sierras parecen ruinas de edificios. A la verdad, de noche se asemeja a una ciudad edificada en piedra roja con sus iglesias, cuyas cúpulas parecen verdaderas desde alguna distancia.

Muy cerca de este punto se halla Frerau geyú o paradero de los loros, donde una especie de éstos vive por millares en los sauces de las islas. Este paraje está señalado en el mapa de Petermann con el nombre de distrito de Ruca-Choroy (de ruca, casa y choroy, loro).

Allí desagua el Picun Lefú, o río del norte, que corre al pie de una colina elevada, trayendo en la primavera las aguas de las nieves de la Cordillera. Ya en este último punto se encuentran manzanos.”

La navegación de Villarino hasta la confluencia del Limay con el Colloncurá se hizo sin gran dificultad, caminando cinco y seis millas por día. En aquel punto la expedición dobló al norte entrando a un afluente del río principal, que confundió con éste, como hemos visto.

Las demás exploraciones del río Limay, han sido pasajeras y avanzan poco. El señor Moreno, que es el último viajero que ha recorrido aquellas comarcas, lo hizo a caballo, y por consiguiente nada puede informarnos sobre cuestiones hi-



drográficas. Algunos de los datos que trae no son serios ni verosímiles, debido precisamente a que no ha navegado el río ni lo ha visto de una manera continua, sino en trechos, y cuando el terreno de las barrancas permitía el tránsito a las cabalgaduras.

A tres leguas de Manzana-geyú Bejarano pasó el arroyo Piquin-Puranmi, que desemboca frente al arroyo Hechicero, afluente del este del Limay; y a veinte cuadras antes de llegar a aquel arroyo, reconoció Bejarano un salto, que debe ser forzosamente el Salto de los Mosquitos de Villarino y que no fue visto por el señor Moreno en 1875, pues equivocó su situación.

En efecto, el último viajero dice en su relación de viaje:

"Pasada la sierra se halla la Pampa Morada o Cum-belfem, que con Cum-cum-geyú forma los valles extensos del Limay. Entre estas dos abras existe una colina, alta de 600 pies, cortada a pico sobre el río.

Allí Villarino coloca el Salto de los Mosquitos, pero lo busqué en vano. Creo que como este río cambia muy a menudo de curso, hoy las piedras del salto están cubiertas por arena".

Sin embargo, Villarino sitúa el salto antes de las colinas.

El señor Moreno no había leído al emprender su explotación el Diario del mayor Bejarano, así es que no se preocupó de verificar la situación precisa del salto visto por dicho oficial, que en nuestra opinión no puede ser sino el Salto de

los Mosquitos de Villarino. Bejarano lo describe en estos términos:

“Unas veinte cuabras antes de llegar a dicho arroyo (el Piquin-Puranmi), se halla el salto de piedra formado por la aproximación de la sierra. Este salto que probablemente opondrá dificultades a la navegación, tiene próximamente un ancho de veinte cuabras y de altura un par de varas.”

Los afluentes del Limay entre el Neuquén y Colloncurá no merecen el nombre de ríos. Son arroyos más o menos importantes que corren por el este y el oeste. El más considerable de ellos es el Caleuvú, muy conocido por existir en sus orillas las tolderías del rey de las Manzanas, cacique Shayhueque.

Son más importantes los afluentes que descienden del noroeste, porque originarios de la cordillera y de sus ramificaciones, traen al Limay el caudal de agua proveniente de los derretimientos de nieve y de las lluvias.

A 41 millas del Neúquén halló Villarino uno de estos pequeños tributarios que llama Pichi-Picun-Leuvú (pichi, pequeño; Picun, norte; leuvú, río). Este río tiene cinco varas de ancho, una de profundidad y una corriente de una milla por hora. Es el mismo de que nos habla el señor Moreno bajo el nombre de Picun-Lefú, que es un nombre mal escrito, porque lefú no es voz araucana, sino leuvú, río.

Después de caminar 24 leguas al sur del Paradero de los Loros, el mayor Bejarano<sup>48</sup> halló el paraje Manzananicó, donde vio tres manzanos. Este dato es importante, pues aquellas tres plantas parecen colocadas allí por la mano de Dios para orientar al viajero. Son los mismos tres árboles que vieron los marineros de Villarino en 1773, es decir, justamente un siglo antes que Bejarano. El Diario del piloto (10 de marzo) dice hablando de una partida que salió de descubierta:

“Condujo una rama de un manzano que él quebró de un árbol, y dijo que él no había visto más que tres; pero que tenían poco más de un estado de alto.”

Había caminado 71 leguas el mayor Bejarano, desde su salida del Neuquén, siguiendo las sinuosidades del Limay, cuando llegó al río Colloncurá (Collon, máscara; curá, piedra). El señor Moreno describe este río así:

“Con esa creencia cruzamos el río Colloncurá, o máscara de piedra, nombre dado por los indios a una piedra que dicen ellos tiene formas de mujer. Ese río que Villarino recorrió en una gran extensión, a costa de grandes dificultades, por no haber podido ascender el Limay, por los numerosos y rápidos saltos, no lo creo navegable, siendo su corriente mayor que el de la anterior. Tiene numerosos pasos para los caballos.

También, como los otros doce ríos o arroyos que desagan en el río Negro, el Colloncurá es un antiguo torrente

---

<sup>48</sup> Diario de la expedición a los toldos de Shayhueque, por el mayor Mariano Bejarano (Memoria de Guerra y Marina de 1873).

que en otro tiempo ha arrastrado grandes cantidades de piedras rodadas.”

Resulta de las observaciones de los señores Moreno y Bejarano que el Colloncurá es un afluente del Limay, lo que rectifica el error de todas las cartas que dan aquel nombre a una sección del último río.

El croquis del viaje del mayor Bejarano que publicamos en otro lugar, contiene este sistema de afluentes del Limay vadeados todos por él.

En cuanto a la avanzada opinión de que el Colloncurá no sea navegable, no ha sido fundada como era de esperarse. Al contrario, el señor Moreno se contradice al afirmar en un mismo párrafo que no "cree navegable" el río que "Villarino navegó en una gran extensión".

Si lo navegó el piloto español con buques pesados, de vela y mal contruidos, ¿por qué no ha de ser navegable hoy que se construyen vapores de seis pulgadas de calado?

El Quenquentrué es otro arroyo que baja de los Andes, corriendo de noroeste a sudeste, hasta unirse, según Bejarano, al Colloncurá para desaguar en el Limay. El Diario de este oficial dice, efectivamente:

"El 29 de julio vadeé el río y fui a un parlamento con el cacique Shayhueque, en la parte sur del río, en la horqueta que forma el arroyo Quenquentrué con el Colloncurá<sup>49</sup>."

---

<sup>49</sup> El mayor Bejarano fue perfectamente tratado por los indios. El cacique Shayhueque organizó una real boleada de avestruces en honor del huésped. Los boleadores, y entre ellos Bejarano, alcanzaron en el rigor de las nevadas hasta Nahuel-Huapí, donde el 20 de agosto dice este oficial: "Vi los cimientos de un

El Chimehuin sale por la vertiente oriental de los Andes a los 39° 40' de l. S., desde la laguna Quilquihue corre algunas leguas al este, inclinándose ligeramente al sur hasta la gran serranía que atraviesa de norte a sur las Manzanas, cambiando allí de dirección al sur fijo para unirse con el Colloncurá, con el cual desagua en el Limay a los 40° 20' aproximadamente.

Villarino llegó el 26 de marzo a la confluencia del Colloncurá con el Limay, y anotó en su Diario lo siguiente:

“Al salir el sol me fui en el bote a reconocer el río que entra en el principal por la parte del sur, llevando conmigo al carpintero: entré en él y lo navegué una legua aguas arriba por su orilla, por la parte del oriente.

Este río viene del S.O. con mucha rapidez y por un canal profundo y angosto, tiene algunas islas con muy pocos y ruinas sauces.

En la confluencia de estos dos ríos hay una isla chica que es donde acampé, y la circunda la mayor parte del río principal, junto con el que viene del sur.

Este río es del tamaño del Diamante, su agua clara y muy fina; la calidad del fondo es la misma que la del río principal que son piedras redondas y lisas siendo las mayores del peso de una arroba poco más o menos. La separación de este río me hace más dificultosa la del río principal.

---

antiguo establecimiento de misioneros, situado distante 10 ó 12 leguas de los toldos, son de piedra y de una altura de vara y media".

Este río tiene en su desagüe 200 varas de ancho, 5 pies de profundidad y su velocidad es de 8 millas marítimas por hora; pero así, este río como todos, aumenta o disminuye su profundidad según la menor o mayor rapidez de la corriente.”

La confluencia fue situada por Villarino a los 40° 10' de lat. S. y 72° de long. O. A las 8½ millas, según el derrotero del piloto se encontró con el desagüe en el río Chimehuin (que él llama Huechun) de otro río que viene de S.O., descendiendo la cordillera con rápida corriente. La cordillera distaba de las naves expedicionarias tres y media leguas rumbo al O. corregido. El río del S.O. desagua por ocho bocas y no puede ser navegado. Era el río Malleu.

Más arriba de este punto de confluencia entran al río las rocas de la falda de la Cordillera, produciendo saltos que dificultan la navegación; pero que no la hacen imposible, pues Villarino pudo muy bien avanzar con sus bastimentos de tres pies de calado, en aguas bajas.

El día 12 llegó a otro punto característico, un cerro distante 4½ millas de la confluencia del Quenquentrué y Colloncurá de cuyo cerro dice que:

“Si no supiera que estas tierras estaban habitadas sólo por salvajes, creería firmísimamente que en él estaba un castillo con dos baluartes al río, con ocho cañones montados”.

Algunas millas más arriba el río se divide en tres brazos formando isla.

Quince millas al norte, el 14 de abril, la expedición pasa por la confluencia de dos ríos. El Catapuliche que navegaban, lo que ya sabía Villarino por noticias de los indios y el que llama Huechun-Huechun que era el Chimehuin, cuyo origen señalamos ya y que se une al Catapuliche para echarse al Limay.

El 15 de abril el piloto observó la latitud  $39^{\circ} 33'$ , es decir, que se hallaba muy cerca del anhelado río Huechun-Huechun, que nace de la laguna del mismo nombre y corriendo al este directo lleva sus aguas al Catapuliche. La expedición hizo alto allí, en la toldería de Chulilaquin, señalada en la carta de Villarino anexa al capítulo anterior.

El 23 el piloto se adelantó con un bote remontando el Cata-puliche, y envió gente a reconocer por tierra el Huechun-Huechun.

“Yo llegué a la boca del Huechun-Huechun, dice, y reconocí su entrada; baja por un despeñadero con rapidísima corriente, por entre espesas peñas y es de tanto caudal como el Catapuliche. Desde su boca hasta la cordillera en línea recta hay una legua. Seguí el Catapuliche y habiéndolo navegado una legua aguas arriba, arrastrando por el fondo del botecito vacío, llegué adonde displayándose un poco el río, no permitió paso para el bote. No pudiendo pasar más adelante volví a las cuatro de la tarde.”

La confluencia del Huechun y Catapuliche según las observaciones del piloto tiene lugar a los  $39^{\circ} 40'$  de lat. S. y  $73^{\circ}$  de long. O. de París.

He ahí el término al norte del famoso viaje de Villarino. El regreso de su expedición fue feliz, pues en 21 días navegó aguas abajo los ríos que había remontado en siete meses, debiendo notarse que a la ida las aguas alcanzaban su máximo de bajante y a la venida del Limay, dice Villarino, había aumentado su profundidad a tres pies y la navegación se hizo sin serios obstáculos.

La región andina del Catapuliche no ha sido aún bien explorada y hay mucho que adelantar en las investigaciones científicas sobre constitución y la topografía del terreno, así como respecto a la hidrografía de aquellas corrientes de agua.

El Limay, dice Cox, tiene dos grandes crecientes periódicas, una en el invierno, en los meses de junio y julio, y otra en el verano con el derretimiento de las nieves, en diciembre y enero.

II. Río de orden inferior, el Neuquén ha pasado casi inadvertido de los viajeros y sabios, a términos de que la última obra del Dr. Burmeister sobre la República Argentina, apenas lo recuerda de paso como afluente del río Negro, en el capítulo de los ríos de la Patagonia<sup>50</sup>. No obstante el Neuquén merece la atención de la ciencia y particularmente del Estado Mayor del ejército argentino, porque es la base de operaciones en la región andina para resolver radicalmente el problema de la frontera.

El Neuquén recoge el caudal de agua de una cuenca de mil leguas cuadradas, recibéndola directamente por los accidentes del terreno o por medio de sus numerosos afluentes

---

<sup>50</sup> Dr. H. BURMEISTER, Description physique de la République Argentine d'après des observations personnelles et étrangères. (T. I, Paris, 1876).



andinos del oeste; y las sierras avanzadas sobre la pampa del este, derraman también sus aguas en él.

Los afluentes principales son al oeste: el río Moncal, que nace de la cordillera Pillan Mahuida (Pillan, Dios, Mahuida, sierra), río que recibe un afluente originario del cerro de Porcura, y fue cruzado por Cruz en su célebre travesía de 1805; el río Calbunco más al norte, que parece corresponder con las vertientes occidentales del río Laja de Chile, pues ambos nacen de la cordillera de Pichachen; finalmente el río Sanquel, formado por dos corrientes que cruzan los valles adyacentes al volcán Trilope.

Del este recibe el Neuquén las aguas que arrojan a su cuenca las sierras de su mismo nombre, Piré-Mahuida y de las Barrancas, las cuales forman el río Culifén, cuya confluencia con el Neuquén tiene lugar según parece a los 38° 28' de lat. S. Y 70° 30' de long. O. del meridiano de Greenwich.

El origen del Neuquén no era bien conocido, pues los geógrafos se ocupan muy poco o nada de este río, como hemos advertido. Martín de Moussy, que nos merece crédito, por sus serios estudios sobre la geografía argentina, habla así de aquel río:

“El Neuquén, afluente del río Negro, del norte, es navegable en una parte de su curso; pero como las riberas son exclusivamente ocupadas por los indios tenemos muy cortas noticias sobre su valle”,

y agrega que nace del paso del Cerro Florido, a los 36° 30' más o menos.

En efecto, las cartas modernas dan por origen del Neuquén las cordilleras andinas que corriendo al norte directamente desde los 38° de lat. S. doblan al este en ángulo recto a los 36° 22' aproximadamente, para volver al norte después de algunas leguas. Estas cordilleras arrojan al oriente y al occidente un copioso caudal de agua, que se refunde en los ríos Neuquén del lado argentino y Nuble y Maule del lado de Chile.

El río Neuquén no ha sido explorado, según nuestros estudios, sino en sus extremos. Efectivamente, en 1783 lo remontó Villarino algunas leguas desde su confluencia con el Limay, y Cruz lo vadeó varias veces en 1805 a la altura de Raipi, a Tilqui, o sea a los 37° 20' de lat. S. Antes que por Cruz, había sido ligeramente reconocido por Molina, que estudiaba un camino desde Chile a Buenos Aires, partiendo de Alicó (alim, caliente, có, agua).

Las noticias sobre las nacientes del Neuquén dadas por Cruz, son generalmente desconocidas entre nosotros y no las citan las descripciones físicas de la República que gozan de mayor crédito. Helas aquí<sup>51</sup>:

"El río Neuquén viene de norte a sur, al pie del poniente, (por el lugar de la capilla) de la cordillera de Suconi-Maguida o Clollol-Maguida, como otros dicen, y descabezándola para tomar su curso hacia el levante, recibe a distancia de tres le-

---

<sup>51</sup> Tomada de la memoria titulada *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes poseídos por los pebuenches y los demás espacios hasta el río de Chadi-lewú reconocidos por D. Luis de la Cruz, alcalde mayor, provincial del ilustre Cabildo de la Concepción de Chile.* (Colección de Angelis, t. I).

De la Cruz sirvió más tarde a las órdenes del general San Martín.

guas de Butacurú, como dije, a Rinqui-leuvú, y luego al Tocaman.

En ese atraveso a la capilla le entran al Neuquén, de O. a E., Rarin-leuvú, Lig-leuvú, Butale-leuvú, Tubanco, Daquegue, Iguera-leuvú; y del E. al O., Millancehico, Gutalon, Barbarco, Itahilincó y Pichin-Barbarco.

Como he dicho, el Neuquén, desde las puntas de Rinqui-leuvú, y el Tocaman, toma al E. hasta salir de los Andes, y en esta carrera desde aquel punto, se le introducen por la ribera del sur, Buta-leuvú, Raqueco, Trinquico, Taquimilá y Pichi-Neuquén, que es el estero de las Salinas Grandes, desde cuyas puntas se le incorporan el río Macu-leuvú, que baja al este de las cordilleras, desde cuya incorporación, ya el Neuquén se titula Mucum-leuvú; cuyo nombre disfruta, el espacio de cincuenta leguas hasta juntarse a Limay-leuvú. En todo este intermedio sólo le entra a Mucum-leuvú, el río de Cubunco, y esto a distancia de legua y media de haberse juntado con el Neuquén.

Volviendo a Neuquén en las puntas de Rinqui-leuvú, de norte a sur, le entran el río Leudi-leuvú, que se forma de los esteros Businichingú, Luilmaque, Daquen, Coritun, del Azufrado, Trincan-malal y de Ligcó.

Más al oriente, a distancia de tres leguas, se le introduce el estero de Tilquí, y otros muchos de menos consideración, pues hay tantos arroyos en aquellos montes, como quebradas o bajos tienen los cerros, y en todos ellos hay mallinares. Todos estos ríos y esteros que he nombrado, los he conocido, o vi sus embocaduras, y muchos de ellos pasado, como se verá en el Diario; a excepción de Pichi-Neuquén, y Mucum-leuvú,

que él es el río más grande que nace al este de estos montes que quedaron al sur.

Nadie podrá dudar que el Neuquén, desde las puntas de Leudi-leuvú, sea navegable de embarcaciones menores; y por él sería fácil introducirse a Limay-leuvú, y por éste, hasta la costa patagónica.”

El Limay-leuvú, que corre desde Nahuel-Huapí al norte, por espacio de 120 kilómetros oblicuo al este, describiendo un grande arco, y se reúne al Neuquén según Villarino a los 380 42' de lat. S. y 71° 10' de long. O. de París y 68° 50' de Greenwich. Ya hemos visto que aquel piloto no pudo navegar el Neuquén en su embarcación al intentarlo en 1783 a causa de haber tropezado con varias islas, en un punto donde se bifurca el río no dándole paso.

El Neuquén corre cerca de su confluencia por un valle profundo, bastante ancho, formando muchas islas cubiertas de vegetación, especialmente de sauces y mimbres. Villarino observó que sus corrientes eran impetuosas en mayor grado que las del Limay y del Negro. Éste es el río que el benemérito piloto español confundió con el Diamante, haciendo incurrir en el mismo error a geógrafos y escritores de los dos siglos.

El mayor Bejarano pasó el Neuquén en 1872 con el agua al encuentro del caballo, habiendo sido informado por los indios de que el río estaba bajo.

Finalmente el señor Moreno visitó el río Neuquén en 1875 y lo único que sobre él nos dice en su relación de viaje es lo siguiente:

“El paso del Limay se halla muy cerca de la unión de éste y del Neuquén o Comoé<sup>52</sup> con el río Negro, en una playa ancha llamada Cheguan-Gueyú; en este punto el río tiene de ancho cerca de 250 m. y llevaba una corriente muy rápida por haber empezado recién el deshielo en la Cordillera.

Lo cruzamos en una jangada...”

En presencia de lo deficiente de las noticias sobre el Neuquén, particularmente entre el Negro y Raypí, el Estado Mayor General tendrá que consagrar una atención preferente a la exploración de su cuenca y a los accidentes y condiciones generales del río, cuya importancia como línea natural de frontera ha sido reconocida, cual ya se ha demostrado, por la opinión de los que en el siglo pasado y en el actual se han preocupado de un modo fundamental de la guerra contra los indios.

Amigorena ha hecho quince expediciones en el siglo pasado sobre los indios de las tolderías del Neuquén, llegando en 1781 hasta cerca de su confluencia con el Limay. Sin embargo, no conocemos resultados geográficos de estas excursiones.

No es menos vago todo lo que los viajeros modernos nos dicen sobre el curso del río Negro, desde su confluencia con el Limay-leuvú hasta Choele-Choel.

---

<sup>52</sup> Este nombre es usado por Petterman. El señor Moreno llevaba la carta geográfica de este autor, publicada en 1875 por Justus Perthes, de Gotha, carta que no es exacta en las indicaciones que se refieren a nuestra frontera y que tampoco puede serlo en la sección de las Manzanas, según las relaciones de Villarino, Bejarano y del mismo Moreno.

Nadie ha navegado esta sección después de Villarino, de suerte que solamente podemos considerar utilizable lo que este ilustre piloto consignó en su Diario de navegación. Lo seguiremos, en consecuencia, extractando las observaciones fundamentales sobre las condiciones generales del río<sup>53</sup>.

Los vientos contrarios, a veces de proa, fueron el inconveniente capital que menciona Villarino en este trayecto, circunstancia que unida a la fuerza de las corrientes, hacía necesario navegar alternativamente a remo, silga y poco a vela. Las distancias recorridas con este ímprobo trabajo, fueron las que expresa el cuadro siguiente con rumbos corregidos, formado con los extractos prolijos que hemos hecho de su Diario de navegación:

	Fechas	Millas	Rumbos
1 <sup>a</sup>	Diciembre 20 de 1782	7	N. O.
2 <sup>a</sup>	” 21	6	N. O.
3 <sup>a</sup>	” 22	4½	O. NO.
4 <sup>a</sup>	” 23	8	O. NO.
5 <sup>a</sup>	” 24	10	NO. ¼O.
6 <sup>a</sup>	” 25	9	O. NO. 5° N.
7 <sup>a</sup>	” 26	4¾	O. NO.
8 <sup>a</sup>	” 27	7	O. NO.
9 <sup>a</sup>	” 28	4	O. NO.
10 <sup>a</sup>	” 29	1	O. SO.
11 <sup>a</sup>	” 30	4	O. ¼ NO.

---

<sup>53</sup> Undiano remitió en 1810 al coronel García algunos datos geográficos sobre la pampa, y entre ellos dice: "El río Negro se ha situado por el plano que levantó de él el piloto D. Basilio Villarino que lo navegó en 1783 hasta donde señala la carta; y aunque nada tenga de las invenciones modernas en orden a las longitudes, no se puede negar que tanto el citado plano, como el prolijo Diario que formó, es lo mejor que se ha hecho de este río, y que mientras no se haga otro reconocimiento más formal, es menester estar a él."

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

12 <sup>a</sup>	”	31		2	O.
13 <sup>a</sup>	Enero	1° de 1783	4½		O. SO.
14 <sup>a</sup>	”	3	3		O. SO. 5° O.
15 <sup>a</sup>	”	4	4		O. ¼ SO.
16 <sup>a</sup>	”	5	5		O. ¼ SO.
17 <sup>a</sup>	”	8	2		O. SO. 5° S.
18 <sup>a</sup>	”	9	3		O. SO.
19 <sup>a</sup>	”	10	3		O. SO. 5° O.
20 <sup>a</sup>	”	13	3		O. ¼ SO.
21 <sup>a</sup>	”	14	6		O.
22 <sup>a</sup>	”	15	12		O. ¼ NO.
23 <sup>a</sup>	”	17	8		O. SO. 5° O.
24 <sup>a</sup>	”	18	4		O.
25 <sup>a</sup>	”	20	11½		O.
26 <sup>a</sup>	”	21	4		O. NO.
27 <sup>a</sup>	”	22	4½		N. O.
28 <sup>a</sup>	”	23	5		O. ¼ NO.

Estaba Villarino en la confluencia del Neuquén y del Limay, habiendo recorrido desde su salida de Choele-Choel 145 millas. Ahora bien, para que nuevos exploradores puedan corregir o confirmar los datos del piloto, es necesario conocer los inconvenientes con que el río detenía su marcha cada día, de modo que relacionando este dato, con las respectivas distancias y rumbos, se tendrá la situación de los obstáculos.

Hasta las 35 millas arriba de Choele-Choel la navegación fue regular, en bastante hondura, aunque los malos vientos y la fuerza de la corriente hacían más pesada la marcha.

El día 25 (número 6 de la tabla anterior) es decir, a aquella distancia del punto de salida, Villarino dice en su Diario:

“Toda esta tarde tuve viento fresco, por el este pero, incapaz de romper la rápida corriente de este río y en algunos parajes a remo y vela no pudieron romperla las embarcaciones, siendo preciso por esta causa traer siempre a los marineros hasta medio cuerpo metidos en el agua, tirando la silga.”

El 26 (número 7) a 45 millas de Choele-Choel, los expedicionarios empiezan a observar con creciente extrañeza que el agua del río es totalmente encarnada, lo que atribuye Villarino a algún barro que disuelven las aguas; suposición exacta, pues, sin duda aquel color proviene de la arenisca terciaria de las barrancas que más adelante hallaron al paso.

Del 27 al 29 (números 8 a 10) llega la expedición con dificultades que no dependen del caudal del agua del río hasta las 61 millas del punto de partida. El Diario del 29 dice:

“A las 10½ arrimé a tierra por ser el viento y la corriente tan fuertes, que con toda la gente no fue posible, sacar adelante las embarcaciones una a una.”

El 31 (número 12) dice Villarino:

“A las 4½ de la mañana me largué, siguiendo mi viaje al remo y silga, con calma por la parte del norte. A las 10 pasé a la parte del sur, por no serme posible romper la corriente por aquel lado.”



Esto sucedía a las 67 millas de Choele-Choel, paraje hoy denominado Chichinal, de cuya importancia estratégica he de ocuparme oportunamente.

A las 79½ millas, el 5 de enero (número 16) la expedición halló escasez de agua. En efecto, allí el río es poco profundo y vadeable a caballo en época de mayor bajante. El canal es estrecho y se concentra tanto la corriente, que treinta hombres no podían arrastrar una chalupa. A las 81½ millas, el Diario del 8 de enero (número 17) dice:

“Al amanecer salí con dicho viento (S.O.) pero más bonancible; navegué hasta las 9 del día, y hasta esa hora ya, no pudiendo pasar, volví al mismo sitio de donde había salido, a buscar otro canal y seguí con viento y corriente contrarios.”

Los obstáculos fueron menores entre 8 y 18 de enero (números 17 y 24), pues los vientos eran más favorables y la hondura del río mayor. El 18 estaba Villarino a 12½ millas del fuerte de su mismo nombre y encontró varios malos pasos que dificultaron la navegación, aunque no explica si por falta de agua o por la fuerza de la corriente. A las 136½ millas es decir el 21 de enero (número 16), el río corre por entre altas barrancas que distan media legua de su curso, y que se elevan sobre cimientos rojizos de arenisca terciaria. El piloto la describe así:

“Por la parte del río son estas barrancas inaccesibles, parecen castillos muy altos, particularmente las blancas, con sus cornisas o molduras. No producen sus cumbres ni sus faldas,

ninguna especie de yerba, sólo algunas muy pocas y chicas matas de maleza espinosa; pero tan raras y ruines que jamás llegó a mi imaginación que en todo el globo de la tierra pudiese haber alguna tan infeliz como ésta: no se ven rastros, ni animales; ni tampoco pájaros”.

Las embarcaciones llegaron al Neuquén sin otra novedad. El viaje fue feliz, sin grandes tropiezos, quedando evidenciada la navegabilidad del río Negro entre Choele-Choel y el Limay, en cuyo trayecto Villarino empleó 28 días, hallando menores dificultades que entre Choele-Choel y Carmen de Patagones<sup>54</sup>.

La autoridad de Villarino no nos es ya necesaria, porque sus trabajos han sido confirmados y ampliados en 1833 por el piloto D. Nicolás Descalzi, por el capitán de la Armada D. Ceferino Ramírez en 1869, y en 1872 por el teniente coronel D. Martín Guerrico.

Descalzi navegó el río desde Carmen de Patagones hasta Choele-Choel y desde Choele-Choel seis leguas arriba, habiendo suspendido la navegación a la altura de la vuelta del Dolor.

Indica Descalzi los inconvenientes de la marcha en los contornos de Choele-Choel y señala los trayectos en que es necesario emplear la silga. Dividiéndose el río en dos brazos, que rodean aquella isla, el piloto los sondó y marcó los datos

---

<sup>54</sup> Según las jornadas calculadas por el mayor Bejarano entre Choele-Choel y Chichinal hay veinte leguas, y entre Choele-Choel y el Limay cuarenta y tantas leguas.

Este cálculo parece exacto por tierra. Villarino anotó por agua 145 millas igual a 48 leguas y una milla, lo que enseña que el curso del río Negro es poco sinuoso.

siguientes: brazo del sur, profundidad variable entre  $2\frac{1}{2}$  a  $3\frac{1}{2}$  brazas de agua; brazo del norte, entre 2 y 4 brazas.

La profundidad entre Carmen de Patagones y Choele-Choel varió constantemente entre 2, 3 y 5 brazas, lo que daba suficiente agua para navegar el río en aquella estación con los buques de gran calado.

La corriente fue observada en las secciones normales del río, dando una velocidad de 2, 3 y 4 millas por hora. Era mayor en las angosturas y disminuía en las vueltas, estableciéndose entonces la relación de 2 a 4 millas por hora. Entre Choele-Choel y Carmen de Patagones, teatro de estas observaciones, el fondo del río acusaba alternativamente arena, fango y canto rodado.

Las observaciones que en 1872 realizó el comandante Guerrico, sobre los caracteres generales de esta sección del río Negro, concuerdan con las de Descalzi poco más o menos. Para facilitar el análisis he aquí los resultados sintéticos reducidos a términos de comparación

	Descalzi, 1833	Guerrico, 1872
Corriente	2, 3, 4 millas	3 a 4 millas
Profundidad	12, 18, 24 pies	9 a 30 pies

Estos datos difieren con las posiciones de los observadores y con la fecha en que fueron practicados; pero en general revelan cierta conformidad entre los resultados de las expediciones de 1833 y 1872, lo que abona en favor del crédito que merecen ambos observadores.

El comandante Guerrico afirma que en términos medios la profundidad general del río en esta sección varía de 10 a 15 pies. El sondeo de 30 pies lo tomamos de su carta hidrográfica, correspondiendo a la altura de Choele-Choel, donde la profundidad oscila entre nueve y treinta pies. Además, obsérvese que el comandante Guerrico aprecia en 4 millas la velocidad de la corriente ordinaria y en 5 millas la corriente excepcional del período de las crecientes; pero hace subir aquella velocidad, por cálculo de 7 a 8 millas en las angosturas.

Los estudios de los señores Descalzi y Guerrico se armonizan con los del insigne piloto Villarino, quien navegó con facilidad entre Carmen de Patagones y Choele-Choel en bastante agua, con una sola varadura, y haciendo jornadas que llegaron a 12 leguas al día. Él observó la variabilidad de las corrientes en las angosturas y vueltas y reconoció las islas del tránsito, así como los dos brazos del río en Choele-Choel.

La relación de viaje del comandante Guerrico trae varias y muy importantes observaciones prácticas sobre la navegación de Carmen de Patagones a Choele-Choel<sup>55</sup>. Este laborioso oficial observó que a medida que se remonta el río Negro, su profundidad es mayor gradualmente, lo que concuerda con los sondeos de Descalzi, que le dieron tres brazas término medio abajo de Choele-Choel y seis brazas arriba de esta isla.

---

<sup>55</sup> Puede consultarse la Memoria del comandante Guerrico sobre el río Negro en la Memoria de Guerra y Marina de 1873. En 1874 la publicamos con notas en los *Anales Científicos Argentinos*, de los que fuimos directores y fundadores, en unión con nuestros amigos D. José María y D. Francisco Ramos Mejía.

Así, pues, a medida que se remonta el río Negro, van desapareciendo lo que el comandante Guerrico llama malos pasos, o sea parajes en que la profundidad baja hasta 5 pies en el eje del canal, considerando al río en la bajante de las aguas. Entre el fortín Conesa y la travesía denominada Balcheta, encontró el comandante Guerrico seis malos pasos, mientras que al avanzar desde Balcheta a la punta del este de Choele-Choel solamente encontró dos. A la inversa, bajando el río desde el fortín nombrado, hasta la guardia General Mitre, el número de trechos de agua baja es mayor y aumenta desde este último punto hasta Patagones, habiendo contado diez con menos hondura, es decir con cinco pies; pero, observa el explorador, estos pasos que podían oponer obstáculos al navegante, son muy cortos, pues no miden cien metros de longitud. Ha tenido la precaución de señalar en su carta los trechos excepcionales, prestando así un servicio importante a la futura navegación.

Corroborando los sondeos que Descalzi hizo hasta la vuelta del Dolor, arriba del Choele-Choel, el comandante Guerrico dice:

“En los brazos del sur y norte de Choele-Choel, aunque se nota una disminución en la profundidad, es por lo demás uniforme con la anterior. De esta isla arriba aumenta el río su profundidad de un modo notable; el agua que encontramos allí en el espacio que recorrimos era de 16 pies la menor y la mayor de 32, hondura que sólo se encuentra enfrente de la hacienda de D. Gabino Crespo.”

La sonda dio a Descalzi seis brazas o sea 36 pies, en el mismo paraje en que el comandante Guerrico marcó 32 pies, diferencia que depende de la estación en que uno y otro observaba, y que no altera en nada el principio general de que la profundidad aumenta a medida que se remonta el río.

La misma observación nos ha sido corroborada por una carta hidrográfica del río Negro, construida en 1834 por la Comandancia de Ingenieros y que existe en el archivo del Departamento Provincial del ramo, donde la hemos estudiado. Esta carta, hecha quizás por el coronel D. Feliciano Chiclana, contiene sondajes que dan desde 20 pies hasta 48 pies, a medida que se avanza al oeste; pero no trae explicaciones sobre la estación y el estado del río en el momento de las observaciones.

Se ha dicho ya que la corriente es más violenta en todos los parajes en que el río sigue una dirección regularmente recta, mientras que se debilita en las vueltas, porque se quiebra sobre las barrancas; pero su impetuosidad adquiere el máximo en las angosturas, parajes característicos de la navegación de Carmen de Patagones a Choele-Choel y que el comandante Guerrico describe en estos términos:

“Las corrientes que son de mayor consideración, por su mayor fuerza, son las que se experimentan en las angosturas, donde sufre el cauce un cambio brusco en su amplitud, y así, después de recorrer las aguas un canal de 400 metros de ancho, éste viene a reducirse a uno de 120, poco más o menos, y allí donde se detienen un momento las aguas para lanzarse con mayor rapidez, la que calculamos de siete a ocho millas.

Estas angosturas, sólo tienen de 100 a 120 metros de longitud, y se encuentran unas ocho en todo el espacio que hemos reconocido.”

Además de los precedentes trabajos recordaremos que en el Departamento de Ingenieros de la Provincia se conserva una carta hidrográfica de la desembocadura del río Negro, carta que no trae fecha ni nombre de autor. Hemos extractado sus indicaciones de mayor importancia que se reducen a las siguientes:

“El establecimiento de la marea es a las 11¼ a. m. En días de luna llena sube de 2 ½ brazas y si el viento que sopla es S.O. alcanza hasta 3 brazas.”

Este plano trae otros datos para tomar la barra, operación ya muy común, y comprende el curso del río desde aquélla hasta el fortín San Gabriel, que se halla en la margen sur del río cinco leguas arriba de Carmen de Patagones.

El capitán Ftatnárez navegó el río con felicidad desde Carmen de Patagones hasta Choele-Choel en setiembre de 1869, época de bajante, en el vapor de hélice Choele-Choel que cala cinco pies. Encontró siete malos pasos entre aquellos puntos, con un fondo de 5 a 6½ pies.

El comandante Ramírez concluye que el río puede ser navegado sin dificultad en esta sección por vapores de cuatro pies de calado.

IV. El río Negro corre desde su origen, en la confluencia del Limay-leuvú con el Neuquén, cuya situación geográfica,

dada por Villarino, hemos anotado antes, hasta el Atlántico, en el cual desagua a los 41° 2' de lat. S. y 4° 2' de long. O. del meridiano de Buenos Aires, conservando su rumbo al S. 60° E., y con una anchura variable entre 120 y 160 metros.

Este río tiene su cauce perfectamente guarnecido por dos colinas que surgen entre los médanos de la costa del mar y que se internan a lo largo de su cauce, apartándose unas veces, estrechándose otras, como murallas levantadas por la naturaleza para asegurar la invariabilidad de su curso. Se pronuncian las colinas con una altura de 50 a 60 pies y siguen elevándose a medida que se interna el río, hasta que al oeste de Choele-Choel, en el Chichinal, las colinas asumen el carácter de verdaderas serranías con una elevación de 500 pies, según nos lo escribía desde allí mismo el señor Moreno en 1875<sup>56</sup>.

En la confluencia de los ríos que constituyen el Negro, las sierras se abren también al sur y al norte, amurallando a los afluentes de este río, de suerte que su caudal de aguas se halla bien defendido de los accidentes que pudieran debilitarlo, como serían, verbigracia, los derrames en las pampas áridas y absorbentes del este, donde las aguas se perderían estérilmente, como la de tantos arroyos y ríos andinos. Las cuchillas, dice el comandante Guerrico, forman un valle cuya longitud es de 362 millas aproximadamente y cuya anchura media es de 9 millas, en medio del cual corre caprichosamente el río, ya por el eje del valle, ya faldeando una u otra cuchilla. Si el lector observa alguna carta geográfica de la Pa-

---

<sup>56</sup> Manuscrito en nuestro archivo particular sobre las exploraciones de la Patagonia.



tagonia, notará en el acto las prolongadas colinas que Petterman, por ejemplo, limita el trayecto del océano a Choele-Choel llamándolas Barrancas del norte y del sur, mientras que estas verdaderas serranías, como ya se ha dicho, siguen el curso del río en su total internación; estrechándolo cada vez más, a medida que se sube al oeste. La mayor amplitud del valle corresponde a la famosa travesía de Balcheta, denominada por el mismo geógrafo travesías del norte y del sur. Desde Choele-Choel al Neuquén las colinas aumentan de elevación, y al torcer al sur asumen ya la importancia de sierras elevadas, que encajonan el cauce del río cuyo lecho corre por las faldas de la cordillera de las Manzanas.

Villarino describe las barrancas del Limay como altísimos cerros de piedra viva. El señor Moreno corrobora estas observaciones diciendo:

“Desde los toldos al paso del Limay, descrito por Musters en relación de su viaje, hay seis leguas de camino muy cómodo, por entre valles estrechos, pero pasado este punto, después de cruzar el manantial de Tran-Manzana-geyú (manzano caído) el río corre entre rocas, haciendo sumamente penoso el camino. Estas rocas son generalmente volcánicas, traquita, basalto, y grandes cantidades de lava compuesta de piedra pómez, cenizas y canto rodado. El río tiene numerosos saltos que abrazan toda su anchura. Las sierras están cubiertas de bosques de Thuja, hasta una gran altura, tanto que muchas veces las nubes las escondían a nuestra vista.”

Muchas son las islas que este río presenta, pero no todas ellas pasan de ser accidentes ligeros de la configuración de su cauce. Generalmente no dificultan la navegación, pues la permiten con facilidad, si se tiene cuidado de elegir los brazos más caudalosos del río. Las más importantes de las islas son las de Choele-Choel, cuya exploración y descripción ha dejado ya de ser rara, a causa de la facilidad de su acceso y del número de viajeros que las han recorrido.

En el archivo del Departamento de Ingenieros se conserva un plano de marcas levantado en la isla, el cual merece los honores de publicidad, pues lo creemos inédito y en esta virtud lo acompañamos a este capítulo, dejando la verificación de su exactitud a nuevas exploraciones.

La isla de Choele-Choel tiene una longitud de 27 millas, por 3 de latitud, según el teniente coronel Guerrico, quien rectifica en este punto a Descalzi, según el cual las dimensiones de la isla eran 42 por 18 millas.

La distancia calculada por el comandante Guerrico entre la boca del río Negro y la isla es de 270 millas.

El mismo oficial describe así las islas que siguen en importancia a la anterior:

“Unidas a la de Choele-Choel hállanse tres islas, notables por su extensión y riqueza de pastos. Rodeadas de hondos canales, presentan sus costas poco acceso, en razón de ser muy barrancosas.

La isla que hemos llamado de Villarino, cuya extensión se verá en el plano que hemos levantado, está situada a 9 millas abajo de la punta de Choele-Choel. Más baja que la

anterior, tiene más abundancia de pastos, no siendo igualmente hondos los brazos que la forman, y siguen las aguas la dirección del canal del norte. La isla de Gama Blanca o Nuestra Señora del Carmen, como se denomina allí generalmente, última de que nos ocupamos, por ser las demás que hemos visto de una área menos considerable, se halla situada a dieciocho kilómetros, poco más o menos, del fortín General Conesa. Está separada mejor que las demás del valle, por hondos canales y sólo es accesible a caballo por un punto.”

Las islas del Limay, señaladas por Villarino en su Diario, tienen la importancia excepcional de las anteriores; creemos que poco deben interesar las noticias del piloto sobre ellas, pues, además de que no son islas utilizables, la verdadera situación de sus canales y su hondura, han debido sufrir variaciones que reclaman nuevos reconocimientos.

En la sección de Choele-Choel desarrolla el cauce del río Negro las mayores sinuosidades, en curvas cerradas y de radio pequeño, que debilitan la impetuosidad de las corrientes. El teniente coronel Guerrico ha marcado en su carta las vueltas principales entre el fortín Conesa y la travesía de Balcheta. Nos han llamado la atención las vueltas que arrancan al oeste del puesto del Maestrito y que corren hasta el puesto de Bonifacio; desde allí sale otra vuelta que va hasta las islas del Carmen, laguna del Pescado, Rincón del Palo y de Navarro, desde donde el río se rectifica hasta Balcheta.

La corriente del río Negro que en la sección del Limay, como ya se ha demostrado, varía entre 7 y 8 millas por hora, se debilita gradualmente a medida que avanza al este, redu-

ciéndose a 3 millas como término medio. Una corriente en estas condiciones y dado el incremento que adquiere en las angosturas, ni es extraordinaria, ni puede ser un obstáculo para los progresos contemporáneos de los recursos de la navegación.

Por otra parte, el río Negro tiene una profundidad uniformemente mayor de cinco pies, siendo, como dijimos, ésta la hondura de los malos pasos; mientras que en trechos sube a más de 30 pies en épocas de creciente. En consecuencia, las zonas del Negro entre el Neuquén y el Choele-Choel, y entre este punto y Carmen de Patagones, constituyen dos canales de fácil navegación.

El fondo del río en este largo trayecto es naturalmente inofensivo a la quilla y hélice de los buques, y se forma de arena, fango y canto rodado, pero hay obstáculos artificiales, que es necesario evitar, desplegando vigilancia en la navegación: tales son los que opone la tronquería.

El Diario de Villarino no habla de sus consecuencias en el río; pero Ramírez y Guerrico tuvieron ocasión de tropezar con troncos, que deteniéndose en los canales forman el punto de concentración de las arenas y obstruyen el tránsito con bancos repentinamente levantados. Guerrico tocó un tronco al remontar el río, y a los seis meses, cuando volvía de Choele-Choel, se había formado allí un banco de arena.

Los bancos del río Negro no son fijos ni se levantan en los canales, porque las corrientes impiden su formación, y como los de los ríos caudalosos, aparecen y desaparecen sin cesar, burlando la más severa vigilancia del experto navegan-

te. El comandante Guerrico ha marcado con precisión y esmero en el plano los barcos notables que halló en su camino.

La tronquería era muy numerosa en 1872, debido sin duda a arrastres de los afluentes que se precipitan desde los Andes, porque en las márgenes del río Negro no hay vegetación que pueda arrojar al río obstáculos serios. Sin embargo, no debe temerse que estos troncos, que no molestaron a Villarino, ni detuvieron a los demás viajeros, resistan a los recursos con que el arte y la corriente del río destruirán sus efectos.

El cauce del río Negro no está sujeto a cambios radicales de curso, como los que frecuentemente experimentan los ríos del interior de los desiertos arenosos, donde la menor desviación de las aguas despeñadas con impetuosidad abre nuevos lechos; pero experimenta transformaciones parciales, debidas a la acción mecánica de los aluviones. El Limay, encastillado entre serranías, debe también tener uno fijo, a pesar de que el señor Moreno dice, sin aducir fundamentos, que cambia a menudo de cauce. No hemos encontrado en sus predecesores la más ligera alusión a esta circunstancia capital, que no hubieran olvidado; y por otra parte nos hace creer que el señor Moreno ha incurrido en error, la geología de los terrenos en que el Limay serpentea, según las descripciones de Villarino y las suyas mismas.

El comandante Guerrico comienza su descripción de la cuenca del río con esta frase:

“La masa de agua que el río Negro arroja en el Océano Atlántico, se deposita en una cuenca cuya extensión es de 2.500 leguas cuadradas aproximadamente.”

El dato es deficiente, pues dividiendo, como atinadamente lo hace aquel oficial, la cuenca del río Negro en dos grandes zonas, la andina y la pampeana, se puede ver fácilmente que abrazan una extensión superficial mayor, que corre desde las vertientes del Neuquén hasta las del Limay y desde ellas al este, formando un inmenso trapecio cuya base mayor está en los Andes y cuya base menor se extiende sobre el Atlántico.

El río Negro tiene una cuenca fecundísima, que en la región andina recibe los derretimientos de las nieves y el agua de las lluvias copiosas; mientras que, en la región de las pampas, a medida que se adelanta al oriente, el contingente de aguas es menor, porque a la falta de afluentes del río principal, se agrega la poca frecuencia y debilidad de las lluvias.

Pero la esterilidad de una zona queda bien compensada con la fecundidad de la otra, de suerte que siempre conserva el río Negro un abundante caudal de agua. Su volumen fue medido por el comandante Guerrico, dando 34 millones de metros cúbicos cada veinticuatro horas.

Este caudal de agua sufre las consiguientes alternativas con las estaciones, que determinan el máximo de sus crecientes y de sus bajantes. A este respecto, no conocemos noticias más claras e importantes, que las siguientes que leemos en informe del comandante Guerrico:

“Las crecientes, cuyo origen es el derretimiento de las nieves de la cordillera de los Andes y las copiosas lluvias que se experimentan en esa misma zona, por los meses de junio, julio y agosto, son periódicas, y tienen lugar, por lo general, uno o dos meses después de la estación de las lluvias.

Las crecientes se sostienen por lo regular de cinco a siete meses durante el año, y sufren muchas alteraciones en su nivel, el cual siempre aumenta en los primeros tres meses, esto es, hasta octubre o noviembre en que empiezan ya a declinar.

Por lo que respecta a su marcha, en su ascenso o descenso, es muy regular, como ya se ha dicho antes, aumentando ora con rapidez, ora con lentitud. Así, lo vemos elevarse unas veces a cincuenta centímetros en 24 horas y otras a cinco en el mismo lapso y permanecer estacionadas durante uno o más meses del año.

La diferencia entre el alto y bajo nivel, en 1872, ha sido de 2 metros y 20 centímetros aproximadamente, no siendo ésta de las mayores.

Como llevamos ya dicho, las grandes crecientes que antiguamente se experimentaban y por las cuales las aguas salían de su cauce natural, han desaparecido, sin duda por la amplitud mucho mayor que hoy tiene aquél, o por el cambio que se ha operado en la temperatura de la Patagonia.

Por lo demás, las crecientes son de gran importancia en el período mencionado, aunque la corriente media aumente casi siempre en una milla; pues con ella desaparecen todos los obstáculos que presenta el río, como los pasos de poca agua,

troncos y el gran arrufo que tienen muchos canales en el descenso de las aguas.

En los brazos del sur y norte de Choele-Choel la velocidad de las corrientes se disminuyen sensiblemente a dos millas, aunque se encuentren algunos pasos que tienen tres millas en distancias muy pequeñas. Una vez remontada la isla vuelven las corrientes a adquirir su velocidad.

Los repuntes del río se anuncian por la aparición de espuma que se ve flotar sobre la superficie de las aguas, en grandes fragmentos, y luego por el tinte rojo que adquieren éstas.”

Este es el mismo tinte rojo que llamó la atención de Villarino y que las aguas adquieren al lamer las barrancas de arenisca terciaria, cuando suben de su bajo nivel.

Para facilitar el juicio sobre las condiciones de navegabilidad del río Negro, después de lo que dejamos expuesto, conviene emprender un estudio comparativo de las investigaciones de los señores Descalzi y Guerrico, realizadas con intervalo de treinta y nueve años, estudio cuya falta se nota señaladamente.

Haciendo el análisis comparativo de los trabajos de ambos exploradores, encontraremos las observaciones del uno corroboradas por las del otro, en todos aquellos casos en que las modificaciones naturales que sufren los ríos no han producido cambios notables.

Determinar las variaciones, experimentadas por el río Negro entre Choele-Choel y Carmen de Patagones hasta



1872, respecto a lo que se examinó en 1833, es también asunto importante y útil para la navegación.

El piloto Descalzi lo navegó en la época de las crecientes, desde el mes de agosto hasta el mes de noviembre. En 1833 habían caído en la cuenca del río Negro lluvias torrenciales, que lo llenaron hasta desbordarse en los campos.

El comandante Guerrico comenzó su exploración en junio, época de la bajante, y la terminó en diciembre. El año 1872 fue de pocas lluvias, pues, según los Anales de la Oficina Meteorológica de Córdoba el agua caída en Buenos Aires durante aquel año alcanzó una proporción mediana.

Descalzi llevaba una goleta que calaba a popa cuatro pies y medio y cuatro pies escasos a proa. Este buque navegó perfectamente en todo el trayecto recorrido, a pesar de calar pie y medio más que los del insigne piloto Villarino.

El 4 de noviembre de 1833 se hallaba la expedición varias leguas arriba de Choele-Choel; pero recibió orden de Rosas de regresar a Patagones. La vuelta del río donde alcanzó a Descalzi la orden de regresar, fue denominada por éste Vuelta del Dolor para expresar, dice el viajero,

"mi sentimiento de no haber seguido más adelante la exploración de tan hermoso río".

El comandante Guerrico, como se ha visto, navegó con dos vaporcitos, de menor calado que los buques del piloto Descalzi; pero que carecían de la fuerza y de las ventajas convenientes para la navegación, razón que, unida a la falta de

combustible, lo obligó a volverse desde cinco leguas arriba de Choele-Choel.

Las diferentes estaciones en que aquellos exploradores hacían sus sondajes, por una parte, y por otra, las diferencias entre las lluvias caídas en los años 1833 y 1872, explican perfectamente algunas discordancias entre sus trabajos, las cuales no son, sin embargo, abultadas, como se verá en las tablas comparativas que he formado calculando cuidadosamente sobre los sondajes de los planos de uno y otro.

Estudiando con detención la serie de cuadros comparativos que ofrezco a continuación, no solamente quedará evidenciada la perfecta y fácil navegación del río Negro, sino que facilitamos al mismo tiempo la empresa a los marinos que se lancen a agitar aquellas aguas, llamadas a servir de vehículo a la riqueza de un inmenso territorio. Para mejor inteligencia de estos cuadros obsérvese que he dividido el río en secciones, a fin de hacer con facilidad algunas observaciones ilustrativas, dejando de tomar en consideración la parte comprendida entre la desembocadura de aquél y los 5° de long O. de Buenos Aires, porque esta parte del río es perfectamente navegable por buques de mayor calado.

Descalzi medía el fondo en brazas de dos varas, que he reducido a pies para uniformarlas con los sondajes de Guerrero.

Ambos marinos cuentan en sus cartas la longitud oeste del meridiano de Buenos Aires, cuya longitud respecto del de París, según Mossotti, es de 60° 31' 30". Hemos tomado el número total de sondajes cada 5' de longitud calculando la media correspondiente.

Los oficiales Ramírez y Guerrico me han informado particularmente que el río ha sufrido considerables modificaciones desde el tiempo en que Descalzi lo navegó. Han desaparecido islas, brazos y grandes esteros que éste dibuja en su plano.

Las islas sufren incesantes modificaciones como los bancos que les dan origen. Formada una isla, la primera creciente la destruye en su parte que mira al oeste, mientras que el este aumenta, porque recibe allí los arrastres de las aguas superiores: así las islas se forman y deshacen sucesivamente.

Del movimiento de los aluviones y de su influencia sobre los bancos e islas dependen también la formación y desaparición de grandes brazos de río. Los señores Ramírez y Guerrico aseguran que el riacho al norte del río Negro que Descalzi dibuja como límite de la isla General Pacheco, no existe ya.

Sobre el brazo del norte del río, el teniente coronel Ramírez dice en su Diario de navegación:

“Setiembre 5... A las 8 hs., 30 m., a. m. emboqué por la parte del norte la isla de Choele-Choel y navegué hasta las 9 h., 15 m., a. m. hora en que varé en la punta de una isla. A las 10 h. a. m. puse el buque a flote, e inmediatamente me puse en marcha cambiando de camino; pero varé nuevamente de mal modo, pues no tan sólo tuve que descargar completamente el buque, sino también el agua de la caldera para conseguir ponerlo a flote. A la 1 h, p. m, mandé nuevamente llenar la caldera y personalmente fui con el bote a sondar los pasos que había por la proa, y no encontrando agua sufi-

ciente, pues no había más de cuatro pies, calando el buque cuatro y medio en su menor carga, mandé un chasque al señor coronel Murga con tal noticia.”

La expedición regresó de allí. El coronel Murga con 150 hombres hacía un reconocimiento por tierra y arrebatava en Choele-Choel algunos ganados que los indios llevaban de Buenos Aires.

En cuanto a los esteros, han desaparecido en grandes extensiones a consecuencia del levantamiento y consolidación de los terrenos. Las inundaciones de los campos adyacentes al río Negro son menos frecuentes por esa razón y a causa de que las lluvias parecen ahora menos copiosas en aquella región que en otras épocas.

Según los estudios de Ramírez y de Guerrico, el río presenta menor número de malos pasos a medida que se sube al oeste y aumenta la fuerza de la corriente al mismo tiempo; lo que permite pensar que la navegación entre Choele-Choel y el Limay será tal vez más fácil con vapores de gran fuerza, que entre Carmen de Patagones y Choele-Choel.

Estudiando la carta del comandante Guerrico, se ven marcados los malos pasos, que en resumen son ocho: con la situación y fondo que extractamos en seguida:

Entre el puesto del "Maestrito" y el de "Bonifacio": 6 pies de agua.

Entre "Bonifacio" y la isla del "Carmen": 6 pies.

Entre la isla del "Carmen" y el "Rincón del Palo": 7 pies.

Entre el "Rincón del Palo" y "Rincón de Navarro": 6 pies.

Entre "Navarro" y "Balcheta": 8 pies.

Entre "Balcheta" y la travesía del mismo nombre: 5 pies.

Entre la travesía de "Balcheta" y la "Cabeza del Negro":  
7 pies.

Estos malos pasos no coinciden con los que da Descalzi en su carta, lo que debe atribuirse a la constante movilidad de los bancos del río Negro; y comparada una carta con otra, se nota que el curso del río ha sufrido serias alteraciones, a las que, por otra parte, ya nos hemos referido. Estos mismos fenómenos del curso del río deben inspirar el mayor cuidado a los marinos en la futura navegación.

Dadas estas explicaciones sobre las circunstancias en que fueron levantados los planos del río que estudiamos, y señaladas las causas principales que explican sus diferencias, formemos las tablas comparativas del fondo y de las corrientes, tablas que son un manual útil para el navegante, a la vez que un elemento importantísimo de comparación para los exploradores.

De la discusión precedente de las observaciones verificadas durante un siglo, resulta en evidencia:

1° Que el río Limay es navegable en todo su trayecto, por buques de 3 pies de calado.

2° Que lo son sus grandes afluentes andinos Colloncurá, Chimehuin, Catapuliche y Neuquén en condiciones análogas.

3° Que los inconvenientes que sus rápidos opongan a la navegación en la época de las mayores bajantes, no resistirán a los recursos de la ciencia y del arte moderno; mientras que

en la época de las crecientes desaparecen, como lo corrobora la feliz navegación de Villarino en su regreso.

4° Que el río Negro es perfectamente navegable a vapor en todo su trayecto, admitiendo con seguridad en épocas de bajante buques de tres a cuatro pies de calado y en las crecientes extremas buques de gran capacidad.

De la organización del servicio y recursos convenientes para hacer eficaz esta navegación nos ocuparemos en capítulo separado, apoyando nuestras vistas en la experiencia y en las sabias lecciones que de ella ha sacado el arte de navegar en esta dase de cursos de agua.

## **CAPÍTULO IV**

### **EL RIO COLORADO**

Escasez de datos sobre este río. - Su origen. - Sus afluentes. - Territorio que recorre. - Trabajos de Villarino, Cruz, Peña, Concha, Bathurst, Chiclana y Rosetti. - Carta geográfica del último. - Profundidad del río Colorado. - Su navegación en 1833. - Plano de sondajes de Chiclana. - Plano de la marcha del general Pacheco de regreso del río Negro. - Corrientes. - Fondo. - Islas. - Bancos. - Saltos. - Montes. - Lagunas inmediatas. - Desembocadura en el Océano. - Canales de acceso. - Exploraciones de Villarino y Crámer. - Islas y bahías. - Sondajes en los canales y en el río. Reconocimiento de 1878. - Discusión de sus resultados. - Condiciones generales de navegabilidad. - Estudios futuros.

EL RÍO COLORADO ha pasado casi desapercibido de los hombres de ciencia que han visitado los territorios del sur, a términos de que no se conoce más que una sola exploración que lo haya remontado hacia el interior. A esta circunstancia se debe la carencia de estudios y de datos sobre sus acciden-

tes e importancia, lo que exige emprender un nuevo y formal reconocimiento sobre todo su curso.

La boca del río y la sección comprendida entre el mar y Choique Mahúida han sido, al contrario, reconocidas y descritas por varios exploradores, con acopio de datos para la geografía.

El río Colorado figura en las primitivas cartas y en las crónicas de los primeros tiempos de la conquista bajo el nombre de Desaguadero, que daba también al río Negro, queriendo indicar así la circunstancia de que por ellos hallaban salida al océano Atlántico las grandes masas de agua procedentes del derretimiento de las nieves y de las lluvias.

En 1779 tuvo lugar lo que Angelis llama el descubrimiento de las bocas del río Colorado por el piloto D. Basilio Villarino; y se dice descubrimiento con razón, porque hasta entonces nadie había visitado aquel punto, a consecuencia tal vez de desaguar en una bahía sembrada de escollos y de bancos, que lo había sustraído a las observaciones de los navegantes, pues al reconocer el cabo San Antonio mareaban afuera esquivando la peligrosa travesía. Villarino volvió a las bocas del Colorado en 1780 y en 1781, obteniendo los resultados de que trataremos en seguida.

En 1794 salieron dos nuevas expediciones desde el río Negro, con el designio de reconocer el Colorado. La primera a las órdenes del capitán de fragata D. Juan Gutiérrez de la Concha, que más tarde ascendió a gobernador de Córdoba, en cuyo empleo lo tomó la Revolución de Mayo y fue fusilado en la Cruz Alta, deslinde de Santa Fe y Córdoba, por orden de la junta Gubernativa de Buenos Aires. El Diario de las



exploraciones del Colorado por este oficial se perdió, sin duda a consecuencia de su desgraciado fin.

La otra expedición iba a las órdenes de un piloto afamado, D. José de la Peña, de cuyo Diario dice Angelis que nada adelanta de lo que ya se sabía del Colorado, habiéndose ocupado más especialmente de reconocer las bahías adyacentes a su desembocadura.

No vagaremos al acaso entre las conjeturas de los antiguos sobre el origen del río Colorado, pues el ingeniero D. Emilio Rosetti ha publicado un informe oficial, en el cual derrama luz sobre el problema de sus nacientes<sup>57</sup>.

El señor Rosetti sostiene que el río Grande (Gobu leuvú de los indios) sigue atravesando la pampa con el nombre de Colorado. El mapa con que acompaña su informe este ingeniero se reduce a la sección andina comprendida entre los 34° y 36° de latitud sur, que es precisamente la zona de la cuenca de las nacientes del río Colorado.

Debiendo el ferrocarril proyectado cruzar el río Grande un poco arriba de su confluencia con el de las Barrancas, el señor Rosetti dibujó con esmero la cuenca andina de aquellos dos ríos que, unidos a 36° 23' de latitud sur y 69° 15' de longitud oeste de Greenwich aproximadamente, forman el río Colorado.

En consecuencia, a fin de describir el origen de este río y los diferentes cursos de agua que se reúnen para formarlo,

---

<sup>57</sup> EMILIO ROSETTI: *Informe sobre la practicabilidad de un Ferro-Carril Trasandino en dirección al paro llamado Planchón en el sur de la provincia de Mendoza*. Abril de 1870. Buenos Aires, "Imprenta del Siglo".

analizaremos la carta de nuestro antiguo y estimado catedrático de ciencias físicas y exactas, el señor Rosetti<sup>58</sup>.

Desde el paralelo 35 la línea de las cumbres de los Andes, que tiene 3.000 pies de elevación sobre el nivel del mar, en el paso de las Damas a 34° 59' de latitud sur y 70° 26' longitud oeste de Greenwich, comienza a elevarse al sur, alcanzando en el cerro Colorado a 3.954 metros, descendiendo otra vez, siempre al sur, en una ondulación que baja a 3.233 m. en el Descabezado Chico y vuelve a subir a 3.756 m. en el cerro del Campanario. El punto culminante de esta región andina es, por consiguiente, el cerro Colorado. Los Andes forman allí tres declives que determinan otros tantos derrames sobre los ríos orientales y occidentales en este orden:

Al norte del cerro Colorado, las aguas despeñadas para Chile, forman una serie de arroyos y ríos que nutren copiosamente al Teno, el cual baja de los Andes con el nombre de Colorado, desde el paso de las Damas, de donde arrancan también varios afluentes de nuestro río Grande.

Al sur del cerro Colorado las aguas se dividen formando al occidente los ríos Lantué y Colorado (y van tres del mismo nombre)<sup>59</sup>; y al sudeste una serie de afluentes de que vamos a ocuparnos.

---

<sup>58</sup> Mapa de una parte de la cordillera de los Andes en el sur de la Provincia de Mendoza, que demuestra la traza del Ferrocarril Trasandino proyectada por el Planchón y los principales pasos de los Andes, por el ingeniero Emilio Rosetti.

<sup>59</sup> El señor Rosetti dice en el informe: "Es preciso tener atención en la repetición de los nombres que desgraciadamente se encuentran a cada instante cuando se trata de la Cordillera de los Andes y. g. infinitus est numerus de los ríos Colorados, ríos Claros, ríos Negros, Valles Hermosos, etc."

Al este se derraman las aguas de las cumbres de las Damas y Tinguirica (4.478 m.) formando las nacientes del río Atuel.

La cordillera forma entre el Descabezado Chico y el volcán de Petroa, los valles de los Ciegos y de Valenzuela, por donde corre el torrente del mismo nombre. El valle de este río tiene 300 metros de amplitud y da numerosas vueltas. La misma vertiente alimenta a los ríos de las Peñas y de las Cuevas, que unidos al anterior, se precipitan al río Tordillo. El origen de aquellos tres ríos queda, pues, geográficamente marcado entre los  $35^{\circ} 12' 26''$  latitud sur y  $70^{\circ} 33' 21''$  de longitud oeste de Greenwich.

El Tordillo es el río que corre por el valle Hermoso. Nace de las cumbres que corta el paralelo 35 y corre al sur recibiendo las aguas de los valles del Somado y de Santa Elena, las cuales forman los ríos del Cobre, de Santa Elena y de las Vacas, originario este último de un lago que se halla en la falda sudeste del cerro de Santa Elena. Así engrosado el Tordillo se une a los ríos Valenzuela, de las Cuevas y de las Peñas, describiendo un arco al sudeste ya con el nombre de río Grande, que después de recibir el tributo de las Barrancas, corre hasta el Atlántico bajo el nombre de Colorado o Coluleuvú (Cola, colorado; leuvú, río).

En consecuencia, las nacientes del río Colorado se encuentran en la zona de los Andes orientales comprendida entre los  $34^{\circ} 59'$  y los  $35^{\circ} 17' 30''$  de latitud sur y los  $70^{\circ}$  y  $70^{\circ} 87'$  de longitud oeste del meridiano de Greenwich, según la importante tabla de situaciones geográficas de los Paros y

Cerros de los Andes reconocidos por el ingeniero Rosetti en 1870.

Las aguas del cerro del Campanario y cordillera inmediata se precipitan al occidente para engrosar el río Maule y al oriente para formar el río de las Barrancas, que corre al este, con ligeras inclinaciones al sur, hasta unirse al río Grande a la altura antes indicada. El cerro del Campanario se halla situado a los 35° 57' lat. sur y 70° 28' long. oeste.

El señor Rosetti reconoció una parte del río Grande y nos dice:

“El río Grande es muy turbio y caudaloso, con anchura media de 20 m., encerrado entre barrancas de unos 8 m. de altura. Su agua, si no hubiese numerosos riachuelos a sus lados, sería necesario hacerla depositar en estanques artificiales para el ejercicio del ferrocarril. No lleva grandes piedras sino cascajo y arena... En su valle no hay vegetación arbórea, ni piedra de construcción; pero sí hay hermosos campos, cubiertos de excelentes pastos y buena tierra para hacer ladrillos.”

Desde la confluencia del río Grande con el de las Barrancas hasta Cobuleuvú aquél no ha sido explorado. Desde Cobuleuvú lo examinó Cruz en su viaje de 1805, por un espacio de catorce leguas geográficas, pero no trae más dato descriptivo que lo siguiente, que es muy poca cosa:

“Este río, desde donde nos apartamos de él empieza a hacer un medio círculo, tomando al sur y pasando por el pie

del norte de la citada cordillera Auca-Mahuida (sierra alzada) se dirige al nordeste hasta unos cerrillos de tierra blancuzca y otra a manera de castillo: desde cuyo sitio toma su carrera al este-sudeste y sudeste para los llanos, que se conocen muy bien desde este punto, porque le forma caja, un cordón de lomillas y cerrillos, que se distinguen superiores hasta después que la vista no alcanza a los llanos.”

Estos datos corresponden en el itinerario de Cruz, que traen los mapas modernos, a la sección comprendida entre Cobuleuvú y Quenicó.

La gran exploración del río Colorado realizada por la división del coronel Ramos en 1833, pasó de Auca-Mahuida, llegando hasta la confluencia de los ríos Grande y de las Barrancas, donde regresó después de recorrer la misma sección del río de que nos habla Cruz. Ahora bien, con este dato estamos ya habilitados para afirmar que el río Colorado ha sido explorado en todo su curso, en esta forma:

1° Desde sus nacientes hasta la confluencia de los ríos Barrancas y Grande por el ingeniero D. Emilio Rosetti en 1870.

2° Desde este paraje hasta su desembocadura en el mar por las columnas de la Expedición al Desierto en 1833, con excepción de trechos de alguna importancia.

Desgraciadamente estos reconocimientos, o fueron con propósitos ajenos a la Hidrografía, como el del señor Rosetti, o eran demasiado ligeros, deficientes y de carácter práctico sobre todo, como el de 1833.

No conocemos el Diario de este cuerpo de ejército, pero tenemos copia de la carta levantada por el coronel D. Feliciano Chiclana, que se conserva en el archivo del Departamento de Ingenieros de la Provincia y que acompañamos a este capítulo.

Es una carta incompleta y su exactitud científica debe ser verificada por nuevas exploraciones. Es de advertirse que la carta del coronel Chiclana, que conserva el archivo público a que nos hemos referido, no trae leyenda alguna. Pensamos que los sondajes del río en ella marcados como resultado de su navegación en botes fueron tomados en brazas, pues no es creíble que el río Colorado tuviera en la época de aquellas observaciones y en algunas partes solamente un pie de agua. La profundidad de dos y cuatro brazas que la carta da al Colorado, se explica por las grandes lluvias e inundaciones de 1833, de que dimos noticia al tratar del río Negro.

La misma carta trae para la desembocadura del Colorado las siguientes observaciones: la hondura variaba desde 1½ hasta 4 brazas, formando el río allí varias islas a causa de su ramificación en muchos canales. Desde las islas al interior la hondura era de 1 a 2½ brazas. Desde el campamento donde zarpó el capitán general de marina el 19 de marzo de 1833, el agua variaba de 1 a 4 brazas a medida que se remontaba el río hasta el campamento de la División, en el paso del camino de Bahía Blanca a Patagones, donde el agua variaba ya desde una a tres brazas.

Angelis, hablando de la expedición. de 1833, dice:

“Mientras la goleta San Martín penetraba por la boca del río, dos botes que se construían en las inmediaciones del campamento debían seguir los movimientos de la División Ramos, para elevarse hasta donde les era posible hacerlo. La San Martín muy cargada y calando nueve cuartas, pasó por la barra, y el 27 de julio fondeó a dos cuabras del campamento, que según las observaciones del astrónomo del ejército se hallaba en los  $39^{\circ} 37' 58'' 5'''$  de latitud y a los  $64^{\circ} 53' 55'' 30'''$  de longitud al oeste del meridiano de París.”

Esta situación corresponde al moderno fuerte General Paz, distante pocas leguas geográficas de la costa del mar.

La síntesis de las observaciones hidrográficas en la expedición se lee en la Gaceta Mercantil de Buenos Aires, correspondiente al 18 de julio de 1833, en estos términos:

“El río Colorado, según se colige del Diario del ejército, corre sobre arena, y tiene de ciento a doscientas varas de ancho. Sólo da paso en el invierno, pues en verano está siempre lleno y muy profundo: los indios lo pasan en balsas de sauce. Sus costas son poco barrancosas, y pobladas en lo general de árboles de sauce colorado y blanco. Cuando está crecido en verano, inunda una parte de los grandes llanos que se abren en sus márgenes.”

La exploración del río en botes fue sostenida hasta la sierra Auca-Mahuida a los  $68^{\circ}$  de long. oeste de Greenwich aproximadamente; y esa extensión comprende la carta de Chiclana que adjuntamos a este capítulo.

Después de estos trabajos ya no nos quedan sino los que se refieren a la desembocadura del río Colorado en el Atlántico, que pasaremos revista por orden cronológico. Dijimos ya que el insigne piloto D. Basilio Villarino, había reconocido tres veces el río Colorado, pero no se conoce más que el Diario de la exploración de 1781, editado por Angelis en su famosa Colección.

Aunque aquellos parajes sean hoy más conocidos, son sin embargo poco frecuentados por la navegación, y conviene que se conozcan las indicaciones prácticas del piloto sobre la manera de ganar la boca del río Colorado; navegando de sur a norte. Extractamos del Diario, pues, lo siguiente:

“A la 1<sup>3/4</sup> entré en los Bajos de Punta Rubia, sobre los cuales pense largase la quilla esta embarcación; pero, ya varando, ya saliendo, estuve hasta las dos, que doblé dicha punta y salimos a más agua y en este tiempo metí en vuelta del O.N.O. barajando la costa a distancia de un cable.

A las 4 de la tarde me hallé entre la isla de las Gamas, y tierra firme, en tres brazas de agua, y di fondo en este sitio por ser abrigado, a fin de hacer aquí algunos reconocimientos. A las 4<sup>1/2</sup> eché el bote al agua, y fui a reconocer el brazo de mar que entra entre la tierra firme y la península de los Jabalíes, por haberme parecido desde el tope laguna.”

Villarino se refiere a las bahías contiguas de San Blas y de San Antonio, de las cartas contemporáneas. ‘Al día siguiente envió un destacamento a reconocer la isla de Gamas; pero era tan baja y anegadiza, que después de recorrerla por



espacio de dos leguas de pantanos, los marineros regresaron a bordo desencantados y rendidos. Debe hallarse en tierra firme en la península de los jabalíes, un arroyo que Villarino llama del Baradero, por haber varado en su embocadura con un bote, en que exploraba la costa. Al día siguiente reconoció la árida isla de Borda e hizo noche en ella.

El día 18 de mayo, Villarino navegó en aguas bajas de 3 a 7 palmos a excepción de algunos pozos o cañadejos muy angostos, hasta que llegó a la isla de Uristi, con 2 y 3 brazas de agua. Todos los contornos son bajos y constituyen un intransitable laberinto de juncales e isletas, siendo todo el fondo y ellas de fango profundo.

El 25 de mayo la embarcación varó tres o cuatro veces, a los 40° 14' latitud sur. Al día siguiente volvió a varar hasta zafar y dar fondo en 5 brazas en la misma latitud. El 27 gobernó al N.  $\frac{1}{4}$  N.O. y halló siempre 3½, 4½, 5 y 6 brazas de agua, dando fondo en 2½ brazas a una milla de la isla de Borda, demorando ésta por su medianía al N.  $\frac{1}{4}$  N.O. Latitud observada 40° 3'. El 1° de junio se empleó en reconocer la punta de Lobos al sur de la Bahía de la Unión de los mapas modernos, y la sonda marcó 5 brazas de agua. Finalmente el día 3 de junio, estaba en la boca del Colorado, que intentó reconocer con un bote, varando y perdiéndose en una red de arroyuelos pantanosos e intransitables.

El día 14 el bergantín fondeó en el brazo principal del Colorado. Villarino describe con entusiasmo la belleza y fertilidad del terreno que se extendía a su mirada.

El 1° de junio el piloto, en un caballo que llevaba a bordo, recorrió el río por seis leguas hacia el interior, y aseguraba que cuanto más arriba, era aquélla mejor tierra.

El 11 de junio llegó D. Francisco de Viedma, superintendente de los establecimientos de la costa patagónica, quien había salido por tierra de Carmen de Patagones para incorporarse a Villarino.

Concluye el Diario con una muy importante serie de amonestaciones a los marinos sobre la manera de hacer la navegación de ida y vuelta entre el río Negro y Colorado, de cuyo capítulo no nos ocuparemos por ser innecesario a nuestro objeto.

En el Diario inédito de 1780, Villarino trae las siguientes notas descriptivas del río Colorado:

“Este río tendrá la cuarta parte del caudal del río Negro, o menos. Yo lo pasé a caballo, y donde era más hondo me llegó el agua al basto del lomillo. En su desagüe no se ve reventazón; pero pienso sea de poco fondo, por lo muy desplayado y por los muchos bajos que se descubren en la bajamar. La pleamar es una hora más tarde que en la boca del río Negro. Los dichos bajos están sembrados por la parte de adentro, de las islas que forman, lo que pareció puerto a los de la chalupa.

El río tendrá de ancho 60 a 70 varas. Su agua es algo gruesa y muy inferior a la del río Negro; esto procede de un arroyo de agua salada que, según me dijo un indio, le entra muy arriba de su desagüe. Las lagunas que hay en sus márgenes son saladas, y lo mismo las que se hallan en el espacio

comprendido entre estos dos ríos, cuya distancia, prudencialmente calculada, es de 24 leguas: esto es, del Colorado al primer pozo, 3 leguas; del primero al segundo 10; y del segundo al Fuerte del Carmen 6.”

El reconocimiento que le sigue es el del coronel D. Ambrosio Crámer, cuyo informe que reza fecha 15 de abril de 1822, lo tenemos a la vista. De su Diario tomamos las siguientes noticias sustanciales:

“De la bahía de Todos los Santos pasé a la de la Unión. Los canales que conducen de una a otra tienen poco fondo: sólo las chalupas los pueden atravesar. Reconocí al pasar, la isla Larga y la de Borda; pero una y otra ofrecen muy pocos recursos. La bahía de la Unión, a más de prometer las mismas ventajas que la de Todos los Santos para la pesca, tiene también mejores fondeaderos; el canal para entrar es bastante ancho con cinco brazas en bajamar. El río Colorado desemboca en esta bahía por dos canales: un canal chico y otro canal grande. A la pleamar las chalupas pueden pasar por el canal chico. El grande tiene 3 brazas de agua casi en toda su extensión, de modo que los buques pueden fondear en este brazo del Colorado con la mayor seguridad.

Creo que en toda la costa no hay punto que ofrezca las ventajas de esta bahía; porque, además de ser bastante bien abrigada a pesar de su gran extensión, ese puerto también es el único paso para pasar al Colorado; porque las bocas de afuera de este río están casi siempre impracticables, aun para chalupas más chicas.

Entré en el Colorado, por el canal chico; este río se divide en una porción de brazos que forman otras tantas islas, pero todas anegadizas y pantanosas. La corriente baja con mucha fuerza y trae arena que tapa los canales. Al salir del río, para seguir la costa hacia el norte, encontramos tan poca agua, que varamos con una canoa chica.”

Finalmente el capitán D. Guillermo Bathurst, que marchó en la división izquierda de la expedición al desierto en 1833 como comandante general de marina, redactó el 31 de mayo de aquel año un parte, dirigido al jefe de la goleta de guerra San Martín, dándole cuenta de los reconocimientos practicados en el puerto del Colorado.

El capitán Bathurst condensa sus observaciones en los siguientes términos que no son susceptibles de extracto y que es oportuno reproducir para facilitar su conocimiento a los marinos:

“Llegando a la latitud de  $39^{\circ} 55'$  sur se tendrá la boca del río al sur  $67^{\circ} 30'$  O.; en dicha latitud, a la distancia de 2 ó 3 millas de la boca se encuentra la profundidad de 4 brazas y se observan unos médanos o cerrillos de arena al N.  $78^{\circ} 45'$  O. marcados con letra B en el plano que acompaño, y un árbol sólo, el más notable letra D en la misma dirección de la entrada de la boca que es S.  $67^{\circ} 30'$  O.

El canal de la boca se distingue por la corriente colorada que se nota en medio de aguas quebradas encima de los bancos. Al entrar en la boca tendrá una y media brazas sin el flujo; y con éste una braza más; y habiendo entrado como

media milla para dentro se encuentran dos brazas sin aquél y tres con él; donde se fondeará cerca del arenal grande de la mino derecha, demorando entonces al N. 45° O. los médanos primeramente observados y el árbol de que se ha hecho referencia al rumbo S. 67° 30' O., demorando también unos pequeños médanos al S. 40° O.

Aunque de este fondeadero para arriba las corrientes son bien rápidas, en las horas de flujo se puede avanzar unas millas más inclinándose siempre a la costa de la derecha hasta enfrentara la primera isla de la izquierda.

Al tomar la boca es preciso prevenirse para no dejarse abatir por la corriente que es violenta hacia el N. Las profundidades que he referido se han hallado sondando en el reflujo o bajamar.”

Los rumbos expresados son con relación al norte magnético<sup>60</sup>.

La situación geográfica de la boca del río Colorado ha sido materia de divergencia entre los pilotos y capitanes. D. Basilio Villarino halló 39° 57' de latitud sur. El capitán Motell dio 39° 49'<sup>61</sup> y el capitán Bathurst 39° 55'

En el Departamento de Ingenieros de la Provincia existe archivada otra carta del río Colorado, original de Chiclana y que se la creía extraviada.

---

<sup>60</sup> Parte de la Comandancia de Marina de la división izquierda. Colección de Angelis t. 6. Véase el plano. El plano a que alude no ha sido publicado, dice Angelis, pero yo creo que es el mismo de Chiclana, que, como se puede ver, trae todas las indicaciones que se acaban de leer.

<sup>61</sup> MORELL, *A narrative of four voyages to the South Sea*. Nueva York, 1882.

Comprende la sección del río Colorado entre el cerro Choique Mahuida y el Paro de Pacheco, marcada en todas las cartas modernas.

El río ha sido escrupulosamente dibujado en sus numerosas y violentas vueltas.

La carta trae también el itinerario de la división de vanguardia, que regresando del río Negro, cruzó las arenas del desierto de Choele-Choel a la orilla sur del Colorado, costéandolo hasta el citado paso.

Los rumbos que sirvieron para confeccionar esta carta eran corregidos y tomados de punta a punta de las cuchillas con arreglo a las vueltas del río.

Las distancias contadas en leguas son calculadas por horas de camino al paso del caballo; pero las que se señalan en varas, fueron medidas con cuerda.

Los senos del río, que son otros tantos potreros naturales, no han sido medidos, sino calculados a golpe de ojo; pero una leyenda que trae la carta asegura que están dibujados con exactitud en cuanto a su forma.

Después de dar estas indicaciones generales, ofrecemos un extracto analítico de aquella carta, dividiendo el río en los mismos trechos en que ella lo hace, a partir del camino de Choele-Choel al este:

I. - Trecho de dos leguas. - Hondura del río Colorado de dos y media a tres brazas de agua. Rumbo O. 74° 30 N. Hay un salto de piedra frente a Choique Mahuida. Arboles en ambas márgenes.

II. - Trecho de una legua y media. - Hondura de una y media a tres brazas. Rumbo E.  $15^{\circ} 30'$  N. Hay una isla grande.

III. - Trecho de tres leguas. - Hondura de una y media a tres y media brazas. Rumbo E.  $66^{\circ} 30'$  N. Hay cuatro islas.

IV. - Trecho de dos leguas. - Hondura de dos a cuatro brazas. Rumbo E.  $38^{\circ}$  N. Hay una isla grande con monte.

V. - Trecho de dos leguas. - Hondura de una y cuarta a cuatro brazas. Rumbo E.  $38^{\circ}$  N. Hay varios saltos de piedra. En este trecho existe el Paro Grande.

VI. - Trecho de dos y media leguas. - Hondura una y cuarta a tres y cuarta brazas. Rumbo E.  $21^{\circ} 30'$  N. Cuatro islas con monte, varios saltos de piedra.

VII. - Trecho de tres leguas. - Rumbo E.  $38^{\circ}$  N. Hondura dos y media a tres brazas. Monte en las riberas.

VIII. - Trecho de una legua y media. - Hondura dos a cuatro brazas. Rumbo E.  $65^{\circ} 30'$  N. Hay cuatro islas con monte. Al sur aparecen dos lagunas a unas dos leguas del río.

IX. - Trecho de 9.000 varas. - Hondura dos a cuatro brazas. Rumbo E.  $15^{\circ} 30'$  N. Hay cuatro islas con monte. Arboledas en las márgenes del río.

X. - Trecho de 15.500 varas. - Hondura tres y media a cuatro brazas. Rumbo E.  $23^{\circ} 30'$  N. Árboles en las márgenes del río.

XI. - Trecho de 11.900 varas. - Hondura de una y media a dos brazas y media. Rumbo E.  $10^{\circ} 30'$  N. Hay cinco islas con monte. Una laguna al sur del río.

XII.- Trecho de 16.400 varas. - Hondura de dos a cuatro brazas. Rumbo E.  $5^{\circ} 30'$  N. Hay tres grandes islas. Al este de

la mayor, que está situada al naciente de este trecho, se ve un gran banco de arena. Arboledas en las costas.

XIII. - Trecho de 12.600 varas. - Hondura una y media a cuatro brazas y media. Rumbo E. 4° 30' N. Hay una isla con monte.

XIV.- Trecho de 11.310 varas. - Hondura tres y media a cinco brazas. Hay dos pasos, el de General Pacheco y otro al noroeste de la isla más grande de las cuatro que hay. Rumbo E. 4° 30' N.

Según esta carta el río Colorado como el Negro, corte estrechado por dos colinas que se internan encajonándolo en un valle angosto y fértil.

Estas colinas van a confundirse con las sierras Choique Mahuida, en el paso del río Colorado del camino a Choele-Choel.

El fondo del río en todo el trayecto estudiado en esta carta es de arena, fango y piedras.

Las barrancas y las islas están cubiertas de vegetación arbórea, descollando el sauce colorado.

En el año corriente el ministro de Guerra y Marina destacó al comandante D. Lorenzo Winter, para que, al frente de su división y con un ingeniero, hiciera un reconocimiento del río Colorado, hasta donde le fuera posible llegar.

El 6 de octubre partió la columna del fuerte Nueva Roma, compuesta de 350 hombres y 700 caballos. Marchó 90 leguas en un país desconocido, regresando con varios prisioneros y entre ellos el cacique Marcelino Catriel.



Esta expedición, que de ida y vuelta recorrió 180 leguas, apenas perdió 40 caballos en las piedras.

Aunque no nos son conocidos todavía los detalles de las observaciones verificadas sobre el río, en una sección de 50 leguas, es decir, hasta Pichi-Mahuida<sup>62</sup>, tenemos noticias generales, debidas a los partes oficiales de los jefes, y a las relaciones de particulares<sup>63</sup>.

El río Colorado no es angosto, habiendo dado en algunos puntos de barranca a barranca más de 20 metros.

Su cauce se divide en dos secciones, por decir así. En los lados, desde el pie de la barranca, había generalmente bancos con dos pies de agua; pero limitaban un canal navegable, cuya profundidad variable estaba en todas partes a nado de los caballos. Tres soldados perecieron ahogados al atravesar el canal.

La corriente calculada por minutos da un término medio de dos millar por hora, lo cual confirma nuestras observaciones anteriores en este sentido y rectifica la creencia del comandante Donovan, de que el río tenía una corriente de seis millas<sup>64</sup>.

Sería ésta una corriente torrencial, inexplicable en un río que se desenvuelve lentamente en un inmenso llano y que recorre grandes distancias.

---

<sup>62</sup> Pichi, pequeño, Mahuida, sierra: Sierra chica.

<sup>63</sup> *Expédition du commandant Winter au río Colorado. Journal d'un volontaire.* Publicado en *Le Courrier de La Plata* de Buenos Aires, el 20 de noviembre de 1878.

<sup>64</sup> Parte oficial del reconocimiento del Colorado por la ribera derecha, verificado por el teniente coronel D. Antonio J. Donovan (5 de noviembre de 1878). Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra.

El fondo observado ha sido de arena, toba y piedra. En muchos puntos los bancos de toba ostentaban su cresta sobre las aguas, como señalando los escollos.

Concuerdan estos datos con los que consigna la carta de Chiclana a que acabamos de referirnos.

Nótese también que el río no estaba crecido al reconocerlo el comandante Winter, sino en una situación mediana.

Al llegar a Pichi-Mahuida deja de ser navegable para buques de pequeño calado, como lo era hasta allí. En este punto la sierra avanza sobre su lecho y lo atraviesa dejando interrumpido el curso de las aguas con su ondulante silueta. Probablemente se formará allí una hermosa catarata en la época de las crecientes.

Desde Pichi-Mahuida a Choique-Mahuida, no ha sido explorado detenidamente esta vez. Sin embargo, los datos que nos dejó Chiclana, cuya exactitud ha sido confirmada por el último reconocimiento, nos hacen saber que en esa sección del río hay profundidad suficiente para navegarlo; pero que no son escasos los bancos de piedra.

Las islas del Colorado son numerosísimas. Las unas inestables, formadas de las arenas viajeras, bancos más bien que islas. Las otras fijas, consolidadas y ricas en una vegetación que se levanta con vigor y en la cual se ven desde el pasto tierno hasta los árboles corpulentos.

El mayor Lucero, destacado por el jefe de la expedición para llegar hasta Choique-Mahuida, informa que el río se estrecha a medida que se avanza hacia la sierra, y que au-

mentan los saltos de piedra y la impetuosidad de su corriente<sup>65</sup>.

El río Colorado corre, como dijimos, por un valle pequeño, en el cual sus aguas han profundizado fácilmente el cauce, porque el territorio es arenoso.

Las barrancas cortadas a pico alcanzaban una altura de diez metros en algunos puntos; pero no impiden que las aguas del río fertilicen los valles en los tiempos de grandes avenidas.

El curso del Colorado es fijo. Como es el del río Negro, corre estrechado por altas colinas, que se elevan a medida que se avanza al interior, con cuya observación están conformes los exploradores de 1833 y de 1878.

Esta misma conformidad de resultados da definitivamente la razón a todos los que nos hemos opuesto a la adopción del río Colorado, como línea definitiva de frontera, fundándonos en que distaba mucho de ser una arteria de fácil comunicación, como lo es el río Negro.

Tales son los datos que conocemos sobre las diferentes exploraciones del río Colorado; datos deficientes que reclaman una nueva explotación científica.

Es todavía desconocido, en efecto, todo lo que se refiere con exactitud a las leyes a que obedecen las corrientes, profundidad, volumen de agua, período de las crecientes, obstáculos y bancos, y demás accidentes de su curso.

En consecuencia carecemos de base para lanzarnos a especulaciones relativas a las condiciones de navegabilidad de

---

<sup>65</sup> Parte del teniente coronel D. Lorenzo Winter (11 de noviembre de 1878). Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra.

este río. Empero, y mientras nuevas exploraciones no ratifiquen los datos conocidos, es dado pensar que el río es navegable en ciertas partes.

¿Cuáles son los obstáculos que tendrá que vencer esta posible navegación? He ahí la incógnita que despejarán los futuros estudios hidrográficos sobre todo el curso del río.

**CAPÍTULO V**  
**RIOS ANDINOS Y DE LA PAMPA CENTRAL**

El río Diamante. - Errores sobre su curso. - Rectificaciones. - Observaciones de Sourriére de Souyllac, de Moussy, Burmeister y Rosetti. - Últimos reconocimientos practicados por los ingenieros Host y Tapia. - Discusión de sus informes. - Viaje del ingeniero Casaffouth. - Datos del coronel Bustos. - El Atuel. - Origen, afluentes y curso de este río. - El Salado de los Andes. - Otros derrames orientales andinos. - El río Malargüe. - Lago de Yacanelo. - La laguna del Bebedero. - El Salado de la Pampa. - Viaje de don Luis de la Cruz. - El río Ocupal. - Expedición militar de 1833. - Fuga de un cautivo. - Su peregrinación a lo largo del Chadi-leuvú. - Llegada al Bebedero. - Navegabilidad de los ríos. - Urre-Lavquen. - Mariano Rosas. - Errores geográficos.

EL DIAMANTE, línea actual de la frontera de Mendoza, no es ya un río desconocido y cuyo origen y curso ofrezcan dudas.

Sourrière de Souyllac decía en 1805 que el río Diamante nace al pie de un gran cerro de este nombre; pero el dato no es del todo verídico<sup>66</sup>.

El doctor Burmeister, en su noticia hidrográfica sobre el Diamante, dice que con el Atuel son dos brazos de un río de la cordillera, que baja a través de los distritos del norte hasta las estepas de la Patagonia, refiriéndose sin duda al Chadi-leuvú<sup>67</sup>.

Según De Moussy g<sup>68</sup> el Diamante nace al pie del volcán de Maipo, y en las inmediaciones del cerro de la Cruz de Piedra. Atraviesa de oeste a este el valle de Uco, encuentra en seguida una serie de bajas colinas y luego se precipita al desierto.

Abriendo la carta de nuestro antiguo profesor señor Rosetti sobre esta sección de los Andes y su sistema hidrográfico, encontramos que De Moussy no se ha aproximado a la verdad, puesto que ha confundido un afluente del Diamante con el río principal. No conocemos exploración científica alguna posterior a la del señor Rosetti, sobre las nacientes de este río, y a ella nos atendremos<sup>69</sup>.

En la falda oriental de los Andes, entre el volcán de Maipo (5.384 m.) y el paso de la Cruz de Piedra, existe un

---

<sup>66</sup> J. SOURRIÈRE DE SOUYLLAC, *Descubrimiento del gran río Diamante, que corre a la orilla de un cerrito aislado de las pampas*. (Colección de Angelis, t. 6.) El título es demasiado pomposo para lo poco o nada con que el autor concurre al estudio de aquel río.

<sup>67</sup> Hemos visto ya que el Dr. Burmeister hace llegar la Patagonia hasta el río Colorado.

<sup>68</sup> MARTÍN DE MOUSSY, *Descrip. Physique et statistique de la Republique Argentine*, t. I, pág. 163.

gran lago, atravesado por el paralelo 349, de donde deriva un arroyo que corre al sudeste, recibiendo en su tránsito las aguas de varias corrientes de la cordillera, entre la Cruz de Piedra y el cerro de la Paloma. Este caudal forma el arroyo de la Paja que se echa en el río Diamante algunas leguas antes del cerro del mismo nombre al este, afluente que De Moussy confundió con aquel río. Al oriente del arroyo de la Faya, se echa el principal arroyo Hondo y al este el arroyo del Carrizal.

La cordillera comprendida entre el lago que se halla al pie del cerro Diamante (hay dos cerros del mismo nombre quedando al este el que antes nombramos) y el Alto de los Mineros, vierten sus aguas al occidente por una red de canales que forma el caudaloso río Cachapoal, que pasa al sur de Rancagua, mientras que al naciente alimenta menor número de arterias formando el río Diamante, que faldea la cordillera con rumbo casi directo al este, arrancando sus dos brazos principales del lago del primer cerro de su mismo nombre y del Alto de los Mineros.

Desde el segundo cerro Diamante al este, el río no recibe afluentes y sigue su caudal con abundancia hasta que cae perpendicularmente en el Chadi-leuvú, algunas leguas al sur de la laguna del Bebedero, y en los campos que sus derrames convierten en pantanos. La desembocadura del Diamante en el Chadi-leuvú (Chadi, salado; leuvú, río) tiene lugar por una serie de bocas que forman un delta fangoso. El curso principal de este río, observa el Dr. Burmeister, es entre los 34° 30'

---

<sup>69</sup> El Dr. Burmeister, en su *Descripción Física de la República Argentina*, ha utilizado los trabajos del señor Rosetti. Véanse en efecto notas 34 y 37. Pág. 368. Y nota

y 35" de lat. sur. De Moussy dice que es muy poco conocido, no teniendo en la parte inferior de su curso más que tolderías de indios.

El distinguido viajero francés ha incurrido en error. El doctor Burmeister no ha explorado el río y no ha podido darnos en este asunto sus propias observaciones científicas, pero el Diamante ha sido perfectamente reconocido después de publicados los trabajos del señor Moussy y desde antes era línea de frontera sur de Mendoza.

En los archivos militares existen datos para la descripción de este río, sobre el cual se han practicado varios reconocimientos y proyectado o construido fortines, desde San Rafael al este hasta el Chadi-leuvú.

No hemos tenido el tiempo necesario para hacer pacientes investigaciones en el archivo del Ministerio de la Guerra, por las razones que hemos explicado en otro lugar; pero conocemos los últimos reconocimientos practicados por el sargento mayor D. Federico Host<sup>70</sup> en 1876, y por el ingeniero nacional don Zacarías Tapia en 1878<sup>71</sup>.

Las observaciones de uno y otro no concuerdan a veces en todos sus detalles; pero en general se armonizan. Debe tenerse presente, por otra parte, que aquellas discrepancias pueden ser originadas por las diferentes estaciones en que los viajeros realizaron sus estudios, lo que influye naturalmente sobre el caudal de agua de los ríos y sobre los fenómenos que producen la fuerza de las corrientes, variable con las estaciones, es decir, con las crecientes y bajantes que éstas determi-

---

77, Págs. 376 y 377 del primer tomo.

70 Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra.



nan. El informe del ingeniero militar D. Federico Host, trae fecha 13 de setiembre de 1876, con una carta geográfica y se titula: "Relación topográfica de la traza del camino y la línea de fortines entre las Villas de Mercedes (frontera de San Luis) y San Rafael (frontera de Mendoza)."

Este oficial describe la confluencia del río Diamante con el Salado o Chadi-leuvú, en estos términos:

“Del paso de la Carreta continúa la traza del camino a las Islas del Diamante distantes diez kilómetros al S. 19° O. Piso en todo el trayecto firme y llano; las islas se han formado de los brazos del Diamante con la confluencia del Salado. En el día ha quedado en seco el cauce principal del Diamante y de sus brazos en las juntas del Salado, y el agua que se encuentra en estos parajes es de un gusto salobre, que queda estacionada en profundos pozos que forman las crecientes durante el período de las lluvias en el centro del lecho de los diferentes canales del Diamante, por los cuales derrama sus aguas de nieve el río Salado (Chadi-leuvu). El río Diamante se ha abierto un cauce nuevo a los 35 kilómetros al este de San Rafael, haciéndose tributario del río Atuel, y los derrames alcanzan en su antiguo cauce a 35 kilómetros más al naciente donde se pierden en la arena.”

Detengámonos a discutir este punto. En todas las cartas geográficas argentinas que gozan de alguna reputación se verá, en efecto, cinco leguas al este de San Rafael, un arroyo denominado Cauce Viejo, que unía los ríos Diamante y

---

<sup>71</sup> Manuscrito en el Archivo del Departamento de Ingenieros de la Nación.

Atuel, en el punto en que éste describe una curva aproximándose al primero.

De Moussy<sup>72</sup>, refiriéndose a esta unión dice:

“Pero hace cerca de medio siglo, que los aluviones han obstruido su lecho de ese lado, y se ha abierto un curso directo hacia la prolongación del Desaguadero, cuyas aguas aumentan considerablemente al principio del estío.”

Según la observación del mayor Host, sucede hoy lo contrario de lo afirmado por el Dr. Moussy, en el pasaje citado de su célebre obra<sup>73</sup>.

El Dr. Burmeister, alude al mismo en estos términos:

“El río Atuel se acerca mucho al Diamante, y en los años de abundancia de agua, se une a éste por un brazo que sale arriba de San Rafael. Por lo menos esta unión ha existido en otro tiempo.”

El ingeniero Tapia, en fin, visitó el paraje en 1878 y dice que el arroyo o Cauce Viejo sale del Diamante y va al Atuel sin asumir importancia alguna; y agrega que una alcantarilla de cuatro metros es suficiente para establecer la continuidad del camino entre Villa Mercedes y San Rafael.

Dedúcese de esta nueva observación que el ingeniero Host ha atribuido demasiada importancia al Cauce Viejo, el cual, como lo afirma Moussy y lo hace comprender el señor

---

<sup>72</sup> Obra citada, t. I, pág. 163.

<sup>73</sup> *Ibid.*, t. I, pág. 306.

Tapia, está cerrado hasta presentarse más bien como un zanjón que como arroyo. El mismo ingeniero Host agrega en otra parte de su informe que el cauce del Diamante no está permanentemente seco al este de San Rafael, pues dice que,

"el paso de la Horca no ofrece ninguna dificultad. El lecho del río, agrega, se compone aquí de ripio duro y mucha piedra rodada, que arrastran las crecientes de la próxima cordillera".

El ingeniero Tapia dice que al este de San Rafael las barrancas del río miden 15 y 20 metros de altura. Es entonces probable que no sean desproporcionadas a estas medidas todas sus barrancas y ellas amurallarían el río de tal manera que sería muy raro y difícil un cambio de curso. Lo que hay de cierto en todo esto es que el Cauce Viejo era el antiguo curso del Diamante, que fue cerrado, como lo observa De Moussy.

Por otra parte hemos hablado con el joven ingeniero don Carlos Casaffousth, que acompañó al señor Tapia, y los datos que nos ha comunicado, como fruto de sus concienzudas observaciones, son los que contiene la carta siguiente que tuvo la deferencia de redactar a invitación nuestra.

*Señor Dr. D. Estanislao S. Zeballos.*

Estimado amigo:

Sobre los datos que me ha pedido usted de la zona comprendida entre San Rafael, el Diamante, el Atuel y el Salado

sólo podré darle generalidades que conservo como recuerdos de la expedición para la traza de la carretera desde San Rafael a Villa Mercedes.

En su aspecto general frente a San Rafael, esta zona, encajonada entre el Nevado y las barrancas de San Rafael, tiene la forma de un gran talweg, perpendicular a la cordillera, surcado por los ríos que se desprenden de ella con los nombres de Diamante y Atuel.

Estos dos ríos, bastante separados en su nacimiento, tienden a convergir antes de llegar a San Rafael para volver a divergir por corto trecho, dirigiéndose en seguida paralelamente hasta el río Salado.

Como la naturaleza del terreno varía a medida que se costea el Diamante de oeste a este, le describiré los diversos aspectos que presentan las bandas de terreno de norte a sur.

San Rafael se halla edificado en la margen norte del Diamante en un terreno arenoso, poco elevado. En este punto el Diamante está bastante encajonado, es sumamente correntoso, sus aguas son turbias, su lecho ripioso, con fondo de arena. La margen sur es fértil, poco elevada, aumentando la altura del terreno insensiblemente a medida que se avanza hacia el Atuel. El suelo tiene poca arena, poco ripio, y mucha tierra vegetal.

A la salida de San Rafael se levantan altas barrancas ripiosas, cubiertas de algarrobos y jarillas, que costean el Diamante hasta unos 15 kilómetros, poco antes de llegar al Cuadro Nacional.

En este trecho el Diamante corre torrentoso, turbio y ripioso. A la salida de San Rafael el mismo se presenta expla-

yado y da paso para ir a la margen sur, que se halla poblada, cultivada y es sumamente fértil.

A partir del kilómetro 20, la margen norte está poblada y cultivada hasta el kilómetro 30, donde se halla el Cuadro Nacional, en terreno elevado y fértil. La sección correspondiente del Diamante sigue correntosa, con menos ripio y más arena. La margen sur es poblada y fértil, con algunos montes de chañates, algarrobos y jarillas. En el kilómetro 24 se encuentra el Cauce Viejo o el arroyo Atuel que vimos lleno de agua y de unos 4 m. de ancho.

Desde el kilómetro 30 hasta el 45 la margen norte es des poblada, arenosa, accidentada y cubierta de escaso monte. El lecho del río no contiene ripio, es sumamente arenoso y flojo, hay menos corriente y el agua es turbia. La margen sur está poblada hasta el kilómetro 32, en un trecho fecundo, donde aumenta la proporción de arena y el monte compuesto de jarilla, chañar y algarrobo muy tupido; existen cañadones cubiertos de yerba y empieza la margen a tener barrancas a pique de 4 a 5 metros. En el kilómetro 45 se halla el paso del Corral de la Horca, que es algo fangoso.

Desde el kilómetro 45 o sea el paso de la Horca, la izquierda es impracticable por ser compuesta de arena floja y de médanos. El lecho del río es arenoso y más blando que antes, sin ripio. Las riberas son elevadas y a pique en ciertas partes. En la margen derecha sigue aumentando la proporción de arena, y en el kilómetro 73 existe el médano del Rincón Grande, a pesar de lo cual el suelo es firme, cubierto de vegetación salvaje y pasto amargo.

Del kilómetro 73 al 99 sigue la margen izquierda elevada, barrancosa, arenosa, y el terreno cubierto de médanos. El lecho del río siempre arenoso y flojo; pero la corriente es menor.

La margen derecha alimenta montes de chañares, algarrobos y hay cañadas. En el kilómetro 99 hubo una población y hacienda llamada Ovejería; los ranchos y los corrales destinados a recogerlas haciendas están abandonados. Esta población fue devastada por los indios.

Del kilómetro 99 al 135 continúa la margen izquierda en el mismo estado. El lecho del río siempre arenoso y flojo y menos correntosa el agua. La margen derecha despoblada. En el kilómetro 135 se halla el Fuerte Nuevo abandonado, así como los demás ranchos que lo rodean.

Poco después del Fuerte Nuevo se divide el Diamante en varios brazos formando un delta llamado Las Islas, en terreno bastante arenoso, firme y cubierto de pajonales. En esta parte hay bastantes animales alzados. Frente a Fuerte Nuevo se halla un paso del Diamante, llamado Paso Nuevo o de Los Algarrobos.

Siguiendo la margen izquierda del Diamante, disminuye la corriente, y en las islas el terreno es arenoso, con médanos y grandes pajonales. Por esta margen se llega al río Salado, y remontándolo hasta el kilómetro 173 se encuentra el paso de las Carretas. Cuando lo cruzamos el río tendría unos 20 metros de ancho, el agua es sumamente pesada y saturada de salitre. Este río debe haber tenido muy fuertes crecientes, pues sus márgenes barrancosas se hallan muy distantes, comprendiendo un gran displayado cubierto de salitre.

Por lo general la banda de terreno comprendida entre el Diamante y el Atuel es salitrosa, lo que se deja ver por los depósitos que han dejado las aguas evaporadas. Las plantas salvajes son alcalinas; entre ellas se encuentran la yampa y el jume, que al arder lo demuestran por la llama amarilla y violenta.

Parece que el Diamante rara vez tiene agua desde poco después del paso de los Algarrobos, a pesar de traerla abundante de su origen, lo que se explica por lo absorbente de su lecho flojo, que consume toda el agua antes que llegue a las Islas.

La población de San Rafael no excederá de 3.000 almas con casas de adobes crudos. Tiene una fábrica de aguardiente. Los trigos abundan en la margen sur donde existen haciendas y grandes potreros. Hay también haciendas importantes en los alrededores del Cuadro Nacional en la margen norte. El comercio de esta comarca tan fértil se halla paralizado por falta de medios de transporte que den salina a la abundancia de cereales.

Perdóneme el estilo y la letra; pero he escrito al correr de la pluma, pues de ayer a hoy poco tiempo disponible he tenido. Sin embargo los datos que le doy son ciertos.

Siempre que crea usted puede serle útil en cualquier cosa, disponga de su servidor y amigo.

CARLOS A. CASAFFOUSTH

Esta es la noticia más minuciosa que conocemos sobre la sección del Diamante entre el Salado y San Rafael. El mayor Host ha podido ver seco el río durante la estación de la ba-

jante, en el trayecto inmediato a su confluencia con el Chadi-leuvú, lo cual se explica, como se ha visto, por la naturaleza absorbente del terreno aluvional que riega. En el período de las avenidas, saturado el terreno de humedad, las aguas corren en abundancia sin duda, hasta el Chadi-leuvú.

En el informe del mayor Host encontramos el siguiente dato de importancia:

“Determiné las juntas del Diamante con el Salado cuya afluencia se encuentra 10 kilómetros más al sur del fortín 5<sup>74</sup> y dio por resultado 34° 37' lat. S. y 66° 40' 12" longitud oeste de Greenwich u 8° 15' 33" del meridiano de Buenos Aires y 427 metros sobre el nivel del mar.”

Finalmente y como una prueba de que el territorio del Diamante ha sido muy recorrido en los últimos tiempos, no olvidaremos los documentos firmados por el coronel D. Ignacio Segovia, ex comandante en jefe de aquella frontera, los cuales, sin tener carácter científico traen importantes datos prácticos y de aplicación militar.

El coronel D. Eugenio Bustos, que conoce palmo a palmo la pampa, ha dado al coronel D. Alvaro Barros datos que ratifican también las afirmaciones precedentes. Dice:

“Fácilmente se comprende la imposibilidad que hay de que exista el río Nuevo o Viejo desde que está reconocido que el Tunuyán desagua en las ciénagas, pues si bien varias corrientes pueden, como tributarias, formar un solo curso, no

---

<sup>74</sup> El mayor Host ha numerado en su carta los fortines que proyecta.



es posible que éste se divida en dos o más que vayan a morir a puntos diferentes; sabido es que toda corriente que se bifurca si no vuelve a unirse después de recorrer un cierto espacio, una de las ramas absorbe todo el caudal de la otra.

El coronel Bustos atribuye la causa de estos errores a que en las épocas de grandes lluvias o avenidas todos aquellos ríos se desbordan, y sus aguas se extienden por aquellas comarcas, presentando ante la vista de un observador poco escrupuloso, el aspecto de nuevas corrientes, las cuales tan pronto como dejan de ejercer su acción los motivos que las engendran, como es natural, desaparecen<sup>75</sup>.

En otro tiempo, treinta años atrás, el río Diamante doblaba al sudeste, abajo de San Rafael, por el Cauce Viejo y echaba sus aguas al Atuel; pero un vecino establecido entre San Rafael y el Chadi-leuvú, cerró el Cauce Viejo por medio de unos pies de gallos y las aguas del Diamante corrieron entonces al este fijo, abandonando su antigua dirección sudeste y siguiendo la que hoy lo lleva al Chadi-leuvú. Este nuevo talweg ha sido abierto por la fuerza misma de las corrientes en el terreno arenoso que caracteriza aquellas regiones.

De Moussy sostiene que el río Atuel nace del valle del Planchón, corre al sur del valle de Uco y ofrece terrenos pantanosos que se extienden hasta el cordón de Lulunta, prolongación norte del cerro Nevado. Atraviesa este cordón, formando una alta y ruidosa cascada, y describiendo una cur-

---

<sup>75</sup> Coronel ÁLVARO BARROS, *Fronteras y territorios federales de las pampas del sur*. (Buenos Aires, 1872, Pág. 331.)

va a través del desierto va con el nombre indígena de Chadi-leuvú, a unirse con el Desaguadero. El citado autor agrega:

“Continúa entonces su corriente al sur a través de terrenos perfectamente horizontales y por consiguiente sembrados de lagunas y de bañados, hasta el gran lago salado llamado la Amarga o laguna de Currú-Lavquen, que en tiempo ordinario no tiene canal alguno conocido de desagüe; pero al decir de los indios en los años de grandes abundancias de agua, los bañados de esta laguna comunican con el río Colorado, arrojándole sus rebalsamientos; todo este terreno, por otra parte, es muy mal conocido, pues es exclusivamente habitado por indios pehuenches que miran muy mal a los cristianos que allí se lanzan. Lo que se sabe es lo que ha sido confirmado primeramente por la expedición de 1833, luego por la hecha en 1854 por el Gobierno de Mendoza, al sur de esa provincia, y es que todos esos llanos son bajos, sin ondulaciones, con pequeñas ollas de trecho en trecho como el de Ingue Gatel cerca de la Amarga y que en los años lluviosos forman inmensos bañados.

En 1833 el general Benavides de lo alto del cerro Ruca Mahida (debe ser Auca-Mahuida) pudo ver a la vez la Amarga al este-nordeste, y el Colorado que corría a sus pies a corta distancia, de este gran lago.”

El río Atuel, según la carta del ingeniero Rosetti, nace por el 34° 45' de latitud sur aproximadamente, absorbiendo por medio de varios canales de desagüe las avenidas de la falda oriental de los Andes entre los pasos de Tinguirica y de

las Damas (4.478 m. a 3.000 m.), corriendo al sudeste por las faldas del este de las sierras de la laguna Blanca hasta unirse al río Salado. El paso del Planchón, de donde Moussy hace derivar este río, queda más al sur del paso de las Damas.

El Dr. Burmeister no acepta los errores de Moussy y al contrario dice con razón en términos generales que el río Atuel tiene sus fuentes entre los  $34^{\circ} 40'$  y  $35^{\circ} 20'$  de latitud sur, aproximándose a las del río Grande.

Esta observación es exacta e interesante. En efecto, las fuentes de ambos ríos son las vertientes orientales de los Andes entre Tinguirica y el cerro Colorado, es decir, entre dos alturas de 4478 m. para el primero y de 3.934 m. para el segundo. Esta depresión de los Andes es la que divide sus aguas al sur, norte y este entre los ríos Grande y Atuel, alimentando por el oeste a los ríos chilenos.

La confluencia del Atuel con el Salado de los Andes tiene lugar, según el Dr. Burmeister, por el  $69^{\circ} 25'$  de long. O. del meridiano de Greenwich. Desde esta confluencia el Atuel dobla bruscamente al nordeste en dirección a San Rafael, pasa por entre las sierras del Diamante y del Rincón, acercándose a ese río frente a San Rafael describe un arco al este por espacio de pocas leguas y luego gira al sudeste, atravesando la pampa de la Varita, para unirse al Chadi-leuvú o Salado de la pampa en Vutaloo<sup>76</sup>.

El Dr. Burmeister dice sobre su curso al partir de la confluencia del Salado de los Andes:

“Este se dirige desde luego al nordeste para rodear la sierra de Pallén que allí se extiende sobre la llanura paralelamente a las cordilleras y es dominada, según se dice, por un pico nevado de 4.900 m.”

El río Atuel en aquel trayecto atraviesa una pampa dilatada, que tiene por el este al cerro Nevado, al sur las cordilleras de Malargüe, al oeste los cerros de los Buitres y Alquitrán con las cordilleras adyacentes y al norte las sierras que bordean el Diamante.

El Atuel recibe como afluente principal al Salado de los Andes, río que nace de la falda oriental de los cerros que vierten sus aguas orientales al río Tordillo, y que reúne los derrames del valle de las Amarillas y de la sierra del Malargüe, uniéndose al Atuel por los 69° 25' de long. O. de Greenwich.

Al sur del río Salado corren algunos arroyitos sin importancia llamados Chacaycito y Chacay perdidos en grandes esteros extendidos al sudeste de la laguna Yancanelo, orillando al oeste el gran lago que se halla en la pampa limitada al este por el cerro Nevado y al oeste por las sierras de Malargüe. El río de este nombre tiene un curso poco conocido y creemos que sin importancia alguna general, aunque la tiene sin duda, militarmente estudiado. Los indios pasan el Malargüe a la altura de los 69° long. O. de Greenwich. El Dr. Burmeister dice que el río Malargüe desagua al pie de la sierra Pallén y que no se derrama en los ríos cercanos, a pesar de

---

<sup>76</sup> Vuta, alto, loo, médano, Vutaloo, es el verdadero nombre de la Comandancia de la frontera sur de Santa Fe llamada Ita-lo y Witalobo por ignorancia de la lengua araucana.

que las nevadas de la sierra adyacente a la laguna, le echan abundante cantidad de agua.

El lago de Yancanelo se encuentra al sudeste del Malargüe en medio de la pampa antes citada; y es un punto importante de tránsito, sobre el camino de los indios que baja de los Andes hacia la llanura sudeste y que pasa por los pozos de Chicaicó y Tricalcó. En aquel lago se derraman los grandes cañadones a que antes nos referimos, tributarios también del río Malargüe.

El Dr. Burmeister nos dice sobre la famosa laguna del Bebedero en San Luis:

“De la cima del alto Pencoro, cerca del cual corre el Desaguadero, yo percibí a lo lejos en el horizonte la laguna Bebedero, como una vasta napa de agua descubierta; pero nada puedo decir de positivo, pues jamás la he visto de cerca<sup>77</sup>.”

Las gentes del país cuentan muchas cosas sobre ella y afirman que tiene un canal de desagüe subterráneo, lo que seguramente es erróneo. La evaporación continua de una superficie de agua tan extensa como poco profunda, en un territorio donde llueve rara vez, basta para explicar la constancia del nivel.

Según las observaciones del señor De Moussy, la laguna del Bebedero mide 24 millas de norte a sur y 18 millas de este a oeste, con una altura en sus bordes de 400 m. sobre el nivel del mar aproximadamente. Este viajero, como el Dr. Bur-

---

<sup>77</sup> Puede verse la obra ya citada t. I, pág. 306 y nota 76, y la obra alemana del mismo: *Reisse Under la Plata Staaten*, t. I, pág. 352.

meister, no estuvo en la laguna, pero la vio perfectamente desde la posta del Balde, en el camino de San Luis a Mendoza, distante 5 millas de ella. Aquella elevación sobre el nivel del mar es la de la posta citada, y cree De Moussy que muy poca diferencia hay entre ese punto y los bordes de la laguna.

La laguna, cuya profundidad se ignora, aunque debe ser navegable, es de agua muy salada y alimenta algunas especies de peces. Sus contornos son terrenos arenosos, sujetos a las corrientes variables de los vientos que forman y deshacen médanos incesantemente. La vegetación muere al contacto de sus aguas salinas; pero asimismo no lejos de ella hay grandes bosques.

De Moussy consigna los siguientes datos interesantes:

“El Bebedero recibe una parte de las aguas del río Desaguadero, que como ya lo hemos dicho, no lo une a ella más que en un solo brazo continuando el otro hacia el sur, a través de los terrenos baos inundados en la mayor parte del tiempo; pero algunas veces completamente secos. La cantidad de agua traída por el Desaguadero es extremadamente variable; hay años en que es nula y por consiguiente el lago baja mucho. Cuando al contrario esta cantidad es considerable, las gentes del país no se dan cuenta de la evaporación y piensan que el Bebedero tiene conductos de desagües subterráneos que llevan sus aguas al mar. Dan por motivo de su opinión la sonoridad extraordinaria del suelo al sur de este recipiente, suelo que retumba bajo el casco de los caballos como si fuera hueco. Cuando el Desaguadero tiene mucha agua, este mismo terreno muy arcilloso naturalmente, sobre

el cual se desbordan a la vez el lago y el río, se cubre de extensos bañados.”

Tenemos otras noticias ligeras, sin carácter científico, aunque con el mérito de ser escritas por un testigo ocular, en la relación que hace D. Santiago Avendaño de su fuga de los indios ranqueles, entre quienes vivió nueve años cautivo, fuga que tuvo lugar en noviembre de 1849.

Avendaño dice:

“Marché desde la salida del sol, siguiendo siempre el rastro de la hacienda vacuna que al parecer pastaba por allí; había también terneros, por su rastro. Como a las diez de la mañana vi el cerro de Vareta indicado por Baigorrita y Nahuel maíú; hube de ir a él en busca de agua; pero calculando que distaría como dos leguas no me resolví por no atrasar mis caballos en esos campos guadalosos.

Me resigné por tanto a continuar con la esperanza de hallar agua más adelante. En esto descubrí una gran laguna; rodeada de bosques ralos al sur, al poniente y al nordeste; la laguna era inmensa y por lo tanto comprendí que era la llamada Bebedero. El río ya se me alejó del todo, lo veía por el listón verde que tomaba al noroeste; yo tenía que pasar por una isleta en cuya dirección caminaba; al llegar a ella vi más frescos aún los rastros de las vacas y terneros.

Efectivamente allí había unos zanjones con agua, que aunque horrible, las vacas alzadas la tomaban por no tener otra mejor. Habíame puesto al costado de la gran laguna Bebedero, cuando percibí en la dirección que llevaba, una cosa

como sierra azulada. Se veía como entre niebla, grité de alegría; pero mis gritos no podían resonar allí, porque la sed me impedía hasta la respiración. Llegué a la costa de un gran bosque sin más guía que la sierra que apenas distinguía. Este monte es el que va desde Patagones, pasa por Bahía Blanca, de vez en cuando entrecortado por llanuras más o menos extensas, y penetra en el corazón de las provincias del norte<sup>78</sup>."

De la laguna del Bebedero sale el río Salado de la pampa o Chadi-leuvú<sup>79</sup>, que va a morir en la laguna Amarga, llamada por los indios Urre-Lavquen (Urre, niebla; Lavquen, laguna).

Si hay en la pampa una región mal explorada y científicamente poco conocida es la que recorre el Chadi-leuvú y la que rodea a la laguna Amarga. En 1833 ha sido recorrido este territorio por las expediciones militares del general Benavides y del general Aldao, pero antes que ellos Cruz en 1806, había dejado algunas noticias sobre el Chadi-leuvú con motivo de su famoso viaje. Además Avendaño recorrió una gran extensión de dicho río en 1849.

Reside en Buenos Aires el joven Mariano Rosas, indio ranquel, sobrino del famoso cacique de aquel nombre, y que cursa sus estudios en el Colegio Nacional de esta ciudad. Rosas, de quien somos amigos, conoce la pampa que corre entre el Diamante y el río Colorado, como la palma de su mano, y

---

<sup>78</sup> SANTIAGO AVENDAÑO, "La fuga de un cautivo", en la Revista de Buenos Aires, t. 14, págs. 601 a 603.

<sup>79</sup> Algunos lo llaman Chalileo entre el Bebedero y el Atuel; pero no hay para qué complicar la nomenclatura y preferimos llamar simplemente Chadi-leuvú a este río, en toda su extensión del Bebedero a Urre-Lavquen. Chalileo es una abreviatura de su verdadero nombre Chadi-leuvú (Río Salado.)



nos ha dado nuevos informes sobre algunas regiones, informes que hemos controlado comparándolos a algunos de otro origen, con los cuales armonizan muy bien.

El 23 de mayo de 1806 De la Cruz se movía en Chadicó (Chadi, salada; có, agua) hacia el Chadi-leuvú<sup>80</sup>.

“Este río, dice, es de bastante agua, corre al sur, cuarta al sud-este; su ribera es de enca o batrú, y carrizo; por ambas partes forma algunas preciosas islas. Sus aguas muy claras, pero algo salobres. De su otra parte al sudeste, a distancia de una cuadra del paso tiene una loma montuosa de arbustos y piedra de amolar, que se titula por esto Limen-Mahuida.”

Cruz pasó el río en balsa, midiendo 98 varas de ancho por 2 de profundidad, con corriente suave. La claridad de las aguas era tal que se podía ver su fondo pastoso.

Pero éste no era el río Chadi-leuvú en la actualidad, sino uno de sus afluentes más ignorados, que al parecer nace al oriente de la sierra Malargüe y atraviesa la pampa al sudeste, dividiéndose en dos brazos que se juntan y vuelven a separarse y a unirse, echándose al Chadi-leuvú en la isla de Pincheira, a los 66° 44' de long. O. de Greenwich y 37° 56' de lat. S. aproximadamente.

Los indios informaron a Cruz que este río se llamaba antes Ocupal, y que bajaba de la cordillera de Malalque (mala escritura de Malargüe); agrega el Diario del insigne viajero:

---

<sup>80</sup> Diario citado en la Colección de Angelis. La carta geográfica de Petterman, a que antes nos hemos referido, trae un buen itinerario del viaje de Cruz. Lo traen muchas otras y entre ellas la que viene al fin de la citada obra del coronel Alvaro Barros.

“Corría antes su mayor cuerpo de aguas por el cajón de Potrol, que ayer pasamos y cité en el Diario; y a causa de un derrumbe, siguió este curso, quedando allí muy pequeña parte y muy salada, como que aseguran todos estos indios que en llegando a él, antes de algún temporal de lluvias, puede de su ribera tomarse bastante sal y buena. También dice que a cinco leguas de distancia de este punto se junta dicho Potrol con este río, por ahí mismo, donde éste confluye al siguiente, que según reconozco es el del Desaguadero, así por la graduación en que está, como porque el mismo Puelmanque, que es muy práctico, asegura que el río del Diamante que sale del lugar de Cura corriendo hacia al oriente se le emboca a este río que nos resta y con él toma al sur, formándole en todos estos bajos inmensas lagunas hasta juntarse con este Chadi-leuvú, cinco leguas poco más de aquí, desde donde juntos corren como diez más hasta reunirse en un gran lago.”

Si se corrigen los nombres y se lee Ocupal donde dice Chadi-leuvú y Chadi-leuvú en vez de Desaguadero, se ve que el famoso baqueano de Cruz, el indio Puelmanque (Puel, Este; manque, cóndor) le había dado datos exactos.

El 25 de mayo después de recorrer el territorio entre los ríos Ocupal y el verdadero Chadi-leuvú, llegó la expedición a éste. Los campos intermedios son medianosos, y cubiertos de arbustos. Cruz pasó el río en una balsa habiendo medido 116 varas a lo ancho por 6 de profundidad. La situación de este

paso es aproximadamente a los 36° 38' de lat. S., 66° 47' de long. O. del meridiano de Greenwich.

Los indios lo pasan a nado, cuando está crecido como lo vio Cruz, pues encontró allí una invasión que regresaba con arreo. Entre el paso y el pajonal de Tripaque, en la travesía sin agua de dos leguas de camino hasta Minucó (Miau, adentro, hondo; có, agua) menciona Cruz un nuevo río propiamente hablando, de 40 varas de ancho y 1 de hondura. Corre, dice el Diario, por entre carrizales, formando grandes y preciosas lagunas.

Después de Cruz recorrió Avendaño en 1849, el Chadi-leuvú por espacio de muchas leguas desde la altura de una laguna denominada Thecau-Lavquen (Thecau, loro; Lavquen, laguna), distante según él 15 a 16 leguas del río. Esta laguna famosa por la abundancia de tigres que en ella habitan, no ha sido marcada en las cartas geográficas; pero la reconoció en 1872 la expedición del general Arredondo<sup>81</sup>. Avendaño llegó a la orilla del Chadi-leuvú en una jornada, es decir, salió a la madrugada de Thecau-Lavquen y a mediodía estaba en aquella corriente de agua, que orilló hasta su origen en la laguna del Bebedero.

Avendaño hace notar, como Cruz, que la corriente no era violenta, y la profundidad, era escasa. El agua presentaba color gredoso, estaba muy turbia y no era potable. Costeó el río por la margen en el este, siguiendo una senda que casi se extinguía y dice:

---

<sup>81</sup> Véase el capítulo siguiente.

“Tuve ocasión de ver la maravilla del Chadi-leuvú, en partes angosto y encajonado, cubiertas sus orillas de fragantes y distintos arbustos, en partes con una anchura de seis a diez cuabras, con hermosos islotes de varios tamaños, con uno que otro algarrobo, cuya monstruosa altura sorprende. Me fijé también en aquella parte donde el río se presentaba angosto, como de 15 a 20 varas de ancho, el agua era turbia pero buena; y donde se extendía mucho, era clara, azulada y desabrida. Yo seguía costeándolo ya atravesando espaciosos carrizales, que me cubrían con su altura, y que en tiempos de lluvia habían sido inmensos bañados y grandes totorales, recién asomando sus primeros retoños, por haber sido arrasado por la voracidad de las llamas de alguna quemazón (Culan).

De cuando en cuando me acercaba al río para ver si el agua era buena y hasta allí la encontré salada. El río más salado, aun tanto que por sólo haber probado el agua se me agrietaron los labios hasta verter sangre. Con esto creció mi desconsuelo. La sed hacía progresos, lo que me ofrecía serios temores; ya mi garganta silbaba. En este supremo apuro se me aumentaba el desaliento, viendo una playa tan inmensa que parecía una lápida de mármol blanco. Era una salina cuyo suelo ofrecía a la vista un guadal<sup>82</sup> de harina. Cuando el sol estuvo por entrar sentí los efectos de una sed espantosa. Los caballos ya no sudaban y el calor había disminuido muy poco su fuerza. Me acerqué de nuevo al río, siempre muy cerca y a mi costado izquierdo. El río en esa parte era encajonado y profundo, con muy poca agua, y ésta amarillenta. Dejé a mis

---

<sup>82</sup> Terreno blando, pantanoso, en que se hunde el caballo, muy común en la pampa.

caballos en la orilla y me descolgué tomándome de las ramas de los arbustos. Llegué al fondo y como el estado de sequía en que me hallaba no permitía andar con ceremonia, extendí las dos manos juntas para alzar agua hasta la boca. Tomé sin sentir su gusto; pero al pasar por la garganta me vino una arcada: ¡tan amarga era!”

Hemos copiado los precedentes detalles que la relación de Avendaño hizo de su fuga, publicada en la obra antes citada; porque es el único viajero y pinta a lo vivo el desamparo y peligro de la travesía de los campos adyacentes al Chadi-leuvú sobre el cual da también algunas noticias, aunque vagas, no sin interés<sup>83</sup>.

De Moussy, en la parte ya citada de su obra, dice:

“Parece que el Chadi-leuvú y el Salado tienen mucha agua. Cruz que pasó el primero en 1806 y el coronel Velazco, que reconoció los dos en 1833, están de acuerdo sobre este punto y convencidos de su navegabilidad.”

Hay confusión en este párrafo, pues aquellos dos ríos no son más que uno; y como ya lo hemos observado la confusión viene desde Cruz.

Mariano Rosas ha conversado detenidamente con nosotros sobre esta región de la pampa, y nos ha mostrado un croquis geográfico que construye, sobre la base de la carta De

---

<sup>83</sup> Santiago Avendaño desempeñaba en 1874 el cargo de Intendente de indios. Tomó parte en la revolución de setiembre de ese año y habiendo sido hecho prisionero por fuerzas del ejército gubernativo, fue entregado a los indios que lo pedían para lancearlo. Así lo hicieron.

Moussy, corrigiéndola en la pampa, y marcando una serie de importantísimos lugares estratégicos, caminos y lagunas, solamente conocidos de los indios que él ha visitado infinidad de veces al recorrer esos campos desde el Diamante al río Negro y desde las estancias de Buenos Aires hasta los Andes.

Tenemos motivos para creer muy exactas las noticias que Mariano Rosas nos ha suministrado, porque las que se refieren a zonas conocidas como las del Diamante y las del Bebedero, concuerdan perfectamente con las relaciones de los pocos viajeros que las visitaron.

Por ejemplo, Rosas nos dijo que cuando él hacía vida indígena, había recorrido el Chadi-leuvú desde la Amarga hasta el Bebedero, en diferentes ocasiones, apartándose convenientemente a menudo en busca de las aguadas; y nos hablaba de una senda antigua y estrecha que corre por el este del río, tan cerca de la barranca como lo permiten los accidentes del terreno. Recuérdesse que concuerda en este dato con Avendaño que menciona esta senda, la cual según Rosas, es uno de los caminos que siguen generalmente las pequeñas partidas de indios que van del sur a San Luis y Mendoza, especialmente de los ranqueles de Leuvucó (Leuvú, arroyo; có, agua.) El general Aldao recorrió en 1833 una parte de este camino.

El Chadi-leuvú según Mariano Rosas, riega campos bajos, que en la época de las crecientes se convierten en bañados dilatados y en las bajantes ostentan inmensos arenales salitrosos, alternando con bosques más o menos tupidos de chañares, molles y algarrobos. Las aguas son salobres, turbias, muy densas, debido a la gran proporción de materias salinas

de que están saturadas, predominando, según el ingeniero Casaffousth que las vio en la confluencia con el Diamante, los cloruros y los sulfatos.

Mariano Rosas ha visto muchas veces el Chadi-leuvú, siempre con agua, desbordándose sobre grandes áreas en la época de las avenidas y reduciéndose a su cauce barrancoso en unos parajes y casi al nivel de la pampa en otros, sobre todo al sur cuando cesan los derrames andinos.

Estos fenómenos se operan periódicamente en la primavera y el invierno. En aquélla no hay duda que podría ser navegable el Chadi-leuvú, pues su lecho no ofrece los inconvenientes de los ríos que cruzan territorios rocallosos; pero en invierno las bajantes suelen ser considerables, aunque rara vez se seca el río.

Mariano Rosas jamás lo vio sin agua.

A medida que avanza al sur el terreno es más bajo y cenagoso, llegando al fin a una inmensa depresión u olla pampeana, entre áridos y absorbentes arenales, donde se encuentran las aguas del Chadi-leuvú en el fondo del terreno, con el nombre de laguna Amarga o Urre-Iavquen de los indígenas. La aridez del territorio y la salazón de las tierras arenosas es tal, que la vegetación apenas vive; y Mariano Rosas asegura que ciertos árboles como los chañares, espinillos y aun algarrobos crecen allí lánguidamente, criándose con la mayor lentitud y miseria.

Se ha creído por algunos que la laguna Amarga tenía desagües al oeste y en el siglo pasado algunos escritores mencionaban el cauce de un río originario de ella, que vaciaba sus aguas en Bahía Blanca sobre el Atlántico. Interrogamos con

interés a Mariano Rosas sobre este punto y nos ha asegurado que la laguna Amarga no tiene desagües. El la ha visto en época de grandes avenidas, cuando salía de madre, inundando las depresiones adyacentes; pero al sur y al este de ella las aguas se detienen entre médanos más o menos elevados. Después de sus derrames en épocas de crecientes de los ríos del norte, no se encuentra agua en aquel territorio bajo y ondulado, cubierto a trechos de inmensos y guadalosos juncales.

La evaporación y absorción se efectúan en la Amarga y en el Chadi-leuvú de una manera extraordinaria. Lo primero a consecuencia de los calores intensos bajo un sol de fuego en el verano, según lo hace notar Avendaño. Lo segundo, por la naturaleza esencialmente porosa del territorio, desde el Bebedero a la Amarga.

Aquellas evaporaciones forman una niebla que oscurece el horizonte, y en este fenómeno se inspiraron los indios para llamar Urre-Lavquen al paraje, es decir, "Laguna de las Brumas".

Un viajero contemporáneo, el señor Moreno, incurre en un error geográfico fundamental, al decir que el río Diamante desagua en esta laguna Urre-Lavquen o Amarga<sup>84</sup>. Así se creía en el siglo XVIII; pero el error está desvanecido desde principios del siglo actual, como se ha demostrado al consignar el resultado de las últimas explotaciones.

---

<sup>84</sup> Véase la relación de su viaje a la Patagonia Septentrional, pág. 185 del t. I de los Anales de la Sociedad Científica Argentina, donde dice: "Crucé el cordón de médanos que principiando en las cercanías del mar de la Cabeza de Buey, concluye en la laguna Curu-lauquén, donde desagua el río Diamante."



## CAPÍTULO VI

### DESCRIPCIÓN DEL TERRITORIO

Extensión. - Límites. - División en grandes secciones. - Región andina. - Volcanes. - Boquetes. - El paso de Villa Rica. - Altitud métrica de los Andes. - Población chilena en el Neuquén. - Región del río Negro. - Entre Ríos del sur. - El país del Diablo. - Del río Colorado al Diamante. - Región Central del territorio. - La ciudad de los Césares.- ¿Dónde estaba situada? - Solución probable del problema. - Estudio sobre la manera de aclarar el misterio. - Las pampas del río Quinto. - Pastos. - Aguadas. - Montes. - Caminos. - Salinas. - Médanos - Reconocimientos modernos. - Constitución física del suelo. - Su potencia productora. - Pampas fértiles y pampas estériles. - Establecimientos al sur de Mendoza. - El Diario del coronel Velazco. - La campaña de 1833. - Climatología. - Deficiencia de los elementos para su estudio. - Generalidades sobre el clima y los vientos. - Datos suministrados por los indios. - La Sabandija. - Fauna de la Pampa.

I. SON CONTRADICTORIAS las noticias que existen sobre la extensión superficial del territorio inmenso de la Pampa; pero todas ellas difieren porque los cálculos han partido de bases diferentes, comprendiendo unos mayores extensiones territoriales que los otros. Hemos dicho ya en el Capítulo Primero que Undiano calculaba hace un siglo en 17.000 leguas el territorio comprendido entre la frontera de la época y el río Negro, cálculo muy aproximado a la verdad.

El Censo Nacional de 1869 estima en 16.000 leguas cuadradas o sea 498,880 kilómetros cuadrados, el territorio de la Pampa, limitado al oeste por los Andes, al sur por el río Negro, al este por las fronteras de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y San Luis, al norte por el río Diamante, frontera de Mendoza<sup>85</sup>.

El Dr. Burmeister dice que estima el territorio de la Pampa en 20 grados y admite la cifra de 6.000 millas cuadradas. Los autores de la obra La República Argentina presentada a las exposiciones de Filadelfia y París, han copiado al Dr. Burmeister traduciendo "leguas geográficas alemanas cuadradas" lo que el autor llama *milles graphiques de 15 au degré*. La interpretación es mala y hará suscitar confusiones<sup>86</sup>.

---

<sup>85</sup> Página 609 del Censo, cap. I de la Pampa. Buenos Aires, 1872. La reducción de leguas a kilómetros está equivocada. En vez de 498.880 kilómetros cuadrados, deben ser solamente 432.000.

<sup>86</sup> La diferencia del valor lineal de la milla varía mucho y como un ejemplo de ello, he aquí una pequeña tabla de los valores:

Austria: una milla mide	7.586m455.
España " "	1.393m
Francia " (marina) "	1.831m 832.
Holanda " "	5.856m.
Italia " "	1.654m.
Prusia " "	7.523m
Sajonia " "	9.074m

Por nuestra parte creímos que lo más prudente era apelar al mismo Dr. Burmeister, cuya amistad tenemos el honor de cultivar. El nos informó que para interpretar su dato debía tenerse presente que cuenta millas cuadradas geográficas de 21, 5 por cada grado de la superficie de la tierra, mientras que la legua argentina es de 21, 5 en grado, lo que da según cálculo del ilustre sabio 9.000 leguas cuadradas para la Pampa, como equivalente de las 6.000 millas de que hemos hablado<sup>87</sup>.

El Dr. Burmeister se refiere al terreno central o Pampa propiamente dicha; y prescinde de los valles andinos y de los desiertos del sur del Colorado, a los que denomina estepas patagónicas.

El cálculo de Undiano es exacto, dijimos, y lo es el del censo, porque éste mide menos territorio que aquél, a consecuencia del avance de la frontera ocurrido entre una y otra época.

Por nuestra parte llamamos territorio de la Pampa al que tiene por límites al sur el río Negro, al oeste los Andes, al norte el Diamante y al este la frontera militar más avanzada, territorio que mide una área de 14.632 leguas cuadradas, con un error que no excederá seguramente de 100 leguas cuadradas. Así, pues, hemos adoptado 15.000 leguas como área general del territorio, porque sobrepasa esta cifra si se cuen-

---

La milla marina alemana es mayor todavía, pues mide 10.126 yardas iguales a 9.868 m. Por lo menos éstos son los datos que traen algunos autores.

<sup>87</sup> El cálculo del Dr. Burmeister y las explicaciones escritas que ha tenido la bondad de darnos, dejan subsistente la confusión. En efecto, la legua argentina no es de 21,5 el grado sino de 21,38. Por otra parte, siendo 20 los grados y 6.000 las millas que asigna a la Pampa, cada grado debía tener en vez de 15 millas, 17,3. Esta confusión se explica por la falta de adopción de una medida uniforme en nuestras publicaciones oficiales.

tan los campos entre fronterizos, es decir, los comprendidos entre la primera y segunda línea defensiva de Buenos Aires, cuya seguridad y defensa no están aún consolidadas.

II. No es posible leer las relaciones de los viajeros sobre los valles orientales de los Andes sin experimentar hondas emociones y el vivo anhelo de vivir bajo las bendiciones de aquella naturaleza benigna y exuberante.

El Dr. Lorentz, que ha publicado obras importantes sobre la Flora Argentina, con el auxilio del eminente sabio alemán Grisebach, dice que el pie de las cordilleras y el de sus ramificaciones orientales está rodeado en una extensión de varias leguas por una zona rica y espléndida<sup>88</sup>. Aquel escritor encuentra allí el Edén de la República Argentina, porque la suavidad y majestad de la naturaleza se hermanan a una feracidad admirable, que ha sorprendido a los amantes de la botánica, ofreciéndoles un nuevo e inagotable teatro de investigación científica.

Las montañas del sur se hallan cubiertas de grandes bosques del tipo antártico, que prosperan a favor del clima de carácter húmedo y marino, a consecuencia de las grandes condensaciones de vapores producidas sobre las cimas de los Andes. Los viajeros han hecho notar hayas en la cordillera austral y son de todos conocidas las famosas araucarias, que en su nombre y en su origen recuerdan el vasto imperio andino de la raza de indios batalladores e indómitos, con la cual tratamos hoy de terminar el sangriento duelo de tres siglos.

---

<sup>88</sup> G. NAPP, *La República Argentina*, Bs. As., 1877. Dr. P. G. LORENTZ, *Cuadro de la vegetación de la República Argentina*, Pág. 79.

La feracidad de la región andina es naturalmente mayor en las ramificaciones de la cordillera que corre al norte, donde asume un carácter bien definido subtropical; pero los valles andinos entre los 34° y 37' de lat. S. no desmerecen de aquellos territorios privilegiados.

La esterilidad existe en todo su rigor a los 4.000 m. sobre el nivel del mar. La misión de la gigantesca cordillera se reduce allí a atraer las inmensas evaporaciones del Pacífico, condensándolas sobre sus cimas para derramarlas en los valles, como savia vivificadora. A tales alturas y en sus faldas está situada la formación de la Puna de los botánicos<sup>89</sup> y aparecen las rocas cubiertas de la planta Yareta o Llareta (azorela madreporica) cuya raíz resinosa es un excelente combustible<sup>90</sup>. Estas plantas suelen aparecer aisladas en la pradera; pero son características de las altas regiones andinas.

Las gramíneas empiezan a pronunciarse abajo de los 4.000 m. a medida que el nivel declina, la vegetación se enriquece, pasando desde la Yareta al arbusto y desde éste a las arboledas, con fecundos pastos a su sombra; pastos cuya zona empieza a los 2.500 m.

La región de los bosques de carácter alpino corre desde los 34° de lat. S. hasta el Estrecho, remontándose a grandes alturas, mezclándose en la cuenca andina que vierte sus aguas en el río Negro, con los inmensos manzanares, debidos, como se ha visto, a la población de Nahuel-Huapí por los jesuitas. Los árboles que como el alerce (Fitz Roia Patagónica)

---

<sup>89</sup> Dr. LORENTZ, *ob. cit.*, pág. 131.

<sup>90</sup> MARTÍN DE MOUSSY, *op. cit.*, t. I, Pág. 191.

crecen corpulentos en las faldas bajas, en las alturas apenas son arbustos.

El señor Moreno que ha visitado la cordillera en las inmediaciones del Limay, dice lo siguiente:

“En ocho días visité los pehuen (*araucaria imbricata*) de los cuales medí dos troncos, uno de 4.62 m. y otro de 3.92 m. de circunferencia. Las montañas cercanas estaban cubiertas hasta cierta altura de magníficos bosques de estos árboles; pero no me fue posible acercarme.”

Otra de las peculiaridades de aquellas comarcas son las inmensas extensiones de frutillas (*Fragaria Chilensis*) silvestres, exquisitas y de un tamaño muy superior a las de nuestras tierras.

El mayor Bejarano recorrió en 1872 las orillas del río Malleu en los Andes, cerca de Villa Rica, y se encantaba en la contemplación de inmensos bosques de pinos y de robles a la vez que sus caballos hallaban inmensos prados cubiertos de frutilla.

La vegetación arbórea desenvuelve allí ese vigor que revelan las magnitudes de los troncos de araucarias medidos por Moreno, asumiendo todo el carácter severo y gigantesco de las plantas de los climas fríos.

El padre Falkner hacía la siguiente descripción de la región andina:

“Estas montañas producen tan grandes pinos como los de Europa, siendo su madera más sólida y más dura que la

nuestra. Es también muy blanca y se hacen de ellas diferentes mástiles y otros materiales para fábrica de navíos; de manera que, como observa Ovalle, los navíos construidos en los mares del sur duran frecuentemente 40 años. Del fruto cocido de estos pinos hacen provisiones para muchos días; teniendo el gusto muy semejante a la almendra cocida. Producen también estos árboles mucha trementina o goma, que se cría en una masa algo más dura y más seca que nuestra resina, pero mucho más clara y transparente, aunque no tan amarilla. Los españoles la llaman y usan como incienso, pero es un error, pues no tiene otra fragancia que la resina, si bien es un poco más fina.

Los valles al pie de la cordillera son en algunos parajes muy fértiles, regados por riachuelos, pues producen estando bien cultivados, excelente trigo y variedad de frutos, abundando asimismo las manzanas silvestres, con que los indios hacen una especie de sidra para su uso diario, ignorando el modo de conservarla<sup>91</sup>."

El capitán Musters, que es el Falkner moderno, trae la siguiente noticia descriptiva sobre el país andino de Nahuel-Huapí.

“Descendimos al llano, cruzamos el río en los bancos donde la paja o pasto de la Pampa crece en abundancia, así como la especie de bambú o cañas de las cuales los araucanos hacen los cabos de sus lanzas y una planta llamada Talka por

---

<sup>91</sup> T. FALKNER, *Descripción de la Patagonia* (t. I de la Colección de Angelis, Pág. 7)

los chilenos, cuyo tallo parecido al ruibarbo, es refrescante y dulce.

Sobre las cumbres y laderas de las montañas del norte alzábanse a nuestra vista esbeltos pinos de sesenta pies de altura, los cuales aunque me impedía observarlos una insalvable barrera de piedra, parecerían ser especies de araucaria. Algunos habían sido arrancados por los aluviones y yacían destrozados en la ladera de la montaña. El aumento de temperatura, después de pasar el derrame de las aguas, era muy sensible, subiendo desde siete a diez grados, y la vegetación crecía más lujuriosa, presentando las plantas algunas formas hasta entonces desconocidas en la región del oeste.

La variedad de las flores hacía de aquel paraje un Edén encantador. Los racimos de las silvestres y bellas trepadoras, los algarrobos, y ricas y brillantes flores parecidas a las olorosas caléndulas y otras flores del campo, embalsamaban el aire con sus aromas y deleitaban la vista con el encanto de su belleza<sup>92</sup>.”

Las maderas andinas son las mismas en ambas faldas de la gran cordillera. Las provincias chilenas de Chiloé, Llanquihué, Valdivia y Arauco tienen una de sus principales fuentes de riqueza en el corte y preparación de la madera.

Nos faltan datos estadísticos de toda la zona que comprenden aquellas provincias; pero, sin embargo, tenemos el dato oficial correspondiente a Chiloé, donde anualmente hay 4.740 hombres labrando maderas y producen entre otras cosas 300.000 durmientes.

---

<sup>92</sup> G. MUSTERS *At home with the Patagonians*, págs. 157 y 158.



Las selvas de Arauco son colosales, ofreciendo obstáculos insalvables a veces, a la marcha del ejército de Chile, y a los indios agricultores que se ven obligados a arrasar grandes montes por medio del fuego, para tener tierras en qué sembrar<sup>93</sup>.

Entre las maderas de construcción y vegetales clasificados por la ciencia del lado de Chile y que existen en la falda argentina, son importantes los que expresa la siguiente lista con referencia a las latitudes en que prosperan<sup>94</sup>.

Muesno (*eucryphia cordifolia*), árbol grande, crece desde los 38° de lat. S., alcanzando hasta doce metros de altura y suministra tablas muy estimadas.

Luma (*mirtus luma*), de madera muy dura, alcanza hasta 15 metros. La misma latitud.

Temu (*eugenia temu*), de algunos metros de altura. La misma latitud.

Canelo (*drimys chilensis*), árbol magnífico por su belleza y el perfume agradable que derrama su follaje, alcanza hasta 10 metros de altura. Es el árbol sagrado de los araucanos, que celebran las funciones solemnes a su sombra y los Illatunes o rogativas públicas. Los indios lo consideran el mejor remedio contra las plagas.

Lingue (*Persea lingue*), llega hasta 18 metros, y su corteza se emplea para curtir cueros. Los araucanos hacen de su fruta un licor que estiman mucho.

---

<sup>93</sup> Anuario estadístico de la República de Chile, correspondiente a los años 1868 y 1869 (Santiago de Chile Imprenta Nacional, 1872).

<sup>94</sup> *Le Chili tel qu'il est*, por Eduard Séve, tomo correspondiente al año 1876. Tomamos de esta obra los datos siguientes sobre la vegetación.

Peuno (*criptocarya peumus*), árbol muy considerable, de aplicación en las curtiembres.

Tigue Laurel (*laurelia aromática*), árbol hermoso, que alcanza hasta 30 metros de elevación, con un follaje tupido adornado de flores y frutas. Su madera sirve a los araucanos para fabricar los utensilios domésticos.

Coihue (*sagus dombeya*), árbol colosal, que alcanza a 50 metros y forma la base de los vírgenes bosques de la Araucaria, con un follaje hermosísimo. De su madera hacen canoas los indios y su fruto da una chicha excelente.

Raulí (*sagus procerá*), más raro que el anterior y poco menos corpulento, da una madera superior a la de la encina para todas las construcciones.

Pehuen (*araucaria imbricata*), árbol soberbio, el más bello que se encuentra en todo el territorio indígena, crece exclusivamente en este territorio, sin pasar al norte de los 39° de latitud. Corona las cimas de la cordillera central con su oscuro follaje, y sus ramas regulares forman a los 30 metros de altura una copa de verdura de aspecto encantador. Su tronco cilíndrico y resinoso en casi toda su altura, lo hace muy adecuado para construcciones navales. La fruta llamada piñón, encierra una sustancia farinácea, predilecta de los indios.

Len (*libocedras chilensis*), el ciprés de nuestros cementerios, sube hasta 15 metros y da excelentes maderas de construcción.

Mañiu (*saxegothea conspicua*), árbol muy elevado y de buena madera de construcción.

Yaque (*prumonopitus elegans*), árbol de altura mediana menos importante por su madera que por su fruta.

Quillai (*yuillaja saponaria*), árbol de 10 metros, poco abundante en estas latitudes. Su madera es mala; pero su corteza se aplica a varios usos industriales.

Malle (*litrea moye*), árbol mediano, cuya madera es excelente para fabricar instrumentos de labranza.

Litre (*litrea venenosa*), árbol más elevado que el anterior y cuya madera adquiere con el tiempo tal dureza que sirve para reemplazar el hierro. Con él se hace la reja de los arados. De sus frutas, sacan los indios una bebida.

Las frutas silvestres no son numerosas y descuellan entre ellas los piñones de los pehuen, cuya cosecha es uno de los acontecimientos más notables de la vida de los indígenas araucanos, que por vivir en esta región han tomado de aquellos árboles gigantescos el nombre de pehuenches, gentes de los pehuen.

El poñi o papa (*solannun tuberosum*), es un precioso tubérculo originario de la Araucaria, donde crece con un vigor extraordinario. Se cultivan numerosas especies de él y según toda probabilidad su sustancia reemplazaba el trigo entre los araucanos.

Yevuin, o avellana (*quinina avellana*), es un bello arbusto, cuyo fruto redondo, con fécula, ácida, sirve como el precedente para hacer una harina muy agradable al paladar, al mismo tiempo que de su vástago nuevo, tan liviano como sólido, se sacan instrumentos para el juego favorito de los naturales, la chueca y mazas naturales que en manos de los indios son tan poderosas armas de guerra.

Llahuen o frutilla (*fragaria chilensis*), planta de fruto sabroso y perfumado, de todos conocida, tiene por patria el territorio araucano.

El copiu (*pagelia rosea*) y el caguil (*lardisabala bitarnata*); son dos frutos indígenas, comunes en la región andina; tienen la forma y semejanza de prismas romboideos llenos de una pulpa azucarada y un poco jugosa. Crecen abundantemente en los bosques y cubren con sus guirnaldas floridas la desnudez de los troncos seculares.

El Yanyan (*gautheria sespitosa*), pequeño fruto muy abundante en los lugares elevados, donde se encuentra mezclado con las fresas, cargado de granos que parecen de coral trasparente, insípidos; pero muy buscados por los indígenas.

Entre las plantas medicinales o industriales más conocidas se mencionan las siguientes:

Voge o canelo (*drimy chilensis*), la decocción de la corteza de este árbol es usada por los araucanos para curar toda clase de heridas y muy frecuentemente con éxito.

Caucha (especie de *Sinautheria*), es tal vez de las más preciosas entre las plantas medicinales.

Se administra a las personas picadas por la terrible araña que llaman en el país pallú (*Latrodectes formidabilis*), simultáneamente en cataplasma sobre la herida y en bebida. Este insecto temido se encuentra en las llanuras y ondulaciones áridas de los valles de los Andes en cantidades considerables, y produce con su picadura convulsiones nerviosas, acompañadas de dolores agudos que empiezan a disminuir después de veinticuatro horas. El antídoto, aunque descubierto hace poco tiempo, se aplica siempre con éxito completo.

Relbun (*galuim chilensis*), raíz cuyo jugo sirve para teñir de rojo.

Guayú o bollen (*kagenekia oblonga*), arbusto de anchas hojas amargas, del que se saca un color amarillo que los indígenas emplean para teñir los tejidos de lana.

Quillai (quillaja saponaria). Aunque la leña de este árbol sirve para la construcción, su corteza tiene propiedades análogas a la del jabón y que le son aún superiores para lavar la lana.

El Coiron, yerba permanente, crece en todos los valles y en su mayor parte es el único alimento de los ganados.

Los indígenas la hacen crecer, quemando sus hojas cuando están secas.

El mallin es una gramínea que crece en los valles elevados de la cordillera, es considerada como muy superior al coiron, sobre todo para el pastoreo de los animales de la raza caballar.

Se puede añadir a esto la yerba llamada ratonera, de la cual se sirven los naturales, como del coiron para hacer a sus casas un techo liviano e impermeable. Los valles son exuberantes. Reposan sobre la conocida formación de los guijarros, o sean las piedras quebradas y rodadas entre viento, nieve y granizo, que en Sudamérica constituyen depósitos inmensos en extensión y profundidad.

El Dr. Burmeister ha escrito esta formación de origen andino en los *Anales del Museo de Buenos Aires*<sup>95</sup> y la estudió en las inmediaciones de Mendoza, donde cubre toda la parte

---

<sup>95</sup> *Obra citada*, pág. 188.

más elevada al oeste de la ciudad, formando una capa muy gruesa.

Pero esta formación corre con los Andes porque tiene su origen en las desagregaciones de sus rocas, y avanza muchas leguas sobre las pampas del sudeste. En efecto, el señor Moreno la examinó en el Chichinal, veintiséis leguas arriba de Choele-Choel y en este mismo punto.

“Estas colinas, dice, están cubiertas de una capa de canto rodado de 15 pies de espesor en Choele-Choel. En Chichinal he visto de 40, y cerca de la cordillera, en la orilla del arroyo Calfucó alcanzaban según mi cálculo a 200 pies.”

La regla general es que, a cierta distancia al oriente de los Andes, los cantos rodados están cubiertos de capas de tierra vegetal más o menos espesas. La profundidad de las capas de guijarros en toda la región de las faldas de los Andes, da origen a un terreno inconsistente y de fácil conmoción.

Hemos pensado muchas veces que esta circunstancia debe influir poderosamente, en el sentido de aumentar los desastres de los temblores de tierra. Los sacudimientos no ejercen acción tan alarmante, cuando las poblaciones están edificadas en terreno firme; pero en las comarcas cuyo subsuelo es de guijarros, un pequeño temblor produce mayores efectos, a consecuencia de la facilidad con que se conmueven las capas desagregadas e inconsistentes de la tierra.

Por lo demás el humor disfraza perfectamente la formación de los cantos rodados, produciendo pasto en exuberan-

cia, sobre los valles muy bien regados por los desagües andinos.

Como una prueba evidente de la feracidad de estas regiones nos basta citar los grandes pastoreos chilenos y de los indios que existen en los valles orientales del Neuquén donde la hacienda engorda sólidamente y con rapidez<sup>96</sup>.

Desde los tiempos más antiguos los indios de la taza araucana han dominado y poblado los valles andinos de oriente, por la abundancia de recursos vitales que les ofrecían, por la excelencia de los pastos y de las ricas y puras aguas que se despeñan de la región de las nieves permanentes.

No son solamente los indios los que, apercebidos de la fertilidad de estos valles, los han poblado desde tiempos remotos.

Son también vecinos, jefes y hacendados de la República de Chile, quienes como pobladores o como comerciantes con los indios ladrones, se han establecido en las tierras argentinas que nos ocupan.

El justificativo más autorizado que podemos traer en apoyo de estos asertos, es el Censo de la República de Chile, levantado en 1875<sup>97</sup>. La comisión encargada de empadronar la provincia del Nuble, dice, en cuanto a falta de anotaciones, que:

---

<sup>96</sup> Véase la carta del general D. Julio A. Roca, a la Redacción de La República publicada en 1876 y fechada en el Río Cuarto a 24 de abril del año indicado.

<sup>97</sup> Quinto Censo general de la población de Chile, levantado el 19 de abril de 1875, compilado por la Oficina Central de Estadística de Santiago. (Valparaíso, Imprenta de *El Mercurio*, 1876).

“En la época en que se levantó el censo, un crecido número de individuos se encontraban en los campos de ultracordillera, comerciando con los indios... Agrega, también que entre las dos fajas de altas cordilleras hay una numerosa población chilena, ocupada en el pastoreo y crianza de ganado, que tampoco ha sido inscripta en los padrones, y calcula que esta población asciende más o menos a cinco mil personas<sup>98</sup>.”

Es difícil estimar con fidelidad el número de ganado que los chilenos compran a los indios, y crían en sociedad con ellos; pero hay motivos para creer que estos hacendados del Neuquén poseen arriba de 80.000 animales vacunos.

Al sur del boquete del Planchón, cuya altitud es de 3048 m. a los 35° 11' de lat. S., hay varios volcanes apagados y uno sólo activo, que tiñe de cuando en cuando con el reflejo de sus llamaradas, la nieve de las montañas circunvecinas.

La situación geográfica de estos volcanes, referida a la longitud del meridiano de Santiago de Chile, ha sido dada por Pissis<sup>99</sup>, de cuyos trabajos tomamos los siguientes datos:

Nombres de los volcanes	Latitud sur	Longitud de Santiago	Altitud en metros
Apagado de Petroa	35° 12'	0° 3' O	3.615
“ Descabezado Chico	35° 30'	0°	3.330
“ Descabezado	35° 36'	0° 10' O	3.888
“ Cerro Azul	35° 39'	0° 10' O	3.760
“ De las Yeguas	35° 59'	0° 17' O	3.657

<sup>98</sup> *Obra citada*, pág. 11.

<sup>99</sup> AMADEO PISSIS, *Geografía Física de la República de Chile*.



LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

“ Nevado de Chillán	36° 48'	0° 53' O	2.904
Activo de Antuco	37° 23'	0° 50' O	1.918
Apagado de Collaqui	37° 53'	0° 52' O	2.972
“ Lonquimay	38° 18'	1° 3' O	2.952
“ Llaima	38° 46'	1° 11' O	3.500
“ Villa Rica	39° 27'	1° 23' O	3.200
“ Quetopillán	39° 27'	1° 54' O	3.588
“ Riñihué	39° 54'	1° 30' O	2.659
“ Osorno	41° 8'	1° 52' O	2.198
“ Michi-Mahuida	42° 47'	1° 53' O	2.400
“ Melimayú	44° 6'	1° 13' O	2.400

El mismo autor da la situación exacta de los diferentes boquetes de los Andes, frecuentados diariamente por los indios en su comercio con los chilenos, y por los chilenos que pasan a comerciar al este de los Andes. Hemos formado con sus datos el siguiente cuadro demostrativo de los boquetes al sur del Planchón:

Nombre de los Boquetes	Latitud Sur	Longitud de Santiago	Latitud en metros.
Lontué	35° 28'	0° 4' E.	2.703
Invernada	35° 40'	0° 8' E.	1.800
Laguna del Maule	36° 7'	0° 10' E.	2.204
Pichachen	37° 28'	0° 35' O.	2.176
Cupulhué	37° 33'	0° 34' O.	2.233
Trilope	37° 50'	0° 36' O.	2.310
Raucó	40° 7'	0° 16' O.	--
Pérez Rosales	41° 10'	0° 14' O.	1.500
Oyarzum	42° 22'	0° 7'	--

El comandante Olascoaga, en su carta ya citada, marca el paso de Villa Rica indicando que mide una milla de ancho, y que está abierto en todo tiempo. El camino que siguen los indios desde Villa Rica hasta Valdivia, pasa por Penehué, Cachipulli y Quinchilcó. El nivel de los Andes empieza a bajar desde el Planchón, es decir, desde los 3.048 m. hasta 1.500 m. que es el paso más bajo o sea el boquete de Pérez Rosales, frente a Nahuel Huapí.

Nada se sabe sobre el clima del territorio andino de la República al sur del paso del Planchón, que esté fundado en observaciones científicas; y aun del lado de Chile, donde la población, como se sabe, va hasta Magallanes, los estudios y datos son incompletos todavía.

No obstante, se conocen las observaciones meteorológicas realizadas en Chiloé y Valdivia. Ellas dan una idea del clima de la región argentina, limitada al oeste por los Andes y al este por los ríos Limay y Neuquén, por cuya razón hemos reunido los siguientes datos:

Localidad	Latitud Sur	Agua caída	Temperatura Media
Ancud	41° 47'	2m. 166½	10° 60
Puerto Montt	41° 29'	2m. 289	10° 67
Valdivia	39° 49'	2m. 383	10° 65

Las observaciones de Ancud, provincia de Chiloé, corresponden a todo el año de 1874. El termómetro empleado es el Reaumur. Las lluvias fueron torrenciales y cayeron durante 187 días al año.

## LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

El clima de la provincia de Llanquihué no es extremo. Las lluvias son abundantísimas, como lo demuestran las observaciones verificadas en Puerto Montt. Llovió durante 207 días del año.

La temperatura del Puerto Montt y de Valdivia, es dada por el termómetro centígrado. En Valdivia llueve 160 días del año.

Como la zona chilena que estudiamos es análoga a la argentina del Limay, no solamente por hallarse en la misma latitud austral, sino también por su constitución física, el clima de ambas debe ser sino idéntico, muy poco diferente.

Conviene entonces estudiar los trabajos climatológicos hechos del lado de Chile, por la luz que arrojan sobre la climatología del territorio andino del este.

Sintetizando las publicaciones del Observatorio Meteorológico de Chile, podemos formar el siguiente cuadro correspondiente a la región andina del sur:

Localidades	Latitud Sur	Estaciones	Temperatura Media	Lluvia	Total
Talca	35° 26'	Verano	21°, 64	0m, 011	0m, 527
		Otoño	14°	0m, 155.6	
		Invierno	7°, 88	0m, 275.4	
		Primavera	14°, 42	0m, 84.5	
Concepción		Verano	18°,70	0m, 057	1m. 364
		Otoño	13°, 61	0m, 268	
		Invierno	9°, 24	0m, 868	
		Primavera	14°, 31	0m, 171	

Valdivia	Verano	14°, 76	0m, 375	2m. 557
	Otoño	11°, 26	0m, 706.9	
	Invierno	7°, 14	1m, 003.5	
	Primavera	10°, 89	0m, 472	
Corral	Verano	13°, 88	0m, 437.4	2m. 745
	Otoño	11°, 40	0m, 822.9	
	Invierno	7°, 74	0m, 093.4	
	Primavera	11°	0m, 391.5	
Puerto Montt	Verano	15°, 43	0m, 501	2m. 333
	Otoño	11°, 95	0m, 686.6	
	Invierno	8°, 44	0m, 733.8	
	Primavera	11°, 79	0m, 411.6	
Ancud	Verano	14°, 8	0m, 426	2m. 035
	Otoño	11°, 24	0m, 534	
	Invierno	8°, 25	0m, 700	
	Primavera	10°, 58	0m, 375	

El clima es tanto más seco cuanto más al sur se observa. Así, en Punta Arenas de Magallanes el agua caída al año fue de 0 m. 495. Cae nieve allí.

Los precedentes datos tienen por base los trabajos de la Oficina Central Meteorológica de Chile, a cargo de don José Ignacio Vergara, y representan la media de las observaciones anuales.

III. La segunda zona abraza la cuenca de los ríos Limay y Negro. Hemos dicho en otro capítulo que el río Negro corre estrechado entre dos altas murallas, que se levantan sobre

ambas orillas al sur y al norte, desde 40 hasta 600 pies sobre el nivel del suelo.

Estas dos cuchillas limitan, pues, pequeños valles sobre cuya fertilidad hay dudas y los viajeros no están de acuerdo, aunque la verdad es que no todos ellos han podido observar detenidamente los campos en vastas extensiones, habiéndose limitado al contrario a ver el terreno que pisaban.

Analicemos las noticias de los exploradores, cuyas relaciones de viaje nos son conocidas, haciendo notar sus discordancias a fin de señalar con exactitud los recursos que ofrecen los campos y los reconocimientos que es necesario efectuar para aclarar el resultado de las exploraciones anteriores.

El piloto D. Basilio Villarino presentó un informe sobre la importancia de los establecimientos de la costa patagónica, fechado en Carmen de Patagones a 24 de abril de 1872. En este documento hallamos la siguiente noticia sobre el valle del río Negro:

“La llanura o valle por donde baja este río en las 60 o 70 leguas que yo anduve, tiene bellísimos pedazos de tierra dispersos o separados unos de otros, y son aquellos parajes que logran el beneficio del riego que frecuentemente le prestan las corrientes del río. Desde Choele-Choel para abajo, esto es siguiendo el río aguas abajo hasta su desagüe, se pueden establecer muchas familias, o hacer muchas poblaciones chicas

dispersas o separadas unas de otras, en la misma conformidad como están los buenos terrenos<sup>100</sup>.”

Poco dijo Villarino de los campos adyacentes al río Negro desde Choele-Choel al Neuquén. En este río comenzó a preocuparse del aspecto general del país, y de cuando en cuando nos da algunas noticias que revelan el estado de tristeza en que se hallaba su espíritu, en medio de la soledad de aquellas regiones y de los inconvenientes abrumadores que se oponían a su paso.

El día que remontó algunas leguas el Neuquén escribió lo siguiente:

“Las tierras de sus llanuras son estériles y salitrosas, y estrechísimas las de las montañas: barrancas coloradas o precipicios que ponen término a la llanura. Los campos que siguen tierra adentro de las barrancas, no producen pastos, ni árboles, ni están llenos de espesos bosques, como quiere Falkner; antes bien, en lo que he visto, por lo contrario, se hacen estos campos intransitables, a excepción de las orillas de los ríos; porque en ellos falta el agua, la caza y el pasto para las bestias<sup>101</sup>.”

Este es, en efecto, el carácter prominente de la región que se extiende entre el Neuquén al oeste, el mar al este, los ríos Negro y Colorado, al sur y al norte.

---

<sup>100</sup> Tomo 6 de la Colección de Angelis, págs. 119 y 120 de la última parte: *Viajes y Expediciones*.

<sup>101</sup> Diario de Villarino, en la Colección de Angelis, t. 6, pág. 16.

En el paso, es decir, en la confluencia del Neuquén y del Negro, Villarino señala grandes extensiones de territorio fértil y productivo.

El Diario de navegación del piloto Descalzi trae algunas noticias descriptivas sobre los valles del río Negro, que extractamos en seguida.

El trecho del río hasta la isla de Calvo, era hermoso, con islas y tierras aptas para toda clase de plantíos.

En todo el camino se veía el terreno cultivado por vecinos, que vivían en cuevas cavadas en las cuchillas que festonan el valle del río Negro.

En la jornada hasta la isla de Guardiola, el aspecto general y calidad del terreno no varían; pero al acercarse al rodeo de Zelarayán, empiezan a descubrir en el valle lino y cáñamo.

A la altura de la isla Hermosa hay un territorio fértil, adecuado para una población.

El campo en las inmediaciones del potrero de Francisco y este potrero, son excelentes para el cultivo y la cría de ganado. Los pastos cerca del río son muy buenos, habiéndose notado trigo, cerraña, lengua de vaca y nabo.

Enfrente del potrero del Negro Muerto el río ofrecía particularidades que Descalzi señala así:

“En la vuelta que da el río en Cavayú-Cuatiá hay un remanso muy grande, por cuya razón los correntinos de la tripulación dieron este nombre a este paraje, recordando que así llaman a un remanso famoso del río Paraná. No encontré fondo con diez y media brazas de sondalesa.”

El teniente Elsegood que mandaba la goleta exploradora Encarnación, decía en su Diario sobre Choele-Choel.

“El riacho del sur de la isla es mucho mejor que el del norte. Su fondo por lo general es de arena; en algunas partes es fangoso y rara vez es cascajo.

La hondura alcanza en ciertos puntos hasta cinco brazas. El mínimo es de braza y media. La corriente es de tres millas por hora.”

Estudiando la topografía de la isla, Descalzi anotó lo siguiente, que puede servir a guisa de explicación del plano de niveles de Choele-Choel dado en otro capítulo:

“Calculé la altura del médano Argentino sobre el nivel del río y la hallé de doce varas, menos dos pulgadas. La loma de la isla es de igual altura, salvo algunos puntos en que alcanza hasta doce varas.”

Después de estas noticias lo más útil y práctico para una expedición militar, es el Diario de viaje del mayor Bejarano, por las indicaciones que trae sobre aguadas y pastos. Este Diario permanece ignorado en la Memoria de la Guerra de 1872; pero es oportuno reproducirlo en forma de extractos de lo sustancial.

EXTRACTOS DEL DIARIO DE VIAJE DEL  
SARGENTO MAYOR D. MARIANO BEJARANO,  
DESDE CARMEN DE PATAGONES HASTA



LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

NAHUEL-HUAPÍ E INMEDIACIONES ORIENTALES  
DE VILLA RICA

Fecha	Distancia Del Carmen	Observaciones
20 de junio	7 leguas	En el camino se encuentran bosques de chañar, jarilla y algarrobilla, mucha piedra.
21 de junio	9 leguas	Llegada a Potrero Cerrado.
22 de junio	17 leguas	El ancho del río Negro es de 2 a 3 cuadras; desde aquí se sigue la costa sur del río.
2 de julio	20 leguas	Buenos pastos: cebadilla, cola de zorro, gramilla, trébol de olor, pasto fuerte. Hay un desfiladero de treinta cuadras por la costa del río.
5 de julio	32 leguas	Buenos pastos y caminos como los anteriores, desfiladero de 1½ legua, denominado La Segunda
8 de julio	40 leguas	Angostura.
9 de julio	50 leguas	Del Corral Carancho al Rincón del Chocorí, buenos campos y abundancia de pastos.
11 de julio	59 leguas	La distancia del paso Chocorí hasta la bajada de Balcheta es de 10 leguas, siendo 5 de ellas de buenos pastos y las otras 5 de monte y piedra.
13 de julio	68 leguas	Llegada a la punta debajo de la Isla de Choele – Choel, por buenos campos y pastos.

		Hasta la punta de arriba de Choele- Choele, buenos campos y pastos. La isla tiene mucho monte de sauce, al sur principalmene, y éste se encuentra en toda la margen del río, a ambos lados.
14 de julio	78 leguas	Es de advertir que desde el rincón de Chocorí en adelante, no puede andar ningún rodado por las travesías. El río se puede pasar a nado.
15 de julio	88 leguas	Llegada a Matalbaca. En este camino hay una travesía de 4 leguas de monte y piedra, sin pastos. Abunda allí la zarzaparrilla. El río se halla encajonado y el ancho del valle es a lo sumo de treinta cuadras.
16 de julio	94 leguas	Llegada a Clelforó. Travesía de monte, piedra y nieve.
17 de julio	107 leguas	Llegada al paso del Chichinal. Buen camino y buenos pastos. Pasó al norte del río con el agua al encuentro del caballo, estando en gran bajante el río; al norte buenos campos y pastos.
18 de julio	108 leguas	Llegada a Fresno Menoco, al norte del río.
19 de julio	122 leguas	Pasó el río Neuquén con el agua al encuentro del caballo. Llegada a Chamel Langueyú. Algunos trechos de monte y sin pastos. Las sierras corren una al norte del Neuquén y al sur y norte del río Negro.
		Después de recorrer 14 leguas llegó a Cha-

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

20 de julio	132 leguas	leupuyú. Campos con buenos pastos y manzanos silvestres. En el camino como 14 leguas más al sur, hay un potrero natural de 4
21 de julio	144 leguas	leguas en circuito con sólo 2 entradas. Este potrero está formado por la sierra y un brazo del río.
22 de julio	156 leguas	Llegada a Thecau-niyó (paradero de los loros). Travesía sin pastos y abundancia de nieve.
23 de julio	166 leguas	Llegada a Tuniyú. Hay una travesía de 2½ a 3 leguas de mucho monte, quedando este punto como 3 leguas al S.O. del arroyo Pi-quin-leuvú.
24 de julio	169 leguas	Llegada a Manzana-Niyó. Buenos campos y pastos, notándose en este punto los tres famosos manzanos que en la época de Villarino apenas medían un estado y que Bejarano vio ya muy grandes.
27 de julio	179 leguas	Llegada a Nembucó, Pasaje del arroyo Pi-quin-Puranmí, 2 o 3 leguas al sur del Manzana-Niyó. Campo con mucha piedra y monte. Encuentro en Nembucó de los primeros tol-dos. El camino se desvía por la parte N.O. alejándose del río y sigue entre serranías.
29 de julio	180 leguas	Mal campo y malos pastos.
30 de julio	185 leguas	Llegada a las nacientes de Nembucó. Llegada al río Collon-curá. Campos de regular pasto. Hay un desfiladero de una legua

26 de agosto	195 leguas	más o menos que no da paso sino a 3 o 4 hombres de frente.
27 de agosto	203 leguas	Paso del Collon-curá. Entrevista con el cacique Shayhueque a una legua del arroyo Quenquentrué y Collon-curá.  Llegada a los toldos de Shayhue que en la costa del río Caleuvú. Campos de sierra, pasto regular.  Marcha para los toldos de Reuque-curá. Llegada al río Chimehuin, habiendo pasado por entre montes de manzanos, palmas, cipreses y grandes frutillales.  Llegada a los toldos de Nancu-cheo. Ocho leguas del Chi mehuin en la costa del río Mallen, al pie del cerro nevado de Villa Rica <sup>102</sup> .

Los días que faltan son los que el mayor Bejarano destinó al descanso de las cabalgaduras y a los paseos con los caciques. Durante los diez últimos días de julio y principios de agosto, vióse detenido por inmensas nevadas, que cubrían el suelo hasta una altura considerable. Las notas del regreso nada agregan.

Nos queda por analizar la relación del viaje del señor Moreno. Según este viajero, entre Carmen de Patagones y el

---

<sup>102</sup> El cacique Nancuqueo fue muerto en diciembre de 1878, por las fuerzas expedicionarias de Carhué, que a las órdenes del coronel Levalle, llegaron hasta Nahuel Malal, o Corral del Tigre.

Chichinal hay 120 leguas; pero el mayor Bejarano no da más que 94.

¿De quién es el error? Uno y otro calculaban por el paso del caballo; pero, sin duda, el señor Moreno daba demasiado crédito a los datos de sus guías, que eran indios, quienes jamás comunican algo exacto sobre sus tierras, temerosos de que sea aprovechado en daño de ellos.

Respecto a la faz general del territorio, el señor Moreno se expresa así:

“Por lo que vi hasta allí, creo que los campos del río Negro no merecen la fama de espléndidos de que gozan. Exceptuando las cercanías del pueblo de Patagones en una extensión de 30 leguas, no hay un pedazo de tierra que pueda cultivarse en grande escala.

El río, resto de un antiguo torrente, corre generalmente hacia un lado de las colinas, con vueltas muy bruscas y numerosas, de modo que en casi la totalidad el camino va sobre aquéllas, siendo el terreno en extremo guadaloso a alguna distancia de la costa. Lo único utilizable son los rincones, pero no tienen extensión suficiente para que una colonia agrícola pueda establecerse en ellos con buen resultado. El valle en ciertos peajes, a las orillas del río, tiene pastos regulares, pero por lo general se halla cubierto de carrizo y orozú o de chañar, piquillines y jarilla en las inmediaciones de las colinas.

Además, los médanos y las grandes cantidades de piedra rodada, hacen imposible el crecimiento de pastos tiernos y aunque en ciertos parajes crece bien el trébol amarillo, no es

en cantidad que baste al alimento de los animales durante largo tiempo.

La travesía sobre las lomas (las colinas) o Phichi Huincul, son muy penosas, sobre todo en el lado norte, la del Negro Muerto, y en el sur la que se extiende desde Choele-Choel hasta Chilforó y desde Chichinal hasta el Limay.

Sobre ellas no hay agua ni pasto para los animales, continuando así por centenares de leguas cuadradas, hasta Balcheta y el río Chubut, donde existen praderas; pero no de gran importancia.

Creo que debía abandonarse completamente la idea de colonización en grande escala en el río Negro y Chubut para pensar en Bahía Blanca y Santa Cruz, donde he visto parajes convenientes para la cría de ganado.

Los principales paraderos son Choele-Choel, del cual hablaré más adelante<sup>103</sup>, y Chichinal. Sin embargo en este último punto, los 60 caballos que llevábamos no encontraron qué comer, después de tres días de permanencia.”

Las observaciones del señor Moreno, estaban, pues, en desacuerdo sobre algunos puntos con el Diario del sargento mayor Bejarano, hombre práctico y de campo, enviado especialmente en busca de datos positivos sobre pastos, aguadas, leña y demás recursos para la vida militar sobre el río Negro.

Creímos, en presencia de esta contradicción, que lo acertado era provocar una conferencia con el mayor Bejarano. Ella se realizó, comenzando por la lectura de las precedentes observaciones del señor Moreno.

---

<sup>103</sup> El señor Moreno no vuelve a hablar de Choele-Choel en su Memoria.

El mayor Bejarano nos manifestó que no eran del todo exactas, en cuanto se refieren a la calidad de los campos; agregando que tal vez aquel joven viajero había sido engañado por sus guías y acompañantes indígenas, en cuanto a los recursos del territorio y a las distancias.

Sabido es en efecto, el tenaz empeño con que los indios ocultan a los blancos todos los datos que pueden ser útiles en la guerra que sostiene la Nación contra ellos.

Relativamente a la calidad de los campos, el mayor Bejarano nos ha escrito un nuevo informe, explayando sus observaciones de 1872, en los términos que a continuación se leen:

*Sr. Doctor D. Ertanislao S. Zeballos.*

Estimado amigo:

Le adjunto los datos que Vd. me pidió respecto al río Negro hasta el río Neuquén. Si precisa algunos otros más hasta las Manzanas puedo dárselos, lo mismo que del río Colorado.

Lo saluda S. S. y affmo.

MARIANO BEJARANO

Norte del río Negro de Patagones. 1° Saliendo de Patagones hasta el Potrero Grande los campos no son buenos para sementeras; pero lo son para pastoreo. Los pastos son fuertes, de buena calidad, y en los bajos hay cebadilla y mucho alfilerillo. Los montes son bajos, de chañar, piquillín y jarilla y en su mayor parte raros.

En la costa, del río hay sauces blancos, colorados y morados; y en algunos rincones de la costa se puede sembrar, aunque no en mucha extensión.

En una angostura que hay hasta la China Muerta se ve alfalfa.

2° Del Potrero Grande hasta la primera Angostura, los campos son buenos para la sementera y pastoreo. Allí el valle se extiende más de una legua hasta llegar a la cuchilla o colina. Los pastos en esta extensión son de buena calidad, a saber: cebadilla, gramilla, cola de zorro, trébol de olor, alfilerillo; en la cuchilla hay pasto fuerte y en algunas partes está mezclado con los pastos antedichos. Las maderas son más abundantes y los montes más espesos.

En el valle no hay monte: porque éste sigue la cuchilla.

3° De la primera Angostura hasta la salida no es bueno el campo para sementera en una extensión de seis leguas; pero lo es para pastoreo. Los pastos son fuertes y las maderas de la misma calidad. Los montes son raros y bajos. Del fortín General Conesa hasta la travesía del Negro Muerto los campos son buenos para la sementera y pastoreo, los pastos dulces y muy abundantes; la extensión del valle será de legua y media hasta la cuchilla, donde el pasto es fuerte, el monte espeso y las maderas abundantes. A la altura de la travesía del Negro Muerto hay otra clase de maderas duras cuyo nombre ignoro.

4° De la travesía del Negro Muerto hasta el camino que baja del río Colorado al Negro, que viene de Salinas Grandes, en una extensión de diez a once leguas no es bueno el campo por el mucho monte y su espesura; hay rincones que se pueden utilizar en la sementera, pero son pequeños.



En el monte hay poco pasto debido quizá a la espesura de aquél. Es de creerse que así como esos montes fuesen desapareciendo aumentaría la vegetación herbórea considerablemente. En algunos bajos que hay en este trayecto he visto pasto y de muy buena calidad; pero estos bajos son de corta extensión.

5° De la bajada del camino hasta el Chichinal, en una extensión de 25 leguas, el campo es bueno para sementera y pastoreo; sus pastos en el valle son de buena calidad y en las cuchillas son fuertes. La extensión del valle es de más de legua y media y las maderas abundan de las mismas calidades ya dichas. Teniendo sus tolderías en ese campo la tribu del cacique Queupo que consta de 300 a 400 indios de lanza, fuera de la chusma, es de suponer que por lo menos alimentarán de cuatro a cinco mil animales en esa zona. En el punto denominado Chichinal hay un campo de primera clase para la sementera y en su cuchilla o colina para pastoreo. En este punto empiezan las sierras. Es de advertir que en el año 1872 cuando yo hice mi viaje a las Manzanas, venían dos comisiones de indios de Patagones, de recibir sus raciones, que arreaban mil vacas cada comisión, mil para el cacique Shayhueque y otras mil para Reuquecurá, lo que hace un total de 2.000 animales, sin contar los caballos y yeguas que traían para su viaje y los que traíamos nosotros, que harían por todo un total de 2.500 animales, los que bien se podían tener allí por toda la vida sin que les faltase nunca pasto; y no sé cómo puede decir el señor Moreno que 60 animales no tenían qué comer a los tres días de permanencia en dicho punto. Yo estuve allí y en las horas que permanecí en el Chichinal pude

recorrer sus buenos campos y ver la excelente calidad de los pastos.

6° Del Chichinal hasta el río Neuquén o Comoé, como lo llaman los indios, en un trayecto de 15 leguas, sólo hay unas 7 leguas de campo bueno para la sementera y pastoreo y la otra parte es montuosa; pero por esto no dejará de servir para pastoreo, porque como he dicho antes, así que vaya desapareciendo el monte se aumentará el pasto; allí mismo hay algunos rincones chicos que se pueden utilizar en la labranza, aunque no en grande escala.

Las maderas son de la misma calidad que las que quedan citadas, pero en mayor abundancia. En Fresco Menoco, dos leguas más adelante, antes de llegar al paradero Sauce Grande, hay tres árboles de manzano a la orilla del camino.

Sur de Patagonia. - 1° Saliendo del pueblo de Patagones hasta el Sauce Blanco, en un trayecto de 16 leguas, el campo es bueno para las sementeras y el pastoreo; los pastos son cebadilla, gramilla, cola de zorro, alfilerillo y trébol de olor y en algunas partes alfalfa; peto ésta en pequeña escala.

En dicha parte la cuchilla o colina se encuentra a una distancia de la costa del río de dos leguas y en algunas partes sus maderas son las mismas que en el norte. Del Sauce Blanco hasta la bajada de Balcheta, con muy pocas excepciones, todos los campos son buenos para sementeras y pastoreo, sus pastos son de buena calidad y sus maderas de igual clase a las del norte. Desde Balcheta hasta la punta de arriba de la isla de Choele-Choel, hay también algún campo malo para la sementera, por haber una travesía de cinco a seis leguas (es de advertir que se llama travesía cuando hay que desviarse de la

costa del río a una distancia de una o dos leguas afuera); pero no por esto es malo para el pastoreo, porque siempre hay pasto y en algunos bajos bueno, como ser cebadilla, alfilerillo y trébol de olor.

En el restante es bueno el campo para la sementera y pastoreo y abundan las maderas como en el norte. De la punta de arriba de la isla de Choele-Choel hasta el Chichinal, en su mayor parte es malo el campo para la labranza; sin embargo, hay algunos rincones que se pueden utilizar para dicho objeto, y en algunos de ellos se pueden sembrar hasta cuarenta fanegas de trigo: no por esto es malo para pastoreo, en la cuchilla siempre hay pasto fuerte.

Del Chichinal hasta la embocadura del Limay el campo es malo para la sementera por el mucho monte, pues éste llega hasta la costa del río; sin embargo, creo que esto no será un obstáculo para que se pueda utilizar en el pastoreo, pues hay abundancia de pastos fuertes y a medida que el monte vaya desapareciendo se podrá también cultivar, siendo sus tierras de excelente calidad.

Es de advertir que los campos de ambas márgenes del río Negro son malos o buenos según la distancia a que se hallen de la cuchilla o la colina, porque en los valles hay pasto dulce y en la cuchilla pasto fuerte.

Buenos Aires, 27 de julio de 1878.

M. BEJARANO

Importa mucho también conocer con exactitud las distancias a través de estos campos, tan escrupulosamente examinados por un jefe de la Nación. Para lograr aquel dato, hemos creído que lo mejor era poner en términos de comparación las distancias dadas por los viajeros que han explorado el río Negro, agregando las notas y aclaraciones pertinentes.

En consecuencia, procedimos a extraer las distancias del Diario de Villarino y reuniendo las de los que siguieron sus huellas formamos el cuadro que insertamos a continuación<sup>104</sup>:

PUNTOS	B. Villarino (Viaje de 1782-1783)	Nicolás Descalzi (expedición de 1833)	M. Bejarano (Viaje de 1872)	Francisco P. Moreno (Viaje de 1875)

---

<sup>104</sup> Descalzi da en globo la distancia de Choele-Choel al Chichinal con diferencia de 1/3 de legua con Villarino. El señor Moreno no da la distancia entre Chichinal y Neuquén.

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

De Carmen de Patago-nes a Choele-Choel	67	65	68	100
De Choele-Choel al Chi- chinal	26½	42	26	20
Del Chichinal al Neuquén	16		14	--
Totales:	109½	107	108	120

Hemos extractado el Diario de Villarino tomando sus distancias directas y no las que recorrió por las sinuosidades del río, que también anotaba prolijamente; así, por ejemplo, en las vueltas del Choele-Choel dos millas por agua dieron 180 varas de camino en línea recta.

Los datos de Villarino y de Descalzi son científicamente tomados, mientras que el mayor Bejarano calculaba prácticamente por la marcha de su caballo, y el señor Moreno probablemente por las referencias de los indios que le servían de baqueanos. Obsérvese que es tanta la exactitud con que aprecia las distancias el mayor Bejarano, que apenas ha cometido el error de una legua sobre la distancia total de 109 1/3 y 107 leguas halladas respectivamente por los pilotos Villarino y Descalzi.

IV. Esta sección comprende los territorios áridos que forman la zona bañada al este por el Atlántico y limitada al norte y al sur por los ríos Colorado y Negro, por cuya razón se la ha llamado Entre Ríos del sur.

La región es poco o nada conocida, por su misma aridez; y lo que de ella se sabe tiene origen en las referencias de los indígenas.

Según ellos este territorio es arenoso, estéril, sin aguadas y sin pastos, intransitable para los mismos indios, a excepción de parajes especiales que según lo que se sabe no forman más que un camino: el de Choele-Choel al paso del Colorado, siguiendo hacia Salinas Chicas.

Desde el siglo XVIII era proverbial la inhospitalaria naturaleza de esta comarca, que en ciertas épocas del año, cuando cesan las avenidas, no ofrece leña, ni pasto, ni aguas.

En medio de vastas planicies formadas de arcillas arenosas, movedizas al soplo de los vientos, suelen hallarse oasis y bosques raquíuticos, que sirven a los indios de parada en sus rápidas peregrinaciones de tránsito por aquella región.

Este territorio ofrece como faz característica prolongadas cadenas de médanos que los vientos agrandan o desmoronan sin cesar.

Debe comprenderse también en esta sección las tierras del norte adyacentes al río Colorado. El padre Falkner, describiendo el territorio que media entre las sierras de la Ventana y el río Colorado dice:

“Los pampas que van al río Colorado, se dirigen desde el Volcán más cercano<sup>105</sup> a la costa y pasan entre el Casuhatí<sup>106</sup> y

---

<sup>105</sup> Véase su citada obra, t. I. Colección de Angelis. Volcán dice Falkner probablemente por la sierra, pues en las cordilleras del S.E. de Buenos Aires no hay volcanes; vulgarmente se dice Sierra del Volcán por Vuulcanque, voz araucana, que significa cerros abiertos en su base.

<sup>106</sup> Casuhatí, cerros altos.

el mar cerca de 15 leguas al este de la montaña, y casi otro tanto desde el mar al poniente, para evitar un desierto arenoso, llamado Huecubu Mapú o País del Diablo, donde ellos y sus familias se perderían si hubiese viento al tiempo de pasarlo.”

En las inmediaciones de la costa, es decir, entre Salinas Chicas y el mar, el territorio fue últimamente reconocido por el señor Moreno. El viajero relata así su regreso de Salinas Chicas:

“De allí pasé a las Escobas, pequeña salina a cuya orilla hay un manantial, situada también en la ladera sur de los médanos y a dos leguas al este de Chasicó<sup>107</sup>. Desde este punto crucé al sur, dejando a la derecha a Potrili Hintrei, hasta las Calaveras, aguada importante, cerca de un salitral en medio de las colinas y médanos que nacen en las orillas del mar, y siguen paralelos a los anteriores; y pasando por las ruinas del fortín Romero Grande, célebre por los atentados cometidos allí muy a menudo por los indios malones de Pichun, llegué al Fortín Mercedes en el río Colorado.

Todo el terreno recorrido es muy árido, alternando el paisaje con algunos pequeños grupos de chañares a cuya sombra descansan avestruces, ciervos, liebres y guanacos, únicos habitantes de estos parajes.”

Reuniendo los reconocimientos que han dejado los expedicionarios de 1833 y los que suministran los baqueanos y los indios, podemos recordar las siguientes líneas de aguadas:

---

<sup>107</sup> Este nombre ha sido mal escrito. No es Chasicó, sino Chadicó, de chadi salado y có agua.

1ª Saliendo de Bahía Blanca para el Colorado en dirección a la isla del Chocorí se pasa por la laguna Amarga, del Salitral y de Salinas Chicas, que tienen ojos de agua dulce.

2ª Saliendo de Bahía Blanca, para el Paso de Pacheco en el Colorado, recorriendo aquellas mismas lagunas, se encuentran sucesivamente tres lagunas y una cañada a menos de una jornada unas de otras.

3ª El camino de Choele-Choel que pasa el Colorado al sur de Choique Mahuida (Choique, avestruz; Mahuida, sierra) sigue al norte por las siguientes lagunas dulces: Thravó Lavquen (Thravá, carancho; lavquen, laguna), Utracan (asador clavado) y Agua Fría.

Al oeste de este camino hasta la Amarga o Urre Lavquen corre la travesía sin agua y el territorio alimenta montes de algarrobos, chañares y varios arbustos que, como en otro lugar hemos dicho, no alcanzan gran desarrollo.

Entre Salinas Grandes y la Amarga hay un camino que pasa partiendo del primer punto por la laguna de Agua Fría, Etruv-quethral (sacar fuego) de Lemutué (Lamedero) y Caichigue (Purgante) concluyendo en la Amarga.

Desde Caichigue sale otro camino al norte, que cruza la travesía sin agua, por entre grandes montes de algarrobos y va al paraje denominado Nahuel Mapú (Nahuel, tigre; Mapú, territorio, país).

A pesar de la deficiencia de los datos generales, una operación militar en estos campos, tiene grandes probabilidades de seguridad y de éxito, por la facilidad de hallar buenos baqueanos en Bahía Blanca entre los indios reducidos, y aun en el ejército mismo, pues no pocos de sus oficiales han hecho



ya prolongadas excursiones en esta zona, antes desconocida y misteriosa.

Los datos que se tenían sobre la aridez inhospitalaria del territorio limitado por el Colorado y el Negro, o sea el Entre Ríos del sur y el que costea la margen norte del primer río, han sido corroborados en un todo por el reconocimiento de 1878, efectuado a las órdenes del comandante Winter.

Los partes oficiales ya citados, así del comandante en jefe como de los jefes subalternos, están de acuerdo en presentar aquellas tierras como desiertos arenosos en una parte y pedregosos al oeste, donde las zonas de campos adecuadas para el pastoreo y aun para las paradas de un ejército son escasas.

Los senos del río, o sea los potreros naturales formados por sus vueltas violentas, contienen una vegetación lozana en la que alternan la selva y las gramíneas. Estos senos, que son varios, daban hospitalidad a las tropas expedicionarias y abundante alimento a las cabalgaduras.

Con todo, los jefes aseguran que estos recursos no alcanzan sino para una columna de 500 hombres a lo sumo.

La vegetación general de las orillas del río Colorado es hermosa y la yerba abundante y tupida, pero las colinas presentan una aridez que hace contraste, y que no alimenta más que yerbas secas y amargas.

Los arenales que se derraman al norte del río Colorado, con oasis de hermosos pastos, pero con grandes sabanas áridas, donde solamente crecen raquíticos y con timidez algunos arbustos espinosos, fueron llamados por sus primeros exploradores El País del Diablo, según hemos visto.

Los indios lo llamaban así: Huecubu-Mapú, y nuestros antepasados no hicieron más que traducir el nombre.

Hablábase de tormentas de arena, que envolvían caravanas enteras; y el cristiano y el indio guardaban un temor misterioso a esa región.

En el centro de la serie de ondulaciones de arenas, de bajos y de médanos, la Pampa forma una honda depresión, lo que se llamaría en propiedad una olla pampeana.

Allí acuden las aguas que corren desde el sur de San Luis, formando el cauce del río Chadi-leuvú (chadi, salado y leuvú, río), cuyo origen existe en la famosa laguna del Bebedero al sur de San Luis, y que corre rectamente de norte a sur.

En su curso, que se abre paso a través del corazón de la pampa arenosa, en una región en que los terrenos del este y del oeste forman su inmensa y prolongada cuenca, recibe las aguas de los Andes que le traen los ríos Diamante y Atuel y otro situado más al sur, cuya importancia, dirección y nombre actuales se ignora; pero que vadeó y sondó D. Luis de la Cruz en 1805, oyendo nombrarlo Ocupal.

Todo este caudal de aguas, encajonado a veces entre altas murallas, y que según el coronel Velazco, jefe de vanguardia del Fraile Aldao en 1833, es navegable por fragatas en ciertos períodos del año, refluye con el nombre de Chadi-leuvú, que otros llaman Chalileo por abreviatura, a la vasta depresión a que antes hemos hecho alusión, situada en el centro del famoso País del Diablo.

Allí se derrama entre los bajos que limitan las cadenas de médanos, formando en las épocas de crecientes aquella mis-

teriosa e inexplorada laguna llamada Urre-lavquen, y constituyendo profundos pantanos o guadales en las épocas de bajante de las aguas.

Sospéchase, a la luz vacilante de las viejas crónicas de la Conquista, que aquel lago desagua al sur, siguiendo los pliegues del terreno, en el río Colorado, del cual lo separan diez o doce leguas; y que hace dos siglos el río Salado salía al mar en Bahía Blanca, habiéndose borrado su curso bajo montañas de arenas acumuladas por el huracán.

El terreno que rodea a Urre-lavquen era solamente conocido de los indios y apenas transitable por pasos dados.

Allí han vivaqueado tranquilos los mil veteranos que conducía el coronel Levalle a fines de 1878.

Así, nuestros soldados pueden decir con orgullo que el País del Diablo de la Conquista es el país de su merecida gloria.

El coronel Levalle ha llegado con mil hombres en diciembre de 1878 hasta los contornos de la famosa y desconocida laguna Urre-lavquen.

¿Qué significa Urre-lavquen?

Hemos dicho ya en otras ocasiones que la nomenclatura indígena es esencialmente descriptiva.

El hombre primitivo se inspira en la calidad, en las propiedades o en los caracteres exteriores de los objetos para darles una denominación.

Así, hemos visto cómo llamaron Vuta-loo el paraje que ocupa el coronel Nelson, porque hay allí un médano alto; y en este mismo capítulo se ha dado la traducción del nombre del río Chadi-leuvú, fundada en la salazón de sus aguas.

Ahora bien: Urre significa nieblas, brumas. Un indio en Londres habría llamado a esa metrópoli Urre Cará, es decir "ciudad de la niebla".

Urre-lavquen, vale tanto como decir Lago de las Brumas.

Y en efecto, su cielo aparece cubierto a menudo por inmensas cortinas de vapores, que cambian de colores con las evoluciones del sol, que a veces parecen jirones de tules flotantes en el espacio, desgarrados por el soplo furioso del vendaval y el embate de las columnas de arena, que cabalgan en alas de los vientos, y que otras se asemejan a las nubes sombrías condensadas para alimentar el ruidoso aparato de las borrascas del verano.

Aquellos celajes tienen su origen en la inmensa evaporación, a veces miasmática y sin duda malsana, que producen en la descrita olla pampeana, los colores extremos del sol, al actuar sobre las aguas saladas.

A esta constante transformación del agua en flotantes vapores, se debe el aumento gradual de los mantos de sal que cubren el haz del terreno.

¡Pues bien!

El Lago de las Brumas ha sido al fin sorprendido en su apartada situación.

El misterioso asustador que lo envolvía ha desaparecido, como se desvanecen sus vapores arrasados por el viento fresco de la tarde. El denso velo que ocultaba aquellas regiones al ojo audaz y al soldado invencible de la ciencia, ha sido rasgado al fin, y las brumas de aquel lago serán el meteoro que orientará la planta del explorador y del guerrero en la nueva vida de redención que se inaugura para el desierto.

El "Lago de las Brumas" pasará también a la Historia, para señalar una de las más fecundas y honrosas jornadas consumadas por las armas argentinas bajo la bandera universal y sagrada de la civilización.

V y VI. Estas secciones comprenden los grandes territorios que se extienden al este del Chadi-leuvú hasta la frontera militar y al oeste hasta los Andes, territorios cuya analogía es completa, razón que nos ha decidido a agruparlos en un mismo párrafo.

Ellos constituyen propiamente hablando la pampa<sup>108</sup> voz de origen quichua que significa llanura; y que hace innecesario el empleo de la palabra pampasia, usada por Martín de Moussy para designar las sabanas de nuestro desierto.

Este inmenso territorio no alimenta en las secciones del este más arboledas que las plantadas por la mano del hombre; pero internándose hacia el centro de la llanura, el terreno forma una inmensa depresión montuosa, cuyo menor nivel corresponde a la zona comprendida entre el Bebedero y la laguna Amarga.

En esta región y en sus contornos por espacio de muchas leguas se ven grandes montes de árboles espinosos, bosques casi vírgenes, conocidos de los indios solamente y que ocupan alternativamente vastas extensiones de tierra, sombreando los pastos de la pampa, que el Dr. Burmeister ha comparado a un mar ondulante de verdura.

---

<sup>108</sup> Sigo aquí algunos capítulos de mi obra *Estudio Geológico sobre la Provincia de Buenos Aires*, págs. 6 y sigts., que tratan de la formación cuaternaria.

Los campos de la pampa son lo que en la República llamamos quebrador, es decir, interminables sucesiones de bajos y tomadas, a excepción de las pampas de Buenos Aires, donde se alzan dos cadenas de sierras que hasta hace poco se las creía ramificaciones de los Andes, de los cuales están, sin embargo, separadas por un inmenso desierto.

El primero y principal surge del mar en el Cabo Corrientes, por el 38° 15' lat. S. meridiano de París, aproximadamente y corre al O. con inclinaciones al N.O. hasta el 37° 20' de lat. S. con los nombres de Volcán, Paulino, Tandilevú, Tandil, La Tinta, Los Huesos, Huellucatel o Azul y Amarilla, que declinan hasta confundirse con la llanura en sus últimas ramificaciones, denominadas sierras de Tapalquen, Quillanquen y Curicó.

El segundo grupo de serranías, situado más al sur, limita un valle fértil y extenso, denominado por algunos geógrafos Entre Sierras, con llanuras cubiertas de espléndidos pastos.

El terreno es elevado y recibe el riego de numerosos arroyos, que descienden al Atlántico desde las faldas de las sierras o que se derraman en el valle mismo.

Este grupo surge de la pampa al norte de Bahía Blanca y corre al oeste formando varias agrupaciones principales llamadas sierras de la Ventana, Pillahuincó, Curramalal y Guaminí, que es la última ramificación al oeste.

En las sierras de Pillahuincó se encuentra establecida una comandancia de frontera<sup>109</sup> y con este motivo varios oficiales las han estudiado, levantando planos completos y minuciosos

---

<sup>109</sup> Pillahuincó es un punto estratégico, a causa de los pasos por donde entran y salen los indios en sus excursiones vandálicas. Hoy están ocupados militarmente.

entre los cuales citaré como más notable el del capitán D. Ingensott Brown, que ha servido de base a los publicados por orden del Ministerio de la Guerra<sup>110</sup>. El origen de la formación de la pampa nos ha sido perfectamente revelado por la Geología, que ha explicado su constitución física, sintética y analíticamente.

En efecto, arriba de las formaciones terciarias del globo, los geógrafos han constatado la existencia de un depósito de arena, arcilla y guijarros. Abarcan estos depósitos diferentes y extendidas zonas de tierra. La naturaleza especial de la formación, las huellas de sumersiones prolongadas y violentas, constituyen para los geólogos el cataclismo a que aluden las referencias del Diluvio Universal, confirmadas por las tradiciones religiosas de los indios, judíos, polinesios, griegos y otros pueblos.

Los sedimentos formados en ocasión de esa sumersión han recibido, pues, los nombres de diluvium o terreno diluviano. D'Orbigny acepta la denominación de formación Pampeana, sin duda porque ella constituye la de la pampa y de las llanuras sudamericanas. Darwin la llamó pampean mud. Bravard aceptó la clasificación de formación cuaternaria; y a mi vez la he recogido y adoptado, porque ella armoniza con la ciencia geológica y con su situación en el orden de las capas del suelo.

Arriba de la formación terciaria, la composición del terreno cuaternario, es poco complicada. Sus elementos primordiales son arena y arcilla. A veces, en la mezcla

---

<sup>110</sup> *Anexo a la Memoria de la Guerra, 1873*

predomina la arcilla y otras la arena. Se suele encontrar capas de arena pura, y capas de arcilla también aislada.

¿Cuál es el origen de esta interesante formación? Los autores han discutido extensamente el asunto y están muy poco conformes en sus opiniones.

D'Orbigny atribuye la formación pampeana al levantamiento repentino de la cadena de los volcanes andinos, que debió producir el agotamiento de los terrenos adyacentes a los Andes y la inundación de las llanuras por grandes masas de agua de mar. Pero Burmeister observa, con razón, que el levantamiento se ha operado lenta y sucesivamente, obedeciendo a fuerzas impulsivas, originadas en el interior del planeta, y no con la violencia de un verdadero cataclismo.

Darwin también vaga en las hipótesis para explicar el origen de los depósitos de limo pampeano.

De las teorías de este autor<sup>111</sup>, resulta que la formación de lo que él llama Pampean mud, proviene de depósitos marinos del grande estuario, existente en otros tiempos, en toda la zona que hoy comprende la desembocadura del Plata y sus afluentes. También Burmeister ha salido victoriosamente al encuentro de Darwin, sosteniendo que tal conjetura es infundada, pues se observan los mismos depósitos en el interior del territorio a cientos de leguas de aquel extinguido estuario.

Bravard, desencantado de las opiniones de aquellos dos ilustres viajeros, atribuyó a grandes depósitos de arena toda esta formación. Tales depósitos agitados y trasladados sin

---

<sup>111</sup> CHARLES DARWIN, Viaje a bordo del "Beagle", 1832 a 1836. *Geological Observations on South America*, 1851.



cesar por los vientos, hubieron de producir sucesivamente el levantamiento del terreno o sea el limo pampeano actual.

Martín de Moussy, que se abstiene de lanzar una nueva hipótesis, tributa toda su admiración a Bravard; pero se ha demostrado hasta la evidencia que los vientos no han podido sedimentar la formación cuaternaria, que es debida a otro agente de sedimentación más eficaz: al agua<sup>112</sup>, por ejemplo.

Woodbine Parish<sup>113</sup>, opina lo siguiente:

“Pero lo que sabemos hasta ahora de estas vastas llanuras llamadas pampas que se extienden desde las vertientes orientales de los Andes hasta las riberas del Paraná y Uruguay, parece que son formadas por una inmensa capa aluvional de materia compuesta, en su mayor parte, de arcilla rojiza que contiene concreciones calcáreas más o menos duras. Éste sería el limo arrastrado en el transcurso de los siglos por innumerables ríos descendentes de los Andes, hacia un antiguo y profundo mar, cuyo fondo se ha ido agotando sucesivamente por estos sedimentos.”

El doctor Lund ha encontrado en las cavernas del Brasil un limo rojizo enteramente análogo al pampeano, y se inclina a darle un origen semejante al que le señalaba D'Orbigny.

Burmeister, en fin, piensa que:

“La acumulación de los terrenos diluvianos, no es el producto de una causa sola, sino de muchas, sucesivamente

---

<sup>112</sup> H. BURMEISTER; *Anales del Museo Público de Buenos Aires*, pág. 102. Buenos Aires, 1852.

activas, y que el grande espesor de los depósitos no atestigua otra cosa sino el largo período durante el cual han obrado estas diferentes causas para la acumulación de depósitos tan considerables.”

Parish, es, sin duda, el autor que con menos audacia y más acierto, ha explicado el origen de esta formación, en las palabras copiadas más arriba; y el doctor Butmeister en la obra ya citada, dice que lluvias fuertes y avenidas frecuentes han traído materiales a los depósitos diluvianos sucesivamente de las montañas vecinas, dejándolos en los valles elevados, y levantando también las partes bajas del suelo, hasta la época de los aluviones modernos, que comienzan con un cambio de la constitución climatológica del país.

Es propio de los sabios lanzarse a conjeturas más o menos extraviadas, pero siempre muy peligrosas, para explicar los fenómenos geológicos.

No emitiremos una nueva hipótesis, y por consiguiente datemos nuestro juicio sobre el debate de los sabios, del cual nos hemos enterado con interés y con señalada atención. La formación cuaternaria no es de origen marítimo.

Acaso, el levantamiento de los Andes ha interceptado en alguna parte aguas marinas, y las ha arrojado a la olla pampeana, en la cual han permanecido hasta su evaporación y absorción completa. Pero al aceptar esta hipótesis es como un hecho aislado simplemente y no como una causa generadora de la formación.

---

<sup>113</sup> *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata*, Pág. 318. Buenos Aires, 1852.

Creemos firmemente que el limo pampeano que constituye esta formación es un depósito aluvional, formado como el de las islas del Delta del río Paraná y toda la formación de los aluviones modernos.

Se dirá que la formación cuaternaria tiene demasiado espesor para ser obra de los sedimentos aluvionales; mas contestamos que también es el producto de un número considerable de siglos y que basta contemplar en un corte geológico la estructura del terreno de los aluviones modernos comparándola con el cuaternario, para convencerse de que se han formado por idéntico procedimiento.

Un cálculo sencillo demuestra que en veinte o treinta mil años de acciones incesantes, los aluviones han podido formar los depósitos pampeanos. Dentro de muchos siglos, la formación de los aluviones modernos tendrá de treinta a cuarenta metros de profundidad.

Sobre la tierra cuaternaria se forma ya una nueva, aunque todavía débil capa de tierra negra, vegetal o humus, que ha recibido geológicamente el nombre de formación moderna o aluvional y que marca el último período de la humanidad sobre el haz del planeta o sea la época contemporánea.

La botánica no ha llevado todavía su afán de investigación hasta el seno misterioso de las soledades de la formación de la Pampa; y los botánicos, que, como el Dr. Lorentz, han descrito los territorios desde el punto de vista de su especialidad, han confesado con franqueza su falta de datos, ateniéndose a lo asegurado por Heusser y Claraz, que han residido largo tiempo en la pampa y que han hecho una obra importantísima sobre la constitución física de Buenos Aires.

Por nuestra parte cedemos la palabra con placer a los mismos autores:

“Los habitantes de la campaña distinguen dos especies de pastos realmente diversas; una de ellas ha recibido el nombre general de pasto fuerte y la otra el de pasto tierno. La primera consta de verdaderas gramíneas que producen, hasta la época de su florescencia, un alimento excelente, el cual, a causa de su longitud y dureza, es mejor para las vacas y caballos que para las ovejas. Después de florecer se secan; sus hojas entonces se vuelven tan duras como la paja, pierden la mayor parte de sustancia nutritiva, ofreciendo, no obstante, a los animales un alimento, por medio del cual, aunque poco nutritivo, subsisten durante algunos meses.

El pasto tierno está constituido por gramíneas más o menos tiernas y sabrosas; el habitante del país las comprende bajo el nombre de gramillas, hallándolas mezcladas con otras plantas herbáceas y sabrosas. De estas últimas, sólo citamos las más generales: dos especies de trébol, el trébol ordinario y el trébol de olor; una especie de erodium llamada alfilerillo, particularmente en un suelo arenoso, y el cardo abigarrado (cardo asnal), cuyas hojas son un alimento apetecido por las ovejas y por las vacas. Estas plantas constituyen, hasta el momento de la formación de las semillas, un alimento verdaderamente excelente y sabroso, con especialidad para las ovejas, pero después de la formación de las semillas, estas plantas anuales se secan por completo, dejando el suelo desnudo cuando hay una seca extraordinaria; de manera que los animales deben reducirse entonces a las semillas de estas

hierbas y sus vástagos secos. Se encuentran dilatadas porciones; particularmente en la parte meridional de la provincia de Buenos Aires, que todos los veranos quedan tan privadas de vegetación, que los animales, no encontrando alimento en ellas, deben ser transportados a otro punto. En las porciones vírgenes de la pampa las dos hierbas se mezclan: en los puntos elevados predomina en general el pasto duro; el trébol y el alfilerillo sólo se ven entre los grupos aislados de las gramillas, es decir, el trébol en la tierra arcillosa del norte, y el alfilerillo en el suelo arenoso del sur.

La última planta esparcida hasta la República de Chile, retoña después de un aguacero y en toda estación; la primera tiene igualmente esta propiedad, pero también tiene la desventaja de que sus frutos forman lo que aquí se denomina carretillas, que se pegan a la lana, disminuyendo el valor de este artículo. En las partes más bajas de la verdadera Pampa, predominan el trébol de olor y las gramíneas tiernas; en los bañados se encuentra además una vegetación europea, y con varias especies de *Carex*. Las plantas de este género son las que el gaucho llama pastos amargos, a la inversa de todas las otras ya mencionadas que denomina pastos dulces. En las orillas de los ríos y de los lagos se halla una vegetación acuática que también corresponde a la de Europa, es decir, son los mismos géneros, representados por especies diferentes: una *Tipha*, un *Phalaris*, etc. Existe una especie de *Gynerium*, propio de las pampas, planta bastante esparcida, y cuyo tamaño es una prueba de la humedad y excelente calidad del suelo; aquí se llama cortadera. Se encuentran luego algunas especies del grupo de las agaves, llamadas cardas, que es ne-

cesario no confundir con los cardos ya mencionados. Las primeras son plantas que pertenecen a la flora natural del país, mientras que las otras son importadas, aunque muy esparcidas. El suelo y la vegetación se presentan al sur cada vez más salados, eflorescencias salinas se encuentran desparrramadas en los terrenos de toda la provincia de Buenos Aires, apareciendo al sur y al oeste verdaderas salinas, compuestas de sal común, más o menos pura. A la orilla de estas salinas y en varios puntos de las costas, se ve una vegetación de plantas saladas, de las cuales las más comunes son las salicornias (denominadas aquí jume).

Esta distribución de la sal, tan abundante en los campos de Buenos Aires, les da una gran ventaja sobre los más septentrionales. En las partes centrales de la provincia de Entre Ríos vemos ya que los animales recorren distancias de varias horas buscando tierra salada para lamer.”

La pampa sin monte suele presentar un arbusto de menos de un metro de altura cuya madera quema admirablemente produciendo brasas duraderas. Es el combustible de las tribus nómades en sus correrías y lleva por nombre una voz araucana compuesta: Currúmanuel (Currú negro,manuel leña, palo) y que la ciencia ha colocado entre las Rhau-meas bajo el nombre de *Collectia Cruciata*, Gell y Hook.

Las lagunas de la pampa son generalmente saladas, porque las aguas disuelven los depósitos salinos del terreno; pero las aguas potables no son escasas en ciertas zonas que los indios han cruzado de anchos caminos, siguiendo las líneas naturales de las aguadas.

El camino de Cruz es un ejemplo de ello, pero hay otros más importantes, conocidos por las referencias de los indios y por las relaciones de algunos oficiales viajeros.

El del río Quinto a Leuvucó, asiento de los caciques ranqueles, verbigracia, es conocido ya del ejército, pues lo recorrió el coronel Mansilla en su célebre *Excursión a los Indios Ranqueles*, levantando un itinerario prolijo que marca las aguadas de los caminos al río Cuarto y al río Quinto.

Es imposible describir con exactitud estos territorios, ni situar convenientemente las fuentes de agua potable de que se tiene noticia, por cuya razón debemos esperar los adelantos con que la expedición militar va a contribuir a ilustrar la geografía de la pampa.

Sobre ella levantan sus tolderías quince mil indios, de origen araucano, con un total de tres mil lanzas más o menos, que nos exigen el ejército permanente de seis mil hombres, armado, equipado y acantonado con todos los recursos del arte militar contemporáneo, porque nuestro principal enemigo es el desierto desconocido en sus recursos y accidentes, y por eso se dice que ocupando el río Negro se suprime tan formidable adversario.

La pampa presenta, como dijimos, lomas y bajos, que se suceden con la uniformidad de las olas del mar, ondulando en toda la dilatada superficie que abarca la vista a la redonda.

Las aguas de las lluvias corren a los bajos más hondos y forman cañadas unas veces, lagunas o arroyos las otras.

En ocasiones impregnan el terreno, a la larga lo ablandan de tal manera que queda completamente fofo, oculto a la vista por los altos pastizales o pajonales. El viajero suele caer

en este terreno hundiéndose con el caballo. Esta clase de malos caminos se llama guadal.

¿Qué es guadal?, se pregunta el coronel Mansilla y contesta:

“Guadal se llama un terreno blando y movedizo que no habiendo sido pisado con frecuencia, no ha podido solidificarse.

Es una palabra que no está en el diccionario de la lengua castellana, aunque la hemos tomado de nuestros antepasados, pues viene del árabe, y significa agua, río.

La pampa está llena de esta clase de obstáculos.

¡Cuántas veces en una operación militar, yendo en persecución de los indios una columna entera ha desaparecido en medio del ímpetu de la carrera!

¡Cuántas veces un trecho de pocas varas ha sido causa de que jefes muy intrépidos se viesen burlados por el enemigo en esas pampas sin fin!

¡Cuántas veces los mismos indios han perecido bajo el filo del sable de nuestros valientes soldados fronterizos, por haber caído en un guadal!

Las pampas son tan vastas que los hombres más conocedores de los campos se pierden a veces en ellas..

El caballo de los indios es una especialidad en las pampas.

Corre por campos guadalosos, cayendo y levantándose, y resiste a esa fatiga hercúlea asombrosamente, como que está educado al efecto y acostumbrado a ello.



El guadal suele ser húmedo y suele ser seco, pantanosa y pegajoso, o simplemente arenoso.

Es necesario que el ojo esté sumamente acostumbrado para conocer el terreno guadaloso. Unas veces el pasto, otras veces el color de la tierra son indicios seguros; la mayoría de las veces el guadal es una emboscada para indios y cristianos.

Los caballos que entran en él, cuando no están acostumbrados, pugnan un instante por salir, y el esfuerzo que hacen es tan grande que en los días más fríos, no tardan en cubrirse de sudor y en caer postrados, sin que haya espuela ni rebenque que los haga levantar. Y llegan a acobardarse tanto que a veces no hay poder que los haga dar un paso adelante cuando pisan el borde movedizo de la tierra. Y eso que es de todos los cuadrúpedos destinados al servicio del hombre, el más valiente. Picado con las espuelas parte como el rayo y salva el mayor precipicio<sup>114</sup>.”

En 1872 tuvieron lugar las expediciones militares sobre el desierto. La primera a las órdenes del general D. José Miguel Arredondo, salía de la frontera de San Luis y tenía por objetivo los indios ranqueles; y la segunda a las órdenes del teniente coronel D. Hilario Lagos marchaba desde el oeste de Buenos Aires sobre los indios del cacique Pincen.

De los trabajos geográficos practicados por ambas columnas vamos a ocuparnos sucintamente.

El sargento mayor de ingenieros D. Federico L. Melchert acompañaba al coronel Lagos. El informe sobre el as-

---

<sup>114</sup> Lucio V. MANSILLA, *Una Excursión a los Indios Ranqueles*. Edición de Leipzig, 1877, t. I, págs. 24 y 25.

pecto general y topografía del territorio recorrido carece hoy de importancia en su mayor parte, porque se refiere al país comprendido entre el fuerte General Paz y la laguna Thencúll lavquen<sup>115</sup>, territorio ya conquistado y bien explorado.

Del último punto para el oeste, el camino de los indios es ancho, con aguadas permanentes de trecho en trecho hasta Langheló<sup>116</sup>, que es donde Pincen tenía sus toldos.

De allí parten anchos caminos para los toldos de los ranqueles y salineros, distantes unos y otros entre 35 y 40 leguas de Pincen<sup>117</sup>. Los pastos en toda esta zona son muy buenos y el campo accidentado y con grandes cadenas de médanos y extensas cañadas.

El ministro de Guerra pidió al general Arredondo un informe sobre la topografía del terreno recorrido por la expedición a Leuvucó, con la situación respectiva de las aguadas, pastos, etc., con expresión de la distancia que media entre las primeras, las facilidades o inconvenientes del camino y demás detalles de interés<sup>118</sup>.

La columna expedicionaria llegó hasta el punto denominado Huada<sup>119</sup> situado a 90 leguas de Villa de Mercedes, recorriendo campos hospitalarios, con aguadas hermosas y abundantes.

---

<sup>115</sup> Thencúll lavquen, laguna redonda. De Thencú, redondo y lavquen, laguna. Este punto ha sido ocupado por la división a las órdenes del coronel D. Corvado Villegas.

<sup>116</sup> Langheló: sepulturas.

<sup>117</sup> Véase la *Memoria del Ministerio de Guerra y Marina*, 1873, Págs. 180 y 181.

<sup>118</sup> Véase la misma *Memoria*, pág. 145.

<sup>119</sup> Huada, voz araucana que significa zapallo: el zapallar.

Se reconoció un ancho camino secular, perfectamente trillado; pero del cual no es posible salir sin sepultarse en el guadal.

Los pastos no son uniformemente buenos. En la pampa, donde el guadal cubre extensiones considerables, la vegetación consiste en paja brava; pero en los bajos y alrededores de las aguadas y a la sombra benéfica de los montes, hay pastos de la mejor calidad y en pródiga abundancia.

El aspecto general es el mismo en toda la pampa. Interminables sucesiones de lomas y bajos, aquí cadenas de médanos, allá grandes pajonales que cubren los guadales, acá montes tupidos y seculares, allí zonas alternadas de buenos y de malos campos, es tal la fisonomía del desierto.

El general Arredondo decía en su parte:

Por lo demás el desierto está cruzado de caminos en todas direcciones, que salvan en lo posible los guadales, que sólo recorren los salvajes para ejercitar sus caballos, o cuando los amenaza algún peligro y se ven obligados a no aparecer por las sendas conocidas.

Nada más podría añadir a V. E. que no fuera exagerado, porque el desierto que hemos cruzado no presenta otro aspecto, que el de un suelo accidentado y guadaloso, pobre de vegetación, con grandes lagunas de distancia en distancia, desierto solitario y escaso hasta de animales silvestres y de aves; si se exceptúa un solo punto en toda la pampa, la laguna denominada la Verde, donde parece que se hubieran citado para hacer su nido todos los pájaros y lotos del desierto, que cruzan ese cielo en bandadas infinitas, produciendo un ruido indescriptible.”

Las lagunas y las distancias intermedias, según el informe que analizamos son las siguientes, referida la primera a Villa de Mercedes como punto de partida:

Laguna Sayahe, 7 leguas, buenos pastos.

Laguna del Guanaco, 1½ leguas, con mejores pastos que la anterior.

Laguna del Tala, 5 leguas, campos regulares, pastos mezclados de dulce y amargo.

Pozos del Tala, una legua, campos regulares, pastos en las mismas condiciones que la anterior.

Laguna de Santiago Poso, 3 leguas, campo bueno, pastos dulces.

Laguna de Los Barriles, 6 leguas, campo malo en la pampa circunvecina, buenos pastos en el bajo de la laguna.

Laguna del Corralito, 8 leguas, malos campos en la pampa y buenos en el bajo de la laguna.

Laguna de Las Tunas, 3 leguas, en las mismas condiciones que las anteriores.

Laguna de los Chañares, 2 leguas, campos muy buenos.

Laguna Patanalanguen, 2 leguas<sup>120</sup>, buen campo en el bajo.

---

<sup>120</sup> Es lamentable que los nombres indígenas hayan sido y sean generalmente tan mal escritos. Llamamos la atención de los señores jefes y oficiales del ejército fronterizo sobre esta deficiencia. Si cualquiera de ellos, encargado de una comisión delicada, preguntara a un indio por uno de aquellos parajes, el indio no lo entenderá, porque los nombres están radicalmente alterados. Debe procurarse escribir bien las voces araucanas o preferir la lengua castellana. Sería altamente útil que los jefes y oficiales se iniciaran en los conocimientos de la lengua araucana, sobre la cual hay gramáticas y vocabularios excelentes escritos por los padres Febre, Valdivia y varios otros.

Laguna Pichi-carrí-lavquen, 2½ leguas, buen campo en el bajo.

Laguna del Bagual, 10 leguas, buen campo en el bajo.

Laguna Ranquelco, 3 leguas, mal campo alrededor, bueno en el monte inmediato.

Laguna del Médano Colorado, 6 leguas, muy mal campo en general.

Laguna la Verde o laguna de los Loros<sup>121</sup>, 2½ leguas, al naciente campo regular, malo al poniente y en el bajo peor.

Laguna Trelauctué, 2½ leguas, campo regular.

Laguna Aillanco, 2½ leguas, buen campo en general.

Jagüeles de las Brujas, 1½ legua, buen campo en general.

Laguna y río de Leuvucó, 8 leguas, mal campo en la pampa, sólo entre el monte es bueno.

Laguna Poitana, 9 leguas, mal campo en general.

Laguna Huada, 1½ leguas, mal campo en la pampa, solamente entre el monte es bueno.

Estas expediciones no llevaban un geógrafo, y de ahí la falta de situaciones obtenidas por los medios que la ciencia ha consagrado.

No nos explicamos cómo se ha podido enviar columnas al desierto sin una persona capaz de levantar una carta geográfica del territorio recorrido.

Este es, por otra parte, el único modo y el más económico de obtener el mapa general de la Pampa, de que aún carecemos, pues los estudios parciales han de dar aquel resultado una vez agrupados discretamente.

---

<sup>121</sup> Don Santiago Avendaño emprendió su fuga de la laguna de los Loros donde lo tenían cautivo. Véase el capítulo anterior.

El teniente coronel D. Marcelino E. Freyre nos escribía en diciembre de este año, desde Guaminí, adonde acababa de llegar de regreso de una excursión sobre los toldos, diciéndonos lo siguiente:

“El plano general de la Pampa<sup>122</sup> es deplorablemente inexacto. El que se guía por él se entrega a la Providencia. Como verás por el croquis que te adjunto, Utracan no queda en el camino llamado vulgarmente de los chilenos, sino en el de Pichi Carhué, punto de la mayor importancia, por sus aguadas, montes y hermosos campos, y que, sin embargo, no figura en el mapa.”

El comandante Freyre recorrió dos caminos, partiendo de Guaminí y halló las siguientes aguadas, y campos de pastoreo, generalmente con monte:

Al sudoeste Massayé, las Tres Lagunas, las aguadas de Salinas Grandes, el campo de Chilhué, donde ha residido largo tiempo Namuncurá, y Thravo Lavquen.

Al oeste, con una ligera inclinación al sur, el camino que parte de Massayé y sigue por el Médano del Corral, Tapera de Calderón, Pichi Carhué, Leuvucó, paraje que no debe confundirse con el que ocupó el cacicazgo de los ranqueles, Utracan y Calalcó. De Pichi Carhué sale otro camino al oeste, que pasa por Ñunco.

El cacique Pinthen, con quien hemos hablado largamente sobre la calidad de los campos del sur, nos decía que

---

<sup>122</sup> La carta levantada bajo el Ministerio del Dr. Alsina y que encabeza su *Atlas de la Frontera*.

Leuvucó era preferible a Carhué, porque era mayor la extensión de los buenos pastos.

Son también de la mayor importancia las observaciones practicadas por nuestro amigo el coronel D. Conrado Villegas en su reciente expedición sobre los toldos de Pinthen. Le escribimos pidiéndole un croquis de su marcha, afanados como estamos hace años en dar impulso a la geografía de la Pampa, y él tuvo la deferencia de enviarnos un croquis esmerado, que levantó el subteniente D. Jorge Rohde, del 2° batallón de infantería de línea.

La situación de los lugares no ha sido determinada por medio de observaciones astronómicas; no obstante, se tomaron las siguientes precauciones para alcanzar la mayor aproximación:

La dirección de la línea de marcha se ha fijado por dos agujas de marear y de noche también por las estrellas. La distancia se calculó según el paso de caballos seguros y bien conocidos. Por hora se caminó casi siempre una legua y tres cuartos y desde la noche del 4 hasta el 5 de noviembre, dos leguas y cuarto. Además se ha apuntado minuciosamente las horas y minutos, en que se han pasado las lagunas, los médanos, montes, etc., no solamente durante la ida, sino también durante el regreso y se ha podido hacer de esta manera un cálculo bastante seguro.

Dados estos antecedentes podemos ya extractar el itinerario, tanto más importante cuanto el coronel Villegas se internó en la Pampa Central, hasta donde aún no había llegado la planta del hombre civilizado. La primera jornada fue de 11 y  $\frac{1}{2}$  leguas, rumbo al oeste y se reconoció las lagunas si-

güientes: de la Leña a la derecha del camino y varias pequeñas a la izquierda de Huadalóo o médano del zapallo, en cuya parte norte existe la aguada, la laguna Mary-may con varias leguas menos cerca, y la laguna de Thrapalóo, médano del prendedor, con una aguada y varias otras inmediatas. Las distancias fueron éstas: de Thencúll Lavquen a Huadalóo 3 leguas y media al oeste, y de Huadalóo a Thrapalóo rumbo sudoeste con declinación S., S.O., 8 leguas.

Todas las lagunas, con excepción de la laguna de la Leña, tienen agua dulce. Los pastos encontrados son trébol de olor, arvejilla y gramilla. Todos estos pastos son de primera y desaparecen con la estación. Por consiguiente, los pastos que hay en el resto del año son fuertes.

La segunda jornada fué de 13 ½ leguas, habiendo encontrado numerosas lagunas pequeñas, y médanos con agua y las siguientes aguadas de importancia: Quetrelóo o médano cortado, 12 leguas al S.S.O. de Thrapalóo y Renancó legua y media al oeste de la anterior.

Hora y media de camino de Thrapalóo al oeste se encuentra la gran laguna de Ranquelco, llamada vulgarmente Sanquilcó (Ranquel, cañaverl y co, agua). Se halla en un bajo muy grande y mide 2.250 varas de norte a sur y 1.200 varas de este a este.

Media hora de camino de Ranquelco, se halla un médano con agua que, según el itinerario, se llama Usanrepuilóo, desde donde salen tres caminos: al sur para Salinas Grandes, al sud-oeste para Toay, y al oeste para Vutalavquen (laguna grande) y Trenel lavquen (laguna del recado).



El camino sigue orillado por lagunas y médanos con agua potable, siendo la principal de las primeras Loncomari (Lonco, cabeza; mari, diez) que está cuatro horas y media de camino de Renancó, que mide aproximadamente legua y media de circunferencia. Está rodeada de médanos y de campos con pastos mejores a los de los puntos precedentes.

A la hora y media de camino de Loncomari, empiezan los montes en que predomina el algarrobo. Allí mismo se encuentra la laguna de Yapenqué, situada en un bajo dilatado, rodeada de buenos pastos y que ofrecen un campamento seguro y cómodo.

Diez leguas al S. S.E. de esta laguna se encuentran los montes y laguna de Toay. El camino que sale de Usanrepui-lóo y pasa por Toay, va según los indios hasta Chile, por los ríos Colorado y Negro.

Tres leguas al norte de la mencionada laguna de Toay está el monte de Garay, el cual debe su nombre a un episodio de la vida militar<sup>123</sup>.

---

<sup>123</sup> En una expedición que en 1877 hizo el coronel Villegas a Vuta lavquen, los indios mataron cerca de ese punto y en el monte, al soldado Felipe Garay, del 3 de caballería de línea.

El veterano, solo, asediado por un enjambre de chuzas, supo morir como un héroe, luchando hasta el fin.

La columna del coronel Villegas atravesaba otra vez victoriosa en 1878 el monte testigo de la heroica escena, cuando un soldado dio aviso de que allí estaban los huesos de Garay.

Allí estaban, en efecto, descarnados, blancos y esparcidos en todas direcciones, como si las fieras hubieran celebrado un festín sangriento con las carnes del valiente. Los huesos yacían alrededor de un corpulento algarrobo, en que él había querido buscar apoyo, sin duda, en el trance terrible de su muerte; pero estaban incompletos y sin cráneo.

Algunos jirones de paño y botones militares, indicaban claramente que aquellos eran los últimos restos del noble veterano.

El rumbo del camino desde Renanco-lóo hasta Yapenqué es O. N.O. y la distancia intermedia de 19 leguas y media. El camino desde Yapenqué adelante pasa por los puntos que enseguida indicamos con rumbos y distancias:

De Yapenqué hasta Agni-y-anel rumbo N.O. 4 leguas. De aquí al O. N.O. hasta la punta del Monte Liconche 3 leguas y media, debiendo notarse que en la última legua el camino tuerce al S.O. De Punta de Liconche a Liconche rumbo N. N.O. dos leguas de distancia.

De Liconche a Vuta-lavquen, rumbo N.O. una legua y media. En suma 11½ leguas desde Yapenqué. El paraje conocido por Vuta Lavquen contiene montes, médanos. y una laguna muy grande. El paisaje es hermosísimo. En el monte se encuentran los siguientes árboles: espinillo, caldén, chañar, algarrobo y molle, todos verdes y una parte en flor, en noviembre de 1878.

Eran aquellos árboles muy corpulentos, dos hombres no podrían abrazar algunos de ellos. Sus troncos están cubiertos de audaces y floridas enredaderas. Los pastos son inmejorables.

La laguna mana una agua muy rica, cuyo color es un poco blancuzco. Su extensión de N. a S. de 400 varas y de O. a E. de cerca de 600. Los médanos y las plantas silvestres, rodean la laguna por todas partes.

Al N.O. de Vuta Lavquen y a tres leguas de distancia está Malal (corral) otro hermoso paraje, con campo fértil, agua y monte, que es donde el famoso cacique Pincen tenía

---

El coronel Villegas mandó guardarlos para darles piadosa sepultura en tierra amiga, y la orden general anunciaba que desde ese día aquel paraje sería llamado:

su toldería, y al cual se llega por el mismo camino que se ha indicado, pasando por las lagunas Lonco che (cabeza de gente) y Luanlavquen (laguna del Guanaco).

VII. Los médanos o colinas de arena que interceptan la visual a cada paso sobre la llanura, son productos de la acción de los vientos sobre las arenas del desierto y de la costa del mar, procedentes éstas a su vez de la desagregación de las rocas primordiales.

Son estables e inestables. Los últimos desaparecen arrastrados por el viento y sus arenas van a alimentar a los otros; pero suele suceder que se cubren de vegetación y entonces se consolidan.

La planta característica de los médanos es el *erymus arenarius*, que crece en abundancia sobre las costas arenosas del mar Báltico.

En la costa del Atlántico son muy generales los médanos, y se extienden de este a oeste, ya en líneas, ya formando semicírculos y a veces círculos, que dejan una olla ocupada generalmente por aguas de lluvias.

Martín de Moussy habla de médanos de 30 a 40 metros de elevación en las costas marítimas de Buenos Aires.

Los médanos no se ven solamente en las costas del Atlántico, donde proceden de las arenas que el mar arroja a la playa y que, secas al sol, vuelan al impulso de los vientos.

Se ha observado que a lo largo de las costas del río Salado hay una cadena de médanos que corre hasta el interior, y hemos estudiado muchos de ellos personalmente. Son poco

consistentes y sufren las acciones violentas del pampero y de los vientos del este, que suelen soplar con fuerza por espacio de varios días consecutivos. También en esos médanos crece el *eryrnus arenarius* en bastante abundancia.

Las capas arenosas aumentan considerablemente a medida que se avanza al oeste de la provincia, pues se nota que el humus va disminuyendo hacia el desierto.

Por datos recogidos de personas competentes, como el ingeniero argentino D. Luis A. Huergo, que ha estudiado el río Salado siguiéndolo hasta el corazón de la pampa, sabemos que a la altura de la laguna del Chañar la pampa presenta una vegetación característica de terrenos arenosos.

En Pichi-Huenthrú, la Verde, Fuerte Gainza y otros puntos se encuentra mayor abundancia de arena, lo cual se verifica en mayor proporción a medida que se camina al oeste.

Sobre el terreno pampeano se notan salitrales y salinas de importancia. Las salinas deben ser estudiadas en el período cuaternario, porque en realidad son sus contemporáneas. Predominan en ellas las sales de potasa y sosa: pero algunas eflorescencias salinas suelen contener salitre y se las llama salitrales.

He aquí cómo ha sido explicada la formación de algunos salitres<sup>124</sup>:

“Vamos a analizar rápidamente las condiciones indispensables de la nitrificación.

La primera es la composición química idónea en el terreno que ha de formar salitre.

Deben encontrarse en él álcalis en abundancia para poder ser nitrificados.

La cal y la magnesia son también favorables.

Es necesario además, la presencia de una materia orgánica de la naturaleza del humus, pues, según parece, se verifica por intermedio de ella la fijación del nitrógeno y oxígeno atmosférico en la producción de los nitratos.”

El jume es el vegetal característico de las salinas como el *erymus* lo es de los médanos.

Las eflorescencias se encuentran muy esparcidas en Buenos Aires, desde los suburbios de la ciudad; pero las grandes salinas propiamente dichas, están situadas en el territorio indio del sur.

El Dr. Burmeister, en su citada obra, ha explicado concienzudamente el origen de las salinas en la pampa, salinas que a su vez son la causa de la salazón de los ríos y lagunas, y vamos a traducir sus opiniones fundamentales.

“En lo tocante al origen de las sustancias solubles contenidas en el suelo argentino, no existe duda alguna de que son formaciones secundarias, que no se hallaban bajo la misma forma en las rocas antiguas descompuestas para suministrar materiales a los depósitos diluvianos. Se han formado más tarde de la materia de esas rocas, desarrollando nuevas pro-

---

<sup>124</sup> Apuntes sobre la composición química de un salitre de la Provincia de Santiago del Estero, por Pedro N. Arara (*Anales de la Sociedad Científica Argentina*, entrega

ducciones epigenéticas. La existencia de estas sales en la tierra diluviana es demostrada por las eflorescencias casi constantes de su superficie, cerca de los arroyos que atraviesan este depósito. Generalmente la superficie de las barrancas de las riberas está cubierta de estas eflorescencias de sal blanca; los cristales que las componen son muy pequeños para ser percibidos a simple vista; pero su existencia se rebela al gusto, sobre todo si se disuelve una cierta cantidad de esta tierra en el agua<sup>125</sup>.”

Las selvas de la pampa, llamadas generalmente montes, no han sido todavía objeto de examen científico, por su aislamiento en el seno del desierto; pero sobre ellas tenemos las relaciones de viajeros y de escritores inteligentes que las han visitado. Cruz en su ya citada travesía de Chile a Buenos Aires en 1805, Avendaño en su cautiverio de siete años de 1841 a 1849, Guinnard en su cautiverio de tres años de 1856 a 1859 y el coronel Mansilla en su famosa *Excursión*, contemplaron los bosques salvajes de la pampa, sin admirarse ante ellos, como acontece a la faz de la vegetación subtropical. Los árboles predominantes en esos montes son el espinillo, el algarrobo, el chañar y el caldén. El algarrobo es, según el coronel Mansilla, el árbol más útil de la pampa, pues su leña, excelente para el fuego, arde como carbón de luz; su fruta engorda y robustece los caballos como ningún pienso, comunicándoles fuerzas y bríos admirables, a la vez que sirve al hombre para elaborar espumante y embriagadora chicha, para

---

I, 1876).

<sup>125</sup> *Description Physique de la République Argentine*, t. II, pág. 183.

hacer patay pisándola sola, y pisándola con maíz tostado una comida agradable y nutritiva<sup>126</sup>. En las grandes travesías una bolsa de algarrobo sacaría de apuros al soldado, porque las vainas de algarrobo se chupan, a la manera que los coyas del Perú mascan la coca.

Los montes se hallan cruzados por sendas o rastrilladas<sup>127</sup> en todas direcciones, formando una verdadera red. Los corpulentos algarrobos, chañares y caldenes de fecha inmemorial, los mil arbustos nacientes que desvían la línea recta del camino, obligan a llevar el caballo recogido sobre las riendas para no tropezar con ellos, o enredarse en sus vástagos espinosos y traicioneros<sup>128</sup>.

Los indios vuelan, por decir así, entre los bosques; pero el soldado tiene que detenerse constantemente ante el peligro de rodar o de quedar colgado de una rama.

VIII. La economía de las aguas, es decir, el estudio de las leyes climatológicas a que obedecen y sus relaciones con la tierra y la agricultura, entraña un problema de la más alta trascendencia científica, sobre el cual la ciencia no ha dicho aún la última palabra. El gobierno francés, por ejemplo, nombró en 1877 una comisión encargada del estudio del asunto en Francia.

Entre nosotros sobre la dilatada pampa, a veces sedienta hasta agrietarse y otras saturada de agua e inundada, el pro-

---

<sup>126</sup> MANSILLA, *ob. cit.*, t. II, Pág. 45.

<sup>127</sup> Rastrillada se llama a los caminos que se forman por el continuo tránsito de hacienda y aun a las señales que deja en pos de sí todo arreo o cabalgata.

<sup>128</sup> *Ibid.*, t. I, pág. 153.

blema envuelve cuestiones más graves y más importantes que comprometen seriamente el porvenir de nuestra producción.

Hay épocas del año en la pampa, durante las cuales empieza la seca con tanto rigor que es necesario abrir pozos para abreviar los ganados, encontrándose el agua a profundidades variables; pero generalmente a poca hondura en el terreno medanoso.

En otras ocasiones las lluvias torrenciales se desbordan de tal manera sobre nuestro suelo, que las inundaciones se producen con pasmosa rapidez, arrasando los campos por espacio de muchas leguas y causando la mortandad de millones de cabezas de ganado. En 1877 se calculaba que la inundación abarcaba doscientas leguas cuadradas y que se habían ahogado de cinco a seis millones de animales en Buenos Aires.

Las lluvias torrenciales en las regiones argentinas se explican perfectamente por la célebre teoría de Maury, sobre los movimientos de la atmósfera.

Según esta teoría las evaporaciones que tienen lugar en la zona ecuatorial saturan el aire, que corre al norte y al sur, cubriendo las regiones intermedias hasta condensarse en los Andes del sur, que un glosador de Maury<sup>129</sup> llama uno de los focos más grandes de precipitación del globo, lo que ha sido corroborado por los viajeros que refieren la abundancia de lluvias en las nacientes del río Negro. El agua cae allí a torrentes en ciertas épocas del año.

Efectuada la condensación en los Andes avanza gradualmente y por retrogradación al este, descargando sus rau-

---

<sup>129</sup> F. ZURCHER, *Les Phénomènes de l'atmosphère*, 3ª ed., pág. 39.



dales sobre la pampa, no en toda su extensión, debido sin duda a las corrientes atmosféricas, que desvían el curso de los vapores y han producido el fenómeno de que en los desiertos de América y África especialmente, la cantidad de vapores es mucho menor de lo que debía esperarse por razón de la temperatura<sup>130</sup>.

Hemos observado en la campaña de Buenos Aires que las mayores y más desastrosas inundaciones han tenido lugar en el litoral marítimo o fluvial de la provincia, al paso que han sido menos extensas y alarmantes en los campos interiores.

Este fenómeno tiene su explicación científica perfectamente racional, que se refiere a la transformación de nuestros campos, que han dejado de alimentar las variedades de paja para nutrir el pasto tierno.

Es sabido que cuanto más abierta es una superficie líquida, mayor es su evaporación. Por eso los mares, ríos y lagos entregan a la atmósfera mayor cantidad de vapores que los campos cubiertos de pastos o de selvas; y los campos abiertos más que los montuosos, en una proporción de 5½ por 1.

Los vientos se asocian también a la incesante evaporación de las aguas, aumentándola considerablemente.

Cuando soplan con alguna fuerza, la evaporación es mayor, porque pasan sin cesar ráfagas de viento seco que arrebatan y llevan en sus alas los vapores emanados de la agitada superficie de las aguas.

La temperatura influye a su vez poderosamente, más que cualquiera de las otras acciones a que nos hemos referido;

---

<sup>130</sup> *Principios de Meteorología, Exposición Elemental del Viento y del Tiempo, según las investigaciones más recientes*, escrita en alemán por H. MOHN, traducida con autori-

por eso la ciencia ha averiguado que cuanto mayor es la temperatura mayor es la evaporación, que ésta es mayor en el verano que en el invierno, al sol que a la sombra, y en la zona tórrida que en las zonas templadas y frías.

En fin, es necesario tomar en cuenta también el grado de humedad del aire. Cuando está saturado, es decir, cuando no puede ya asimilarse más vapor de agua, entonces cesa la evaporación, mientras que ésta es más activa cuanto más seco está aquél<sup>131</sup>. Ahora bien, en posesión de estos principios fundamentales podemos explicarnos el fenómeno de la mayor inundación en el litoral.

El Plata por una parte y los campos de pasto tierno por otra, ofrecen una superficie de evaporación perfectamente abierta, favorecida además por los vientos del este y sudeste que satura en corto tiempo el aire; mientras que en los campos internos, cubiertos de pajonales que a veces alcanzan dos varas de altura y con grandes zonas pobladas de bosques, la evaporación es más tardía y por lo mismo la saturación demora más.

En fin, es posible que influyan también en el fenómeno las circunstancias probables, puesto que aún no las ha consultado la observación científica, de que siendo más seco el terreno de la pampa central y menos copiosas las lluvias que lo riegan, han de desarrollar una potencia extraordinaria de absorción.

---

zación del autor por C. Pujazon. (Ed. de San Fernando, 1878, Pág. 73).

<sup>131</sup> H: MOHN, *ob. cit.*, pág. 59

Nuestro distinguido amigo el ingeniero D. Luis A. Huer-go, decía hace poco en la Sociedad Científica Argentina, tratando la cuestión que nos preocupa:

“Donde no existen grandes y frondosas plantaciones, el terreno es menos absorbente, porque la tierra carece de aquella esponjosidad y demás accidentes que las hojas y las raíces comunican al suelo, que absorbe con facilidad, aparte del agua que las ramas y el follaje retienen.

Cuando una cuenca tiene bosques, el agua llega lentamente a los lechos sin causar inundaciones.

En el caso contrario, el agua caída en campo abierto, satisface en un instante la absorción superficial del terreno y se producen rápidas avenidas que constituyen una grave amenaza para los puentes.

Hasta hace 25 años, Buenos Aires tenía sus campos fraccionados en grandes lotes y con pajonales. El agua llovida no formaba avenidas porque los pajonales, ocultándolas del sol y reteniéndolas favorecían su absorción.

Pero la pequeña propiedad rural de ahora y el diferente destino dado a los campos, han traído el cambio de vegetación y las aguas no quedan en el terreno, yéndose a los ríos con rapidez. De aquí los fenómenos periódicos de las inundaciones y de las secas<sup>132</sup>.”

La publicación del primer volumen de los Anales de la Oficina Meteorológica Argentina bajo la dirección del Dr. Gould nos ha permitido reunir antecedentes de importancia sobre las lluvias en nuestro territorio.

---

<sup>132</sup> *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 1877, t. IV, pág. 235.

Extractando las series de cuadros de observaciones de tan importante obra, llegamos a la siguiente tabla que demuestra métricamente el agua caída:

Observaciones de D. Manuel Eguía en Buenos Aires			Observaciones de D. Felipe Caronti en Bahía Blanca			
Años	Metros	Total en metros	Años	Metros	Total en metros	
1861	0m.589	3m. 799	1860	0m. 399	1m. 701	
1862	1m. 047		1861 <sup>133</sup>	0m. 181		
1863	0m. 701		1862	0m. 377		
1864	0m. 743		1863	0m. 433		
1865	0m. 719		1864	0m. 311		
1866	1m. 016	5m. 709	1865	0m. 667		2m. 518
1867	1m. 591		1866	0m. 575		
1868	1m. 065		1867	0m. 276		
1869	1m. 172		1868	0m. 484		
1870	0m. 875		1869	0m. 516		
1871	0m. 886	3m. 835	1970	0m. 339	2m. 517	
1872	0m. 789		1871	0m. 325		
1873	0m. 259		1872	0m. 635		
1874	0m. 970		1873	0m. 565		
1875	0m. 931		1874	0m. 653		
1876	0m. 755	2m. 785	1875	0m. 276		1m. 152
1877	0m. 994		1876	0m. 876		
1878	1m. 036					

---

<sup>133</sup> Año de seca.

## LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

En el Azul, en diez días de 1877 desde el 15 al 24 de marzo llovió 14.08 pulgadas, es decir, más que en Buenos Aires durante tres meses.

Además de estos cuadros por quinquenios, tenemos las siguientes observaciones comparativas de 1877 y 1878.

Ellas miden la lluvia en pulgadas:

MESES	BUENOS	AIRES	SAN LUIS
	1877	1878	1877
Junio	1,12	7,06	14,50
Julio	1,25	1,94	24,00
Marzo	4,50	8,40	4,50
Total	6,87	17,40	43,00

Ahora bien, los cuadros precedentes enseñan, desde luego, que las lluvias vienen aumentando de quince años a la fecha, en una proporción equivalente casi al doble de lo que llovía en 1860. En Buenos Aires mismo, en tres meses de 1878, es decir, durante las grandes tormentas, llovió el doble que en 1877. La duplicación de la cantidad de agua caída, se verifica uniformemente en Buenos Aires y Bahía Blanca y es lógico suponer que el fenómeno se realice también en la zona intermedia donde no hay observatorios.

El último cuadro enseña aparentemente que a medida que se avanza en la pampa en dirección a los Andes, el agua de la lluvia aumenta. Así, mientras en Buenos Aires en 1877 llovía en tres meses 6.87, en San Luis o sea en la pampa en que esta ciudad se halla ubicada, se midió 43 pulgadas.

Por último en el Azul en tres días llovió 74.08 pulgadas o sea más del doble que el agua caída en Buenos Aires durante tres meses. Pero esta observación no puede ser considerada aún como una ley, pues las lluvias en San Luis son rara vez tan copiosas y el clima de la pampa es de ordinario más seco como clima del interior del continente.

Resumiendo lo dicho sobre las lluvias, podemos establecer esta ley general, para explicar las inundaciones, que tanto nos han alarmado en los últimos años:

Las lluvias aumentan en razón directa a la disminución de la potencia de retención de nuestros campos.

El clima de la pampa ha sido descrito concisamente por Mr. Guinnard, en términos que consideramos exactos y suficientes para dar una idea de sus caracteres. Traducimos esta página de las memorias de aquel cautivo:

“Las variaciones del clima de la pampa son de las más regulares. Experimenta una gran diferencia de temperatura, durante el estío y durante el invierno. El último es casi tan frío como el mes de diciembre en Francia. No cae nieve en la pampa, sin embargo; pero por la mañana la tierra está siempre cubierta de escarcha. El hielo no alcanza jamás sino hasta una pulgada de espesor aproximadamente.

Por el contrario, el estío es allí de un calor insoportable y abrumador. Desde el alba el horizonte se cubre de una faja densa y sombría, que no se aclara sino poco a poco, y a medida que el sol se levanta se ve entonces que la hierba ondulante y tupida de estas inmensas llanuras se despoja de una

parte del rocío bienhechor de la mañana, que al evaporarse produce los más raros fenómenos de espejismo.

La fuerza del sol se hace sentir rigurosamente sobre todos los seres vivientes. Los caballos y vacas salvajes que pueblan esas comarcas, sienten a causa suya tanta fatiga, que se entregan, así como lo hace el hombre a una siesta, que parece para todos un reposo tan natural como necesario.

Se encuentran en toda la pampa diferencias sensibles en la atmósfera. En las regiones de los Mamuelches<sup>134</sup> -comarcas montañosas- el aire es de los más secos; y en todos los seres sean cuales fueran, no se encuentra en apariencia transpiración.

Yo he visto aun muchos animales muertos de calor, que yacían sobre la llanura árida y secos en su propia piel; pero en la latitud de Buenos Aires y de Bahía Blanca, la vegetación demuestra claramente la humedad del clima. En estos parajes el rocío parece más bien lluvia lenta y fina o neblinas espesas. La carne y los animales muertos se corrompen inmediatamente y las lastimaduras son de difícil curación. Sin embargo, ¿quién lo creería?, los indios, a pesar de esta humedad constante, duermen casi desnudos sobre la tierra sin que aquélla los incomode jamás<sup>135</sup>.”

---

<sup>134</sup> Mamuelches, habitantes de los montes; Mamuel, árbol, palo, etc. Ché, gente.

<sup>135</sup> *Trois ans d'esclavage chez les Patagons. Récit de ma captivité*, par A. GUINNARD membre de la Société de Géographie. Ouvrage accompagné d'un portrait de l'auteur et d'une carte. [Hay versión castellana.] 3ª ed., París, 1868, págs. 96 a 100.

D. Juan Bialet Massé, en una importante memoria presentada a la Sociedad Científica Argentina, sobre el clima de la República, dice<sup>136</sup>:

“Entre los 40 y 35° de lat. S. la corriente fría, que viene seca, va calentándose y elevando su capacidad para el vapor, los vientos N.O. del Pacífico encuentran las altas cumbres de esa región, se enfrían, condensan su vapor y lo dejan caer en forma de lluvia en Chile y de nieve en las cumbres y se dirigen al Atlántico; sin embargo, pueden dejar aun algún vapor, que unido a la nieve fundida en los Andes alimenta las fuentes de los ríos Colorado y afluentes norte del Negro. Las costas de esta región, a causa de las brisas del mar entibiadas por la corriente costanera, gozan de un clima excelente y algo más húmedo que el interior. Esta región media de lluvias llega al sur de Buenos Aires, de San Luis y Mendoza hasta las riberas del Diamante.

La zona comprendida entre los 35 y 29° de latitud se divide en tres climas bien distintos: el del litoral, el del interior y el andino.

El del litoral, que dominado alternativamente por los vientos N. y S. hace que siempre que salta este viento enfríe los que vienen en sentido contrario o del este, cargados de vapor porque vienen sobre el Atlántico o el Plata, llueva; las brisas del mar, unidas a las del río, que a causa de su ruta cruzada tienden a tomar una dirección circular, y los vientos N.O. que pasan por el río, forman también nubes, tales son

---

<sup>136</sup> *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, t. I, 1876, pág. 81. Este trabajo ha sido utilizado por el Dr. BURMEISTER, en su *Description Physique de la République*



los vientos de lluvia, y tempestad en el verano, de las costas bonaerenses, estando aquí la teoría de Maury conforme con los hechos observados durante dieciocho años, por los señores Eguía y Correas. Durante el verano el nodo de Capricornio se acerca a nosotros y en el invierno se aleja, el viento sur tiene pues más fuerza en esta época y de ahí la mayor frecuencia de las lluvias en la estación de Buenos Aires.”

IX. Las pampas se dividen en estériles y fértiles. A la primera categoría corresponden aquellas en que el terreno es salitroso y arenoso, de suerte que la vegetación ordinaria desaparece o no existe. Estas regiones suelen aparecer siempre desnudas o enseñando a la vista del viajero el triste aspecto del terreno árido. Un ejemplo de ellas son las pampas adyacentes al río Colorado, el territorio Entre Sierras, y los arenales del Diamante y Chadi-leuvú.

La fertilidad del terreno general de la pampa está fuera de duda. En las estancias de Buenos Aires se cultivan grandes extensiones con el mejor éxito, tanto con cereales como con arboledas. Los trigos del Rosario, Chivilcoy, Bragado, Olavarría, el Tandil y Patagones, depositados y multiplicados en plena formación pampeana, garantizan su fecundidad y su capacidad productora, siendo de notarse que los cereales de la Candelaria, en plena pampa, son sobresalientes.

Los vientos soplan en el interior de aquélla con pasmosa violencia, arrasando cuanto a su paso se opone. Descuella entre ellos el pampero, o viento del oeste y el pampero sucio o sudeste, que corren en ráfagas glaciales durante el invierno

y calientes en el verano levantando en esta época inmensos torbellinos de tierra.

Al contrario el viento norte sopla caliente y abrasador, presagio de tormentas, de grandes borrascas que el Pampero viene a rechazar después, barriéndolas de las regiones del espacio.

En general el clima de la pampa es sano; pero aquellos vientos cálidos exponen al soldado de constitución débil y enfermiza, a contraer fiebres que pueden tener desenlaces fatales.

La fauna de la región pampeana es caracterizada por el jaguar, el puma, el guanaco, las vizcachas, diferentes especies de armadillos, el avestruz, las gamas (*cervus campestris*) y por el huamil de los indios, *cervus magallanicus*, animal tan raro como difícil de cazar. Su grito misterioso suena oop, nombre con que lo conocen algunos indígenas y bajo el cual le profesan un respeto religioso.

La sabandija es uno de los grandes enemigos de toda expedición militar. Llámase sabandijas a los insectos ofensivos como los mosquitos, zancudos y moscas bravas, que durante la estación de los ardientes calores de la pampa, hacen casi imposible la vida, pues acosan al hombre de una manera terrible.

Los animales sucumben a veces al asalto de las plagas y los caballos sufren torturas indescriptibles por lo general, se lanzan desesperados a la carrera, bañados en su propia sangre, que mana de las heridas que les abre el aguijón de la mosca brava, y a las cuales sucumben no pocas veces.

X. Una de las más hermosas y fantásticas fábulas de la Conquista del Río de la Plata, es la de la Ciudad Encantada o de los Césares. Ella dio origen a una corriente vigorosa de inmigración española y alimentó la fiebre de las investigaciones hasta fines del siglo XVIII.

Ruy Díaz de Guzmán, sudamericano y autor de la primera *Historia Argentina*<sup>137</sup>, hace remontar la antigüedad de la fábula a los primeros años de la Conquista, y refiere que en 1605 salió de Buenos Aires una expedición en busca de la Ciudad Encantada, regresando sin más éxito que el descubrimiento de un gran río más acá de la Bahía Sin Fondo<sup>138</sup>, es decir, el río Negro.

En 1543 el Perú ardía en guerra civil, que es un mal de nacimiento en Sudamérica y en otros puntos que sin ser South America se tiene por mejor cosa.

El aspirante D. Diego de Almagro se había rebelado y marchaba sobre sus pasos el licenciado Vaca de Castro, que acabó con la hueste de aquél y lo tomó prisionero en el famoso combate de las Chupas.

Vaca de Castro armó y despachó una expedición de 300 arcabuces a los órdenes de varios capitanes que lo habían servido en la sofocación de la anarquía, haciendo merced a Diego Rojas, anheloso de premiarlo de alguna manera, por el descubrimiento del país que se extiende al oriente de la cordillera de los Andes y que comprendía los llanos del Plata.

---

<sup>137</sup> *Historia Argentina del descubrimiento, población y conquista de las Provincias del Río de la Plata*, escrita por Ruy DÍAZ DE GUZMÁN en el año 1612, Pág. 5. Colección de Angelis.

<sup>138</sup> La Bahía Sin Fondo era antiguamente llamada el Saco de San Antonio; hoy se conoce con el nombre de Golfo de San Matías.

La audaz expedición se puso en camino aclamando general a Francisco Mendoza y llegó a Córdoba, donde encontró los indios comechingones, que vivían en cuevas<sup>139</sup>, y trabando amistad con ellos, dice Ruy Díaz, se informaron de lo que había en la tierra, y tomaron noticia de cómo en la parte del sur había una provincia muy rica en plata y oro a quien llamaban Zungulo.

El historiador sospecha que los indios se referían a los Césares; pero hay motivos para no aceptar esta interpretación, porque las riquezas de la ciudad Encantada no tuvieron origen en las referencias de los indios, sino en la imaginación de algunos conquistadores, enferma del sueño de las riquezas.

Efectivamente, el padre Falkner explica con claridad en su ya citado libro<sup>140</sup> que los indios se refieren a los europeos de Chile, al decir que en el interior hay poblaciones ricas en metales preciosos.

Este insigne viajero desautoriza la leyenda de los Césares en estos términos:

“Lo que hace más increíble que haya esta colonia de los Césares, es la misma imposibilidad moral de que 200 o 300 europeos, casi todos hombres, pudiesen, sin tener comunicación alguna con un país civilizado, penetrar por medio de tantas naciones belicosas, y mantenerse como una república separada en un país que no produce cosa alguna y donde los moradores subsisten sólo con la caza, y todo esto por espacio de 200 años (según nos dice la historia) sin haber sido extir-

---

<sup>139</sup> RUY DÍAZ, *ob. cit.*, Pág. 77.

<sup>140</sup> *Obra citada*, pág. 35. Colección de Angelis, t. I.

pados, muertos o hechos esclavos por los indios, o sin perder las apariencias europeas, entremezclándose con ellos: fuera de que no hay un pie de tierra de este continente por donde las gentes vagabundas no pasen cada año; pues aun el desierto inhabitado que está a la orilla del océano Atlántico, es frecuentado como país, así para enterrar los huesos de sus difuntos, como para coger sal. Sus caciques y otros de reputación y crédito entre ellos, me aseguraban que no había gente blanca en todos aquellos parajes excepto los que son muy conocidos; de toda Europa, a saber, los de Chile, Buenos Aires, Chiloé, Mendoza, etc.”

¿A qué queda reducida la fábula de los Césares después de los sólidos razonamientos del padre Falkner?

Los indios han dado noticias siempre de un foco inagotable de riquezas explotadas por españoles en el interior de la región pampeana; pero se han referido sin duda a la sierra del Payén<sup>141</sup>, descubierta y trabajada por los conquistadores de Chile.

El cerro de aquel nombre, según el abate Molina<sup>142</sup> dio cobre para fundir muchos cañones, y según las relaciones de sus primitivos exploradores, presenta el cobre nativo en abundancia tal, que con levantar el que se derrama a la vista hay elementos para acumular colosales fortunas. Aún es dado

---

<sup>141</sup> Payén, cobre, en araucano.

<sup>142</sup> *Compendio de la Historia Geográfica Natural y Civil del Reino de Chile*, escrita en italiano por el abate Don JUAN IGNACIO MOLINA. Primera parte que abraza la *Historia Geográfica y Natural*, traducida en español por Don DOMINGO JOSEPH DE ARQUELLADA MENDOZA, individuo de la Real Academia de Bellas Letras de Sevilla y maestrante de Ronda. En Madrid, por Don ANTONIO DE SANCHA, año de MDCCLXXXVIII.

contemplar sobre los flancos de la montaña los socavones, especie de hondas heridas labradas en la faz del Gigante por la codicia humana, y en cuyas bocas, como la sangre seca sobre los labios de aquéllas, se contemplan todavía rojas encoriaciones de metal nativo.

Las referencias de los escritores antiguos de los indios que en 1806 dijeron a Cruz que sobre el Payén había inmensas barras de oro macizo<sup>143</sup> y lo que hoy mismo se oye contar sobre aquel tesoro escondido e inerte bajo el poder de la barbarie, autorizan nuestra opinión de que los indígenas se referían a ese cerro en los datos que sirvieron de base a los españoles para idear un Eldorado<sup>144</sup> en las pampas del Plata.

Un comentador de las viejas tradiciones de los Césares, insinúa con razón, a nuestro juicio, que desencantados los conquistadores de que el Río de la Plata no arrojara entre sus arenas pepas de metal precioso, apelaron al Eldorado y a los Césares, para atenuar el desaliento infundido por la muerte de Solís y por los horribles padecimientos de los peregrinos del Perú; y la fábula deslumbraba la imaginación calenturienta y enfermiza de los aventureros de la época, que se lanzaban en pos de la fortuna acometiendo empresas dignas del valor más esforzado.

Así, propalando estas especies en momentos en que la razón pública parecía perturbada, pudieron los reyes sostener sus poblaciones en Sudamérica y fortalecerlas por la inoculación de nuevos elementos de acción en su organismo político y social.

---

<sup>143</sup> *Obra citada*, Colección de Angelis, t. 1, pág. 19.

Los españoles aseguraban entonces, que en el seno de la pampa existían ciudades fundadas por héroes de la Conquista, haciéndolas llegar al número de tres; pero de las cuales una asumía la mayor importancia y ostentaba la más deslumbrante magnificencia.

Hay, de consiguiente, en la fábula de los Césares, dos elementos, la riqueza del Payén, y una ciudad fundada en el desierto.

Apartando la fantasmagoría de la fábula, veremos que esta tradición tiene un fondo de verdad, cuyo esclarecimiento completo está reservado al ejército argentino en operaciones sobre el río Negro.

Dos orígenes se atribuye a la ciudad de los Césares. Algunos opinan que había sido fundada por los españoles que se salvaron de las pueblos de Arauco, destruidos por el levantamiento de los indios en 1599; pero no es probable que así fuera, cuando apenas seis años después salían expediciones de Buenos Aires en su busca, como si se tratara de cosa sabida desde mucho tiempo.

Otros pretenden que los náufragos de un buque de Magallanes se internaron centenares de leguas al norte, fundando la ciudad a que dieron el nombre de los Césares en honor de Carlos V; pero las grandes exploraciones de que ha sido objeto la Patagonia, por una parte y por otra las relaciones acordes de los indios, enseñan que en aquél territorio no fundaron ciudad alguna los españoles, hasta la ocupación de Nahuel Huapí por los jesuitas.

---

<sup>144</sup> Ciudad encantada, de una riqueza sobrenatural, que la crónica situaba en la región del Orinoco.

Si la extraordinaria leyenda reposaba en hechos ciertos, éstos han debido tener por teatro la Pampa, y no es posible admitir la peregrinación de los náufragos desnudos y hambrientos, desde el estrecho de Magallanes hasta los campos del norte del río Colorado.

En efecto, hemos dicho ya que los españoles compusieron su esplendorosa fábula sobre dos hechos reales: los tesoros incalculables del Payen y la existencia de una ciudad, fundada en el seno del desierto, impenetrable e ignorado.

¿Cuál era esa ciudad? Como lo referimos<sup>145</sup>, en la segunda mitad del siglo XVI Valdivia armó una expedición que debía invadir el Cuyum mapú, o país de las arenas de los araucanos, para verificar los indicios de que el río Tunuyán, en combinación con otros cursos de agua, conducía al Atlántico a través de inmensos e inexplorables llanos. Valdivia buscaba un puerto en el Atlántico, que le sirviera de punto de apoyo en la implacable y troyana lucha que se hallaba empeñada entre sus escasos soldados y los innumerables escuadrones de indómitos araucanos.

Según Pérez García<sup>146</sup> el conquistador de Arauco había resuelto marchar en persona a elegir el punto sobre la costa patagónica y así lo comunicó a Villagra que al frente de cien hombres se había internado en Cuyo.

Supone el erudito Dr. Sáez<sup>147</sup> y nosotros aceptamos sus juiciosas vistas, que sabiendo Villagra que el general Valdivia

<sup>145</sup> Véase el Cap. II de este libro, pág. 57 y sigts.

<sup>146</sup> *Historia de Chile*, libro 4º, Capítulos 10 y 12.

<sup>147</sup> *Límites y posesiones de la Provincia de Mendoza, con una exposición del derecho provincial en la cuestión territorios provinciales*, por M. A. SÁEZ. Santiago de Chile. Imprenta de "La República", 1873, Pág. 99.



intentaba pasar el Atlántico con el objeto expresado, y teniendo noticias de que el Diamante era afluente del río Negro, según entonces se creía, construyó embarcaciones y navegó el Diamante en la esperanza de salir al mar libre, uniéndose a su jefe principal.

Según Pérez García, antes de la fundación de Mendoza había pasado al sur del Diamante una expedición española; y es claro que no ha podido ser otra sino la de Villagra, resultando históricamente fundada la suposición del Dr. Sáez.

Ahora bien, lanzado Villagra a la navegación del Diamante tuvo que caer en el Chadi-leuvú, del cual han dicho sus exploradores que es navegable en ocasiones frecuentes.

El Chadi-leuvú no podía llevarlos al Atlántico, como lo esperaban, y cayeron al Lago de las Brumas o Urre lavquen. Encontráronse allí sin salida los valientes navegantes y con tierras tan hermosas a un lado, como inhospitalarias y salvajes al otro.

¿Qué partido tomar? ¿Marchar al sur? Era perecer entre las arenas del medanoso País del Diablo, mientras que la vida, la vegetación herbácea y forestal y las poblaciones de los indios se alzaban incitantes al norte.

El Chadi-leuvú dobla al este poco antes de morir en la olla de las Brumas siguiendo a ese viento hasta el lago; y fue allí donde Villagra y los suyos tuvieron que adoptar un partido supremo, en presencia del mar de arena que les cerraba el paso, en vez del Atlántico con cuyas espumosas olas habían soñado tropezar.

Era necesario desde luego vivir y marcharon donde les sonreía la vida, es decir, a las tierras del norte. Se detuvieron a

pocas leguas del Lago de las Brumas, levantaron allí la tienda del peregrino y su engrandecimiento sucesivo produjo una ciudad que prosperó durante algunos años, aislada de toda comunicación, pues las distancias eran enormes y los peligros que la rodeaban invencibles; pero habiéndose concentrado los indios en esa región, que ocupan hoy mismo, la destruyeron asesinando a sus moradores. Uno quedó con vida y ése fue Villagra. De los demás compañeros que como él salieron de Chile, jamás se oyó hablar una palabra.

Tal es lo que resulta de los hechos extremos de haber pasado Villagra al sur del Diamante y de no haberse vuelto a saber más de su tropa. Este jefe volvió a Chile, solo, al cabo de muchos años y murió allí oscuramente, dejando planteado un problema histórico de la mayor importancia, que nosotros resolvemos de acuerdo con el doctor Sáez, fundándonos en presunciones muy serias; pero que el progreso de la escudriñación histórica confirmará o rectificará más tarde.

Si se demostrara que no ha existido semejante ciudad en el paraje indicado, las presunciones sobre el heroico viaje de Villagra se habrían desvanecido, como un hermoso castillo de cartón dorado.

Pero eso no será demostrado, porque la historia antigua, los reconocimientos modernos y las referencias de los indios habitantes de dichas lejanas comarcas, confirman la existencia de las grandes ruinas de aquella ciudad, que ellos denominan los Arboles y que Mendoza reclama como uno de los establecimientos erigido por sus fundadores en los territorios disputados del sur.

¿Cómo son las pruebas de la existencia de la ciudad de los Arboles? Las presunciones que se refieren a la peregrinación de Villagra, por una parte, y por otra las exploraciones realizadas en este siglo.

El 22 de diciembre de 1810 firmaba en Luján el coronel D. Pedro Andrés García su Diario de la expedición a Salinas Grandes de la que nos hemos ocupado<sup>148</sup>. El coronel García practicó un reconocimiento general de la laguna de Salinas y divisó al oeste inmensos bosques que se perdían de vista, bosques que, según la explicación de los indios, siguen sin más interrupción que una colina que se encuentra a día y medio de camino y que se extiende por algunas leguas.

Esta colina arranca, pues, según los indígenas a treinta leguas de Salinas.

“En ella se ven, dice el Diario de García, muchos vestigios de ladrillos y teja, de alguna antigua población, pues toda ella está abastecida de higueras, montes muy dilatados de duraznos, nogales, manzanos y otras frutas, adonde concurren todos los indios de la comarca y sobra para abastecer a todos.

En aquellos montes también se halla ganado alzado, que a favor de la espesura no ha podido ser exterminado por los indios quienes logran lo que pueden cazar en las aguadas, asechándolo cuando bajan a ellas. No existe ni una oscura tradición entre estos indios, que nos dé indicios de la población que allí hubo y de cuándo o por qué razón se destruyó.”

---

<sup>148</sup> Colección de Angelis, t. III.

Estas noticias robustecen nuestras presunciones y concuerdan con la antigüedad que hemos atribuido a esa población.

Nótese también que los indios ignoran el nombre que pudieron darle sus fundadores y que si la señalan con el de los Árboles, es aludiendo a las plantaciones frutales de que están cubiertos esos campos y cuyos sabrosos frutos cosechan anualmente.

A las palabras de García agregaremos las siguientes del doctor Sáez<sup>149</sup>.

“La primera y más antigua de las poblaciones del territorio mencionado es la de los Arboles, situada a muy corta distancia al noroeste de la laguna Curacó o Urre-lavquen. Esta población de la que aún quedan ruinas y vestigios de los edificios de un pueblo ordenado y multitud de árboles frutales europeos de toda clase, que atraen al lugar en las estaciones de estío y otoño en busca de fruta, gran número de indios no sólo de los ranqueles, sino también de los pehuenches y huiliches, tiene un origen extraño y aún no conocido.”

La división de la derecha del ejército expedicionario de 1833 tomó al sur del Salado al cacique Barbon de 90 años de edad, y éste declaró que a tres días de camino al sur de Menucó, había grandes montes de durazno, que él había ido en busca de esa fruta, que era muy abundante y buena, que allí mismo había lagunas de rica agua y campos de excelente

---

<sup>149</sup> *Expedición sobre los indios del sur*. Diario del coronel Velazco, Segundo cuaderno, pág. 8.

pasto, y que ignoraba quiénes fuesen los fundadores de aquellas huertas.

En 1859 el subdelegado del gobierno de Mendoza en San Rafael, encargó a una de sus partidas corredoras del campo de llegar hasta los Arboles para cerciorarse de la verdad de lo dicho por los indios, y fue informado por aquélla de la existencia de la derruida población, cuyas arboledas iban en aumento por la reproducción sucesiva de la simiente<sup>150</sup>.

El general Roca aprovechó su permanencia en la campaña de San Luis, como comandante en jefe de la frontera sur del interior, averiguando de los indios ranqueles todos aquellos pormenores útiles para madurar su plan de ocupación del río Negro.

Supo por ellos que a algunas leguas al sur de Leuvucó habían visto ruinas de poblaciones cristianas, por los ladrillos que en ellas se conservaban.

En los días en que el general Roca nos comunicaba este dato, tenía lugar la expedición de las fuerzas a las órdenes del comandante Freyre, que, como se sabe, llegó 35 leguas al sud-oeste de Salinas Grandes a fines de 1878.

El mayor Alvarez, jefe de la vanguardia que avanzó hasta la laguna del Carancho o Thravó lavquen, nos decía que con asombro había cruzado montes en que abundaban los árboles frutales, tales como el durazno.

Todos estos datos antiguos y recientes están, pues, de acuerdo en situar esta vieja y arruinada población al oeste de Salinas Grandes, distante unas treinta o cuarenta leguas de este punto.

---

<sup>150</sup> Dr. SÁEZ, *ob. cit.*, pág. 91.

Veamos ahora cómo los mismos autores de la leyenda de los Césares vienen en apoyo de la aclaración que perseguimos.

La historia de la Colonia nos ha dado a conocer los siguientes derroteros para llegar a la ciudad Encantada<sup>151</sup>.

“Derrotero de un viaje a los Césares por el Tandil y el volcán, rumbo sudoeste comunicado a la Corte de Madrid en 1707 por Silvestre Antonio de Rojas, que vivió muchos años entre los indios pehuenches.

Carta del padre jesuita José Cardriel, escrita al señor Gobernador y capitán general de Buenos Aires, sobre los descubrimientos de las tierras patagónicas en lo que toca a los Césares (11 de agosto de 1746).

Capítulo de una carta del padre Pedro Lozano, al padre Juan de Azola, sobre los Césares, que dice están poblados en el estrecho de Magallanes.

Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la ciudad Encantada, por el padre jesuita Tomás Falkner en 1760.

Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles, que hay entre los indios, al sur de Valdivia e incógnita hasta el presente, por el capitán D. Ignacio Pinuer en 1774.”

Además de estos documentos se conocen la carta escrita por D. Agustín de Jáuregui, presidente de Chile al Excmo. señor don Manuel de Amat, virrey del Perú en 1774, la rela-

---

<sup>151</sup> Véase De Angelis, t. I. Él ha publicado todos estos antecedentes.

ción de un nuevo descubrimiento preparado por el intendente de Valdivia en 1777, la declaración del capitán D. Fermín Villagrán en 1781 y finalmente el informe y dictamen del fiscal de Chile, sobre la ciudad de los Césares y los arbitrios que se deberían emplear para descubrirla.

El examen prolijo de cada uno de estos documentos sería estéril, desde que nos veríamos reducidos a una serie no interrumpida de rectificaciones, de los errores producidos por la ignorancia geográfica sobre la pampa, reinante en la época en que fueron escritos.

Diremos solamente en general que Rojas no mereció crédito en su época, porque su derrotero es descabellado y una cadena interminable de marchas y de contramarchas a través de llanos, ríos y montañas.

El padre Cardriel se refiere a los datos de un Quiroga, que habiendo naufragado en Magallanes fue internado por los indios en la Patagonia, hasta una ciudad situada en la isla interior de un lago, donde había una iglesia; ciudad que no era la de los Césares, sino, indudablemente, el establecimiento de los jesuitas en Nahuel Huapí.

El padre Lozano no trae dato importante, limitándose a decir que los Césares estaban a 286 leguas de Buenos Aires, sin determinar rumbo.

El capitán Pinuer da noticias que parecen confundir la misión de Nahuel Huahí con los Césares.

Ahora bien, los derroteros del padre Falkner y del capitán Villagrán son los que sin duda se refieren a la ciudad de los Arboles.

El primero indica a Guaminí como punto de partida del camino de los Césares, desde donde nos hace caminar al oeste, dando grandes rodeos y nombrando ríos que jamás han existido en la pampa.

Si dejamos aparte el abuso de las leguas y de los nombres en este derrotero, resulta que los Césares estaban situados cerca de un gran río y de una gran laguna, o sean el Chadi-leuvú y Urre-lavquen.

Confirmando los datos del padre Falkner el capitán D. Fermín Villagrán declaró en Chile en 1781, que los Césares estaban al oriente de los Andes en el punto en que el río Meuquen o Neuquén entra al mar, a donde habían llegado los españoles en cuatro o cinco embarcaciones, habiendo pasado grandes miserias en los primeros días de su llegada.

Este dato es precioso, pues si se recuerda que el río Neuquén pasaba entonces por el Diamante y el Chadi-leuvú por el Neuquén, se tendrá plenamente confirmada la fundación de los Arboles por Villagra, ciudad que en nuestro juicio es la de los Césares, perteneciendo el primer nombre a los indios, como se ha visto.

De lo expuesto se deduce que la Ciudad Encantada o de los Césares era simplemente la fundada por los náufragos de Villagra en el punto en que el río Chadi-leuvú entra al mar, según los indios que informaron al capitán Villagrán, mar que es la gran laguna Urre-lavquen.

Y nótese también que los indios no refieren una sola palabra de la fabulosa riqueza que le atribuyeron los conquistadores para agujijonear la codicia de los emigrantes a América y para estimular su espíritu de aventuras, porque,



como hemos demostrado, el país rico a que aludían los indígenas era el de la sierra del Payén.

El hecho de existir ruinas sangrientas de una ciudad española, perdidas en el inmenso desierto, era ya bastante motivo para inflamar la fantasía de los cronistas de la época y nada fue tan fácil como bordar con los oropeles de una literatura efímera aquel terrible episodio.

Por eso en el expediente formado por el Fiscal de Chile en 1781 sobre los Césares, se dice de sus tesoros lo siguiente:

“Nada igualaba la magnificencia de sus templos, cubiertos de plata maciza, y de este mismo metal eran sus ollas, cuchillos y hasta las rejas de arado. Para formarse una idea de su riqueza basta saber que los habitantes se sentaban en sus casas en asientos de oro.”

Esta es la fábula. La realidad es que la ciudad de los Césares, según presumimos fundadamente, existía a 30 o 40 leguas al oeste de Salinas Grandes, donde han visto sus ruinas los indios actuales y donde la expedición del comandante Freyre ha comprobado la exactitud de la siguiente descripción real y positiva que de su riqueza hacía el padre Falkner en 1760, aunque en su libro de 1774 negaba la existencia de esa ciudad, por no haberla encontrado:

“También tienen, dice el jesuita, por la parte del sur, los habitantes de esta ciudad, cosa de dos leguas poco más, la mar vecina (el lago Urre-lavquen), de donde se proveen de rico pescado y mariscos para el mantenimiento de todo el

invierno. Y finalmente por no ser molesto en esta descripción, digo que es el mejor temperamento y más benévolo que se halla en toda la América, porque parece un segundo paraíso terrenal, según la abundancia de sus arboledas, ya de cipreses, cedros, pinos de dos géneros; ya de naranjos, robles y palmas, y abundancia de diferentes frutas muy sabrosas.”

Tal era la Ciudad Encantada, que durante tres siglos ha preocupado a la Corte de España y a los aventureros de Chile, Perú y el Plata.

Está reservada al ejército argentino la honra de hollar los escombros de la ciudad histórica, en su marcha triunfal sobre el río Negro.

Si entonces nos es dado compartir la gloria de la jornada, iremos a los Césares a descorrer el velo del misterio de tres siglos de impenetrable aislamiento, y estas páginas serán complementadas con la vista panorámica de sus ruinas.

XI. La línea del río Salado, con sus grandes travesías al oeste y al este, es sumamente importante como línea estratégica en la Pampa.

Al este de ella han vivido las iridiadas del desierto, porque este territorio es fértil, poblado de bosques inmensos, con aguadas dulces y permanentes y cruzado por una red de caminos carriles, formados al cabo de los siglos, por las innumerables caravanas de indios y arreos de ganado, que los han trillado sin cesar.

Estos caminos tienen jornadas precisas, es decir, de aguada a aguada.

De trecho en trecho ofrecen sus travesías, o sea zonas intermediarias de terreno árido, donde no se encuentra agua y que es necesario salvar a marchas forzadas, haciendo provisiones en las fuentes linderas.

Al oeste del Salado el terreno cambia de aspecto y de topografía.

Los arenales son allí más vastos, la aridez más extensa, las inundaciones más frecuentes, las secas más mortificantes, las líneas de aguadas reducidas y los caminos numerosos y frecuentados.

Este es un país de tránsito, mientras que el del poniente es de residencia.

Es de tránsito porque los indios que vienen de los valles andinos a compartir los azares del pillaje, tienen dos caminos.

El uno por el río Negro, el otro despuntando el Neuquén, atravesando aquel territorio al oeste del Salado y pasando este río para lanzarse a las pampas del este, dominadas hasta ayer por Namuncurá y los ranqueles.

Así la línea del río Salado, una vez dominada, cierra el camino del norte, que conduce de los fértiles valles del Neuquén y del sur del Planchón, a la pampa del este, no quedando ya a los indios más que la línea del río Neuquén, o sea el camino del sur.

Por eso la expedición de Amigorena en 1778 contra los indios de los Manantiales, es decir, cerca del río Colorado y del Salado, fue admirablemente proyectada y realizada por el capitán D. Sebastián de Undiano y Gastelú sobre la base de la ocupación del Chadi-leuvú, para impedir las comunicaciones entre las tribus del naciente y del poniente.

De acuerdo con este precedente histórico, el Fraile Aldao marchó en 1833 por el sur de Mendoza, faldeando los Andes, y a cierta altura contramarchó al este directo, para ocupar el río Chadi-leuvú a retaguardia de los ranqueles, impidiendo que éstos recibieran socorro de los Andes, mientras debía batirlos a su frente el general Ruiz Huidobro, arrojándolos a la travesía de Nahuel Mapú al río.

Hoy, en fin, esta línea había sido ocupada por el coronel Levalle, a retaguardia de los restos desorganizados de los ranqueles, a la vez que el coronel Racedo los atacaba de frente.

Reconocidas como están ya las líneas estratégicas de la pampa, en el centro del Chadi-leuvú, que cierra a los indios el camino del norte y el río Negro, que les intercepta el del sur, la marcha de las divisiones de ocupación del río Negro se hace más fácil y sencilla.

Ellas, caminando lentamente a fin de desprender partidas para hacer la policía del desierto y acabar con los indios errantes, llegarán sin obstáculos hasta la línea definitiva que corre de los Andes al mar.

XII. El misterio que envolvía la naturaleza de la pampa, acaba de ser iluminado al fin por el sol de la civilización, cuyos rayos centellean sobre las bayonetas y lanzas de nuestros veteranos.

Aquel país desierto, llano en unas partes como la superficie serena de las aguas, ondulantes en las otras, a la manera de un océano inmensamente agitado, aquí cubierto de bosques seculares, cuyas maderas serán la palanca de la pobla-

ción futura, allá interrumpido por cadenas de médanos desnudos, que entregan a los vientos torbellinos de arena ennegecedora; aquellas extensas regiones en las cuales el español no osaba aventurarse a menudo, el País del Diablo de las preciosas descripciones del padre Falkner, acaba de abatir sus montes y sus médanos y de abrir sus lagos dulces y cristalinos al paso triunfante de la bandera, que a la gloriosa conquista de los Andes debía añadir más tarde el laurel de la conquista de la pampa.

La astucia secular del indio ha sido al fin burlada, y el poder gigantesco que sobre ella reposaba, acaba de caer hecho pedazos.

Nunca habíamos explorado el misterioso seno de la llanura.

Era necesario hacer su autopsia a la luz de la ciencia, para conocer aquella organización infernal de la naturaleza del desierto, que parecía rechazar la vida civilizada, produciendo la muerte a su contacto, como las corrientes eléctricas que se chocan para lanzar el rayo.

El indio necesitaba desnaturalizar así sus exuberantes dominios para desorientarnos.

Era menester que su aduar quedara a cubierto de las empresas de una nación, que al fin había de sentir el rostro enrojecido ante el tributo pagado a la barbarie.

Era necesario que nuestras armas no fueran a despertar al nahuel<sup>152</sup> de las selvas pampeanas, ni al ñancu<sup>153</sup> de los nevados cerros, que las limitan por el oeste.

---

<sup>152</sup> Nahuel, tigre.

<sup>153</sup> Ñancu, águila.

Y el indio, tan valiente como astuto, nos hizo comprender que aquellas tierras, jamás exploradas por el geógrafo, eran arenas inhabitables y guadales profundos.

Hizo desaparecer de nuestra probable ruta los raudales de agua cristalina que en 1878 encantaron al coronel Villegas y que han favorecido la marcha de Levalle, García y Freyre, en una región mediterránea donde los calores son extremos, donde el sol en el verano quema como los resplandores cercanos de una colosal hoguera.

Necesitábamos caminos fáciles para nuestra marcha y el bárbaro nos pintó el guadal y el monte como obstáculos insuperables, y entre el guadal profundo y el monte impenetrable, tortuosas sendas, especies de filos de cuchillo sobre las cuales solamente el corcel del salvaje podía lanzarse a la carrera, como la gama de los campos.

Y ante ese misterio abrumador, en presencia de obstáculos de tanta magnitud, a la faz del desierto que era descrito con el colorido sombrío y pavoroso de las tumbas, porque lanzarse a su seno era acudir al templo de la muerte, la civilización retrocedía, y las armas de precisión guardaban silencio, reducidas a la vida del cantón, es decir, a la larga humillación de tres siglos.

Pero la pampa ha sido al fin conquistada y el salvaje huye a buscar refugio en los Andes, de donde salió, hijo rebelde del tronco araucano, para tentar la fortuna en la vida errante y militar de la inmensa llanura, que ha dominado y regado con sangre durante tres siglos.